

Si usted desea estar informado de nuestras publicaciones, sírvase remitirnos su nombre y dirección, o simplemente su tarjeta de visita, indicándonos los temas que sean de su interés.

Ediciones Martínez Roca, S. A.  
Dep. Información Bibliográfica  
Gran Vía, 774 08013 Barcelona

# Historia criminal del cristianismo

*La Iglesia antigua:  
Falsificaciones y engaños*

**Colección Enigmas del Cristianismo**

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Cubierta: Geest/Hóverstad

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: Die Alte Kirche*

© 1990, Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran Via, 774, 7.º, 08013 Barcelona

ISBN 84-270-1630-1

Depósito legal B. 5821-1993

Fotocomposición de Pacmer, S. A., Miquel Àngel, 70-72, 08028 Barcelona

Impreso por Liberaf, S. A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

*Impreso en España - Printed in Spain*

*Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:*

Wilheim Adier  
Prof. Dr. Hans Albert  
Lore Albert  
Klaus Antes  
Else Amold  
Josef Becker  
Kari Beerscht  
Dr. Wolfgang Beutin  
Dr. Otto Bickel  
Dr. Dieter Bimbacher  
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher  
Kurt Birr  
**Dr.** Otmar Einwag  
Dr. Karl Finke  
Franz Fischer ^  
Kláre Fischer-Vogel ^  
Henry Gelhausen  
Dr. Helmut Háu^ler  
Prof. Dr. Norbert Hoerster  
Prof. Dr. Walter Hofmann  
**Dr.** Stefan Kager y Frau **Lena**  
Hans Kalveram  
Kari Kaminski y Frau  
Dr. Hedwig Katzenberger  
**Dr.** Klaus Katzenberger  
Hilde y Lothar Kayser  
Prof. Dr. Christof Kellmann  
Prof. Dr. Hartmut Kliemt  
Dr. Fritz Kóble  
Hans Koch  
Hans Kreil  
Ine y Ernst Kreuder  
Eduard Küsters  
Robert Máchier

Jürgen Mack  
Volker Mack  
Dr. Jórg Mager  
Prof. Dr. H.M.  
Nelly Moia  
Fritz Moser  
Regine Paulus  
Arthur y Gisela Reeg  
Hildegunde Rehie  
M. Renard  
Germán Rüdel  
*Dr. K. Rügheinier y Frau Johanna*  
*Heinz Ruppel y Frau Renate*  
*Martha Sachse*  
*Hedwig y Willy Schaaf*  
*Friedrich Scheibe*  
*Else y Sepp Schmidt*  
*Dr. Wemer Schmitz*  
*Norbert Schneider*  
*Alfred Schwarz*  
*Dr. Gustav Seehuber*  
*Dr. Michael Stahl-Baumeister*  
*Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller*  
*Almut y Walter Stumpf*  
*Artur Uecker*  
*Dr. Bernd Umiauf*  
*Helmut Weiland*  
*Klaus Wessely*  
*Richard Wiid*  
*Lothar Willius*  
*Dr. Eisbeth Wolfiheim*  
*Prof. Dr. Hans Wolfmeim*  
*Franz Zitzisperger*  
*Dr. Ludwig Zollitsch*

# índice

1. Falsificaciones cristianas en la Antigüedad .....	15
FALSIFICACIONES EN EL PAGANISMO PRECRISTIANO .....	17
<i>El concepto de «propiedad intelectual» tiene miles de años-.....</i>	18
<i>Las falsificaciones literarias entre los griegos .....</i>	22
<i>Las falsificaciones literarias entre los romanos.....</i>	24
<i>Motivos para la falsificación .....</i>	26
<i>Error y falsificación en los cultos primitivos ....</i>	27
FALSIFICACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO Y EN SU ENTORNO .	31
<i>Las biblias del mundo y algunas peculiaridades de la Biblia cristiana .....</i>	32
« <i>Semblanzas del mundo femenino bíblico</i> » .....	35
« <i>Sobre este barro, sobre este barro [...]</i> »: <i>Oposición al Antiguo</i>	
<i>Testamento en la Antigüedad y en la época moderna . . .</i>	36
<i>Los cinco libros de Moisés, que Moisés no ha escrito.....</i>	38
<i>Otras falsificaciones en el Antiguo Testamento</i>	
<i>:( y en su entorno) .....</i>	45
<i>La apocalíptica judía .....</i>	51
<i>Otras falsificaciones del judaísmo (diáspora) .....</i>	54
« <i>Cooperación</i> » <i>judeocristiana .....</i>	56
FALSIFICACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO .....	59
<i>El error de Jesús .....</i>	60
<i>Precursor de los falsificadores .....</i>	62
<i>Las «Sagradas Escrituras» se amontonan, o reflexión</i>	
<i>de cuatrocientos años sobre la tercera persona divina.....</i>	63
<i>Cómo acata la investigación al Espíritu Santo .....</i>	67
<i>Los cristianos falsificaron más conscientemente que los judís</i>	
<i>y con mucha mayor frecuencia .....</i>	70
<i>¿Por qué y cómo se falsificó? .....</i>	72
<i>Ni el Evangelio de Mateo, ni el Evangelio de Juan,</i>	
<i>ni la Revelación de Juan (Apocalipsis) proceden</i>	
<i>de los apóstoles a quienes la Iglesia los atribuye .....</i>	76
<i>En el Nuevo Testamento aparecen seis «epístolas de Pablo»</i>	
<i>falsificadas .....</i>	81

<i>Todas las «epístolas católicas» del Nuevo Testamento, siete en total, son falsificaciones .....</i>	85
<i>Ejemplos de interpolaciones en el Nuevo Testamento .....</i>	89
FALSIFICACIONES EN LAS ÉPOCAS DEL NUEVO TESTAMENTO	
Y DE LA IGLESIA ANTIGUA .....	93
<i>Todas las partes falsificaban, en especial los clérigos .....</i>	94
<i>También en los círculos eclesiásticos se utilizaban</i>	
<i>de vez en cuando Evangelios «apócrifos» .....</i>	97
<i>Falsificaciones de los Evangelios bajo el nombre de Jesús ...</i>	99
<i>Evangelios u otros escritos falsificados bajo el nombre</i>	
<i>de un único apóstol.....</i>	100
<i>Falsificaciones en honor de la Santa Virgen ....</i>	103
<i>Falsificaciones en nombre de todos los apóstoles .</i>	105
<i>Hechos de los Apóstoles falsificados .....</i>	108
<i>Cartas fraudulentas y personas fraudulentas .....</i>	110
<i>Falsificaciones bajo el nombre de los Padres de la Iglesia,.....</i>	111
<i>Un falsificador cristiano: «Durante siglos el maestro</i>	
<i>del mundo occidental [...]» .....</i>	116
<i>Falsificaciones para apoyar la historicidad de Jesús » .....</i>	118
<i>Falsificaciones para resaltar la autoridad cristiana</i>	
<i>frente a judíos y paganos .....</i>	120
<i>La mayoría de las actas de mártires están falsificadas,</i>	
<i>pero todas ellas se consideraron como documentos históricos</i>	
<i>totalmente válidos .....</i>	122
<i>Casi todas las listas de obispos para demostrar la tradición</i>	
<i>apostólica fueron falsificadas .....</i>	131
<i>Cómo intenta justificar la apologética las falsificaciones .y;</i>	
<i>protocristianas .....</i>	138
<i>El fin justifica los medios: La mentira piadosa está permitida</i>	
<i>en el cristianismo desde el comienzo .....</i>	141
 2. El fraude de los milagros y las reliquias .....	147
EL FRAUDE DE LOS MILAGROS .....	149
<i>La mayoría de los milagros de la Biblia son tan increíbles</i>	
<i>como la mayoría de los demás milagros .....</i>	150
<i>Jesús se sirve de todo tipo de prácticas .....</i>	151
<i>El arsenal de milagros evangélicos: Nada es original .....</i>	152
<i>El fraude de la «demostración de las profecías» cristiana.....</i>	154
<i>Milagros en los «apócrifos», o un atún ahumado que vuelve</i>	
<i>a la vida .....</i>	157
<i>Los mártires lo eclipsan todo .....</i>	160
<i>La «archimártir» .....</i>	165
<i>Monjes y obispos como taumaturgos .....</i>	167

<i>Visiones como enjambres de abejas</i> .....	174
<i>La leyenda, «el alimento espiritual del pueblo», o «grandes, desvergonzados, repugnantes, graves y solemnes embustes papistas»</i> .....	177
<i>Desde el «miraculum sigillum mendacii» hasta los apologistas católicos</i> .....	180
EL ENGAÑO DE LAS RELIQUIAS .....	185
<i>El culto cristiano a las reliquias se limita a proseguir el culto     a los héroes de los griegos</i> .....	187
<i>Gradación jerárquica en el reino délas reliquias:     desde las piezas capitales de los cadáveres de los santos     a los pelos de la barba y el polvo</i> .....	190
<i>«Demanda» creciente de santos muertos, su descubrimiento     y sus milagros</i> .....	191
<i>Desde las insignias imperiales hasta la grasa de oso     o «Al principio está la piedad natural [...]»</i> .....	195
<i>«Reliquias de contacto» y esqueletos viajeros</i> ....	197
<i>Los restos de María o «toda la miseria de la humanidad»</i> .....	199
<i>Rarezas y protestas</i> .....	202
3. El embuste de las peregrinaciones .... , .. . . . . .	205
<i>Peregrinar, una idea fija y a en la época precristiana</i>	
<i>Asclepio, el dios de las «manos suaves», y Epidauro,     el Lourdes pagano</i> .....	210
<i>Serapis, Isis y la Virgen María</i> .....	212
<i>La peregrinación en el judaísmo precristiano</i> .....	
<i>El comienzo de la peregrinación cristiana a <b>Jerusalén:</b>     Desde el «descubrimiento de la cruz» hasta el sacrosanto     culto del prepucio</i> .....	215
<i>La peregrina Eteria: su «modo ingenuo [...]»     y crédula sencillez [...] tienen algo extrañamente atractivo     y seductor» (obispo August Bludau de Ermiland).....</i> .....	220
<i>¡Oh, maravilloso Jerusalén!</i> .....	222
<i>Otras atracciones para los peregrinos de Palestina</i> .....	225
<i>De la tumba de Abraham al estercolero de Job</i> .....	227
<i>Camino a la cumbre: De los «santos topo» a los «estilitas»</i> . . . . .	228
<i>Más cerca, Dios mío, de ti...</i> .....	231
<i>La peregrinación en pos de una santa que probablemente     nunca existió</i> .....	236
<i>Gracias a las donaciones, los centros de peregrinaje cristianos     se fueron enriqueciendo con rapidez</i> .....	239
<i>Peregrinación y milagro: Hacia el marketing     de los «lugares milagrosos»</i> .....	240

<i>El Lourdes protocristiano</i> .....	243
<i>Los fraudulentos santos «Ciro» y «Juan»</i> .....	245
<b>La pareja de santos médicos Cosme y Damián: Cerade velas, aceite de lámparas y afrodisiaco</b> . . . . .	247
<i>Rarezas romanas</i> .....	249
<b>Notas</b> .....	253

## CAPITULO I

# **FALSIFICACIONES CRISTIANAS EN LA ANTIGÜEDAD**

«Muchos textos sagrados aparecen hoy bajo nombre falso, no porque fueran redactados bajo éste sino porque más tarde se les atribuyó a sus titulares.» (¡Aunque también se producía lo primero, y no pocas veces!) «Tal "falsificación" de los hechos se da durante toda la Antigüedad, en especial en la fase israelita y judía previa al cristianismo, y se prolonga dentro de la Iglesia cristiana en la Antigüedad y en la Edad Media.»

ARNOLD MEYER'

## EN EL PAGANISMO PRECRISTIANO

A muchas personas, quizá la mayoría, les asusta admitir la mentira más burda en el campo para ellos «más sagrado». Les parece inconcebible que quienes dan testimonio ocular y auricular del Señor puedan no ser más que vulgares falsarios. Pero nunca se ha mentido y engañado con tanta frecuencia y tanta falta de escrúpulos como en el campo de la religión. Y es cabalmente en el cristianismo, el único verdadera y realmente salvífico, donde dar gato por liebre está a la orden del día, donde se crea una jungla casi infinita del engaño desde la Antigüedad y en la Edad Media en particular. Pero se sigue falsificando en el siglo xx, de manera masiva y oficial. Así, J. A. Farrer se pregunta casi desesperado: «Si se reflexiona sobre todo lo que ha surgido de este engaño sistemático, todas las luchas entre papas y soberanos terrenos, la destitución de reyes y emperadores, las excomuniones, las inquisiciones, las indulgencias, absoluciones, persecuciones y cremaciones, etc., y se considera que toda esta triste historia era el resultado inmediato de una serie de falsificaciones, de las que la *Donatio Constantini* y los *Falsos decretos* no fueron las primeras, aunque eso sí, las más importantes, se siente uno obligado a preguntar si ha sido más la mentira que la verdad lo que ha influido de manera permanente sobre la historia de la humanidad».<sup>2</sup>

Desde luego que el embuste de más éxito, el que mayores estragos causa entre la mayoría de las almas, no es ciertamente un invento cristiano. Lo mismo que tampoco lo es, aunque guarde una estrecha relación con ello, la seudoepigrafía religiosa (un seudoepígrafe es un texto bajo nombre falso, un texto que no procede de quien, a tenor del título, el contenido o la transmisión, lo ha redactado). Ambos métodos, la falsificación y la seudoepigrafía, no fueron innovaciones cristianas, ni tampoco todo lo demás, salvo la guerra de religión. Falsificación literaria la hubo ya durante mucho tiempo antes entre los griegos y los romanos, la hubo desde la remota Antigüedad hasta el helenismo, continuó durante la época de los emperadores, apareció en la India, entre los sacerdotes egipcios, con los reyes persas y, también, en el judaísmo.<sup>3</sup>

Durante toda la Antigüedad fue habitual una práctica amplia y muy variable de la falsificación. Esto fue posible gracias a la gran credulidad

de la época. Pero sería erróneo deducir de esa credulidad frente a la multitud de falsificaciones su «licitud». Como he podido constatar en no pocas ocasiones, ese gran número de falsificaciones es el resultado de la credulidad de su tiempo. Así, ya desde Herodoto, en el siglo v antes de Cristo, cuando comenzó en Atenas la divulgación de los escritos mediante las librerías (un activo comercio con copias a un precio relativamente bajo), se criticaron las falsificaciones, se elaboraron criterios para determinar la autenticidad y se llegó en los más diversos géneros literarios a ciertos métodos, a veces de extremada precisión, para desenmascararlas, redactándose falsos textos relativamente inofensivos. También el plagio, siempre que existiera la intención de impostura, fue juzgado con severidad por la estética antigua.<sup>4</sup>

Naturalmente, no podemos transferir sin más a la Antigüedad nuestra conciencia crítica (y tan ética). Aunque en esa época no se juzgaba la falsificación como un delito moral de la misma gravedad que tiene hoy, tampoco se la consideró como algo natural ni fue aceptada. Bien es cierto también que el lector antiguo solía ser poco severo y carente de sentido crítico, que era demasiado crédulo, sin escrúpulos psicológicos y sociales, muy proclive a la literatura «esotérica» y por ese motivo fácil de llevar a engaño, de enredar; pero de estos consumidores los hay de sobra a finales de nuestro siglo xx. Con todo, los respectivos criterios filológicos no eran, en el fondo, radicalmente distintos. La Antigüedad conocía un análisis de autenticidad (en modo alguno sólo ocasional) y una sensibilidad alerta que a menudo deja constancia, así como también una honrada indignación ante las falsificaciones descubiertas. La seudoepigrafía ya se consideraba en aquel tiempo «*an ancient, though not honorable literary devise*» (Rist).<sup>5</sup>

## **El concepto de «propiedad intelectual» tiene miles de años**

El fenómeno de la falsificación -utilizado aquí por lo general en un sentido más o menos criminal, o sea, la que se hace con intención de mentir o engañar, unido a una imputación de culpa- presupone la idea de la propiedad intelectual, puesto que si ésta no existe no hay una verdadera falsificación.

Dado que la ausencia del concepto de «propiedad intelectual» beneficiaría a muchos cristianos creyentes a la vista de los incontables embustes cristianos, se ha discutido su existencia en la Antigüedad clásica y el período resultante de ella, e incluso lo han negado algunos como, por increíble que parezca, Gustav Mensching. Escribe este autor: «Podría pensarse en anotar en la cuenta de las mentiras religiosas también los nume-

rosos escritos que se conocen en la historia de la religión bajo nombres falsos. Lo mismo que, por ejemplo, bajo el gran nombre del filósofo griego Platón circulan muchos escritos que la ciencia ha considerado más tarde como apócrifos, se sabe que dentro del Nuevo Testamento hay escritos que no proceden del autor bajo cuyo nombre los seguimos encontrando hoy. Muchas epístolas, pongamos por caso, no son de Pablo, como por ejemplo la dirigida a los hebreos, las cartas pastorales a Timoteo y Tito o la Epístola a los Efesios. Sin embargo, esta forma de engaño premeditado no cae dentro de nuestro contexto, puesto que en aquel tiempo no se tenía el concepto de la propiedad literaria ni de la autenticidad de los textos. Existía más bien la tendencia a presentar los propios escritos bajo la gran autoridad de nombres conocidos, ocultando el propio, para conseguir así que las ideas de uno tuvieran más fuerza y difusión. Según los modos de ver actuales, esto sería un engaño literario».<sup>6</sup>

¡Y no sólo según los actuales!

Si el concepto de «propiedad intelectual» no estaba muy inculcado en el antiguo Oriente o en Egipto, en los siglos vil y vi se conoce ya en Grecia, donde el autor de la *Iliada* y la *Odisea* registró sus epopeyas, como se ha demostrado hoy. Bien es cierto que la Antigüedad no conoce ninguna reglamentación jurídica, ni ninguna codificación de esta figura. El derecho antiguo no protegía la propiedad intelectual como tal, sino el «derecho de propiedad sobre la obra», es decir, del manuscrito. Pero ya que tras una época de autorías anónimas y de transmisión de trabajos literarios en Grecia, durante los siglos vil y vi no sólo se procedió a dar el nombre de los autores (Homero, Hesíodo), poetas, líricos e incluso de los pintores de ánforas y los escultores, sino que se critica también la falsificación del nombre del autor, de las fuentes o de una carta, el concepto de la propiedad intelectual, de la individualidad literaria, queda ya asegurado para esos primeros siglos y, más tarde, los cristianos y todo el entorno judío y pagano lo conocen desde un principio. También el libro de papiro, que se difunde por aquel tiempo, posibilita la edición de determinados textos con los nombres de los autores.<sup>7</sup>

También los escritos de los filósofos jónicos en la Atenas del siglo v eran auténticos libros, contándose Sócrates, Platón y más tarde Aristóteles entre sus compradores, mostrando los autores una fuerte conciencia de autoría, una gran confianza en sí mismos, como por ejemplo Hecateo de Mileto al comenzar sus *Genealogías*: «Así habla Hecateo de Mileto: escribo lo siguiente, tal como a mi parecer se corresponde con la verdad, puesto que las numerosas afirmaciones de los helenos son en mi opinión ridículas».

El hecho de que ya en el siglo iv se controlaban las obras de los grandes autores, en particular cuando sobre ellas se cernía la amenaza de la tergiversación, nos lo demuestra el famoso «ejemplar estatal», en el que

el estadista y orador Licurgo de Atenas hizo registrar alrededor del año 330 las obras de tres grandes autores de tragedias en una versión que desde esa fecha había de ser obligatoria en todas las representaciones. El escriba oficial leía a los actores el texto de sus papeles y ellos debían corregir en consonancia las copias de que disponían. «Todas estas medidas parecían necesarias, puesto que los ejemplares que se guardaban en los archivos y que los autores habían presentado previamente al solicitar la autorización para participar en los agones, tenían que renovarse. Pero era evidente que como sustitutivos no podían elegirse aquellos textos que la librería ponía a la venta, pues éstos estaban tergiversados con errores de lectura y a menudo también con intervenciones de los directores y los actores. No sabemos si Licurgo consiguió copias sin falsificar de los descendientes de los poetas, pero podemos suponer que hizo todo lo posible para encontrar la mejor solución en esta discutida cuestión» (Erbse).<sup>8</sup>

Desde comienzos del helenismo, los textos de muchos autores son vigilados de manera realmente científica, algo que hace posible sobre todo la fundación de la gran Biblioteca Alejandrina bajo Tolomeo I Soter (367-366 a 283-282), amigo de Alejandro Magno y a su vez autor de una historia de este último que goza hoy de gran prestigio. Alrededor del año 280 a. C. la Biblioteca, que no ahorra dinero en la adquisición de ejemplares valiosos, poseía cerca de medio millón de rollos. La biblioteca de Serapeión, más pequeña, unos 40.000. Actuaron aquí muchos afamados directores. Se procuraba hacer una selección de buenos manuscritos y se intentaba conseguir un texto perfecto en el método, un texto auténtico, en especial de los clásicos.<sup>9</sup>

También de manera individual los exigentes se esforzaban por conseguir una forma pura de su trabajo. Así, en el siglo ii d. C., Galeno, cuyas obras se falsificaban y ofrecían bajo otros nombres y se distribuían en producciones apócrifas, redactó dos de sus propios escritos con el fin de hacer reconocibles sus libros y evitar su falsificación, o al menos confusiones. En el siglo iii, el gran adversario de los cristianos Porfirio descubre falsificaciones en las literaturas pitagórica, gnóstica y bíblica. En resumen, se conocía bien el fenómeno de la falsificación y tanto griegos como romanos desarrollaron a este respecto una evidente aversión, elaboraron métodos diferenciados y prestaron una atención crítica.<sup>10</sup>

Muchas falsificaciones no pueden ya desvelarse hoy (con seguridad), pero en muchas otras sigue siendo posible. Hay que basarse en motivos y tendencias extraliterarias y, por supuesto, en infinidad de otros motivos, en características externas e internas, otros testimonios y especialmente el estudio crítico del lenguaje, el estilo, la composición, las citas y las fuentes utilizadas. No dejan de tener también importancia los anacronismos y los *vaticinio ex eventu* (profecías a posteriori). En algunas falsifi-

caciones hay también material auténtico. Y a la inversa. Mezclas de este tipo son frecuentes. Las colecciones epistolares falsificadas pueden contener piezas verdaderas o bien, lo que resulta mucho más frecuente, colecciones auténticas tienen cartas falsificadas total o parcialmente y naturalmente las verdaderas, pero que incluyen interpolaciones. Los falsarios avezados mezclan lo falso y lo auténtico.<sup>11</sup> No es falso todo lo que parece. Desde luego no todo es una falsificación, aunque a primera vista así lo parezca.

Existe desde luego un pseudoanonimato legítimo e inofensivo, practicado a menudo (hasta nuestros días), como el de un autor joven y desconocido o uno ya famoso, que se presentan al público bajo otro nombre; el primero quizá por miedo a dar a conocer sus ideas, no conocidas todavía o incluso no admitidas, es decir, por temor a la crítica; el otro por divertirse. Por supuesto que no es una falsificación el que una primera figura elija libremente un seudónimo, algo bastante inusual en la Antigüedad, un nombre que no sea idéntico al de una personalidad conocida, como hicieron en ocasiones Jenofonte, Timoteo, Yámblico y otros. En todos ellos desempeña un cierto papel seguramente el deseo de mistificación, la vanidad y la presunción, las ganas de hacerse interesante, de hacerse el famoso anónimamente, de escudarse tras la máscara de esa fama e interpretar un papel por el placer de mentir y por amor a la mentira.<sup>12</sup>

Muchas veces esos autores tampoco querían realmente dar gato por liebre, tan sólo deseaban tomar el pelo, engañar con falsas apariencias de un modo transitorio hasta dejar traslucir la verdad, que el lector quedara como tonto y que el embaucador, que en realidad no era tal, ni tampoco un mentiroso, pudiera divertirse por partida doble. Naturalmente, la coincidencia en los nombres de los autores o en los títulos de los libros podía dar lugar a equivocaciones. Sobre todo en cuanto a las citas, los errores se cometen con gran facilidad.<sup>13</sup>

Lo mismo que una obra bajo seudónimo no es una falsificación, tampoco lo es una anónima. Sin embargo, lo será -como sucede con tantas vidas de santos o pasiones de mártires- si aparece falsamente como un documento auténtico, ó sea, si tiene intenciones extraliterarias.<sup>14</sup>

Por el contrario, determinados métodos literarios, ciertos procedimientos dramáticos o irónicos son libres invenciones en el reino de la poesía, como las parodias o las utopías; todas las mistificaciones voluntarias realizadas por motivos artísticos no son falsificaciones sino una licencia literaria perfectamente legítima. Por ejemplo, cuando un autor escribe fábulas, o cuando pone en boca de una personalidad palabras o frases que nunca ha dicho ni nunca ha mantenido. O cuando aparece bajo la máscara de otro, algo de lo que hay infinidad de paradigmas bien conocidos; como en la época moderna las *Cartas provinciales* de Pascal, en las que fustiga la moral jesuíta como un noble parisino. En todos los casos si-

milares se trata sólo de ficciones literarias, sin la menor intención de engañar.<sup>15</sup>

Sería ridículo considerar como falsificación toda carta aparecida bajo un nombre falso, aunque sea sólo porque infinidad de misivas o incluso discursos son el producto de meros ejercicios retóricos de estudiantes, por así decir, un entrenamiento literario sin ningún fin, un juego, productos que en la Antigüedad se consideraban documentos auténticos; y sobre varios de estos textos, como es el caso del de Salustio, los eruditos siguen discutiendo en la actualidad. También en la escuela de los filósofos, de los médicos, se transmitían a menudo los trabajos escolares tomándolos por obras de maestros, como muy bien sabemos en particular del caso de la escuela pitagórica.<sup>16</sup>

Junto a todo esto y muchas otras cosas similares, en la Antigüedad también se falsificó sin ningún escrúpulo y a menudo del modo más opaco y refinado posible. Se practicaban los más diversos métodos del embuste así como los más variados medios de certificación, es decir, «criterios de autenticidad» falsificados, algo que sólo las investigaciones modernas han sacado a la luz. Ha resultado así evidente «que los autores antiguos (también los cristianos) se "permitían" el engaño mucho más de lo que se podría y se estaría dispuesto a imaginar según los criterios actuales. En concreto, por ejemplo, no puede preverse con antelación el grado de "refinamiento" que cabría esperar, ni pretender dar apoyo a tesis de autenticidad remitiéndose a las protestas de veracidad de un autor creíble y comprometido religiosamente» (Brox). No es suficiente: los hechos conducen aquí hasta la experiencia de que «cuanto más concreta es la forma en que aparece el dato, tanto más fraudulento es el contenido» (Jachmann). O como escribe Speyer: «Cuanto más precisos son los datos, tanto más falsos son».<sup>17</sup>

## **Las falsificaciones literarias entre los griegos**

Es cierto que los griegos apreciaban en grado sumo la verdad. Se ha afirmado que el período clásico de su literatura habría estado, de modo excepcional, libre de las falsificaciones literarias, que no ofrece ningún ejemplo auténtico de tales falsificaciones, argumentándolo con la observación de que «las falsificaciones literarias no pueden prosperar en una época de creatividad intelectual». Y a pesar de ello, también los literatos y los sacerdotes griegos falsificaron en proporciones inimaginables.<sup>18</sup>

Uno de los primeros falsarios es el autor Onomakritos de Atenas, que vivió en el siglo vi antes de Cristo en la corte de los Pisistrátidas; órfico que gozó de gran estima, fue amigo y consejero del tirano Pisístrato, pero que con motivo de haber falsificado oráculos y haber interpolado

los de Museo fue desterrado de la ciudad. También bajo el nombre de Orfeo, el famoso cantor mítico, al que se considera más antiguo que Hornero y Hesíodo, parece haberse dedicado a su arte. En cualquier caso, pronto circularon textos, editados como de Orfeo (y de Museo) y que sus seguidores consideraron como «escrituras sagradas» *{hieroi logoi}*, en infinidad de variantes, resúmenes, suplementos y revisiones. En la época helenística, y especialmente en la imperial, se multiplicaron las producciones que pretendían proceder de personajes históricos de la época de las guerras troyanas o incluso de poetas órficos anteriores. Y aunque rebosaban de anacronismos evidentes, las referencias platónicas, estoicas, neoplatónicas o incluso bíblicas consiguieron en la Antigüedad ser consideradas en general como históricas, en particular las que procedían de los Padres de la Iglesia. Por el contrario, Aristóteles fue ya el primero, si bien de modo aislado, en mostrarse bastante escéptico al respecto, hasta el punto de que Cicerón escribiera: «*Orpheum poetam docet Aristoteles numquam fuisse*».<sup>19</sup>

Bajo el nombre de Hipócrates de Cos (hacia 460-370 a. C.), el fundador de la medicina como ciencia e ideal absoluto del médico, se difundieron escrito tras escrito a lo largo de medio milenio. Sin embargo, de sus 130 presuntas obras (también estas cifras varían) los investigadores reconocen como auténticas apenas la mitad. Y también éstas sufrieron diversas alteraciones y deformaciones.<sup>20</sup>

En la literatura filosófica hubo también muchas falsificaciones, entre ellas docenas de textos apócrifos de Platón e infinidad de Aristóteles. En cuanto a las cartas de Platón no se ha logrado todavía hoy el consenso entre los expertos. Se discute si la séptima, y quizá también la octava, son auténticas; la mayoría, sin embargo, son falsas con total seguridad. Un intercambio epistolar falsificado entre el pitagórico Arquitas y Platón da fe de autenticidad y recomienda escritos falsificados del pitagórico Ocelos. De este modo una falsificación ayudaba a otra.<sup>21</sup>

Con frecuencia se le han imputado libros a Pitágoras, precisamente porque, lo mismo que Sócrates o Jesucristo, nunca los escribió. Y esto se sabía. Sin embargo, en vista de la multitud de autoridades magistrales en pugna y al objeto de ser competitivas, se suplía la total falta de textos auténticos del maestro con infinidad de falsificaciones. Con ello se demostraba que los filósofos griegos (posteriores) dependían de Pitágoras. Y lo mismo que entre los órficos, también entre los neopitagóricos, los hermetistas o los apocalípticos, se convierte en regla el empleo de la falsificación literaria con fines de conseguir una propaganda más eficaz; y muchas de estas falsificaciones son parecidas a las judías y las cristianas.<sup>22</sup>

Muchos discursos tampoco eran auténticos.

Así, en la época de Augusto de retórico y crítico literario Cecilio de Cale Acte (Sicilia), que con Dionisio de Halicarnaso es considera-

do el fundador del aticismo literario, considera que no son auténticos 6 de los 71 discursos atribuidos a Demóstenes, 25 de los 60 de Antifonte (ejecutado en 404-403 a. C.) y 28 de las 60 de Isócrates (Dionisio 25). Asimismo, 25 de los 77 discursos de Hipérides (ejecutado en 322 a. C.), discípulo de Isócrates (según otros de Platón), y 192 de los 425 de Lisias se consideran falsos. Evidentemente, muchas de estas pláticas que circulaban bajo pabellón falso no se habían redactado al principio con intenciones de engañar. La mayoría eran ejercicios -muy hábiles- de estudiantes que debían escribir discursos ficticios en sus prácticas, que los griegos llamaban *melétai* y los romanos *suasoriae*, y que después los libreros de la Antigüedad, que no gozaban de excelente reputación, hicieron circular como auténticos. En cualquier caso, está comprobado que un número considerable de discursos apócrifos se ha atribuido intencionadamente a los grandes maestros.<sup>23</sup>

El punto álgido, al menos numéricamente, lo alcanza la falsificación literaria de los griegos en las literatura epistolar. Alfred Gudeman encontró que «apenas había una personalidad famosa de la literatura o la historia griegas, desde Temístocles hasta Alejandro, a la que no se asignara una correspondencia más o menos extensa». R. Bentley demostró en 1697 y 1699 que 148 cartas de Fálaris, el tirano de Agrigento (570-544 a. C.), eran falsificaciones de la Antigüedad, aunque falsificaciones de tan alto nivel literario que Bentley (si bien exagerando un poco) comparó a las de Cicerón. También las cartas de Bruto, consideradas a menudo como auténticas, que como escritor era muy polifacético redactando tratados académicos, historias, discursos, etc., «deben considerarse como definitivamente descartadas» (Syme).<sup>24</sup>

## Las falsificaciones literarias entre los romanos

A tenor de la menor importancia de su literatura, la falsificación literaria desempeñó entre los romanos un papel de menor envergadura. Por supuesto que también la practicaron por diversos motivos, y en ocasiones se tomaron asimismo medidas en su contra.<sup>25</sup>

En 181 a. C. se encontraron en Roma supuestos escritos de Numa Pompilio, el venerado legislador sacro y regente de la paz. Sujetó a los romanos al derecho y a las costumbres, fundó templos y altares e introdujo los sacrificios incruentos contra los rayos; se consideraba un gran elogio para un emperador compararle con él. Las falsificaciones descubiertas, de contenido pitagórico en unos casos y rituales en otros, propagaron probablemente la filosofía griega en Roma o una reforma religiosa según el modelo pitagórico. Livio relataba que los libros atribuidos a Numa fueron quemados inmediatamente después de haberse descubierto el engaño.<sup>26</sup>

Un fraude famosísimo es la *Historia Augusta*, una colección de 30 biografías de aspirantes al trono y usurpadores romanos, desde Adriano (117-138) a Numeriano (asesinado en 284 por su suegro, el prefecto pretoriano Apero).

La obra, que no se ha transmitido completa y de la que sólo un ejemplar (perdido) llegó hasta la Edad Media, procede de seis autores desconocidos de la época de Diocleciano y Constantino. En realidad, la *Historia Augusta*, de cuya inmensidad de actas sólo un documento es auténtico, es la obra de un único falsificador anónimo que la escribió alrededor del año 400. Este punto de vista ha ido imponiéndose poco a poco desde el sagaz análisis de H. Dessaus (1899), y puede considerarse hoy como totalmente seguro gracias a los trabajos de J. Straub y E. Hohl. El autor era pagano, y con el objeto evidente de no correr riesgos, creó anónimamente una especie de «*pamphlet against Christianity*» (A. Alföldi), una «apologética pagana de la historia», como comienza el título de un libro de Straub, «uno de los trabajos sucios más miserables que tenemos de la Antigüedad», según Mommsen. Y a pesar de ello, esta falsificación tanto tiempo discutida con acaloramiento tiene un autor ingenioso y constituye un testimonio valioso y fiable, y a pesar de la gran cantidad de documentos falsificados, sus milagros dispersos, sus anécdotas y curiosidades, sigue siendo «una de las fuentes más importantes e imprescindibles para el estudio del Imperio romano en los siglos u y ni» (Straub).<sup>27</sup>

De vez en cuando, en Roma se falsificaban también libros de sentencias morales, discursos políticos, inventivas, obras científicas; el manual *Dicta Catonis*, que como texto escolar alcanzó una gran difusión en la Edad Media, se unió al nombre del presunto autor Catón; se atribuyeron obras a Cicerón o a César, se redactó el presunto diario de un testigo de la guerra troyana, Diktis de Creta. Y cuando Galeno de Pérgamo (129-199), no sólo el mayor médico de la Antigüedad sino también uno de los mejores médicos de todos los tiempos a pesar de algunos errores y puntos débiles, así como autor de una enorme obra que durante casi un milenio y medio ha gozado de indiscutible autoridad, paseaba un día por el mercado de libros de Roma, encontró que se ofrecían obras falsas bajo su propio nombre.<sup>28</sup>

Las falsificaciones no se descubren a veces hasta más tarde -si es que se descubren- o se demuestra después que lo son, como confirmaremos aquí en un caso, por su curiosidad y fama, que llega hasta nuestros días.

En el año 45 a. C. murió Tulia, la hija única de Cicerón. Éste, dos años antes de su asesinato, cayó en una profunda depresión y escribió la *Consolatio*, en la que, como él dice, fue el primero en consolarse a sí mismo. Salvo algunos fragmentos aislados no se ha conservado nada. Sin embargo, en 1583 la obra apareció impresa en Venecia, sin palabras explicativas, caracterizada con el brillo del lenguaje de Cicerón y la sabiduría de

sus pensamientos. Sin embargo, algunos emditos sospecharon enseguida; el primero de ellos fue, con una breve crítica, Antonio Riccobonus de Padua. El editor de la *Consolatio*, Francisco Vianelli, uno de los más destacados científicos de su tiempo, pidió al preceptor de Riccobonus, Cario Sigonio, catedrático en Padua, Venecia y Bolonia, que diera su opinión. A pesar de la desconfianza inicial y a pesar de algunos planteamientos mal formulados, Sigonio desaprobó el rechazo a la obra en su conjunto. Preguntó que si Cicerón no la había escrito, ¿qué hombre de nuestro tiempo podría haberlo hecho? Tras una segunda crítica más extensa, Riccobonus respondió: Sigonio, y doscientos años después se le dio la razón.<sup>29</sup>

## Motivos para la falsificación

Los motivos para falsificar un escrito -sobre todo, pero en modo alguno exclusivamente, mediante la ficción de la autoría- eran numerosos y en consecuencia muy diversos; diversos como los métodos y los procedimientos técnicos. Con frecuencia el punto de partida fue la simple codicia, como en el caso de los precios pagados por los aficionados por pretendidos trabajos de autores antiguos renombrados. Así por ejemplo, la creación de las grandes bibliotecas en Alejandría y Pérgamo en los últimos siglos anteriores a la era cristiana dio lugar a una necesidad considerable de obras de los maestros. Y puesto que se valoraba mucho más a los clásicos que a los autores contemporáneos, no pocos se dejaron seducir por hacer pasar como auténticas sus imitaciones de escritos anteriores, consiguiendo con ello beneficios nada desdeñables.<sup>30</sup>

Junto a las motivaciones económicas había también motivos jurídicos, políticos y patrióticos localistas.

Se falsificaba para defender cualquier reclamación de derechos pretendidos o reales. Se falsificaba en beneficio de una causa, un partido, un pueblo o, naturalmente, en beneficio propio: para comprometer a una ciudad, a un gobierno o a una personalidad destacada. Un ejemplo del siglo v antes de Cristo es un supuesto intercambio epistolar (en el fondo incluso histórico) entre Pausanias y Jerjes con la oferta del gobernante espartano de desposar a la hija del rey de los persas. A menudo hacía falta falsificar libros enteros sin la ayuda de un nombre de autor ficticio. Por interés personal o partidista, científico o seudocientífico, se podían introducir en determinadas obras intervenciones, recortes o «correcciones». También las traducciones podían manipularse a favor de una tendencia concreta. Por supuesto, para todo ello se preferían las obras de autoridades reconocidas. Así, Solón habría introducido un verso en la *Ilíada* para reforzar sus reivindicaciones de la isla de Salamis.<sup>31</sup>

Además de razones pecuniarias, políticas o legales, había naturalmente también motivos privados para las falsificaciones, intrigas personales, rivalidades. Y por último, aunque no en menor grado, se falsificaba con intenciones apologéticas, para defender o propagar unas creencias o una religión.

## **Error y falsificación en los cultos primitivos**

En los inicios de una religión, al menos en las antiguas, no hay falsificaciones pero sí errores, como al comienzo del cristianismo: éste es el resultado más seguro de la moderna crítica histórica de la teología cristiana.

El hombre llegó quizá de un modo totalmente «natural», a través de la naturaleza y de su espíritu, a la creencia en Dios. En largos procesos de tanteos con la fantasía, en fases interminables de imaginación, de elucubración hipostática, sobre las idiosincrasias del miedo sobre todo, quizá también de la felicidad, llegó hasta la idea de los demonios, de los espíritus y de los dioses, desde honrar a los antepasados, pasando por el animismo y el totemismo, al politeísmo, henoteísmo, monoteísmo. *Originalmente* todo esto no tiene nada que ver con el engaño, sino en mayor grado con el miedo, la esperanza, la incertidumbre, los deseos. Las religiones se fundan esencialmente sólo en lo que mucho antes las precede, la cuestión de nuestro de dónde, hacia dónde, por qué. Y es justamente esto lo que las mantiene con vida. Pero en cuanto comienzan las respuestas, inconscientes o semiconscientes, las suposiciones, las afirmaciones, comienza también el mentir, el falsear, sobre todo por parte de aquellos que viven de ello y en virtud de ello dominan.<sup>32</sup>

En la Antigüedad, la crítica, la desconfianza y la resistencia contra las falsificaciones la ejercen individuos aislados. La masa se entrega a lo milagroso y lo legendario, a las llamadas ciencias ocultas. La transmisión secreta. Pero a menudo, incluso las capas cultas son muy crédulas, deseosas de apariciones divinas, revelaciones, documentos antiquísimos, y Pausanias, el que tanto ha viajado, dice: «no es fácil convencer a la multitud de lo contrario de aquello en lo que ha estado creyendo»; lo que sigue siendo válido sin limitaciones, aunque las falsificaciones sean más raras y deban serlo por la fuerza, pero por otro lado lo suficientemente anacrónicas como para perdurar en las viejas religiones o revestirse de nuevas formas: espiritismo, teosofía, psicomorfismo, etc.<sup>33</sup>

En ciertas regiones de Oriente y del área mediterránea estaba muy extendida la idea de que Dios era el revelador y autor de las leyes transmitidas por vía oral o escrita, que eran muy antiguas e incluso habían surgido independientemente de todo cálculo racional, engaño o mentira. En cual-

quier caso no puede decirse ya que fuera una falsificación todo lo que en la Antigüedad se consideraba como documento divino, como la palabra de Dios, ni tampoco un engaño de los sacerdotes aun cuando, visto desde la perspectiva actual, así lo parezca o sea.<sup>34</sup>

En el antiguo Oriente los dioses se les aparecían a sus protegidos, hablaban y comían con ellos y su alocución en primera persona parecían realmente haberla vivido.

Conocemos multitud de ejemplos de Egipto, donde -según las creencias más antiguas- la fuerza Ka que actúa en todos los seres vivos, originalmente considerada como la potencia sexual del varón, alumbraba divinidades en el curso de la protohistoria (o concedía Ka a los dioses). A partir de estos dioses, surge de nuevo «dios» (*ntr*), ya en la época de los heracleopolitas; proceso al que también tiende la reforma de Amenofis IV (Akenatón 1364-1347 a. C; casado con Nefertiti), intentando hacer prevalecer el disco solar visible sobre los viejos «dioses» y eliminar a éstos.<sup>35</sup>

En Egipto se creía en los «dioses escribientes», en dios como autor en sentido literal; idea que presupone tanto una cultura de la escritura como un resto de pensamiento mítico. Los sacerdotes dotados de sabiduría aparecían como encarnación del dios Thot, lo que decían y escribían se consideraba como obra suya, algo que pone claramente de manifiesto el nombre egipcio de «tintero de Thot» (aunque con una imagen equívoca). Y ciertamente tampoco tiene nada que ver con la mentira cuando en la literatura mortuoria de los egipcios -que más que ningún otro pueblo tomaron precauciones para una vida más allá de la vida (aunque también conocieron el escepticismo frente a la creencia en el más allá)- se equivoque para al muerto con la divinidad, por así decirlo se le aproxima a su fuerza oradora; cuando con la democratización iniciada a finales del Imperio Antiguo espera, lo mismo que el rey, convertirse en Osiris, el protector de los muertos, y de este modo garantizar su vida en el otro mundo. O cuando se dice: «soy Aton», «soy Ra». Esto no era más que, en virtud de la llamada fórmula de identificación, en virtud de una usurpación mágica del dios, el intento de los egipcios de conseguir «a la vista de la muerte y partiendo de su afán de eternidad, el mejor camino para la propia duración» (Morenz). Era al mismo tiempo un «arma para defenderse del golpe de los acontecimientos» (precepto para Meri-Ka-Ra). O más banal, pero no por ello menos cierto, era el esfuerzo conocido en tantas religiones de comprar el propio provecho mediante veneración a los dioses.<sup>36</sup>

Sin embargo, también en Egipto pronto se dio la falsificación religiosa, alcanzando un gran impulso tras la muerte de Alejandro, con la penetración de las ideas orientales.

Se sobreentiende que es falsificación el engaño consciente y deseado,

*dolus malus*. Sin una intención de engañar y sin objetivos extraliterarios no se produce una falsificación. Puesto que allí donde no hay *intención* de engañar existe quizá el autoengaño, el delirio de inspiración o una auténtica conmoción religiosa, pero no un engaño, incluso aunque se engañe involuntariamente a otros. La falsificación exige una desorientación consciente y sigue tendencias situadas más allá de la estética y la literatura. Como Wolfgang Speyer supone y a menudo muestra, hay además de la falsificación «algo así como una "auténtica pseudoepigrafía religiosa"», que de vez en cuando él llama «pseudoepigrafía mítica», que tiene tan poco que ver con la falsificación (quizá) como la correlativa invención poética, que (quizá) es más autoengaño que mentira.<sup>37</sup>

Cierto es también que la auténtica pseudoepigrafía religiosa, mítica, como todo lo auténtico, puede imitarse y ser objeto de abusos. Lo mismo que desde hacía tiempo se escribía en nombre de los viejos maestros, también se hacía en nombre de la divinidad; «escribir en nombre propio era arrogancia y estaba en contra de los usos sagrados», y «especialmente los textos religiosos» encontraron «desde el principio y en medida creciente buena acogida y reconocimiento, aunque los filósofos hablaran de fábulas» (A. Meyer).<sup>38</sup>

Como pseudoepígrafes religiosos que bajo el nombre de dioses y figuras míticas se redactaron y circularon durante mucho tiempo, los investigadores citan los escritos de Quirón, Linos, Filomeno, Orfeo, Museo, Baquilides, Epiménides, Abaris, Aristeas, Timoites, las profetisas Femonoe, Vegoia y otras. Aparecían de forma indecorosa, por no decir cínica, nombres, autoridades y dioses, pero tal como dice en tono de burla el famoso retórico romano Quintiliano, no es fácil refutar aquello que no ha existido. Se crearon colecciones de oráculos, al reivindicar los oráculos una validez general, y se las atribuyó a famosos taumaturgos, lo mismo que más tarde, en el cristianismo, los tratados y colecciones de tratados de los apóstoles y de los santos.<sup>39</sup>

Hacía ya mucho tiempo que en la era precristiana se falsificaban los oráculos por razones políticas, lo mismo que se hizo en la era cristiana, como el falso oráculo de Alejandro de Abonuteco (Inopolis), fundado alrededor de 150 d. C. y que duró hasta mediados del siglo ni, del «profeta de las mentiras», como realmente podría llamarse a muchos, si no la mayoría, de los profetas; al parecer se utilizaron oráculos y signos milagrosos (se repite miles de veces *mutatis mutandis* en el cristianismo) para enardecer a los soldados, como hizo el famoso general tebano Epaminondas en la batalla de Leuctres (371), en la que aplicando el «orden de batalla oblicuo» inició una nueva era de la estrategia.

Y eso dejando a un lado que ya en el siglo v a. C. se acusara a Delfos, el más famoso de los oráculos griegos, de tomar partido político, que se pudieran sacar aquí a la luz casos de corrupción, sin que por ello se resin-

tiera especialmente la reputación de Delfos, que es así como suceden las cosas en los asuntos sagrados.<sup>40</sup>

Algunos críticos antiguos, como el cínico Oinomeo de Gadara, por ejemplo, consideraron a los oráculos en su conjunto como un engaño. También los paganos Sexto Empírico y Celso los criticaron, y Luciano los ridiculizó. Según los cristianos (la mayoría de ellos), que eliminaron los oráculos desde el siglo iv, en ellos hablaban los malos espíritus, de cuya existencia están (estaban), los cristianos, tan convencidos.<sup>41</sup>

Pero por mucha inventiva que tuvieran los *Graecia mendax*, les superaron los osados engaños de los judíos, lo mismo que a éstos después las falsificaciones de los cristianos, que hacen palidecer a todas las anteriores.

## FALSIFICACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO Y EN SU ENTORNO

«¡Sobre este barro, sobre este barro, gran Dios! ¡Si llevara mezcladas un par de pepitas de oro [...] Dios! ¡Dios! ¿En qué pueden basar los hombres una fe con la que puedan esperar ser felices eternamente?»  
GOTTHOLD EPHRAIM LESSING<sup>42</sup>

«La osadía más atrevida y de mayores consecuencia de este tipo fue atribuir al espíritu y al dictado de Dios todos los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y con ello hacer recaer así un pesado veredicto tanto sobre los textos sagrados como sobre la relación de Dios hacia ellos y sobre el modo de su voluntad y de sus actos.»

ARNOLD MEYER<sup>43</sup>

«En las luchas de religión todos acusaron a todos de falsificación.»  
«En comparación con las falsificaciones paganas, las judeocristianas destacan por su gran cantidad.»

WOLFGANG SPEYER<sup>44</sup>

## Las biblias del mundo y algunas peculiaridades de la Biblia cristiana

El «libro de los libros» de los cristianos es la Biblia. La traducción alemana *Bibel* aparece por vez primera en el poema moral «El corredor» del maestro de escuela de Bamberg y forjador de versos, Hugo de Trimberg (nacido hacia 1230, fue asimismo autor de una colección de fabulillas homiléticas, de unos doscientos almanaques hagiográficos, etc.). El término acuñado por Hugo deriva del latín *biblia*, que tiene a su vez origen en el neutro plural *tá biblia* (los libros).<sup>45</sup>

La Biblia es una escritura «sagrada» y textos, libros y escrituras sagradas forman, en la historia de las religiones, parte del oficio, del negocio, del cual depende estrechamente; y no sólo del monetario, sino también del político y, en última instancia, de cualquiera abrigado por el corazón humano.

Las biblias de la humanidad son, pues, numerosas: los tres *Veda* de la antigua India, por ejemplo, los cinco *ching*, libros canónicos de la religión imperial china, el *Siddhanta* del jainismo, el *Típitakam* del budismo therevada, el *Dharma* del budismo mahayama indio, el *Tripitakam* del budismo tibetano, el *Tao-té-ching* de los monjes taoístas, el *Avesta* del mazdaísmo persa, el *Corán* en el islam, el *Granth* de los sikh, el *Gima* del mandeísmo. Hubo gran cantidad de escrituras sagradas en los misterios helenísticos, a los que ya se hacía referencia en la época precristiana simplemente con la palabra «escritura», o con la fórmula «está escrito» o «como está escrito». En Egipto las escrituras sacras se remontan a las épocas más antiguas, citándose ya en el tercer milenio antes de Cristo un texto sagrado. *Palabras de Dios* (*mdw ntr*). ¿Y no ha desenterrado la moderna investigación las escrituras sagradas de tantas antiguas religiones? Pero incluso para la época moderna todavía es válido lo de que: sigue siendo fecundo el seno del que salieron... Así, en el siglo xix la campesina Nakayama Mikiko escribió el texto sagrado de la secta Tenrikyo fundada por ella misma, con 17 revelaciones (*0-fude-saki*, «de la punta del pincel») y «anotación de antiguas cosas» (*Go-Koki*); e incluso tras su

muerte reveló al carpintero Iburi, su discípulo y sucesor, los «preceptos» (*Osashizu*).<sup>46</sup>

Claro está que sabemos que la Biblia no es sólo un libro entre libros sino el libro de los libros. No es, por consiguiente, ningún libro que pueda equipararse a Platón o al Corán o a los viejos libros de la sabiduría india. No, la Biblia «está por encima de ellos; es única e irrepetible» (Alois Stiefvater). Dicho sea de paso: en la exclusividad insisten especialmente las religiones monoteístas (¡y *por eso* son precisamente, por así decirlo, *exclusivamente* intolerantes!). «Lo mismo que el mundo no puede existir sin viento, tampoco puede hacerlo sin Israel», afirma el Talmud. En el Corán se dice: «Tú nos has elegido de entre todos los pueblos [...] tú nos has elevado sobre todas las naciones [...]». Y también Lulero se jacta:

«Nosotros los cristianos somos más grandes y más que todas las criaturas [...]». En resumen, que la Biblia es algo especial, lo que entre otras cosas explica que la cristiandad no tuviera en sus primeros ciento cincuenta años ninguna «Sagrada Escritura» propia, y por ese motivo asimiló el libro sagrado de los judíos, el Antiguo Testamento, que según la fe católica precede «al Sol de Cristo» como «estrella matutina» (Nielen).<sup>47</sup>

El nombre de Antiguo Testamento (griego *diathéke*, alianza) procede de Pablo, que en 2 Cor. 3, 14 habla de la Vieja Alianza. La sinagoga, que naturalmente no reconoce ningún Nuevo Testamento, tampoco habla del Antiguo sino de Tenach (*fnak*), una palabra artificial formada por las iniciales de *torah*, *nebi'im* y *ketubim*: ley, profetas y (restantes) escritos. Se trata de los escritos del Antiguo Testamento, que tal como los transmitieron los hebreos son hasta la fecha las Sagradas Escrituras de los judíos. Los judíos palestinos no establecieron el *textus receptus* definitivo hasta el Sínodo de Jabne (Jamnia), entre los años 90 y 100 d. C., que son 24 libros, igual número que las letras del alfabeto hebreo. (Fueron las biblias<sup>^</sup> judías del siglo xv las primeras que procedieron a una división distinta y dieron lugar a 39 libros canónicos). En cualquier caso. Dios, al que remiten estas Sagradas Escrituras y del que proceden, necesitó más de un milenio para su recopilación y redacción definitiva; aunque no resulta un período tan largo si se tiene en cuenta que para él mil años son como un día.<sup>48</sup>

Lo singular de la biblia cristiana es que es que cada una de las distintas confesiones tiene también biblias distintas, que no coinciden en su conjunto y que lo *que* unos consideran sagrado a otros les parece sospechoso.

La Iglesia católica -que distingue entre escritos protocanónicos, es decir, que nunca se han discutido, y deuterocanónicos, cuya «inspiración» durante algún tiempo fue «puesta en duda» o se consideró incierta- posee un Antiguo Testamento mucho más amplio que el de los judíos, del que procede. Además del canon hebreo, recogió en sus Sagradas Escrituras<sup>^</sup>

ras otros títulos, en total (según el recuento del Tridentino en su sesión del 8 de abril de 1546, confirmado por el Vaticano I en 1879) 48 libros, es decir, además de los llamados deuterocanónicos: Tobías, Sabiduría, Eclesiástico, Baruch y cartas de Jeremías, Macabeos I y II, oración de Azarías, himno de los tres jóvenes en el horno, historia de Susana, historia de Bel y el dragón, Ester 10, 4-16, 24.

Por el contrario, el protestantismo, que otorga autoridad exclusivamente a los libros que aparecen en el canon hebreo, no considera como canónicos, como manifestados por Dios, los deuterocanónicos añadidos por el catolicismo, les concede escaso valor y los llama «apócrifos», o sea, que lo que los católicos llaman libros nunca tuvieron validez canónica. (Lulero, al delimitar lo que pertenecía al canon, se apoya en el «testimonio espiritual interior» o en el «parecer interno». El segundo libro de los Macabeos, por ejemplo, lo elimina porque le perturbaba el pasaje sobre el purgatorio, cuya existencia él negaba y que introdujo su contrincante Eck. Sobre ese mismo libro y también sobre el de Ester, opinaba que «tienen demasiados resabios judíos y paganos». No obstante, consideraba que los escritos deuterocanónicos eran «útiles y buenos para leer». De todas maneras no estaban inspirados por Dios; en cualquier caso menos que el «parecer interno» del reformador.) En el Sínodo de Jerusalén, la Iglesia griega tomó en 1672 la resolución de incluir entre la palabra divina otras cuatro obras que no aparecían en el canon normativo de Jabne -Sabiduría, Eclesiástico, Tobías, Judit-, con lo cual resultaba más exagerada que los protestantes pero no tanto como la Iglesia católica romana.<sup>49</sup>

Mucho más amplio que el Antiguo Testamento era el canon del judaísmo helenista, la Septuaginta (abreviada: LXX, la traducción de los 70 hombres, véase la carta de Aristeo). Fue elaborada para los judíos de la diáspora en Alejandría por diversos traductores en el siglo ni antes de Cristo, fue el libro de la revelación sagrada de los judíos de lengua griega, es la transcripción más antigua e importante del Antiguo Testamento al griego, la lengua universal de la época helenística, y como biblia oficial del judaísmo de la diáspora entró a formar parte de la sinagoga. La Septuaginta, sin embargo, recogió más escritos que el canon hebreo y más también de los que más tarde consideraron válidos los católicos. Con todo, las citas al Antiguo Testamento que aparecen en el Nuevo (con las alusiones 270 a 350) proceden en su mayoría de la Septuaginta y ésta constituyó para los Padres de la Iglesia, que la utilizaron con insistencia, el Antiguo Testamento, considerándola como las Sagradas Escrituras.<sup>50</sup>

## «Semblanzas del mundo femenino bíblico»

Entre las singularidades del Antiguo Testamento está la oposición más o menos fuerte que encontró desde siempre en el cristianismo, pues esta parte de la «palabra de Dios», que es la más amplia, no sólo rebosaba de una enorme crueldad guerrera sino que consagraba el engaño, la hipocresía, el asesinato a traición: por ejemplo las heroicidades de Pinna, que se introduce a hurtadillas en la tienda y atraviesa con una espada los genitales a una pareja de amantes; las acciones sanguinarias de Judit de Beulía, que entra en el campamento de los asirios y mata alevosamente al general Holofemes; el golpe mortal de Jael, que atrae amistosamente a Sisera, al capitán fugitivo del rey de Chazor, que se encuentra agotado, y le asesina por la espalda.<sup>51</sup>

Estos y otros actos similares cuentan con más de dos mil años. Y no sólo aparecen allí sino que se les justifica y se les ensalza a través de los tiempos. Todavía en el siglo xx el arzobispo cardenal de Munich y experto en el Antiguo Testamento, Michael Faulhaber, prior castrense del emperador, seguidor de Hitler y *post festum* luchador de la resistencia, elogia pomposamente «el acto de Judit», la acción de una mujer que, según dice él mismo, primero ha «mentido», después «ha tejido una red de mentiras conscientes» y finalmente «ha matado de modo alevoso a un durmiente». Sin embargo, «como guerrera del Altísimo, Judit se sentía depositaria de una misión divina [...]. La lucha por las murallas de Betulia era en última instancia una guerra de religión [...]».<sup>52</sup>

Pero si hay en juego algo «sagrado», los jerarcas consideran siempre válida cualquier acción diabólica, con tal de que vaya también en interés de la Iglesia, es decir, del suyo propio. En consecuencia, Friedrich Hebel, vehemente detractor del cristianismo («la raizjie toda\_ discordia», «el virus bariólico de la humanidad»), con su *Judith* (1840), que le hizo famoso, es descalificado por presentar sólo una «triste caricatura de la Judit bíblica». Otro poeta, en cambio, mereció un dictamen mucho más favorable por parte de ese mismo príncipe eclesiástico. Después de que Faulhaber recordara la proeza de Jahel con las palabras de la Biblia («y tomó así una estaca y cogió un martillo y se le acercó silenciosamente, colocó la estaca en su sien y le golpeó con el martillo, atravesando el cerebro hasta el suelo»), dice no obstante que esto es «indigno, pérfido, hipocresía y asesinato». Pero la Biblia glorifica a esta mujer como «heroína nacional» a través del himno de la profetisa y juez Débora. Y así lo celebra durante dos milenios todo el orbe católico y también su autor más famoso, Calderón, «en uno de sus autos sacramentales [...] dio a la juez Débora las figuras alegóricas de la prudencia y la justicia y a Jahel las otras dos virtudes cardinales, la templanza y la fortaleza [...]. Jahel, que destroza la cabeza de los enemigos de la revelación se convierte en proyección

de la Inmaculada, que según palabras de la Biblia latina aplasta la cabeza de la vieja serpiente. De ahí sus palabras mientras que destroza la cabeza de Sisara: "Muere, tirano, con estas armas que albergan un profundo secreto". Bajo las manos de Calderón, toda la historia de Débora se convierte en una pequeña doctrina mariana.<sup>53</sup>

¡Bonita expresión esa de la «pequeña doctrina mariana»! Al menos para quien sepa (pues la gran masa de los católicos no es la única en ignorarlo) que María no es sólo la Inmaculada, la casta, la reina, la dominadora triunfante de los impulsos, sino la sucesora en cabeza de Jano de su antigua predecesora, Istar, la Atenea virgen, la Artemisa virgen, también la gran diosa cristiana de la sangre y de la guerra; no sólo «nuestra amada Señora del Tilo», «del verde bosque» sino también del asesinato y de las masacres, desde comienzos de la Edad Media hasta la primera guerra mundial, donde Faulhaber publica el 1 de agosto de 1916, el «día de conmemoración de la madre de los Macabeos», en «edición de guerra», la tercera edición revisada de su *Charakterbilder der biblischen Frauenwelt* (Semblanzas del mundo femenino bíblico) para «llevar al mundo femenino alemán en sangrientos y graves días a los ejemplos todavía vivos de sabiduría bíblica, a las fuentes que todavía emanan fuerza espiritual, a altares aún flameantes de consuelo supraterranal». Pues las mujeres podrían «aprender mucha sabiduría de guerra» de estas mujeres bíblicas, «mucho sentido de valentía», «mucho espíritu de sacrificio». «Incluso en los días de guerra la palabra de Dios sigue siendo una luz en nuestro camino.» Y en sexta edición, el cardenal Faulhaber presenta sus *Semblanzas*, antes de la época hitleriana, en 1935 y ensalza a Débora como «una heroína de ardiente patriotismo», «que hace renacer en su pueblo la libertad y una nueva vida nacional».<sup>54</sup>

### **«Sobre este barro, sobre este barro [...]:            ^ Oposición al Antiguo Testamento en la Antigüedad y en la época moderna**

Habría que hacer alusión a esto *-pars pro foto!*—, pues los *Faulhabers* son legión y con su demagogia criminal llevan su correspondiente parte de culpa en esta cruel historia. En el siglo II, cuando los cristianos no se ejercitaban todavía en la guerra como habrían de hacer de modo permanente poco más tarde, entre ellos había quizá más adversarios del Antiguo Testamento que defensores. Y ninguno de ellos vio más clara **su** incompatibilidad con la doctrina del Jesús bíblico que el «hereje» Marción, al menos ninguno sacó de ello consecuencias y con tal éxito. En sus *Antítesis* (perdidas) mostraba las contradicciones y elaboró el primer canon de escritos cristianos, basándose en el evangelio de Lucas, el de menor influencia hebrea, y en las cartas de Pablo.<sup>55</sup>

Diecisiete, dieciocho siglos después, los teólogos entretejen coronas de alabanza hacia el proscrito, desde Hamack a Nigg; el teólogo Overbeck, amigo de Nietzsche (¡«el Dios del cristianismo es el Dios del Antiguo Testamento»!) hace constar que ha entendido correctamente este Testamento; para el teólogo católico Buonaiuti «es el más denonado y perspicaz enemigo» de la «ortodoxia eclesiástica».<sup>56</sup>

Precisamente han sido los círculos «herejes» los que han combatido el Antiguo Testamento. Muchos gnósticos cristianos lo condenan de manera global. Doscientos años después, también al apóstol visigodo Wulfila, un arriano de sentimientos pacifistas, le escandalizaba el contraste entre Yahveh y Jesús. En su versión de la biblia al gótico, realizada alrededor del año 370 y que es el monumento literario alemán más antiguo, el obispo no tradujo los libros de historia del Antiguo Testamento.

Después del siglo de la Ilustración, arreciaron de nuevo las críticas.

El perspicaz Lessing, que considera también precarios los fundamentos históricos del cristianismo, exclama a la vista del viejo libro de los juicios: «¡Sobre este barro, sobre este barro, gran Dios! ¡Si llevara mezcla, das un par de pepitas de oro [...] Dios! ¡Dios! ¿En qué pueden basar los nombres una fe con la que puedan confiar en ser felices eternamente?».<sup>57</sup>

Con mayor apasionamiento flagela Percy Bysshe Shelley (1792-1822) «todo el desdén hacia la verdad y el menosprecio de las leyes morales elementales», la «inaudita blasfemia de afirmar que el Dios Todopoderoso había ordenado expresamente a Moisés atacar a un pueblo indefenso y debido a sus distintas creencias aniquilar por completo a todos los seres vivos, asesinar a sangre fría a todos los niños y a los hombres desarmados, degollar a los prisioneros, despedazar a las mujeres casadas y respetar sólo a las muchachas jóvenes para comercio camal y violación».<sup>58</sup>

Mark Twain (1835-1910) no podía por menos de comentar cáusticamente: «El Antiguo Testamento se ocupa esencialmente de sangre y sensualidad; el Nuevo de la salvación, de la redención. La redención mediante el fuego».<sup>59</sup>

También los teólogos han rechazado el Antiguo Testamento como fundamento de vida y de doctrina, entre ellos algunos tan renombrados como Schieiermacher o Hamack, que se opuso vivamente a que este libro «se conservara como documento canónico en el protestantismo [...]. Hay que hacer tabla rasa y honrar a la verdad en el culto y la enseñanza, este es el acto de valentía que se exige hoy -ya casi demasiado tarde- al protestantismo». Pero de qué serviría: se seguiría engañando a las masas confel Nuevo Testamento y los dogmas.<sup>60</sup>

Pero el *Wörterbuch christlicher Ethik* católico de la Herderbücherei sigue encontrando en 1975 «las raíces del *ethos* del Antiguo Testamento» en «la decisiva atención personal» de Yahveh «al mundo y al hombre»,

encuentra en el Antiguo Testamento «fundamentalmente ya la defensa de aquello que llamamos los derechos humanos. Detrás de su *humanum* está Yahveh con todo su peso divino» (Deissier).<sup>61</sup>

## Los cinco libros de Moisés, que Moisés no ha escrito

El Antiguo Testamento es una selección bastante aleatoria y muy fragmentaria de lo que quedó de la transmisión. La propia Biblia cita los títulos de 19 obras que se han perdido, entre ellas *El libro de los buenos*, *El libro de las guerras de Yahveh*, el *Escrito del profeta Iddo*. Sin embargo, los investigadores creen que hubo muchos otros textos bíblicos de los que no nos ha quedado ni el título. ¿Han sido también santos, inspirados y divinos?<sup>62</sup>

En cualquier caso quedó suficiente, más que suficiente.

Sobre todo de los llamados cinco libros de Moisés, presuntamente los más antiguos y venerables, o sea, la Tora, el Pentateuco (griego *pentáteuchos*, el libro «que contiene cinco», porque consta de cinco rollos), un calificativo aplicado alrededor del 200 d. C. por escritores gnósticos y cristianos. Hasta el siglo xvi se creía unánimemente que estos textos eran los más antiguos del Antiguo Testamento y que se contarían por tanto entre los primeros. Eso es algo que no puede ya ni plantearse. También el Génesis, el primer libro, se encuentra sin motivo a la cabeza de esta colección. Y aunque todavía en el siglo xix renombrados bibliólogos creían poder reconstruir un «arquetipo» de la Biblia, un auténtico texto original, se ha abandonado ya esa opinión. O todavía peor, «es muy probable que nunca haya existido tal texto original» (Comfeld/Botterweck).<sup>63</sup>

El Antiguo Testamento se transmitió (en su mayor parte) de manera anónima, pero el Pentateuco se atribuye a Moisés y las Iglesias cristianas proclamaron su autoría hasta el siglo xx. Mientras que los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob, los primeros padres israelitas, debieron de vivir entre los siglos xxi y xv a. C., o entre 2000 y 1700, si es que vivieron, Moisés -«todo un mariscal, pero en el fondo de su ser con una rica vida afectiva» (cardenal Faulhaber)- debió de hacerlo en el siglo xiv o xn a. C., si es que también vivió.<sup>64</sup>

En cualquier caso, en ninguna parte fuera de la Biblia se «documenta» la existencia de estas venerables figuras (y otras más recientes). No hay ninguna prueba de su existencia. En ningún lugar han dejado huellas históricas; ni en piedra, bronce, rollos de papiro, ni tampoco en tablillas o cilindros de arcilla, y eso que son más recientes que, por ejemplo, muchos de los soberanos egipcios históricamente documentados en forma de las famosas sepulturas, los jeroglíficos o los textos cuneiformes, en suma, auténticas fes de vida. Por lo tanto, escribe Ernest Garden, «o bien

se ve uno tentado a negar la existencia de las grandes figuras de la Biblia o, en caso de desear admitir la historicidad, aun a falta de material demostrativo, supone que su vida y su tiempo transcurrieron del modo como lo describe la Biblia, cuya redacción última procede del material de cuentos y leyendas orientales que circularon durante muchas generaciones».<sup>65</sup>

Para el judaísmo, Moisés es la figura más importante del Antiguo Testamento; le cita 750 veces como legislador, el Nuevo Testamento lo hace 80 veces. Sucedió que poco a poco fueron manejándose todas las leyes como si Moisés las hubiera recibido en el Sinaí. De este modo adquirió para Israel una «importancia trascendental» (Brockington). Cada vez se le glorificó más. Se le consideraba como el autor inspirado del Pentateuco. Se le atribuía a él, el asesino (de un egipcio porque éste había golpeado a un hebreo), incluso una preexistencia. Se le convirtió en el precursor del Mesías y al Mesías en un segundo Moisés. Surgieron multitud de leyendas acerca de él, en el siglo i a. C. una novela de Moisés y también multitud de representaciones artísticas. Pero no se conoce la tumba de Moisés. Los profetas del Antiguo Testamento le citan cinco veces. ¡Ezequiel no le menciona jamás! Y no obstante, estos profetas evocan la época de Moisés, pero no a él. En sus proclamas eticorreligiosas nunca se apoyan en él. Tampoco el papiro Salí 124 «tiene testimonio de ningún Moisés» (Comelius). Tampoco la arqueología da ninguna señal de Moisés. Las inscripciones siriopalestinas le citan en tan escasa medida como los textos cuneiformes o los textos jeroglíficos y hieráticos. Herodoí (siglo v a. C.) no sabe nada de Moisés. En suma, no hay ninguna prueba no israelita sobre Moisés, nuestra única fuente sobre su existencia es -como en el caso de Jesús- la Biblia.<sup>66</sup>

Pero ya hubo algunos que en la Antigüedad y en la Edad Media dudaron de la unidad y la autoría de Moisés en el Pentateuco. Difícilmente se creía que el propio Moisés hubiera podido informar sobre su propia muerte, «una cuestión casi tan extraordinaria», se mofa Shelley, «como describir la creación del mundo». Se descubrieron también otros datos «postmosaicos» (I Mos. 12, 6, y 36, 31, entre otros). Con todo, una crítica profunda sólo procedía de los «herejes» cristianos. Sin embargo, ya la Iglesia primitiva no veía ninguna contradicción en el Antiguo Testamento ni a Jesús y los Apóstoles opuestos a él.<sup>67</sup>

En la época moderna A. (Bodenstein von) Karistadt fue uno de los primeros en los que se despertaron ciertas dudas al leer la Biblia (1520); algunas más se le plantearon al holandés A. Masius, un jurista católico (1574). Pero si éstos, y poco después los jesuitas B. Pereira y J. Bonfrère, sólo declararon como postmosaicos algunas citas y continuaron considerando a Moisés como autor de la totalidad, el filósofo inglés Thomas Hobbes declaró mosaicos algunos párrafos del Pentateuco, pero postmo-

saica la totalidad de la obra (Leviañhan, 1651). Más allá fue algo más tarde, en 1655, el escritor reformado francés I. de Peyrére. Y en 1670, en su *Tractatus theologico-politicus*, Spinoza lo negó para la totalidad.<sup>68</sup>

En el siglo xx, algunos estudiosos de la religión, entre ellos Eduard Meyer («no es misión de la investigación histórica inventar novelas») y la escuela del erudito pragués Danek, han puesto en duda la existencia histórica del propio Moisés, pero sus adversarios han rechazado tal hipótesis.

Es curioso que incluso las cabezas más preclaras, los mayores escépticos, científicos bajo cuya denodada intervención se van desgranando las fuentes de material, que van haciendo una tras otra sustracciones críticas de la Biblia de modo que apenas queda espacio para la figura de Moisés, ni en primer plano ni en el fondo ni entre medio, incluso estos incorruptibles vuelven a presentar después como por arte de prestidigitación a Moisés en toda su grandeza, como la figura dominante de toda la historia israelita. Aunque todo alrededor suyo sea demasiado colorista o demasiado oscuro, el propio héroe no puede ser ficticio. Por mucho que la crítica a las fuentes haya recortado el valor histórico de estos libros, lo haya reducido, casi anulado, «queda un amplio campo (!) de lo posible [...]» (Jaspers). ¡No es de extrañar, entonces, que entre los conservadores Moisés goce de mayor importancia que en la Biblia!<sup>69</sup>

En resumidas cuentas: después de Auschwitz, la teología cristiana vuelve a congraciarse con los judíos. «Hoy de nuevo es posible una idea más positiva del antiguo Israel y de su religión.» No obstante, Moisés sigue siendo «un problema» para los investigadores, «no hay ninguna luz que ilumine de pleno su figura» y las correspondientes tradiciones quedan «fuera de la capacidad de control histórico» (*Bibl.-Hist. Handwörterbuch*). Aunque estos eruditos se niegan con fuerza a «reducir a Moisés a una figura nebulosa, conocida sólo por las leyendas», deben admitir al mismo tiempo que «el propio Moisés queda desvaído». Escriben que «la unicidad del suceso del Sinaí no puede negarse» y añaden acto seguido «aunque la demostración histórica sea difícil». Encuentran en los «relatos sobre Moisés un considerable fondo histórico», y algunos párrafos más adelante afirman que este fondo «no puede demostrarse con hechos», que «no se puede testimoniar mediante hechos históricos» (Comfeld/Botterweck).<sup>70</sup>

Éste es el método que siguen los que no niegan sin más la evidencia misma, pero tampoco quieren que todo se desplome con estrépito. ¡Eso no!

Para M. A. Beek, por ejemplo, no hay duda de que los patriarcas son «figuras históricas». Si bien sólo los ve «sobre un fondo semioscuro», les considera «seres humanos de gran importancia». Él mismo admite: «Hasta la fecha no se ha logrado demostrar documentalmente la figura de Jo-

sué en la literatura egipcia». Añade que, fuera de la Biblia, no conoce «ni un único documento que contenga una referencia a Moisés clara e históricamente fiable». Y continúa que, volviendo a prescindir de la Biblia, «no se conoce ninguna fuente sobre la expulsión de Egipto». «La abundante literatura de los historiadores egipcios silencia con una preocupante obstinación sucesos que debieron impresionar profundamente a los egipcios, si el relato del Éxodo se basa en hechos.»

Beek se sorprende también de que el Antiguo Testamento rechace «curiosamente todo dato que haría posible una fijación cronológica de la partida de Egipto. No vemos el nombre del faraón que Josué conoció, ni el del que oprimió a Israel. Esto resulta tanto más asombroso por cuanto que la Biblia conserva muchos otros nombres egipcios de personas, lugares y cargos [...]. Todavía más sospechoso que la falta de puntos de referencia cronológicos en el AT es el hecho de que en ninguno de los textos egipcios conocidos se cita una catástrofe que afectara a un faraón y a su ejército mientras perseguían a los semitas en fuga. Puesto que los documentos históricos tienen abundantísimo material sobre la época en cuestión, sería de esperar al menos alguna alusión. No se puede despachar el silencio de los documentos egipcios con la observación de que los historiadores de la corte no suelen hablar de las derrotas, puesto que los sucesos descritos en la Biblia son demasiado decisivos como para que los historiadores egipcios hubieran podido pasarlos por alto». «Es realmente curioso -sigue diciendo este erudito- que no se conozca ninguna tumba de Moisés.» Así, «la única prueba de la verdad histórica de Moisés» es para él (igual que para el *Moisés* de Elias Auerbach) «la mención de un biznieto en una época posterior». Pero mala suerte también con la única «prueba» pues la cita decisiva (Ri 18, 30) es «insegura y poco clara, porque en lugar de *Moisés* se podría leer también *Manasse*». Título «Moisés el Libertador». <sup>71</sup>

«Y Moisés tenía ciento veinte años cuando murió», relata la Biblia, aunque sus ojos «no se habían debilitado y sus fuerzas no habían disminuido» y el propio Dios le enterró y «nadie sabe hasta la fecha cuál es su tumba».

Un fin bastante raro. Según Goethe, Moisés se suicidó y según Freud su propio pueblo le mató. Las disputas no eran raras, con todos, con unos concretos, con Aaron, con Mirjam. Pero como siempre, el cierre del quinto y último libro recuerda significativamente «los actos de horror que Moisés cometió ante los ojos de todo Israel». <sup>72</sup>

Todo personaje entra siempre en la historia gracias a las grandes hazañas terroríficas, y ello es así prescindiendo, incluso, de si vivió o no realmente.

Pero haya sido como sea en el caso de Moisés, acerca de su significado la investigación está dividida.

Lo único que hoy está claro, como ya lo vio Spinoza, es que los cinco libros de Moisés, que le atribuyen directamente la palabra infalible de Dios, no proceden de él; es el resultado coincidente de los investigadores. Naturalmente, sigue habiendo suficiente gente de la casta de Alois Stiefvater y suficientes trataditos del tipo de su *Schlag-Wörter-Buch für katholische Christen*, que siguen engañando (así lo pretenden) a la masa de creyentes haciéndoles creer sobre los cinco libros de Moisés, que «aunque no todos (!) han sido directamente (!) escritos por él, se deben a él». (Cuántos y cuáles ha escrito directamente no se atreven a decirlo Stiefvater y sus cómplices.) Lo que sigue estando cierto es que las leyes que se consideraron como escritas por la propia mano de Moisés o incluso que se atribuían al «dedo de Dios», son naturalmente igual de falsas. (Por otra parte, aunque el propio Dios escribe la ley en dos tablas de piedra -«preparadas por Dios y la escritura era la letra de Dios, grabada en las tablas»-. Moisés tuvo tan poco respeto de ellas que en su [santa] ira las destruyó contra el becerro de oro.)<sup>73</sup>

También está claro que a la escritura de estos cinco libros les precedió una transmisión oral de muchos siglos, con constantes cambios. Y después fueron los redactores, los autores, los recopiladores bíblicos quienes participaron a lo largo de muchas generaciones en la redacción de los escritos de «Moisés», lo que se refleja en los distintos estilos. Parece así una recopilación de materiales distintos, como por ejemplo todo el libro cuarto. Surgió de este modo una colección sumamente difusa, falta de sistemática, rebosante de motivos de leyendas ampliamente difundidas, de mitos etiológicos y folclorísticos, de contradicciones y duplicaciones (que por sí solas ya excluyen la redacción por parte de un único autor). Se añaden a todo eso multitud de opiniones heterogéneas que han ido desarrollándose de un modo paulatino, incluso en las cuestiones más importantes. Así la idea de la resurrección surge muy poco a poco en el Antiguo Testamento, y en los libros Eclesiástico, Eclesiastés y Proverbios falta cualquier testimonio de unas creencias en la resurrección. Además, los escribas y recopiladores constantemente han modificado, corregido, falseado. Los textos adquirirían cada vez nuevas ampliaciones secundarias. Y estos procesos se prolongaron durante épocas enteras. El Decálogo (los diez mandamientos), que Lulero consideraba la encamación suprema del Antiguo Testamento, procede en su forma más antigua quizá de comienzos de la época de los reyes. Muchas partes del Pentateuco que debió de redactar el hombre que vivió -si es que vivió- en los siglos xiv o xiii a. C., no menos de 60 capítulos del segundo, del tercero y del cuarto libros, no las produjeron o recopilaron sacerdotes judíos hasta el siglo v. Así, la redacción final de los libros adjudicados a Moisés -cito al jesuita Norbert Lohfink- «se produjo unos setecientos años después». Y la composición de todos los libros del Antiguo Testamento -cito al católi-

co Otto Stegmüller- se prolongó «por un período de aproximadamente 1.200 años».<sup>74</sup>

La investigación sobre el Antiguo Testamento hace mucho que ha alcanzado unas dimensiones enormes y no podemos contemplar aquí -ahorrando mucho al lector (y más a mí)- el laberinto de métodos e hipótesis: las antiguas hipótesis documentales del siglo xvm, las hipótesis de los fragmentos, complementos, cristalización y, la más reciente, documental, la importante diferenciación de un primer eiohista, un segundo eiohista, un yahvista (H. Hupfeid, 1835), el método histórico formal (H. Gunkel, 1901), las diversas teorías sobre las fuentes, la teoría de dos, tres, cuatro fuentes, las fuentes escritas del «jahvista» (J), del «eiohista» (E), del «escrito de los sacerdotes» (P), del «Deuteronomio» (D), del «escrito» combinado, no podemos perdemos en todas los hilos del relato, las tradiciones, la pléthora de adiciones, complementos, inclusiones, anexos, proliferaciones, modificaciones en la redacción, en el problema de las variantes, las versiones paralelas, las duplicaciones, en suma, la ingente ampliación «secundaria», la historia y la crítica de los textos. No podemos discutir los motivos para la ampliación del Pentateuco a un Hexateuco, Heptateuco o incluso Octateuco, o bien su limitación a un Tetrateuco, por muy interesante que esto sea dentro del contexto de nuestra temática.

Una simple visión somera de los comentarios críticos, como las explicaciones de Martín Noth a los libros mosaicos, mostrará al lector cómo casi desde todos lados se trata de aditores, redactores, recopiladores, de adiciones, ampliaciones, aportes posteriores, combinaciones, de distintos estadios de la incorporación, modificación, etc., una pieza antigua, más antigua, una bastante reciente, como se llama a menudo de modo secundario, quizá secundario, probablemente secundario, seguramente secundario. La palabra secundario aparece aquí en todas las asociaciones imaginables, parece ser una palabra clave, e incluso yo quisiera afirmar aquí, sin haber realizado un análisis exacto de su frecuencia: probablemente no habrá ninguna otra palabra que aparezca con mayor asiduidad en todas estas investigaciones de Noth. Y su obra está ahí para muchos. Recientemente Hans-Joachim Kraus ha escrito *Geschichte der historisch-kritischen Erforschung des Alten Testaments*. Innovador y adelantado para el siglo xix fue en especial W. M. L. de Wette (fallecido en 1849) que percibió los múltiples relatos y tradiciones de estos libros y consideró a «David», «Moisés», «Salomón», no como «autores» sino como símbolos nominales, como «nombres colectivos».<sup>75</sup>

Debido al inmenso trabajo de eruditos en el curso del siglo xix y de la resultante destrucción sistemática de la historia sagrada bíblica, el papa León XIII intentó entorpecer la libertad de la investigación mediante su encíclica *Providentissimus Deus* (1893). Se abrió una contraofensiva y bajo su sucesor Pío X, en un decreto. *De mosaica authentia Pentateuchi*,

del 27 de junio de 1906, se consideró a Moisés como autor inspirado. Aunque el 16 de enero de 1948 el secretario de la comisión bíblica papal declaró en una respuesta oficial al cardenal Suhard, que las decisiones de la comisión «no se contradicen con un verdadero análisis científico posterior de estas cuestiones [...]», en el catolicismo romano «verdadero» significa *siempre*: en el sentido del *catolicismo romano*. Ha de entenderse en la misma línea la exhortación final: «Por eso invitamos a los eruditos católicos a estudiar estos problemas desde un punto de vista imparcial, a la luz de una crítica sana [...]». Y «desde un punto de vista imparcial» significa: desde un punto de vista parcial para los intereses *del papado*. Y con la «crítica sana» no se pretende decir otra cosa que una crítica *a favor de Roma*.<sup>16</sup>

El análisis histórico-científico de los escritos del Antiguo Testamento no proporcionó ciertamente un veredicto seguro sobre cuándo surgieron los textos, si bien en algunas partes, como por ejemplo en la literatura profética, la seguridad acerca de su antigüedad es mayor que en otras, como la lírica religiosa, o cuando se trata de la edad de las leyes, en las que existe una menor certeza. Pero la investigación histórico-religiosa con respecto al Tetrateuco (Moisés 1-4) y la obra histórica deuteronomíca (Moisés 5, Josuá, Jueces, libros de Samuel y de los Reyes) habla con toda razón de «obras épicas», «relatos mitológicos», «leyendas», «mitos» (Nielsen).<sup>77</sup>

La confusión que reina lo demuestra, por aludir sólo a este aspecto, la abundancia de repeticiones: un doble relato de la creación, una doble genealogía de Adán, un doble diluvio universal (respecto al cual en una versión la crecida amaina después de 150 días, según otra, dura un año y diez días y según otra, después de llover cuarenta días a los que se suman otras tres semanas), en el que Noé -contaba entonces 600 años-, según el Génesis 7, 2, se llevó en el Arca siete parejas de animales puros y una de impuros y según el Génesis 6, 19, y 7, 16, fueron una pareja de animales puros e impuros; pero nos ocuparía mucho contar todas las contradicciones, inexactitudes, desviaciones con respecto a un libro inspirado por Dios, en el que hay un total de 250.000 variantes de texto. Además, los cinco libros de Moisés conocen un doble Decálogo, una legislación que se repite sobre los esclavos, el Passah, el empréstito, una doble sobre el Sabbat, dos veces se relata la entrada de Noé en el Arca, dos veces la expulsión de Hagar por Abraham, dos veces el milagro del maná y de las codornices, la elección de Moisés; tres veces se trata de los pecados contra el cuerpo y la vida, cinco veces del catálogo de fiestas, hay al menos cinco legislaciones sobre los decimos, etc.<sup>78</sup>

## Otras falsificaciones en el Antiguo Testamento<sup>^</sup> (y en su entorno)

Sucede algo análogo a lo del Pentateuco con lo que las Sagradas Escrituras endosan a David y su hijo Salomón. Ambos debieron vivir, reinar y componer alrededor del año 1000, pero sus presuntas obras son por<sup>^</sup> lo general varios siglos más recientes.

La tradición judaica y cristiana de la Biblia atribuye al rey David todo el Salterio, el libro de los salmos, en total 150 salmos. Con toda probabilidad ni uno solo procede de él. Sin embargo, según la Biblia David los ha escrito.<sup>^</sup>

Pero hay métodos para hacer la cuestión más comprensible. De este<sup>^</sup> modo, una *Sachkunde zur Biblischen Geschichte*, y bajo el lema de «David como cantor», describe de manera relativamente prolija al «tañedor de arpa» de aquel tiempo. Esto implica la autoría real en igual medida que la afirmación de M. A. Beek de que la tradición, que introduce a David en la historia como poeta de salmos, tiene «seguramente un fonder histórico», sobre todo si consideramos la aseveración de Beek pocas líneas antes, de «que fuera de la Biblia no conocemos ningún texto que; arroje luz sobre el reinado de David o sólo que cite su nombre». ¡Lo que recuerda mucho al Moisés histórico de Beek! De David sabe: «David tocaba un instrumento de cuerda que podría denominarse más una, lira que un arpa. La ilustración de tal lira se encuentra en un recipiente fabricado alrededor del año 1000 a. C. [...]».<sup>79</sup>

Pues bien, si alrededor del año 1000 había una lira, si hasta se la pudo • representar, ¿por qué no pudo David tenerla, tocarla y -entre sus incursiones, degollamientos y acciones relativas al corte de los prepucios y a la calcinación en hornos- haber redactado el libro bíblico? ¡La conclusión parece casi obligada! Sobre todo porque David aparece realmente en el Antiguo Testamento como poeta y músico, en concreto en los dos libros de su contemporáneo, el profeta y juez Samuel, un testigo ocular y a al mismo tiempo auricular. De todos modos, como señala la investigación, los libros «de Samuel» aparecieron como muy pronto cien años, y como muy tarde cuatrocientos, después de la muerte de Samuel, lo mismo que muchos de los salmos de «David» no lo hicieron a menudo hasta a la época del segundo templo (después de 516 a. C.), más de medio milenio después de la muerte de David. Los salmos recopilados se fueron completando constantemente, redactando, falseando (todos los títulos, entre otros). La selección de recopilaciones puede haber durado hasta el siglo II a. C. No se excluye que todavía se hicieran incorporaciones en el siglo I después de Cristo.<sup>80</sup>

Se pretende en cambio que aquella interpretación, radicalmente distinta, de los acordes celestiales de la corte real en tomo al año 1000, la

que dan tres mil años después -y no sin sólida base en el texto bíblico- algunos poetas alemanes como Rilke, colegas, pues, de David, no es otra cosa sino puro sexismo. Pues uno de estos poetas afirma sin ambages que fue el «trasero» de David, más que su música, lo que «alivió» al rey Saúl.<sup>81</sup>

Lo mismo que de David, el «perro sanguinario», se hizo el «amable salmista», lo mismo de su hijo (engendrado por Betsabé, a cuyo marido hizo David matar) el «sabio rey Salomón», por lo que se ha vuelto famoso: el creador de cantos religiosos. Pero si alguna vez Salomón desarrolló actividad literaria es algo totalmente indemostrable. Lo que es seguro, por el contrario, es que mediante un golpe de estado, aliado con su madre, con el sacerdote Sadok, el profeta Natán y el general Benaías se apoderó del trono, que a una parte de sus adversarios los ejecutó, a otros los desterró, que exigió a sus subditos impuestos muy altos y prestación forzada de trabajos, lo que condujo a una insatisfacción creciente y una decadencia general mientras que, según la Biblia, debía satisfacer a 700 esposas principales y 300 concubinas («y sus mujeres extraviaron su corazón»: I Reyes 2, 3), lo que en el mejor de los casos no permite deducir precisamente una gran producción *literaria*.<sup>\*2</sup>

Pero las Sagradas Escrituras le adjudican tres libros: las *Predicaciones de Salomón*, los *Juicios de Salomón*, la *Sabiduría de Salomón*. «Creo que en su mayor parte esto es un engaño premeditado y que también lo fue en su día» (S. B. Frost).<sup>83</sup>

El libro *Predicaciones de Salomón o Eclesiastés* (en hebreo *Kohelet*) afirma expresamente, repetir «las palabras del predicador, del hijo de David, del rey de Jerusalén», y antes se consideró a Salomón en general como su autor. Sólo por eso, la obra tanto tiempo discutida entró a formar parte de la Biblia. Pero al auténtico autor no se le conoce, ni su nombre, ni cuándo vivió. Lo cierto es sólo que -como lo puso por primera vez en claro H. Grotius en 1644- Salomón no lo ha escrito, a quien lo pretende atribuir el primer verso. Por el lenguaje, el espíritu y las reticencias parece más bien una obra surgida en el siglo m a. C. de la filosofía estoica y epicúrea, de las influencias del entorno y la época helenista. Y no hay ningún otro libro de la Biblia que sea tan inconformista, tan fatalista, que evoque con tanta insistencia la vanidad de lo terreno: «vanidad de vanidades y todo es vanidad», riqueza, sabiduría, todo «bajo el Sol». Un libro que no cesa de lamentarse de la brevedad de la vida, sus desengaños, en el que el propio Dios se alza nebuloso en su trono en la lejanía. No resulta por lo tanto extraño que varias veces se le haya falseado, se le haya modificado, que su canonicidad no quedara afianzada de modo definitivo hasta el 96 d. C. Una impresionante falsificación judía en todo caso, el *Cantar de los cantares de los escépticos*, que no conoce ninguna resurrección y en cuyos últimos versos siempre me siento (inútilmente) alu-

dido: «Y sobre todo, hijo mío, cuidado, pues en el hacer libros no hay final y mucho estudiar agota el cuerpo». Ergo: «Disfruta de la vida con tu mujer, a la que amas [...], pues con los muertos hacia los que vas no hay hacer ni pensar, ni conocimiento ni sabiduría». (Que nadie diga que en la Biblia no hay nada que valga la pena leer.)<sup>84</sup>

Tras la redacción de los libros de los reyes. Salomón redactó también tres mil sentencias y mil cinco -según otras fuentes cinco mil- canciones: «[...] de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece del muro. Escribió también de los animales de la tierra, de las aves, de los gusanos y de los peces». Por eso, el libro de las *Proverbios* se le atribuyó durante mucho tiempo a Salomón. Los capítulos 1 a 9 se engloban hoy bajo el título de Sentencias de Salomón en la Biblia, y también los capítulos 25 a 29 se consideran «sentencias de Salomón». Pero en realidad, la estructura del libro delata diversos autores que lo han redactado en épocas diferentes, los capítulos 1 a 9 después del siglo v. En total, la aparición de las sentencias se extiende durante toda la época del Antiguo Testamento, pudiéndose haber producido la recopilación definitiva alrededor del 200 a. C.<sup>85</sup>

También la *Sabiduría de Salomón*, no sólo admirada por los primeros cristianos, se consideró obra suya, sobre todo porque el autor se nombra expresamente Salomón y rey elegido del pueblo de Dios, y se consideró un libro profético e inspirado. Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, san Hipólito atestiguan su canonicidad, lo mismo que san Cipriano, que lo cita repetidas veces como Santa Escritura. La mayoría de los exégetas antiguos así lo creen. Y aunque un hombre como Jerónimo fue más crítico, siguió admitiendo la lectura oficial. A fin de cuentas, el libro sigue marcando la Biblia de la Iglesia papal.

Pero en realidad la *Sabiduría de Salomón* es (casi) un milenio más reciente que Salomón, la lengua original de la falsificación fue el griego clásico, el autor (muchos críticos admiten dos) vivió en Egipto, probablemente en la ciudad helenista de los sabios, Alejandría, y escribió su obra, que pone en labios de los (presuntamente) más sabios de los israelitas, en el siglo i antes o después de Cristo. La influencia de esta falsificación fue muy grande.<sup>86</sup>

A Salomón se le añaden dos «apócrifos» más recientes. Uno los *Salmos de Salomón*, redescubiertos en el siglo xvii. Aunque no se le menciona por su nombre en ninguno de los 18 salmos, se le atribuyen al famoso rey por cuestión de prestigio, para llamar la atención y conseguir la conservación de la obra, un punto de contacto con el salterio canónico atribuido a David, cuya forma también se imita (mal). Redactados por de pronto en hebreo, los salmos proceden de uno o varios judíos ortodoxos y con toda seguridad de mediados del siglo i a. C.

Las *Odas de Salomón*, una colección de 42 canciones, legadas en sir

rio (menos la oda 2), aunque escritas originalmente en griego, proceden de círculos cristianos del siglo u, sin que se haya averiguado el lugar donde se redactaron. Es evidente que para dar tintes de verosimilitud a su obra, el autor ha recurrido al *parallelismus membrorum* de la poesía hebrea. Curiosamente, esta falsificación es la colección de himnos cristianos más antigua que conocemos. «Las canciones, que finalizan siempre con "Aleluya", sirven de exultante alabanza a Dios» (Nauck).<sup>87</sup>

Además de los libros del Antiguo Testamento injustamente atribuidos a Moisés, David y Salomón, otras partes anteriores -Jueces, Reyes, Crónica, etc.- son también productos de época muy posterior y anónimos y se les ha recopilado de modo definitivo mucho después de los sucesos que relatan.

Al libro de Josué, que el Talmud, muchos Padres de la Iglesia y autores más recientes adscriben al propio Josué, muchos investigadores de la Biblia le niegan cualquier verosimilitud histórica. Pero incluso para quienes lo contemplan con benevolencia «debe utilizarse sólo con prudencia [...]» como fuente histórica (Hentschke). Con evidencia excesiva se compone de multitud de leyendas, mitos y transmisiones locales que se completan en distintas épocas, se ligan arbitrariamente y se relacionan con Josué, del que ya Calvino dedujo que no podía haber escrito el libro. La redacción definitiva procede del siglo vi a. C., de la época del exilio en Babilonia (que según la Biblia duró unas veces 67, otras 73 y otras 49 años). De manera análoga, los libros de Salomón deben su aparición a una transmisión dispersa, a muy diversas tradiciones y círculos, a redactores o editores muy diversos, a épocas muy diversas.<sup>88</sup>

Incluso gran parte de la literatura profética aparece, de modo consciente o por azar, bajo seudónimo, aunque otras partes procedan de los profetas bajo cuyos nombres surgen y que las visiones y audiciones, subjetivamente verdaderas, podrían haber sido «auténticas» (prescindiendo de la posterior elaboración literaria). Esto no se puede demostrar ni discutir con certeza. Pero muchas cosas, incluso en los libros proféticos que llevan con justicia el nombre de su autor, resultan difícilmente delimitables, se han alterado en períodos posteriores, o sea, que se han añadido pasajes, se ha modificado, se ha sacado de contexto, mucho se ha falseado, sin que se sepa generalmente cuándo y a quién.

Esto es válido en especial para el libro de Isaías, uno de los libros más largos y conocidos de la Biblia, del que ya Lulero señaló que no lo había producido Isaías ben Amos. El llamado gran Apocalipsis de Isaías (capítulos 24-27), una colección de profecías, canciones, himnos, se añadió relativamente después (su última forma la recibió en el siglo ffl o comienzos del u a. C.), evidentemente intentando imitar el estilo de Isaías. Y precisamente el capítulo 53, el más conocido y de mayores consecuencias, no procede, como todo lo otro de los capítulos 40-55, de Isaías, al que du-

rante mucho tiempo se consideró como autor (hasta Eichhom, 1783). Es más probable que lo escribiera un autor desconocido dos siglos después, procedente de la época del exilio de Babilonia, un hombre que probablemente apareció en las fiestas de las lamentaciones de los judíos desterrados, entre 546 y 538, llamado generalmente Deuteroisafías (segundo Isafías) y que en muchos aspectos es más importante que el propio Isafías.

Pero precisamente este texto añadido -en el que los cuestionadores de la historicidad de Jesús (junto a la figura del «Justo» de la, igualmente falsificada *Sabiduría* de Salomón) ven ya embrionariamente todo el decorado de la figura del Jesús evangélico y del cristianismo- fue de forma amplia y unívoca el ejemplo para la pasión de Jesús. El capítulo 53 relata cómo el siervo de Dios, el «Ebed-Yahveh», fue despreciado y martirizado y que para el perdón de los pecados vertió su sangre. El Nuevo Testamento contiene más de ciento cincuenta alusiones e indicaciones al respecto. Y muchos escritores paleocristianos citan el capítulo 53 completo o en extractos. También Lulero interpretó todavía como referida a Jesús esta «profecía», la pasión inmerecida del siervo de Dios en Isafías (¡pues realmente se había cumplido!). Y naturalmente, la comisión bíblica papal confirmó asimismo el 29 de junio de 1908 este punto de vista tradicional. Sin embargo, también (casi) todos los exégetas católicos admiten la datación babilónica. Y los últimos capítulos del Isafías (56 a 66) son de época mucho más reciente. Se habla de modo un tanto confuso (desde Duhm, 1892) de un *Tritoisafías* (tercer Isafías), que la investigación saluda con un irónico *vivat sequens*; es probable que estos capítulos procedan de varios autores posteriores al exilio. En cualquier caso, Is. 56, 2-8, y 66, 16-24, tampoco son de *Tritoisafías*, sino que se añadieron después. Hasta 180 a. C. no apareció el libro de Isafías «esencialmente en su forma actual» (*Biblich-Historisches Handwörterbuch*)<sup>89</sup>

Al profeta Isafías se le han asignado también algunos «apócrifos»: el *Martirio de Isafías*, obra judía, probablemente del siglo i a. C. y retocado más tarde por los cristianos; la *Ascensión de Isafías*, probablemente del siglo n a. C., una obra falsificada por el lado cristiano con empaque judío, donde «Isafías» relata cómo viaja al séptimo cielo y ve todo el drama de Jesús; finalmente, la *Visión de Isafías*, una falsificación cristiana adicional al *Martirio de Isafías*, la falsificación judía.<sup>90</sup>

No es muy diferente al libro de Isafías lo que sucede con el libro del profeta Zacarías, en el que se promulga en el año 521 «la voz del Señor». Este escrito, recogido asimismo en el Antiguo Testamento, contiene 14 capítulos. Pero sólo los ocho primeros son suyos. Todo el resto, del capítulo 9 al 14, fue añadido, como se deduce por muchos motivos; según diversos estudiosos de la Biblia se hizo durante las campañas de Alejandro Magno (336-323 a. C.).<sup>91</sup>

Lo mismo que la obra de Isafías, el libro de Ezequiel, escrito casi todo

en primera persona, una profecía de desgracias y bienaventuranzas, reprimendas y amenazas con himnos y augurios tentadores. Durante mucho tiempo se le consideró como escrito indiscutible del profeta judío más simbólico, del hombre que en el año 597 a. C. partió de Jerusalén con el rey Joaquín hacia el exilio en Babilonia. En efecto, hasta comienzos del siglo xx se veía en el libro de Ezequiel casi de manera general una obra del propio profeta y de verdadera autenticidad. Desde las investigaciones de crítica literaria de R. Kraetzschmars (1900) y más aún de J. Herrmann (1908, 1924), fue imponiéndose sin embargo la opinión de que este libro presuntamente unitario surgió por etapas y que una mano posterior lo reelaboró. Algunos investigadores, incluso, atribuyen a Ezequiel únicamente las partes poéticas, asignando al recopilador los textos en prosa. Según ello, este último habría pergeñado, al menos por lo que a extensión se refiere, el grueso de la obra, nada menos que cinco sextas partes. Según W. A. Irwin, del total de 1.273 versos sólo 251 proceden de Ezequiel y según G. Holscher, 170. Aunque otros autores aceptan la autenticidad del escrito, admiten varias redacciones y redactores, que intercalaron pasajes falsificados entre los tenidos por auténticos y manipularon asimismo el resto a discreción. Es significativo que la tradición judía no atribuya la obra al profeta Ezequiel, sino a los «hombres de la gran sinagoga».<sup>92</sup>

De manera clara y completa se falsificó el libro de Daniel, lo que sorprendentemente ya afirma Porfirio, el gran adversario de los cristianos. Aunque sus propios quince libros *Contra los cristianos* cayeron víctima de las órdenes de aniquilación del primer emperador cristiano, algo se ha conservado en extractos y citas, entre ellas las siguientes frases de Jerónimo en el prólogo de sus comentarios sobre Daniel: «Porfirio ha destinado contra el profeta Daniel el libro XII (de su obra); no quiere admitir que el libro ha sido redactado por Daniel, cuyo nombre aparece en el título, sino por alguien que vivió en la época de Antiochos Epiphanes (es decir, unos cuatrocientos años después) en Judea y mantiene que Daniel no predijo nada futuro, sino que simplemente relató algo del pasado. Lo que ha dicho hasta la época de Antiochos es la verdad; pero cuando ha considerado lo que se sale de allí, ha proporcionado datos falsos puesto que desconocería el futuro».<sup>93</sup>

El libro de Daniel procedería del profeta Daniel, que al parecer vivió en el siglo vi a. C. en la corte real de Babilonia y cuya autoría también ha puesto en tela de juicio en época moderna Thomas Hobbes. La investigación crítica hace ya mucho tiempo que ha dejado de considerarlo. Pero en 1931, el *Lexikon für Theologie und Kirche* católico escribe: «El núcleo de los distintos episodios puede llegar a épocas muy antiguas, incluso a la de Daniel [...]. La mayor parte de los exégetas católicos consideran esencialmente a Daniel como el autor del libro». En particular la for-

ma en primera persona de las visiones de los capítulos 7-12 (y naturalmente su lugar en las Sagradas Escrituras) hizo creer durante mucho tiempo a la tradición cristiana en la autoría del libro de Daniel, sobre cuya vida y actos sólo saben por su propia obra. Es probable que fuera el último en llegar al canon del Antiguo Testamento y hay que defenderlo en consecuencia como auténtico. En realidad procede de las *Revelaciones* de la época del rey sirio Antioco IV Epifanio, probablemente del año de la revuelta de los Macabeos, el 164 a. C. Ergo el autor vivió mucho después de los acontecimientos que en la parte histórica de su libro describe en tercera persona (caps. 1-6). De este modo, el «profeta Daniel», que cuatro siglos antes es servidor del rey Nabucodonosor en «Babel» y que entiende de «historias y sueños de todo tipo», puede profetizar fácilmente; esto ya lo descubrió Porfirio. Por el contrario, en la época histórica del libro en la que presuntamente vivió y describe, el «profeta» mezcla de manera comprensible todo. Así, Baltasar, el organizador del famoso banquete, aunque era regente no fue «rey». Baltasar no fue hijo de Nabucodonosor sino de Nabonides, el último rey babilónico (555-539). Artajerjes no vino antes de Jerjes sino después de él. «Darío, el Meda» no es en absoluto una figura histórica. En resumen, «Daniel» sabía más de visiones que del tiempo en que vivió. Falsificaciones especiales en la falsificación, por así decirlo, son algunas piezas muy conocidas (que los católicos llaman deuterocanónicas y los protestantes apócrifas) de la Septuaginta, como la historia de los tres muchachos en el horno, la de Susana, los relatos de Bel y el dragón. Todas estas falsificaciones especiales aparecen hoy en la Biblia católica.<sup>94</sup>

El libro de Daniel es el Apocalipsis más antiguo y entre todos los restantes el único que llega al Antiguo Testamento y que, por consiguiente, se vuelve canónico. En la Biblia católica aparece otra falsificación, el libro «deuterocanónico» de Baruc, con lo cual ponemos nuestra atención en un género literario especial, formado por falsificaciones evidentes, que después pasa de modo orgánico e íntegro al cristianismo.

## La apocalíptica judía

La apocalíptica (del griego *apokálypsis*) desempeña un papel importante, una especie de papel de transición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, en especial en la época que va del siglo u a. C. hasta el n d. C. En la apocalíptica se puede ver una especie de escatología judía, por así decirlo, una escatología no oficial, que se extiende a lo cósmico, al más allá, junto a la nacional oficial de los rabinos. A diferencia de ésta, la literatura apocalíptica era universalista; englobaba la Tierra, el cielo y el infierno. No obstante, sus seguidores llevaban más bien una existencia de

conciliábulo (poco diferente a lo que sucede hoy con muchas sectas y sus relaciones con las Iglesias).

La investigación ve en estos escritos un «eslabón» entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y asigna la apocalíptica a un período intermedio entre ambos. Esto resulta tanto más lógico por cuanto que (precisamente) los apocalípticos -judíos cuyo origen exacto (esenios, fariseos) es difícil de establecer- son falsarios, gente que no escribe bajo su propio nombre sino con seudónimo; que atribuyen sus revelaciones de secretos divinos, ; de la época primigenia, de la última hora, del más allá, sus misteriosas manifestaciones del futuro, a sueños, estados de éxtasis (en ocasiones hasta el cielo como, entre otros, Enoc y también el apocalíptico cristiano ^ Juan), a «visiones», mientras que los profetas se basan generalmente en «audiciones». Con frecuencia, los iluminados que han de iluminar vienen acompañados de un intermediario revelador, un ángel exégeta, un *ángelus interpres*, que les explica lo sucedido y, naturalmente, a nosotros.

Típico de las falsificaciones plagadas de oraciones es su concepto dualista del mundo, profundamente influenciada por ideas iraníes, su teoría de los dos eones, uno temporal y otro eterno. Típico es que los sucesos visionados del fin de los tiempos, los «dolores del Mesías», se describen como inminentes. Todo esto va desde horribles catástrofes humanas y cósmicas (las mujeres dejan de dar a luz, la tierra se vuelve estéril, las estrellas chocan) hasta el Juicio Final y un esplendor mesiánico pintado lleno de fantasía; se incluyen por supuesto los sufrimientos de los impíos, lo que proporcionaba un fuerte consuelo, unido a imperiosas advertencias de penitencia y conversión. La expectativa de la proximidad del final es igual de típica que la esperanza en el más allá y el determinismo, pues «Dios lo tiene todo previsto» (4 Esra 6), el comienzo y el fin. «Este mundo lo ha creado el Altísimo para muchos, pero el futuro sólo para unos pocos» (4 Esra 8, 1), una nueva demostración de su Suma Misericordia. Es asimismo característico de estos testamentarios intermedios que introduzcan en su obra, que está llena de misteriosas figuras (animales, nubes, montañas) y un complicado simbolismo numérico, un corifeo religioso de tiempos anteriores, sugiriendo y dándoles forma de Adán, Enoc, Abraham, de Esra, Moisés, Isaías, Elías, Daniel; su escritura es oculta o conocida sólo por un grupo de elegidos, pero ahora Dios quiere que se propague.<sup>95</sup>

Los impostores representan a menudo sus visiones de la historia como profecías, en forma futura. Naturalmente, escribiendo por lo general muchos siglos después de haber vivido quizá los «grandes» y poniendo en labios de ellos sus presagios, vaticinan todo con gran precisión. Sus lectores quedan maravillados y creen, predispuestos, todo lo que aquellos profetizaban para un lejano futuro sobre los horrores del final y su magnificencia. Esta *pía fraus*, esta «representación de la historia como vatici-

*nium ex eventu»* (Vielhauer), tiene lejanos paralelismos veterotestamentarios en el mismo Pentateuco (Gen 49, Núm 23 y ss., Deut 33) pero su auténtico modelo está, quizá, en la literatura oracular sibilina de la época helenístico-romana.<sup>96</sup>

Además de la falsificación bíblica del libro de Daniel que ya hemos visto, está también el libro de Baruc, presuntamente escrito por Baruc ben Narija, el escriba, acompañante y amigo del profeta Jeremías. «Baruc», que aparece como mensajero de Dios y experimenta multitud de visiones, pretende haber redactado su propio libro en Babilonia, después de la destrucción de Jerusalén. También él dice saber y quiere decir mucho más que los profetas; y todavía en 1931 el católico *Lexikon für Theologie und Kirche* no «veía motivo alguno para dudar de la autoría de Baruc». Hoy son muy pocos los que aseguran la autenticidad de esta obra del Antiguo Testamento (lo mismo que del «Daniel» falsificado) siendo como fue escrita medio milenio después de Baruc: la primera parte quizá en el siglo I a. C. (el momento más lejano), la segunda parte probablemente a mediados del siglo I d. C.<sup>97</sup>

Amén del libro de Baruc hay otros escritos suyos falsificados, como por ejemplo su apocalipsis sirio, que se cuenta entre los seudoepígrafos del Antiguo Testamento, más o menos del siglo n. d. C.; también un apocalipsis griego de Baruc válido para el más allá, conservado asimismo en versión eslava, que relata los viajes de Baruc por cinco (o dos) cielos -una falsificación originalmente judía, pero que vuelve a ser falsificada por manos cristianas y que se debió escribir como muy pronto sobre el año 130 d. C.-, por no citar toda una serie de otros libros producidos bajo el nombre de Baruc.<sup>98</sup>

Asimismo, bajo el nombre de Moisés se falsean textos extrabíblicos; el *Apocalipsis de Moisés* milenio y medio después de la presunta época en que vivió por un autor judío bien informado. Y en la *Assumptio Moisés*, utilizado en las cartas de Judas en el Nuevo Testamento, el héroe del título brilla como profeta sin par, augurando el futuro de Israel hasta la muerte del rey Herodes, augurio, eso sí, facilitado asimismo por el falsificador judío de ese siglo I d. C.<sup>99</sup>

Otros apocalipsis judíos, sometidos a una fuerte manipulación cristiana, son: el apocalipsis de Elías, el de Sofonías, el libro apócrifo de Ezequiel, el testamento de Abraham, que relata su viaje de ida y vuelta al cielo, el apocalipsis de Abraham, en el que éste predice en visiones el futuro de su estirpe y de Israel (en realidad con el falsario mirando hacia atrás unos dos mil años después) y otros más.<sup>100</sup>

Las falsificaciones surgieron casi siempre como una necesidad interna a partir del género apocalíptico, ampliamente utilizado por los cristianos; se hizo típico de ellos. ¿Qué era más lógico, más sencillo que encontrar precisamente las «obras» de autoridades antiguas o antiquísimas, las

de los hombres de un pasado «mejor», las de los doce patriarcas así como las de Daniel y Enoc, cuya autenticidad ya ponía en tela de juicio Orígenes, las de Abraham, Moisés, Isaías y Esdras, en conjunto una lista de veinte nombres, ya que sus profecías, sus revelaciones, comenzaban a cumplirse?

## Otras falsificaciones del judaísmo (diáspora)

No pocas de las falsificaciones literarias de los judíos se deben al esfuerzo de reincorporar una parte considerable de la filosofía griega al Pentateuco, que al parecer habían robado los griegos. Para demostrar esta atrevida imputación los judíos falsificaron por ejemplo himnos órficos; introdujeron en las obras de Hesíodo y de otros épicos paganos textos procedentes del Antiguo Testamento; ¡hicieron de Hornero un estricto defensor de los preceptos del Sabbat! Abraham apareció como padre de la astronomía. Moisés se adelantó a Platón, y según Clemente Alexandrino incluso Milciades venció en la batalla de Maratón (490 a. C.) con estrategia cristiana: el arte militar de Moisés. San Justino, el principal apologista y gran enemigo de los judíos del siglo II, alardeaba: «Por tanto no sólo enseñamos lo que los demás, sino que todos los otros dicen lo nuestro», confesando con ello lo que combate, sólo que inviniendo la dependencia.<sup>101</sup>

¿Qué tenían que ofrecer culturalmente los judíos frente a los griegos? ¿Qué grandes filósofos, literatos? ¿El Antiguo Testamento? También el mundo pagano respetaba textos sagrados, pero estimaba poco los libros bíblicos. Lo esencial de ellos procedía de otras religiones, los augurios de los profetas eran *ex eventu*, las historias de milagros disparatadas, las ceremonias ridículas; se odiaba el nacionalismo judío.<sup>102</sup>

Es cierto que las escuelas de rabinos obligaban a la estricta exactitud en la transmisión. «Imputar a cualquier doctor de la ley una palabra que él no hubiera dicho sería sin más ni más un crimen» (Torm). Pero en la literatura judía de la misma época proliferó de forma considerable el fenómeno de los seudónimos, la misión judía muy expansiva en tiempos de Jesús disponía de una enorme literatura propagandista, con falsificaciones sin escrúpulos, hay un «floreamiento de la seudoepigrafía judía» (Syme).<sup>103</sup>

Precisamente durante la diáspora y a pesar del éxito de su proselitismo, los judíos debieron sentirse inferiores a los griegos. E intentaron subsanar esta carencia. Querían valorizar su judaísmo, su fe, la superioridad de su religión: demostrando su superioridad mediante escritos aparentemente antiguos, haciendo que los profetas judíos fueran mucho más antiguos que los filósofos paganos, como sus maestros. Sugiriendo ellos

mismos mediante Aristóteles simpatías hacia el monoteísmo, mediante Sófocles y Eurípides, que atacaban el politeísmo. O atribuyendo a Hecateo de Abdera, un contemporáneo de Alejandro Magno, una obra glorificadora sobre Abraham. O haciendo pasar como del siglo i y del poeta Foclides de Mileto, que vivió en el siglo vi, un poema didáctico redactado en 230 hexámetros, una popular filosofía moral que une lo griego y lo judío, que une con la resurrección de la carne la continuación y deificación de las almas, esfuerzo de autoestima en un entorno superior, sutiles campañas propagandistas para el judaísmo helenista bajo máscara pagana. Y precisamente entre los cristianos estas falsificaciones tuvieron mucho más éxito que los apocalipsis pseudoepigráficos y los libros de los patriarcas.<sup>104</sup>

Dentro de este contexto se encuentra la famosa carta judeoalejandrina de Aristeas, escrita para reconocimiento y enaltecimiento del Pentateuco de la Septuaginta, de la ley judía y del judaísmo; al parecer en el siglo ni a. C., aunque probablemente en el u, si es que no en el i. El funcionario de la corte Aristeo informa en ella, entre otras cosas, de la traducción del Pentateuco judío al griego a cargo de 72 hombres judíos (6 de cada tribu) en la isla de Faros, en 72 días, para la biblioteca real de Alejandría. El número de traductores redondeado de 72 a 70 dio nombre a la traducción más antigua e importante del Antiguo Testamento al griego (la Versión de los Setenta). Según la leyenda piadosa, cada uno de los traductores trabajó por separado pero cada uno produjo, palabra por palabra, el mismo texto, lo que creyeron todos los Padres de la Iglesia, incluyendo a Agustín.<sup>105</sup>

Dentro de esta problemática se incluye el que los judíos se sirvieron de las sibilas paganas escribiendo, lo mismo que más tarde los cristianos, vaticinios, profecías, naturalmente bajo nombres no judíos y naturalmente vaticinia *ex eventu*, pura mentira.

Las sibilas (cuyos propios nombres eran sibilinos y no están explicados hasta la fecha) eran profetisas paganas, al parecer del siglo vm a. C. en el ámbito cultural griego, considerándose la más importante Eritrea; apenas menos conocida era la de Cumae, que alcanzaría una edad de mil años y que en los últimos tiempos deambulaba por la gruta volcánica, sede de su oráculo, suspendida en el aire y emitiendo susurros. En cualquier caso, la literatura sibilina griega, un conjunto de cantos en hexámetros y de contenido fatídico, enlaza con estas profetisas divinamente inspiradas. El judaísmo de la diáspora reanudó este género literario en el siglo u a. C. y lo convirtió en un medio de misión, en su instrumento propagandístico. Se falsificaban en los textos paganos ataques al paganismo, sobre todo al politeísmo, y se enriquecía a sí mismo con augurios sobre Israel, sobre el pasado más reciente y el presente.<sup>106</sup>

Los «Oráculos sibilinos», 14 libros de profecías de inspiración divina,

cuyo origen se extiende desde el siglo u a. C. (tercer libro) a los siglos m y iv d. C. (libros lia 14), se referían también a estas profetisas divinas de la Antigüedad, a su autoridad sacralizada. Mediante un estilo arcaizante, una fingida sencillez homérica, mediante utilización de los oráculos paganos o apoyándose en autores paganos, conseguían el aspecto de autenticidad, la credibilidad de profecías verdaderas. Debido a la similitud de los vaticinios conminatorios sibilinos con los del Antiguo Testamento, fascinaron al judaísmo y los antiguos cristianos los consideraron también sin excepción como auténticos -aunque son en su totalidad falsificaciones en parte judías y en parte cristianas-, no un ardid literario, un recurso estilista, como en la cuarta égloga de Virgilio la transmisión de oráculos sibilinos a un niño romano o la profecía de Milton al final de *El paraíso perdido*.

Los libros 1 a 5 los falsificaron judíos helenistas, aunque es verdad que los cristianos los falsificaron aún más con sus numerosas introducciones. Los libros 6, 7 y 8 son puras falsificaciones cristianas de la segunda mitad del siglo ii, entre otras con una cantata a Cristo y la crucifixión, muy celebrada. En los libros 11 a 14 es verdaderamente difícil saber quién falsificó más, si los judíos o los cristianos. Muchos guías de estos últimos han considerado como autoridades estos embustes y los han aplicado en consecuencia: Hermas, Justino, Atenágoras, Teófilo, Tertuliano, Clemente Alejandrino, Eusebio, pero especialmente Lactancio (que cita 30 veces el octavo libro). Pero incluso un Padre de la Iglesia como Agustín fomentó el respeto hacia tales documentos falsos, en los que las sibilas, el príncipe persa Histapes, protector y primer seguidor de Zaratrusta, éste mismo, el fundador, intercesor y redentor religioso, Hermes Trimegisto y Orfeo, se convirtieron en heraldos de Cristo; de rechazo también de su nacimiento virginal y de la Virgen Teotokos. En ocasiones se combatió con ellos a los mismos paganos.

La influencia de esta sibilística judeocristiana fue grande y llega desde la Antigüedad hasta Dante, Calderón, Giotto, Miguel Ángel.<sup>107</sup>

Desde el siglo n los apologistas cristianos adoptaron las sibilas judías, sobre todo para luchar contra la Roma hostil a los cristianos. Y lo mismo que antaño los judíos se unieran a la sibilística pagana, igual hicieron los cristianos con la judía. La asumieron, la elaboraron y la reinventaron.<sup>108</sup>

## « Cooperación » judeocristiana

Desde los siglos n a. C. al ii d. C. se copiaron a menudo los libros canónicos del Antiguo Testamento o simplemente se les falsificó y se les dio el nombre de un autor bíblico, como por ejemplo el tercer libro apó-

crifo pseudohistórico de Esdras (llamado también «Esra griego»), el Libro de Enoc, lleno de mitos griegos y de la antigua Persia y citado también en el Nuevo Testamento, que se liga a Enoc, hijo de Caín y padre de Irad en la lista de cainitas del 1 Moisés. 4, 17, e hijo de Jared y padre de Matusalén en la lista de setitas de 1 Moisés. 5. Y aunque por los testimonios de las tumbas de Palestina sabemos que la vida media en aquella época no superaba los 50 años, la Biblia afirma (en este caso todavía con modestia) que «la edad completa de Enoc era de 365 años. Y porque caminaba con Dios, Dios le tomó consigo y no se le volvió a ver». La Escritura no dice dónde se le llevó. Por ese motivo lo mismo en círculos judíos que cristianos se le veneró como profeta celestial y santo y aparece en posteriores falsificaciones: en el *Libro del Jubileo* 4, 23 en el jardín del Edén, en la *Ascensión de Isaías* 9, 9, en el séptimo cielo y naturalmente en el Libro etiópico de Enoc (canonizado por la Iglesia etíope), así como en el Libro de Enoc eslavo, muy parecido, que se falsifica en los siglos i y ii d. C. por el lado judío y después probablemente otra vez es «revisado en el espíritu cristiano» (A. van den Bom).<sup>109</sup>

Surgieron así continuamente en esos siglos «apócrifos» judíos, considerados auténticos por muchos Padres de la Iglesia e incluso a veces santos. Y los cristianos falsearon y ampliaron numerosos «apócrifos» judíos del Antiguo Testamento, como en el caso citado del Libro de Enoc. Algunas de estas falsificaciones incluso se incorporaron al canon. Tal es el caso del cuarto libro de Esdras, escrito en el siglo i d. C. bajo el nombre de Esdras. O el tercer libro de los Macabeos, que no tienen nada que ver con los macabeos sino que se parece más bien a la, asimismo falsa, *Carta de Arísteo*. O los 18 salmos de Salomón. No obstante, muchos cristianos «veían en la falsificación el medio eficaz [...] para rebatir a los enemigos externos de la nueva confesión» (Speyer).<sup>110</sup>

También el *Testamento de los doce patriarcas* es una de estas incontables mentiras y, además, un bonito ejemplo de una productiva «cooperación» judeocristiana a lo largo de siglos. Este *Testamento*, producido unos dos mil años después de la cuestionable vida de los patriarcas, pero como muy pronto a finales del siglo i d. C., consta, por así decirlo, como muy acertadamente señaló por primera vez F. Schnapp en 1884 en un profundo análisis crítico, en primer término de un texto básico judío. Otro judío falsificó en la falsificación muchas partes añadidas. Y esta doble falsificación la enriqueció un cristiano mediante las correspondientes introducciones cristianas. Es más, incluso cristianos postnecénicos le aportaron sus falsificaciones.<sup>m</sup>

El *Testamento de los doce patriarcas* consta de doce despedidas de **los** hijos de Jacob a sus descendientes, así como de vaticinios que dos mil años después pudieron predecirse bien. Pero del propio patriarca Jacob, que el primer libro de Moisés 27 llama «un hombre decente», se lee

en I, 36, que con razón se llama Jacob, el pérfido, «pues me ha engañado dos veces. Se ha llevado a mi primogénito y, mira, ahora se lleva también mi bendición». Si un hombre tal, preferido por lo demás ya por Yahveh en el seno materno, compra por un plato de lentejas el derecho del primogénito y consigue de su padre ciego la bendición como tal, si por lo tanto el fundador de Israel ya en el primer libro de la Sagrada Escritura aparece como un hábil «embustero», ¿por qué no se podría seguir engañando en él, por ejemplo mediante falsificaciones literarias?<sup>112</sup>

Cuando el novelista católico Stefan Andrés recontó con gran competencia la *Historia bíblica*, finalizó su epílogo, escrito en Roma en 1965, con la observación de que le gustaría que los lectores de su libro «leyeran las Santas Escrituras allí contenidas como una novela emocionante, o quizá incluso: un *román fleuve* con muchos autores [...]». Y con muchos falsarios, como veremos a continuación para el Nuevo Testamento.<sup>113</sup>

## FALSIFICACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO

«[...] la ventaja que presenta el cristianismo frente a todos los acontecimientos históricos es la circunstancia de que estos escritores no responden solamente con sus propias experiencias y su reputación por la fidelidad y escrupulosidad de sus informaciones, sino que *dan en prenda todo lo que son y tienen* por haber dado testimonio de la verdad y solamente la verdad. Algo así no lo ha visto nunca el mundo [...]»  
F. X. DIERINGER, TEÓLOGO CATÓLICO<sup>114</sup>

«La moderna crítica bíblica se ha preocupado, además, de que se haya analizado la Biblia con exactitud científica. Es un hecho indiscutible hoy que la Biblia es correcta en un 99 %.»  
ALOIS STIEFVATER, TEÓLOGO CATÓLICO<sup>115</sup>  
(con imprimátur eclesiástico)

«La Iglesia antigua está de moda. No sólo porque se ha vuelto a percibir que el agua mana más clara cerca del manantial [...]»  
FRITS VAN DER MEER, TEÓLOGO CATÓLICO<sup>116</sup>

«Las falsificaciones comienzan en la época del Nuevo Testamento y nunca han cesado.»  
CARL SCHNEIDER, TEÓLOGO EVANGÉLICO<sup>117</sup>

## El error de Jesús

A comienzos del cristianismo apenas hay falsificaciones, suponiendo que Jesús de Nazaret sea histórico y no el mito de un dios transportado al ser humano. Sin embargo, se presupone aquí la historicidad, pues es -prescindiendo de algunas excepciones- la *communis opinio* del siglo xx: pero ninguna demostración. Tan gratuitas como desfachatadas son las cientos de tonterías apologéticas en circulación, como la del jesuíta F. X. Brors (con imprimátur): «Pero ¿dónde se encuentra en algún sitio *una personalidad cuya existencia esté tan garantizada históricamente como la persona de Cristo*»] Podemos entonces mitificar también a un Cicerón, un César, incluso a Federico el Grande y a **un** Napoleón: más garantizada que la existencia de Cristo no es la suya». <sup>118</sup>

Por el contrario, lo que está claro es que no hay ningún testimonio demostrativo de la existencia histórica de Cristo en la llamada literatura profana. Cada uno de estos testimonios no tiene más valor que el dato ocasional de la altura de Cristo de 189 cm y la de María de 186 cm. Todas las restantes fuentes extracristianas no dicen nada sobre Jesús: Suetonio y Plinio el Joven por parte romana, Filón y, especialmente importante, Justus de Tiberiades por la judía. O no les toman en consideración, como los *Testimonia* de Tácito y Flavio Josefo, lo que admiten hoy incluso muchos teólogos católicos. Incluso un reputado católico como Romano Guardini sabía por qué escribía: «El Nuevo Testamento constituye la única fuente que informa sobre Jesús». <sup>119</sup>

Por cuanto atañe al juicio que merecen Nuevo Testamento y su fiabilidad, la teología histórica crítica lo ha mostrado de una manera tan amplia como precisa, y con un resultado en gran medida negativo. Pero según los teólogos cristianos críticos los libros bíblicos «no están interesados en la historia» (M. Dibelius), «son sólo una colección de anécdotas» (M. Werner), «deben utilizarse sólo con extrema cautela» (M. Goguel), están llenos de «leyendas religiosas» (Von Soden), «historias de devociones y entretenimiento» (C. Schneider), llenos de propaganda,

apologismo, polémica, ideas tendenciosas. En resumen, aquí todo es la fe, la historia no es nada.<sup>120</sup>

Esto es válido también, precisamente, para las fuentes que nos hablan casi de modo exclusivo de la vida y la doctrina del nazareno, los Evangelios. Todos los relatos de la vida de Jesús son, como escribió su mejor conocedor, Albert Schweizer, «construcciones hipotéticas». Y en consecuencia, también la moderna teología cristiana, toda aquella que se muestra crítica y no está aferrada al dogmatismo, pone en tela de juicio de modo general la credibilidad histórica de los Evangelios, llegando por unanimidad a la conclusión que de la vida de Jesús no se puede averiguar prácticamente nada, que también las noticias sobre su doctrina son secundarias, por lo que los Evangelios no reflejan en modo alguno la historia sino la fe: la teología común, la fantasía común de finales del siglo I.<sup>121</sup>

Por tanto (!) en los comienzos del cristianismo no hay ni historia ni falsificación; pero como punto central, como su auténtico motivo: el error. Y este error se remonta nada menos que a Jesús.

Sabemos que el Jesús de la Biblia, especialmente el sinóptico, se encuentra plenamente dentro de la tradición judía. Es mucho más judío que cristiano; por lo demás, también a los miembros de la comunidad primitiva se les llamaba «hebreos»; sólo la investigación más reciente les llama «judeocristianos». Pero su vida apenas se diferencia de la de los restantes judíos. Consideraban también como preceptivas las Escrituras Sagradas judías y siguieron siendo miembros de la sinagoga durante muchas generaciones. Jesús propagaba una misión sólo entre judíos. Estaba fuertemente influenciado por la apocalíptica judía. Y ésta, en especial la tradición apocalíptico-enoquítica, influyó poderosamente sobre el cristianismo. No en vano Buitmann titula un estudio *Ist die Apokalypitik die Mutter der christlichen Theologie?* (¿Es la apocalíptica la madre de la teología cristiana?). En cualquier caso, el Nuevo Testamento está plagado de ideas apocalípticas. Delata en todos sus pasos esa influencia. «No puede haber duda de que fue un judaísmo apocalíptico en el que la fe cristiana adquirió su primera y básica forma» (Comfeld/Botterweck).<sup>122</sup>

Pero el germen de esta fe es el error de Jesús acerca del fin inminente del mundo. Esas creencias eran frecuentes. Tampoco significaban siempre que el mundo fuera a finalizar, sino quizá el comienzo de un nuevo período. Ideas similares se conocían en Irán, en Babilonia, Asiría, Egipto, y los judíos las tomaron del paganismo, las incorporaron en el Antiguo Testamento como la idea del Mesías. Jesús fue uno de los muchos profetas, anunció, como los Apocalipsis judíos, los esenios, Juan el Bautista, que su generación era la última; predicó que el tiempo presente se había acabado y que algunos de sus discípulos «no probarían la muerte, hasta ver llegar con fuerza el reino de Dios»; que no acabarían con la mi-

sión en Israel «hasta que llegue el Hijo del Hombre»; que el juicio final de Dios tendría lugar «en esta misma generación»; que no cesaría «hasta que no haya sucedido todo esto».<sup>123</sup>

Aunque todo esto estuvo en la Biblia durante un milenio y medio, Hermann Samuel Reimams, el orientalista hamburgués fallecido en 1768, fue el primero en reconocer el error de Jesús, publicando más tarde Lessing partes del amplio trabajo de este erudito, que ocupaba más de 1.400 páginas. Pero hasta comienzos del siglo xx el teólogo Johannes Weiss no mostró el descubrimiento de Reimarus, desarrollándolo el teólogo Albert Schweitzer. El reconocimiento del error fundamental de Jesús se considera el acto copernicano de la teología moderna y lo defienden de modo general sus representantes críticos de la historia y adogmáticos. Para el teólogo Buitmann no hace falta «decir que Jesús se equivocó en la espera del fin del mundo». Y según el teólogo Heiler «ningún investigador serio discute la firme convicción de Jesús en la rápida llegada del juicio final y del fin [...]».<sup>124</sup>

## Precursor de los falsificadores

Pero no sólo Jesús se equivocó sino también *toda la cristiandad*, ya que, como admite un garante nada sospechoso, el arzobispo de Friburgo Conrad Gróber (miembro promotor de las SS), «se contemplaba el regreso del Señor como inminente, tal como atestiguan no sólo diversos pasajes en las epístolas de san Pablo, san Pedro y Santiago y en el Apocalipsis, sino también la literatura de los Padres apostólicos y la vida protocristiana».<sup>125</sup>

*Maraña tha* («Ven, Señor») era la rogativa de los primeros cristianos. Pero a medida que transcurría el tiempo sin que viniese el Señor, cuando las dudas, la resignación, las burlas, el ridículo y la discordia fueron en aumento, hubo que suavizar paulatinamente el radicalismo de las afirmaciones de Jesús. Y finalmente, tras decenios, siglos, al no llegar el Señor sino la Iglesia, ésta convirtió lo que en Jesús era esperanza lejana, su idea del Reino de Dios en la idea de la Iglesia y a las más antiguas creencias cristianas ella las sustituyó por el Reino de los Cielos: una inversión total, en el fondo una gigantesca falsificación, desde luego, dentro del cristianismo dogmáticamente la mayor.<sup>126</sup>

La creencia en la proximidad del fin condicionó de manera decisiva la aparición posterior de los escritos protocristianos: primero en la segunda mitad del siglo i y en el curso del u. Jesús y sus discípulos, que no esperaban ningún más allá, ningún estado de bienaventuranza trascendental, sino la inmediata intervención de Dios desde el cielo y un cambio total de todas las cosas en la Tierra, no tenían naturalmente ningún interés en

apuntes, escritos o libros, para cuya redacción no estaban además capacitados.

Y cuando se comenzó a escribir, desde el principio fueron suavizándose las profecías de Jesús de un final del mundo tan cercano. Los cristianos no vivieron ese final y de este modo surgen después en toda su literatura antigua las cuestiones, se propaga el escepticismo, la indignación. «¿Dónde está, pues, su anunciada segunda venida?», se dice en la segunda epístola de Pedro. «Desde que murieron los padres, todo está como ha sido desde el comienzo de la creación.» Y también en la primera epístola de Clemente surge la queja: «esto ya lo hemos oído también en los días de nuestros padres, y mira, hemos envejecido y nada de eso nos ha pasado».<sup>127</sup>

Voces de ese estilo se levantan poco después de la muerte de Jesús. Y se multiplican en el curso de los siglos. Así reacciona ya el autor cristiano más antiguo, el apóstol de los pueblos Pablo. Si primero explicó a los corintos que el plazo «se había fijado corto» y el «mundo se dirige al ocaso», «no todos moriremos, pero todos nos transformaremos» más tarde espiritualizó la fe en el tiempo final que de año en año se hacía más sospechosa. Hizo asumir internamente a los fieles la gran renovación del mundo, el anhelado cambio de eones, mediante la muerte y la resurrección de Jesús. En lugar de la predicación del reino de Dios, en lugar de la promesa de que este reino pronto despuntaría en la Tierra, Pablo introduce ideas individualistas del más allá, la *vita aeterna*. ¡Ya no viene Cristo al mundo sino que el cristiano creyente va hacia él en el cielo! También los evangelistas que escriben más tarde suavizan las profecías de Jesús sobre el fin del mundo y hacen correcciones en el sentido de un aplazamiento; el que más lejos va es Lucas, sustituyendo la creencia en la esperanza próxima por una historia de salvación divina con estadios previos y escalones intermedios.<sup>128</sup>

### **Las «Sagradas Escrituras» se amontonan, o reflexión de cuatrocientos años sobre la tercera persona divina**

Ningún evangelista tenía intención de escribir una especie de documento de revelación, un libro canónico. Ninguno se sentía inspirado, tampoco Pablo, y en realidad ninguno de los autores del Nuevo Testamento. Sólo el Apocalipsis, que con apuros llegó a formar parte de la Biblia, pretende que Dios ha dictado el texto a su autor. Pero el ortodoxo obispo Papias no consideraba en el año 140 a los Evangelios como «Sagradas Escrituras» y dio preferencia a la tradición oral. Incluso san Justino, el apologista más grande del siglo n ve en los Evangelios (que apenas

cita, mientras que no cesa de mencionar el Antiguo Testamento) sólo «curiosidades».

El primero en hablar de una inspiración del Nuevo Testamento, que designa los Evangelios y las epístolas de Pablo como «santa palabra de Dios», es el obispo Teófilo de Antioquía a finales del siglo II, una lumbrera especial de la Iglesia, que explica que fuera el primero en mencionar la trinidad de la divinidad. Por otro lado, a pesar de la santidad y divinidad que él presupone a los Evangelios, escribió una «armonía de los Evangelios» pues aquellos le resultaban evidentemente demasiado inarmónicos.<sup>129</sup>

Hasta la segunda mitad del siglo II no se admitió de modo paulatino la autoridad de los Evangelios, aunque durante mucho tiempo no en todos sitios. Todavía a finales de ese mismo siglo el Evangelio de Lucas se aceptaba con reticencias y el de Juan con una notable resistencia. ¿No resulta tampoco extraño que la protocristiandad no hablara de los Evangelios en plural, sino, en singular, del *Evangelio*? En cualquier caso, a lo largo de todo el siglo II «no se tuvo todavía un canon fijo de los Evangelios y la mayoría de éstos se consideraban realmente un problema» (Schneemelcher).<sup>130</sup>

Esto lo demuestran con toda claridad dos famosas iniciativas de aquella época, que intentaron resolver el problema de la pluralidad de Evangelios con una reducción.

En primer lugar, está la difundida Biblia de Marción. Pues este «hereje», un importante dato en la historia de la Iglesia, redactó el primer Nuevo Testamento y fue el fundador de la crítica de sus textos, al redactar poco después del año 140 su «Sagrada Escritura». Con ello se distanciaba por completo del sanguinario Antiguo Testamento y recoge sólo el Evangelio de Lucas (sin la historia de la infancia, totalmente legendaria) y las epístolas de Pablo, aunque, significativamente, estas últimas sin las cartas pastorales falsificadas y la epístola a los hebreos, asimismo manipulada. Pero a las restantes epístolas las privó de las añadiduras «judaístas», y su acción fue el motivo decisivo para que la Iglesia católica iniciara o acelerara su recopilación del canon, comenzando así a constituirse como Iglesia.

La segunda iniciativa, en cierta medida comparable, fue el *Diatessaron* de Taciano. Este discípulo de san Justino, en Roma, resolvió el problema de la pluralidad de los Evangelios de un modo distinto, aunque también reduciéndolos. Redactó (como Teófilo) una armonía de los Evangelios, añadiendo libremente en el marco cronológico del cuarto Evangelio los tres relatos sinópticos, así como todo tipo de historias «apócrifas» (con lo que se sigue discutiendo sobre si creó la obra en Roma o en Siria). De todos modos, tuvo gran éxito y la Iglesia siria lo utilizó como Sagrada Escritura hasta el siglo V.<sup>131</sup>

Los cristianos del siglo i y en buena medida también los del siguiente no poseían, pues, ningún Nuevo Testamento. Como textos normativos sirvieron primero, hasta comienzos del siglo n, las epístolas de Pablo; los Evangelios no se citaron como «Escritura» en los servicios religiosos hasta mediados de este mismo siglo.<sup>132</sup>

La auténtica Sagrada Escritura de los cristianos, no obstante, fue primero el libro sagrado de los judíos. Todavía el año 160, san Justino, en el tratado cristiano más amplio hasta esa fecha, se remitía casi de manera exclusiva al Antiguo Testamento y por cierto, en la mayoría de los casos, para calumniar a los judíos de forma tan atroz que a veces podría eclipsar a Hitler y a Streicherpor. El nombre de Nuevo Testamento (en griego *he kaine diatheke*, «la nueva alianza», traducido por primera vez por Tertuliano como *Novum Testamentum*) aparece en el año 192. No obstante, por esas fechas no estaban todavía bien fijados los límites de este Nuevo Testamento y los cristianos estuvieron discutiendo a ese respecto durante todo el siglo m y parte del iv, rechazando unos lo que otros reconocían. «Por doquier hay contrastes y contradicciones -escribe el teólogo Cari Schneider-. Los unos dicen: es válido "lo que se lee en todas las iglesias", los otros: "lo que procede de los apóstoles" y unos terceros distinguen entre contenido doctrinal simpático y no simpático.»<sup>133</sup>

Aunque alrededor del 200 hay en la Iglesia, como Sagrada Escritura, un Nuevo Testamento junto al Antiguo, siendo el núcleo central igual que en el anterior Nuevo Testamento del hereje Marción, el Evangelio y las epístolas de Pablo, todavía eran objeto de discusión los Hechos de los apóstoles, el Apocalipsis y las «epístolas católicas». En el Nuevo Testamento de san Irineo, el teólogo más importante del siglo n, aparece el «pastor» de Hermas, que no pertenece al Nuevo Testamento, pero la epístola a los hebreos, que si pertenece, no está allí.<sup>134</sup>

El escritor religioso Clemente Alejandrino (fallecido alrededor de 215), incluido en varias martirologías entre los santos del 4 de diciembre, apenas conoce una colección de libros del Nuevo Testamento medianamente delimitada. Comenta por igual escritos bíblicos y no bíblicos, como por ejemplo el *Apocalipsis de Pedro*, falsificado, o la epístola de Bamabás, que considera apostólica. A Hermas, el autor del «pastor», le acredita incluso «un órgano inspiradísimo de revelación divina», a la doctrina falsificada de los doce apóstoles la llama simplemente «la Escritura». Utiliza por igual los Evangelios egipcio o hebreo y los «canónicos», excepto los Hechos de los apóstoles «canónicos», lo mismo que las leyendas apostólicas de Lucas. Cree en revelaciones reales de las «sibilas» y no se recata en colocar unas palabras del «teólogo» Orfeo junto a otras del Pentateuco. ¿Por qué no?, ¿acaso no eran tan auténticas unas como otras?<sup>135</sup>

Pero incluso la propia Iglesia romana no incluye alrededor del año 200 en el Nuevo Testamento la epístola a los hebreos, ni la primera y la se-

gunda epístolas de Pedro, ni la epístola de Santiago y la tercera de Juan. Y las oscilaciones en la valoración de los diferentes escritos son, como muestran los papiros hallados con textos del Nuevo Testamento, aún muy grandes durante el siglo ni. Todavía en el siglo iv, el obispo Eusebio, historiador de la Iglesia, incluye entre los escritos que son objeto de discusión por parte de muchos: la epístola de Santiago, la de Judas, la segunda epístola de Pedro y «las llamadas» segunda y tercera epístolas de Juan. Entre los escritos apócrifos cuenta, «si se quiere», la Revelación de Juan. (Y casi hacia finales del siglo vin, en 692, el Concilio de Trullo aprobó en la Iglesia griega cánones con y sin el Apocalipsis de Juan.) Para la Iglesia norteafricana, alrededor del año 360 y según el canon Mommseianus, *no* pertenecen a las Sagradas Escrituras la epístola a los hebreos, las epístolas de Santiago y Judas y, según otras tradiciones, la segunda de Pedro y las segunda y tercera de Juan. Por otro lado, prominentes Padres de la Iglesia incluyeron en su Nuevo Testamento toda una serie de Evangelios, Hechos de los apóstoles y epístolas que posteriormente la Iglesia condenó, y en Oriente, hasta el siglo iv gozaron de gran aprecio, o incluso fueron considerados como Sagrada Escritura, entre otros. *Hermas, Apocalipsis de Pedro, Didache*, etc. Y hasta ya en el siglo v es posible encontrar en un códice escritos «apócrifos», o sea falsos, junto a otros «verdaderos».<sup>136</sup>

Las llamadas epístolas católicas son las que necesitaron más tiempo para entrar en el Nuevo Testamento como el grupo de las siete epístolas, cuya extensión fue el primero en determinar de modo definitivo el Padre de la Iglesia san Atanasio, el «padre de la teología científica», a quien los investigadores culpan también de la falsificación de documentos, recogiendo los 27 escritos conocidos (entre ellos las 21 epístolas), y mintiendo sin el menor reparo al afirmar que los apóstoles y maestros de la época apostólica habían establecido ya el canon. Bajo la influencia de Agustín, Occidente siguió la resolución de Atanasio y delimitó en consecuencia de modo definitivo, casi a punto de comenzar el siglo v, el canon católico del Nuevo Testamento en los sínodos de Roma en 382, Hippo Regius en 393 y Cartago en 397 y 419.<sup>137</sup>

El canon del Nuevo Testamento (utilizado en latín como sinónimo de «biblia») se creó imitando el libro sagrado de los judíos. La palabra canon, que en el Nuevo Testamento aparece sólo en cuatro lugares, recibió en la Iglesia el significado de «norma, escala de valoración». Se consideraba canónico lo que se reconocía como parte de esta norma, y después del cierre definitivo del conjunto de la obra del Nuevo Testamento, la palabra «canónico» significó tanto como divino, infalible. El significado contrario lo recibió la palabra «apócrifo».<sup>138</sup>

El canon de la Iglesia católica tuvo validez general hasta la Reforma. Lutero discutió entonces la canonicidad de la segunda epístola de Pedro

(«que a veces desmerece un poco del espíritu apostólico»), de la de Santiago («una epístola un poco de paja»; «directa contra san Pablo»), la epístola a los hebreos («quizá una mezcla de madera, paja y heno») así como el Apocalipsis (ni «apostólico ni profetice»; «mi espíritu no puede conformarse con el libro») y admito sólo lo que «Cristo impulsaba». Por el contrario, el Concilio de Trento, mediante el decreto de 8 de abril de 1546, volvía a aferrarse a todos los escritos del canon católico, ¡ya que Dios era su *auctoñ* En realidad, su *ductor* fue el desarrollo, la elección durante siglos de estos escritos en las distintas provincias eclesiásticas según su uso más o menos frecuente en los servicios religiosos y la afirmación falsa de su origen apostólico.<sup>139</sup>

## **Cómo acata la investigación al Espíritu Santo**

El Nuevo Testamento es el libro más impreso y (quizá) más leído de la época moderna. Se le ha traducido a más lenguas que cualquier otro. Se le ha interpretado, dice el católico Schelkle, con una intensidad «que supera a todo. ¿No se habría agotado hace mucho tiempo cualquier otro libro con tan exhaustiva exégesis?». Es posible. Pues ¿qué otro libro, prescindiendo de los ancestros judíos, ofrece con algunas cosas buenas tantas contradicciones, leyendas, mitos, tanta transformación secundaria y trabajo de redacción, tantos paralelismos, como muestra la *Geschichte der synoptischen Tradition* de Buitmann, con los cuentos de la literatura universal, comenzando por las viejas ficciones chinas, pasando por los cuentos de indios y de gitanos, los cuentos de los mares del sur hasta las leyendas germánicas, tantos despropósitos, insensateces, que todos se han tomado tan en serio, y que muchos aún se las siguen tomando así?<sup>140</sup>

El Nuevo Testamento es, no sólo formalmente sino también en cuanto a su contenido, tan diverso, contradictorio, antinómico, que el concepto de una «teología del Nuevo Testamento» se convirtió hace mucho para la investigación en algo más que problemático. En cualquier caso, no hay ninguna doctrina unitaria del Nuevo Testamento, sino grandes desviaciones, incongruencias, discrepancias notables, incluso en lo que respecta al propio «testimonio de Cristo». Sólo el hecho de *que* se da fe del Señor confiere a la totalidad una unidad sumamente heterogénea. Pero ¡qué no se testimonia en la Tierra, al menos en las religiones!<sup>141</sup>

A la vista de este resultado, hablar de inspiración, infalibilidad, quita el habla incluso a quien lo toma a risa. Pero los santos padres han de ir a por todo, pues para eso se ha creado el todo y no ir a por ese todo sería peligroso, lo más peligroso, motivo por el que siempre, y esto tiene consecuencias, realmentefunestas, fueron y van a por todo.

En el Concilio de Florencia (bula *Cántate Domino* de 4 de febrero de 1442), en el Concilio de Trento (4.<sup>a</sup> sesión del 8 de abril de 1546) y en el Concilio Vaticano I (3.<sup>a</sup> sesión del 24 de abril de 1870), la Iglesia católica romana ha hecho de la doctrina de la inspiración de la Biblia, que como se sabe conlleva la infalibilidad, un dogma de fe. En este último cónclave decretó que «las Sagradas Escrituras, redactadas por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor». Por Ío tanto los teólogos eclesiásticos niegan rotundamente las contradicciones o incluso la simple posibilidad de falsificaciones en la Biblia, llegando hasta el siglo xx, cuando los «progresistas» se entregan a otra táctica, en la que por ejemplo para el teólogo francés Michel Clévenot ¡«la increíble libertad con la que los evangelistas se atreven a contradecirse» demuestra precisamente la «peculiaridad» de Jesús! Pero la contradicción y la infalibilidad, la falsificación y la santidad, la ilegitimidad y la canonicidad, difícilmente armonizan entre sí por mucha catolicidad que se les añada. También la alta dignidad moral y religiosa atribuida a los autores bíblicos, su presunta conciencia de la verdad estricta, se compaginan mal con todo eso. La «autoridad» de sus libros se basa y se basó precisamente en «que reproducen fielmente las profecías sobre Cristo de los profetas y el testimonio de Cristo de los apóstoles» (Von Campenhausen). De este modo es como los apologistas se defendieron y se defienden, por lo general con palabras elocuentes, contra las acusaciones de falsificación, máxime cuando va unido a ello una datación posterior de estos escritos, o sea cuando en la seudoepigrafía novotestamentaria no puede haber una apostolicidad, «el criterio central para la proximidad al origen».<sup>142</sup>

Por supuesto que sigue habiendo suficientes eruditos que continúan defendiendo la seudoepigrafía, importante para los humanistas, los judíos, los cristianos y antaño «*determinativo for the thoughts of Dante, Bunyan, and Milton*» (Charlesworth). Pero incluso una cabeza no exenta de crítica como Arnold Meyer, al final de su artículo sobre la «seudoepigrafía religiosa [...I]», no precisamente favorable a las Iglesias, evita la palabra «falsificaciones» (que yo siempre prefiero a los decentes balbuceos de la ciencia «seria») y «prefiere hablar de una forma antigua de la fuerza creativa literaria, que se esfuerza en volver a dar la palabra a viejas figuras, de manera tan real y eficaz como sea posible, para que la verdad encuentre hoy lo mismo que ayer una voz digna y una defensa lograda».<sup>143</sup>

En realidad, las falsificaciones de los cristianos (y de los judíos) deben juzgarse de una manera mucho más rigurosa que las de los paganos. Aunque éstos poseían ya libros sagrados, por ejemplo en el orfismo o el hermetismo, dichos libros no tenían el significado de una religión manifestada. Las revelaciones judías y cristianas, las doctrinas de los profetas y de Jesús, tenían un carácter obligatorio, eran inviolables. Con todo, los

cristianos modificaron los escritos del Nuevo Testamento y también de los Padres de la Iglesia, de los cónclaves eclesiásticos, en efecto, falsificaron tratados totalmente nuevos en nombre de Jesús, de sus discípulos, de los Padres de la Iglesia, falsificaron actas conciliares completas.<sup>144</sup>

En vista de la importancia del fenómeno de las falsificaciones en la historia de los comienzos del cristianismo sorprende en cierta medida -aunque quizá no- cómo la propia investigación ha respetado la hagiografía, cómo no ha tratado hasta épocas recientes este complejo de temas o incluso lo ha ignorado. Durante mucho tiempo se rodeó o pasó por alto su precario campo, hasta el punto que todavía hoy «hay que confesar una considerable incertidumbre sobre la historia de las falsificaciones» (Brox).<sup>145</sup>

Resulta significativo que Norbert Brox (¡un teólogo católico!) llame todavía en 1973 y 1977 «incierto» a la investigación científica de la seudoepigrafía protocristiana. Hasta esa fecha Brox no conoce «ninguna reflexión metodológica consecuente para este fenómeno asentado en una amplia base». A la investigación en este campo la considera más bien «curiosamente poco comunicativa (o también inactiva)», en cualquier caso «ocupada poco y sin gran convencimiento en la seudoepigrafía como una forma de la literatura teológica del cristianismo».<sup>146</sup>

Es cierto que por doquier surgieron miles de cuestiones, pero sorprende «lo rudimentarias, casuales e insuficientes que fueron las respuestas [...] lo extraordinariamente "por satisfecha" que se dio la investigación», cómo en todos los inventarios amplios y representativos «quedó rápidamente satisfecha con valoraciones improvisadas y juicios globales obtenidos de modo superficial». Para la filología clásica más antigua esto no constituyó «ningún tema serio». Y en lo que respecta al análisis de la literatura judeocristiana bajo este aspecto, existió naturalmente también «una gran discreción», hubo una «escasa motivación para tratar el problema de la falsificación posible o real en la literatura bíblica y protocristiana». Si se hizo o se hace, en este caso «hasta tiempos recientes la solución resulta muy poco complicada y con un claro objetivo [...] "demostrando" a pesar de todo la autenticidad de todos los escritos bíblicos y asentando la falsificación de repente a un nivel moral según escalas actuales, lo que para cualquier escritor comprometido religiosamente (y por tanto también para los hagiógrafos) debe considerarse como excluido de principio o en todo caso debe resultar a posteriori muy inferior a sus exigencias y niveles morales. También donde se quiere evitar, la apologética toma la pluma [...]». Este teólogo católico sigue diciendo: «Todos esos esfuerzos intentan salvarse de la calamidad de tener que atribuir a autores con probadas altas pretensiones éticas y religiosas un comportamiento dudoso en el que no se cree, y quieren delimitar de toda la masa de falsificaciones un área íntegra, motivada religiosamente y fuera de toda sospecha».<sup>147</sup>

## Los cristianos falsificaron más conscientemente que los judíos y con mucha mayor frecuencia

Hemos de tener presente en primer lugar un hecho relevante: de ningún Evangelio, de ningún escrito del Nuevo Testamento, y desde luego de ninguno bíblico, poseemos un original, por mucho que hasta el siglo de la Ilustración histórica se afirmara tener el original del Evangelio de Marcos, incluso por duplicado, uno en Venecia y el otro en Praga, y ambos originales en una lengua en la que ninguno de los evangelistas escribió, el latín. Pero faltan también las primeras copias. Sólo tenemos copias de copias de copias, y constantemente aparecen nuevas. (En 1967 se contaban más de 1.500 manuscritos del Antiguo Testamento griego y 5.236 del Nuevo, aunque con cierta frecuencia uno mismo ha sido registrado erróneamente varias veces. Muy pocos de ellos, además, contienen el Nuevo Testamento completo y la mayoría son relativamente recientes. Únicamente los papiros se remontan a tiempos más lejanos, algunos de ellos hasta los siglos ii y iii. No obstante, son muy fragmentarios; el más antiguo de todos está formado por unas pocas palabras: J. 18, 31-33, y 37-38.)<sup>148</sup>

Puesto que en la Antigüedad los libros sólo se reproducían a mano, las falsificaciones eran más sencillas y al copiar podían hacerse en cualquier momento cambios en el texto, introducir párrafos, hacer supresiones o incluso completarlos. En los manuscritos del Nuevo Testamento surgieron de este modo, a veces sin querer y otras intencionadamente, errores, equivocaciones por falta de atención o desconocimiento y también falsificaciones conscientes; estas últimas sobre todo en los siglos i y ii, cuando el Nuevo Testamento no poseía todavía una validez canónica y no existía el más mínimo reparo, como nos demuestran muchas otras falsificaciones, en modificar el texto. Los copistas, los redactores y los glosadores intervinieron constantemente, se suprimió a voluntad, se amplió, se reordenó, se acortó. Se uniformó, se pulió, se armonizó y parafraseó, cada vez fue mayor la confusión, la degeneración, «una jungla de versiones contrapuestas» (Lietzmann), un caos, que hoy nos imposibilita establecer en muchos lugares «con seguridad o al menos con probabilidad» cuál es el texto original (Knopf).<sup>149</sup>

Si muchos cristianos difícilmente se conforman con estos hechos innegables, tanto más irrita a su «fe en el Nuevo Testamento», a sus sentimientos hacia la gran época del cristianismo primitivo, que los escritos del Nuevo Testamento, los libros de la Biblia «infalible», que las obras de la primitiva Iglesia, tratados teológicos, epístolas y sermones sean falsos, que lleven un nombre falso o falsificado. A esa imputación, ya sea por parte del autor o en el curso de su transmisión, se la llama pseudoepigrafía.

Algunas obras cristianas falsificadas, sobre todo las de la época más antigua, pueden haberlo sido «de buena fe», «con buena intención» y por consiguiente, no son en sentido psicológico estricto un «engaño», un delito, sino que subjetivamente están justificados; pero objetivamente, su acción no deja de ser una falsificación, un engaño. Por supuesto, nadie duda que muchos datos de autoría incorrectos pueden haberse producido por accidentes casuales, confusiones, errores, por equivocaciones del copista o del editor. Y nadie podría o querría llamar falsificaciones a esas falsas atribuciones; aunque afeen el rostro de escritos supuestamente infalibles, inspirados por Dios, rara vez salen a la luz.

De todos modos, el Antiguo Testamento queda mejor parado en comparación con el Nuevo y la literatura cristiana primitiva, puesto que los judíos de aquél, en especial los de épocas más antiguas, estaban mucho menos versados sobre la falsificación y todo lo que ello implica. Todas esas personas no tenían todavía la relación y el sentido de la realidad de los posteriores cristianos, que pensaban, si bien sólo *comparativamente*, de manera algo más racional, menos extasiados por el mito y con un punto de vista más histórico. Los seudoepígrafes de los antiguos judíos no surgieron todavía en una aura marcada por la lucha constante contra los «herejes», de mutuas sospechas, de corrosiva desconfianza. Por ese motivo no se les atacó, sino que más bien se les recibió con entusiasmo. Estas personas apenas estaban preparadas para las falsificaciones y mucho menos tenían en cuenta sus posibilidades. Los reproches de falsificación no se generalizaron durante mucho tiempo entre los judíos como lo serían más tarde entre los cristianos, cuando cada una de las numerosas «sectas» falsificaba para imponer sus teorías de fe frente a la «gran Iglesia» y ésta, por medio de contrafalsificaciones se afirmaba, a veces incluso simplemente destruyendo los escritos contrarios. Pero donde hablar y oír de falsificaciones se convirtió en una constante, es difícil que alguien haya falsificado de buena fe. La redacción de una seudoepigrafía religiosa verdadera (!) es «bastante improbable» y es evidente que «en el ámbito cristiano ocupa un espacio esencialmente más reducido que en el judío o el pagano» (Speyer). Es decir: los cristianos falsificaron más, fueron los que más lo hicieron.<sup>150</sup>

Sin duda, en la jungla de su seudoepigrafía no todo es falsificación premeditada, no todos los datos falsos de autoría lo son conscientemente y muchas cosas son simple error o equivocación. Con frecuencia, la igualdad de nombre de distintos autores (homonimia) provocó que se hicieran asignaciones falsas, a menudo también el contenido idéntico de diversos escritos. Muchas veces, un tratado que circulaba sin nombre (anonimia) -por descuido, olvido o pérdida del nombre- recibía uno conocido, algo que en realidad podía suceder de un modo más o menos casual y que entonces con excesiva frecuencia se convertía en manipulación

(consciente), en una asignación falsa buscada, en un abuso metódico» incluso falsificación.<sup>151</sup>

Resulta significativa la intención consciente de engaño cuando, por ejemplo en época muy posterior a los tiempos apostólicos, un escrito cualquiera pretende una autoría apostólica. «La realización literaria del engaño se ha hecho con una exactitud tan desenvuelta y se ha mantenido "históricamente" sin tan pocos escrúpulos, que no es posible hacer una descripción distinta a la de que se trata de un abuso buscado de la buena fe de los lectores con ayuda de trucos literarios para conseguir un objetivo determinado con lo que se ha escrito.» (Brox)<sup>152</sup>

En innumerables casos se trata así de embaucos (conscientes), de mentiras, de engaños. Y precisamente allí donde se osa hablar «en nombre del Santo y Grande», entonces «se falsifica mucho y con serias intenciones» (A. Meyer). Esto es válido en especial para la seudoepigrafía cristiana. Al menos en casi todos los incontables escritos apócrifos que van del siglo m hasta la Edad Media, «los datos falsos del autor no pueden explicarse por una vivencia religiosa ni por una ficción literaria. Se realizaron con plena consciencia para engañar» (Speyer).<sup>153</sup>

Antes de que pasemos a contemplar los Evangelios desde esta perspectiva, teniéndolos en cuenta tanto a ellos como a la literatura protocristiana trataremos la cuestión de los motivos y métodos de los falsificadores.

## ¿Por qué y cómo se falsificó?

Bueno, para el por qué hay multitud de razones. Un motivo importante fue el aumento de autoridad, si bien a menudo sólo fue una circunstancia concomitante. Se intentaba conseguir respeto y difusión para un escrito haciéndolo pasar por el de un autor renombrado, o bien alterando su edad, o sea, datándolo en épocas anteriores para que formara parte del pasado evangélico. Así procedieron los «ortodoxos» y los «herejes», confundiendo el falsificador a sus lectores acerca del autor, el lugar y la copia. Pues al crecer las comunidades cristianas, según pasaba el tiempo iban surgiendo de modo natural nuevos problemas, situaciones e intereses a los que no podía dar una respuesta la antigua tradición literaria, la llamada época clásica, los primeros tiempos apostólicos. Pero ya que se necesitaba su beneplácito o al menos reflejar la continuidad legítima con los orígenes, se fabricaron en consecuencia escritos y «revelaciones», obras falsas que se databan en épocas anteriores, como «norma al principio», que evidenciaban una verdad segura. Se escribieron bajo el nombre de un famoso cristiano, se pretendía su autoría por Jesús, los apóstoles, sus discípulos o Padres de la Iglesia prominentes. De este modo no sólo

se incrementaba el prestigio de la falsificación, sino que se garantizaba también su amplia difusión y se esperaba al mismo tiempo protegerla contra el desenmascaramiento.<sup>154</sup>

Los católicos falsificaron para poder resolver «apostólicamente» en el sentido de Jesús y de sus apóstoles, o sea con autoridad, los nuevos problemas que surgían de la disciplina eclesiástica, del derecho de la Iglesia, de la liturgia, la moral, la teología. También falsificaron los «ortodoxos» para luchar mediante contrafalsificaciones contra las falsificaciones de los «herejes», a menudo muy versadas y muy leídas por su correspondiente autoridad, como por ejemplo las de los gnósticos, los maniqueos, los priscilianistas, etc., como es el caso del *Kerygma Petrou*, las actas de Pablo, la *Epistula Apostolorum*. Esas contrafalsificaciones avisan contra las falsificaciones «heréticas», como en la tercera Epístola a los Corintios. Insultan y maldicen a sus contrincantes falsificadores practicando exactamente lo mismo, a menudo incluso de modo más refinado, menos manifiesto. Y los «herejes» falsificaron sobre todo para conseguir imponer y para defender sus creencias divergentes del dogma de la Iglesia.<sup>155</sup>

Se falsificó asimismo por razones de política de Iglesia y de patriotismo local, por ejemplo para demostrar la fundación «apostólica» de una sede episcopal, para fundar conventos, para garantizar o ampliar sus posesiones, para propagar a un santo. En especial desde el siglo IV se instituyeron las reliquias, se crearon falsas vidas de santos y monjes, documentos para conseguir ventajas legales y financieras.<sup>156</sup>

Finalmente, se falsificó también para garantizar mediante una falsificación la «autenticidad» de otra. Se falsificó también para perjudicar a enemigos personales, para desacreditar a los rivales. Aunque más raras veces, se llegó también a defender a amigos mediante una falsificación, como muestran las pretendidas cartas del comes Bonifacio.<sup>157</sup>

Pero sólo muy raras veces nos ha llegado el nombre de un falsificador, como el del católico Juan Malalas (retórico o escolástico), sobre el que no sabemos nada más. Debió ser en 565 patriarca de Constantinopla y luchar en Alejandría contra los monofisitas mediante falsificaciones, utilizando para ello el nombre del antipatriarca monofisita Teodosio de Jerusalén, el de Pedro de los íberos y el del obispo de Majuma (cerca de Gaza), asimismo monofisita. Zacarías Rhetor, un monofisita, informa al respecto en su historia de la Iglesia diciendo que Juan quería «ser del agrado» de la multitud, o sea de los diofisitas bajo el patriarca Preterios, «hacerse un nombre, acumular oro y ser celebrado por esta fatua gloria [...]. Puesto que consideraba posible ser censurado por el contenido de sus libros, no los publicó bajo su propio nombre sino que atribuyó uno a Teodosio, obispo de Jerusalén, y otro a Pedro de los íberos, para que los fieles (es decir, los monofisitas) se confundieran con ellos y los aceptaran».<sup>158</sup>

¿De qué métodos se valían los falsificadores?

El método más sencillo y también más frecuente de falsificación fue la utilización de un nombre falso aunque ilustre de un autor del pasado; esto sucedía en el mundo pagano de manera similar a como en el judío, pero en la época cristiana fue sistemático. Hacia finales de la Antigüedad y con posterioridad, una autoridad pretérita contaba por regla general más que una nueva, sobre todo cuando el autor falsificador -requisito habitual para sus acciones- se sentía inferior, no tenía un «nombre». Recurrir a un contemporáneo conocido era demasiado arriesgado y éste podía descubrir en cualquier momento la falsificación haciendo una declaración, reduciendo sus efectos. Aunque una obra con el nombre del autor falsificado no tiene por qué ser una falsificación en sí misma, el falseador es por lo general también el autor de la obra. Infinidad de libros «apócrifos», aun textos del Nuevo Testamento, surgieron con el propósito de engañar, son falsificaciones conscientes de un género literario de gran predicado durante la Antigüedad, chapucerías que pretenden proceder de la pluma de un autor totalmente distinto, de un hombre que no es idéntico a su autor, una personalidad que como más antigua es tachada de venerable y santa.<sup>155</sup>

Con muchos de estos falsificadores los graves desatinos, las contradicciones y los anacronismos *prima facie* resultan sospechosos ya menudo son suficientes para declarar su falta de autenticidad, en especial cuando van acompañados de exagerados testimonios de autenticidad. Faltas de este tipo son, por ejemplo: previsiones demasiado llamativas, proyectos fechados con anterioridad, *vaticinio ex eventu*, plagio evidente de un autor posterior o un patrón literario que se repite incensablemente, clichés estilistas. Sin embargo, los falsificadores redomados emplean a menudo los trucos más osados, los detalles más sorprendentes, con objeto de simular autenticidad, inmediatez, la unicidad. Imitan de modo asombroso el estilo. Hacen las afirmaciones más enérgicas con aparente autoridad. Simulan datos biográficos y de situación, dan indicaciones precisas sobre el momento y el lugar, sucesos históricos hábilmente encajados en su tiempo. Cuidan también lo accesorio, los detalles, para generar la sensación de autenticidad, para hacer tanto más creíble la cuestión principal y por tanto más seguro el éxito de la falsificación. Entremezclan alusiones a circunstancias legendarias o históricas que sugieren una autenticidad sin cortapisas, la impresión de historicidad. Aportan nombres falsos pero hábilmente introducidos (en especial nombres raros, que sugieren credibilidad, o bien otros corrientes, que no despiertan sospechas). No sólo toman prestados grandes nombres de la historia, sino que inventan también los garantes adecuados.

Los falsificadores, al falsificar advierten, con tanta sangre fría como habilidad, contra los falsificadores. Avisan con maldiciones y amenazas.

Establecen criterios de autenticidad y de este modo hacen más factible su propia falsificación, recalcando su «autenticidad» en multitud de cartas mediante su firma. Así, el papa católico escribe a la emperatriz Helena:

«Saludo de paz envió yo, papa, con mi letra a tu creyente real alteza». Algunos falsificadores aseveran patéticos testimonios oculares y auriculares, algunos firman y sellan, algunos hacen al comienzo y al final de la falsificación juramentos sagrados de decir solamente la verdad, como el autor de una epístola dominical que se presenta como el apóstol Pedro. Otro falsario, Jerónimo, en su transcripción de un pretendido Evangelio de Mateo promete: «Traduciré el texto tal como está en el original hebreo, cuidadosamente, palabra por palabra». Otros cristianos, para aumentar la confianza en su falsificación no se recatan en acusar a otros de falsificación. Otros más intentan que sus embustes tengan mayor eficacia mediante amenazas. «Pobres de aquellos -advierte el falsificador católico de la *Epistula Apostolorum*- que falsifiquen esta mi palabra y mi mandamiento.» Y el Apocalipsis pseudoepigráfico de Esra amenaza: «Pero quien no crea en estos libros, arderá igual que Sodoma y Gomorra».<sup>160</sup>

Entre los métodos de los falsificadores estaba también hacer más creíble la aparición repentina de presuntos escritos de antiguos autores mediante maravillosas historias de hallazgos o con el descubrimiento de copias o de traducciones de originales en otros idiomas en tumbas, en bibliotecas famosas o en archivos, lo que explicaría su desconocimiento hasta entonces y el posterior descubrimiento de contenidos importantes. También las «revelaciones en sueños» condujeron al descubrimiento de falsificaciones o la invocación a «transmisión secreta». Los impostores gustaban de tener visiones de Cristo, María o los apóstoles y legitimaban esas visiones mediante nuevos engaños.<sup>161</sup>

En especial, los falsificadores de muchas de las vidas de santos utilizan la primera persona y recurren a los testigos oculares para fortalecer sus mentiras. Y no menos eficaces eran sobre todo los falsificadores de los libros de revelación cristianos, prometiendo a los lectores y propagadores de sus producciones el azul del cielo, pero amenazando a sus detractores. Los farsantes presentaban testigos jurados como fiadores de sus mentiras y para reforzar la confianza incluso decían algunas verdades en los aspectos accesorios. Y como en todos sitios, también aquí hay modos y métodos variables, otros procedimientos técnicos y temáticos, pero siempre formas recurrentes, por no decir características, si bien pocas cosas generales, típicas.<sup>162</sup>

Lo anterior es válido sobre todo para la época posterior al Nuevo Testamento y en parte también para la anterior. Está claro que ya a los antiguos cristianos no les perturbaba mucho el problema, en particular el de la pseudoepigrafía, y que en este punto (tampoco) fueron muy escrupulo-

sos. A fin de cuentas, en el cristianismo, por la voluntad de Dios (y la exclamación de «¡por Dios!» nunca significa algo bueno) -la historia nos lo enseña-, todo está permitido. En la Antigüedad la mayoría de las falsificaciones se realizaron para apoyar la fe. (En la Edad Media se falsifica particularmente para asegurar o ampliar las posesiones y el poder. Ya en el siglo ix se falsifican documentos papales en todo Occidente, naturalmente por parte de los eclesiásticos.) El caso es que el porcentaje de los seudoepígrafes es muy grande en el protocristianismo, la práctica de la falsificación sin escrúpulos la ha habido siempre, incluso en los comienzos del cristianismo. «Desgraciadamente -confiesa el teólogo Von Campenhausen-, la veracidad en este sentido no es una de las virtudes cardinales de la Iglesia antigua.»<sup>163</sup>

### **Ni el Evangelio de Mateo, ni el Evangelio de Juan, ni la Revelación de Juan (Apocalipsis) proceden de los apóstoles a quienes la Iglesia los atribuye**

Debido a la gran importancia de la «tradición apostólica» en el cristianismo de la gran Iglesia, la católica publicó todos los Evangelios como libros de los apóstoles o de sus discípulos, lo que fundamentó precisamente su prestigio. Pero no hay ninguna prueba de que Marcos y Lucas, cuyos nombres aparecen en un Evangelio cada uno, sean discípulos de los apóstoles, que Marcos sea idéntico al acompañante de Pedro y Lucas al compañero de Pablo. Los cuatro Evangelios se transmitieron anónimamente. El primer testimonio eclesiástico a favor de «Marcos», el más antiguo de los evangelistas, procede del obispo Papias, de Hierápolis, de mediados del siglo u. Pero en la actualidad son cada vez más los investigadores que critican el testimonio de Papias, lo llaman «históricamente sin valor» (Marxsen), y hasta él mismo admite que Marcos «nunca ha escuchado y acompañado al Señor». Incluso parece que Marcos fue un cristiano gentil; su violenta polémica antijudía así parece señalarlo. Y el que Lucas sea discípulo de Pablo es como mínimo dudoso, pues las típicas ideas de este último pasan en el Evangelio de Lucas a un segundo plano.<sup>164</sup>

Por el contrario, lo cierto es que el apóstol Mateo, discípulo de Jesús, no es el autor del Evangelio de san Mateo (aparecido entre los años 70 y 90 como generalmente se supone). No sabemos todavía cómo consiguió la fama de ser un evangelista. Es evidente que el primer testimonio procede del historiador de la Iglesia Eusebio, que se basa a su vez en el obispo Papias, del que él mismo escribe que «intelectualmente debió ser bastante limitado». El título de «Evangelio de Mateo» procede de época posterior. Lo encontramos por primera vez con Clemente Alejandrino y

Tertuliano, que murieron ambos a comienzos del siglo m. Si el apóstol Mateo, contemporáneo de Jesús, testigo aricular y ocular de sus obras, hubiera redactado el Evangelio que se le atribuye ¿hubiera tenido que apoyarse expresamente en Marcos? ¿Era tan desmemoriado? ¿Tenía tan poca inspiración?

Toda la investigación bíblica crítica considera que no hay motivo para que el nombre del apóstol Mateo aparezca sobre el Evangelio, puesto que éste no se escribió en hebreo, como afirma la tradición de la Iglesia antigua, sino originalmente en griego. No se sabe de nadie que haya visto el original arameo, ni se conoce a nadie que lo haya traducido al griego, ni en los manuscritos ni en las citas se conserva el más mínimo resto de un texto original arameo. Wolfgang Speyer incluye con razón al Evangelio de Mateo entre «las falsificaciones bajo la máscara de revelaciones religiosas». K. Stendahl aventura que ni siquiera se trata de la obra de una única persona sino de una «escuela». Como quiera que sea y según pare" cer casi unánime de todos los investigadores no católicos de la Biblia, ese evangelio no se basa en testigos oculares.<sup>165</sup>

Los teólogos católicos más recientes a menudo dan vueltas penosamente sobre estos hechos. «En caso de que (!) a nuestra versión griega del evangelio de Mateo le hubiese precedido una versión original en arameo [...]», escribe K. H. Sohlekíe. Claro, «en caso de que»... «"en caso de que" -dice Hebbel- es la más germánica de las expresiones.» (Y mi padre solía solventar toda condicional iniciada con «en caso de que» con un dicho muy gráfico que es mejor no citar aquí sino, a lo sumo, en las notas: un estímulo para que también el grueso de mis lectores rebusque entre éstas.) «Un Mateo original arameo debió de escribirse varios decenios antes que el Mateo griego.» Se ve que ni ellos mismos se lo creen. (Y escriben esto cuando ya no es posible de otra manera. Cuando en 1954 un *Enchiridium biblicum* publicó en segunda edición una colección de documentos eclesiásticos sobre cuestiones bíblicas, los teólogos católicos debieron dejar de creer en lo que cincuenta años antes se les exigía. Los secretarios de la comisión bíblica explicaron los decretos de entonces con las circunstancias que cincuenta años antes habían hecho defenderse contra una crítica racionalista exorbitante... Pero circunstancias las hay siempre, también jerarquías tiránicas y tantos oportunistas como arenas en el mar. No fue Lichtenberg el primero en saberlo pero sí en expresarlo con palabras más certeras, como casi siempre, que los demás: feEstá claro que la religión cristiana es apoyada más por esas gentes que se ganan con ella el pan que por aquellos que están convencidos de su verdad».)<sup>166^</sup>

Es interesante el hecho de que los tres primeros Evangelios no se editaran como apostólicos, lo mismo que tampoco los Hechos de los Apóstoles, a cuyo autor igualmente no conocemos. Lo único que sabemos es que quien escribió estos Hechos de los Apóstoles no refleja en las senten-

pensamientos ni sus palabras, sino que se los inventa, que simplemente pone en labios de sus «héroes» las frases que más convienen, por lo demás algo habitual en la antigua historiografía. Pero estas invenciones no sólo constituyen una tercera parte de los Hechos de los Apóstoles sino que son también su contenido teológico más importante y, lo que resulta particularmente notable, de este autor procede más de la cuarta parte de todo el Nuevo Testamento. Pues tal como se supone de modo general, el autor del Evangelio de Lucas es idéntico al compañero de viaje y «amado médico» del apóstol Pablo. Pero ni el Evangelio de Lucas ni los Hechos de los Apóstoles resultan muy paulinos. Al contrario. Los investigadores no creen hoy que ninguna de estas dos obras haya sido escrita por un discípulo de Pablo, rechazándolo de manera generalizada.<sup>167</sup>

Los Hechos de los Apóstoles y los tres Evangelios no fueron ortónimos (firmados con el nombre verdadero) ni seudónimos, sino trabajos anónimos, como muchas otras obras protocristianas, como por ejemplo la Epístola a los Hebreos del Nuevo Testamento. Ningún autor de los Evangelios canónicos cita su nombre, ni una sola vez menciona un garante, como con tanta frecuencia hacen los tratados cristianos posteriores. Fue la Iglesia la primera en atribuir todos estos escritos anónimos a determinados apóstoles y sus discípulos. Sin embargo, tales atribuciones son «falsificaciones», son un «engaño literario» (Heinrici). Arnold Meyer señala que «con certeza son "auténticamente" apostólicas sólo las cartas del apóstol Pablo, que no era un discípulo inmediato de Jesús». Pero también hace mucho que se sabe que no todas las que aparecen bajo su nombre proceden de él.<sup>168</sup>

Desde finales del siglo n, desde Ireneo, aunque al principio no sin controversias, la Iglesia atribuye sin motivo el cuarto Evangelio al apóstol Juan, algo que todos los investigadores críticos ponen en duda desde hace más de doscientos años y para lo que existen multitud de motivos de peso.

Aunque el autor de este cuarto Evangelio, que curiosamente no cita ningún nombre, afirma haberse apoyado en el pecho de Jesús y ser un testigo fiable, asegura y repite enfáticamente «que su testimonio es verdadero», que «ha visto [...] y que su testimonio es verdadero y que sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis [...]». Pero este Evangelio no apareció como muy pronto hasta alrededor del año 100, cuando hacía ya mucho que habían matado al apóstol Juan, hacia el año 44 o, probablemente, en 62. También el Padre de la Iglesia Ireneo, que fue el primero en afirmar la autoría del apóstol Juan, ha confundido intencionadamente a éste (del que más tarde dice que vivió en Éfeso), como corresponde a un santo cristiano, con un presbítero Juan de Efe- • so. Y el autor de la segunda y la tercera epístolas de Juan, que igualmente

se atribuyen al apóstol Juan, se proclama al comienzo «el presbítero». (Una confusión similar la hubo también entre el apóstol Felipe y el «diácono» Felipe.) Incluso el papa Dámaso I, en su índice canónico (382) no atribuye dos de las epístolas de Juan al apóstol Juan, sino a «otro Juan, el presbítero». Hasta el propio Padre de la Iglesia Jerónimo negaba que esas segunda y tercera epístolas fueran del apóstol. Cuando el obispo Ireneo asigna a finales del siglo n el Evangelio al apóstol Juan, haya confundido este nombre de manera intencionada o no, se engañó numerosas veces; afirma así que según los Evangelios y la tradición de Juan, Jesús estuvo enseñando sus doctrinas públicamente veinte años y que fue crucificado cuando contaba cincuenta, bajo el emperador Claudio. ¿Merece algún crédito un testigo tal, que también en otros aspectos poseía una «refinada falta a la verdad» (Eduard Schwartz) pero que enseñaba que: «por doquier la Iglesia predica con la verdad»?<sup>169</sup>

Pero hay toda una serie de motivos internos, de la propia naturaleza del Evangelio, que contradicen una posible autoría de ese apóstol. Por ejemplo, él, el judío, habría redactado el escrito más antijudío de todo el Nuevo Testamento; este aspecto ya lo he tratado en otro lugar. Toda la investigación de la crítica histórica está de acuerdo en que «con toda seguridad» el autor de este Evangelio no fue ninguno de los doce apóstoles (Kümmel).<sup>170</sup>

Los argumentos contra la autoría del apóstol Juan, el «Evangelista», son tan numerosos y contundentes que incluso los teólogos católicos manifiestan poco a poco sus dudas. Ellos, que oficialmente deben seguir defendiendo dicha autoría (que gustan de hablar de fallos de memoria, de recuerdos borrosos del apóstol anciano, de su «gloriosa y excelsa verdad»), se preguntan si el Evangelio de «Juan» -en el que en siglos posteriores se hicieron cambios y modificaciones- no sería quizá «configurado y redactado al final por sus discípulos partiendo de sus notas y bocetos» (algo que en realidad no se cita ni demuestra en ningún otro lugar). ¡Pero se sigue manteniendo la certeza solemne de su testimonio inmediato! Y precisamente éste «resulta difícilmente demostrable a partir del Evangelio» y por esa razón «hoy se renuncia» a la opinión de que el autor fuera testigo visual y auricular de la vida y la obra de Jesús (*Bibel-Lexikori*).<sup>171</sup>

También el Apocalipsis de Juan, cuyo autor se denomina repetidas veces Juan tanto al principio como al final, que aparece también como siervo de Dios, hermano de los cristianos, pero no como apóstol, fue escrito, según la doctrina de la Iglesia antigua, por el hijo de Zebedeo, el apóstol Juan, puesto que se necesitaba naturalmente una tradición «apostólica» para garantizar el prestigio canónico del libro. Pero no duró mucho dado que el Apocalipsis cristiano, que quedó en el último lugar del Nuevo Testamento, fue rechazado ya a finales del siglo n por los llama-

dos alógeros, críticos de la Biblia que por lo demás no negaban ningún dogma.<sup>172</sup>

Asimismo el obispo Dionisio de Alejandría (fallecido en 264-265), discípulo de Orígenes y apodado «el Grande», negó categóricamente que Juan fuese el autor del Apocalipsis. Lo hizo en el segundo de sus dos libros *Sobre las promesas* en su lucha contra el milenarismo del obispo Nepos de Arsinoe, Egipto, al que por otro lado valora «por su fe, su diligencia, su ocupación de las escrituras y sus numerosas canciones eclesiásticas».<sup>173</sup>

Por desgracia, estos dos libros de Dionisio, lo mismo que todos los restantes suyos, no se han conservado hasta nuestros días. No obstante, el historiador de la Iglesia Eusebio ha transmitido una parte de ellos. El obispo Dionisio señala que ya los primitivos cristianos han «negado y rechazado por completo» la «Revelación de Juan». «Pusieron reparos a todos y cada uno de los capítulos y declararon que la obra carecía de sentido y unicidad y que el título era falso. Afirmaron, en concreto, que no procedía de Juan y que no eran desde luego revelaciones pues aparecían rodeadas de multitud de cosas incomprensibles. El autor de esta obra no fue ninguno de los apóstoles, ningún santo y ningún miembro de la Iglesia, sino Cerinto, que quería dar un nombre creíble para su falsificación y también para la secta de su mismo nombre.»

El obispo alejandrino no niega que el Apocalipsis haya sido redactado por un Juan, un «hombre santo e iluminado por Dios», pero pone ea tela de juicio «que este Juan fuese el apóstol, el hijo de Zebedeo, el hermano de Santiago, del que procede el Evangelio según san Juan y la epístola católica». Llama la atención sobre el hecho de que el evangelista no cita en ninguna parte su nombre, «ni en el Evangelio ni en la epístola», y tampoco aparece el nombre de Juan en las llamadas segunda y tercera epístolas de Juan, sino que sin aludir nombre alguno se dice simplemente «el presbítero». Por el contrario, el autor del Apocalipsis pone su nombre al comienzo. Y no le parece suficiente con hacerlo una vez. «Repite: "Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación y en el reino y en la indulgencia de Jesús, estuve en la isla que se llama Patmos, por el amor de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús". Y al final habló de esta suerte: "Bienaventurado quien preserve las palabras de las profecías de este libro, y yo, Juan, que vi y escuché esto". Que fuera un Juan quien escribió estas palabras hay que creerlo, pues lo dice. Pero lo que no se sabe es qué Juan fue, pues no se llama a sí mismo, como aparece a menudo en el Evangelio, el discípulo al que amaba al Señor o como el que reposaba sobre su pecho, o como el hermano de Santiago, o como el que vio al Señor con sus propios ojos y le escuchó con sus propios oídos, si es que hubiera deseado ser reconocido con claridad. Pero no utiliza ninguno de esos nombres. Se llama sólo nuestro hermano

y compañero y testigo de Jesús y uno que es espiritual pues vio y escuchó las revelaciones.»<sup>174</sup>

El Padre de la Iglesia Dionisio «el Grande» analiza con gran atención el pensamiento, el lenguaje y el estilo del Evangelio y la epístola de Juan y escribe: «Comparado con estos escritos, el Apocalipsis es totalmente distinto y de otro tipo. Falta cualquier unión y parentesco. Por así decirlo no coincide ni una sílaba. Tampoco la epístola -por no hablar del Evangelio- contiene alguna cita o pensamiento del Apocalipsis ni éste de aquélla».<sup>175</sup>

El teólogo y obispo protestante Eduard Lohse comenta: «Dionisio de Alejandría ha observado muy certeramente que la Revelación de Juan y el cuarto Evangelio están tan alejados en cuanto a forma y contenido, que no pueden atribuirse a un mismo autor». Queda abierta la cuestión de si el autor del Apocalipsis quería sugerir con su nombre Juan ser discípulo y apóstol de Jesús. Él mismo no hace esa equiparación. Esto lo hizo la Iglesia para conferir autoridad apostólica y prestigio canónico a sus escritos. Y así comienza la falsificación, la falsificación de la Iglesia.<sup>176</sup>

Por lo tanto, ninguno de los Evangelios fue escrito por uno de los «primeros apóstoles». Ni el Evangelio de Mateo procede del apóstol Mateo ni el de Juan del apóstol Juan, ni tampoco la Revelación de Juan se debe al apóstol. Pero si en el Antiguo Testamento hubo hombres que no se pararon en barras para hablar como si hablara Dios ¿por qué no habría de haber otros en el Nuevo Testamento capaces de poner todo lo imaginable en labios de Jesús y de sus discípulos que, junto al Antiguo Testamento y Jesús, eran la tercera autoridad para los cristianos?

## **En el Nuevo Testamento aparecen seis «epístolas de Pablo» falsificadas**

De este modo varios escritos del Nuevo Testamento pasan por ser obras de los apóstoles. Aunque en algunos de ellos pueda dudarse de la intención de engañar, en otros es evidente y en otros más totalmente seguro; no obstante, y contra toda evidencia, se atestigua expresamente su autenticidad. La idea principal es calificar como «apostólico» todo lo que ya está hecho, y sobre todo lo que se está haciendo, y hacerlo vinculante como norma.<sup>177</sup>

Se falsificaron así en el Nuevo Testamento varias epístolas bajo el nombre del autor cristiano más antiguo. Pablo, quien confiesa abiertamente que sólo se trata de proclamar a Cristo, «con o sin segundas intenciones».

Totalmente falsas en el Corpus Paulinum son las dos epístolas «A Timoteo» y «A Tito», las llamadas cartas pastorales. Eran conocidas en la cristiandad desde mediados del siglo II y se acabaron incluyendo en el Nuevo Testamento entre las epístolas sin poner reparos... hasta comienzos del siglo XIX. Pero en 1804-1805, J. E. Chr. Schmidt puso en duda la autenticidad de la primera epístola a Timoteo, en 1807 Schieiermacher la rechazó por completo y en 1812, el erudito de Gotinga Eichhom verificó la falsedad de las tres epístolas.

Desde entonces esta idea se ha ido imponiendo entre los investigadores protestantes y últimamente cada vez más entre los exégetas católicos, si bien hay todavía unos pocos autores conocidos que siguen defendiendo esa autenticidad, o al menos una autenticidad parcial (se habla de una hipótesis de fragmentos).<sup>178</sup>

En las tres epístolas, que probablemente se redactaron en Asia Menor a comienzos del siglo II, el falsificador se llama a sí mismo desde un principio «Pablo, un apóstol de Jesucristo». Escribe en primera persona y se jacta de haber sido nombrado «predicador y apóstol -digo la verdad, no miento-, maestro de los paganos en la fe y la verdad». Arremete con dureza contra los «herejes», de los que a más de uno «entrega a Satán». Fustiga «los cuentos de viejas irreligiosos», «la hipocresía de los mentirosos», «los charlatanes y encantadores inútiles, en particular los de los judíos, a los que habría que cerrar la boca». Pero también calla a las mujeres: «a una mujer no le permito que adoctrine, tampoco que se eleve por encima del hombre, sino que ha de permanecer en silencio». Y lo mismo deben someterse los esclavos y «respetar a sus señores».<sup>179</sup>

: Estas tres falsificaciones, que significativamente faltan en las colecciones más antiguas de las epístolas de Pablo, ya las considera apócrifas Marción al hacer referencia a Pablo. Es muy probable que fueran redactadas precisamente para poder rebatir a Marción a través de Pablo, como ya sucedió en los siglos II y III con otras falsificaciones eclesásticas. Y habla por sí solo el hecho de que estas falsas «epístolas de Pablo», muy posteriores a Pablo y por lo tanto desde el punto de vista teológico y de derecho canónico mucho más evolucionadas, gozaron pronto de gran popularidad en el catolicismo; que los más importantes escritores de la Iglesia las citaran con predilección y las utilizaran en contra de las epístolas paulinas verdaderas; que precisamente estas falsificaciones hicieran del casi hereje Pablo un hombre de la Iglesia católica. Con ellas, infinidad de veces los papas han condenado a sus «herejes» y han luchado para que se reconocieran sus dogmas.<sup>180</sup>

En contra de la autenticidad de estas cartas pastorales hay razones históricas, pero aun más de tipo teológico y de lenguaje, razones que no sólo han ido aumentando con el tiempo sino que se han hecho más precisas. «Para los investigadores evangélicos -escribe Wolfgang Speyer, uno

de los mejores conocedores actuales de las falsificaciones de la Antigüedad-, la seudoepigrafía de los dos escritos a Timoteo y de la epístola a Tito se considera probada.» El teólogo Von Campenhausen habla de una «falsificación de extraordinaria altura moral» y se las atribuye a san Policarpo, el «anciano príncipe de Asia» (Eusebio). El teólogo católico Brox, asimismo un experto en este campo tan poco tratado por la investigación, dice de «la manipulación literaria que es perfecta», si bien «es reconocible como ficción», un «engaño realizado metódicamente, una presunción de autoridad consciente y realizada de manera artísticamente refinada», desde luego «la obra cumbre» de la falsificación dentro del Nuevo Testamento. Eruditos más conservadores en vista de la discrepancia con las epístolas paulinas (ciertamente) verdaderas, recurren a la «hipótesis del secretario», según la cual el autor habría sido el secretario de Pablo, que debió acompañarle durante mucho tiempo. («Bien es cierto que la tradición no sabe nada de tal hombre»: *Bibel-Lexikon*.) O bien aparece la «hipótesis de los fragmentos», el supuesto de que entre los textos falsos de Pablo se encuentran también piezas auténticas. Pero incluso para Schelke, las cartas pastorales «no sólo parecen ser distintas a las epístolas de Pablo sino también posteriores a ellas».<sup>181</sup>

Tal como se supone a menudo y con razones de mucho peso, es muy probable que la segunda epístola a los tesalonicenses fuera «concebida premeditadamente como falsificación» (Lindemann) atribuyéndosela a Pablo.

La autenticidad de la segunda epístola a los tesalonicenses fue puesta en entredicho por primera vez en 1801 por J. E. Chr. Schmidt, imponiéndose definitivamente la tesis de la falsedad sobre todo gracias a W. Wrede en 1903. A comienzos de los años treinta, investigadores como A. Jülicher y E. Fascher opinaban que dejando establecida una autoría no paulina de la epístola «no hemos perdido mucho». *Nosotros* no, pero sí los fieles de la Biblia. ¿Pues qué les parece que durante dos milenios (no sólo esta) falsificación estuvo y está en sus «Sagradas Escrituras»? ¿Que el falsificador, que sobre todo pretende disipar las dudas sobre la parusia, el que no se produjera el regreso del Señor, testifique al final de la epístola su autenticidad recalcando la firma de mano del propio Pablo? «Aquí mi saludo, el de Pablo, de mi propia mano. Esta es la señal de todas mis cartas: así lo escribo [...]» Cómo el falsificador, al que no conocemos, no vacila en prevenir contra las falsificaciones para eludir de este modo el problema de la autenticidad en su caso. Nadie debe desistir, «ni mediante una revelación en el Espíritu, ni por una palabra ni por una carta, como la enviada por nos, como si ya hubiera llegado el día del Señor. No permitais que nadie os confundiera, de ningún modo [...]» Es totalmente consciente de su engaño. Pero no se confunda con éste: con una epístola de Pablo falsa quiere desautorizar una auténtica. Así, son «muy pocos» los

que defienden hoy la autenticidad de la segunda epístola a los tesalonicenses (W. Marxsen).<sup>182</sup>

También la mayoría de los investigadores consideran la epístola a los colosenses como «deuteropaulina», como «no paulina». Y con mucha probabilidad también se falsificó «conscientemente» la epístola a los efesios, estrechamente relacionada con la anterior y que desde un principio se consideró perteneciente a Pablo. Resulta significativo el hecho de que se encuentren aquí reminiscencias de todas las epístolas paulinas importantes, en especial de la destinada a los colosenses, de la que proceden casi literalmente formulaciones completas; el estilo es muy retórico y en realidad más que una epístola es una especie de «meditación sobre los grandes temas cristianos», un «discurso sobre los misterios o la sabiduría» (Schiier). Y en ninguna otra epístola de Pablo se utiliza la palabra «Iglesia» de manera tan exclusiva en el sentido católico.<sup>183</sup>

La epístola a los hebreos, escrita quizá en el siglo i por un autor desconocido, se transmitió inicialmente de modo anónimo y ningún escrito antiguo la relacionó con Pablo. Ni siquiera contiene el nombre de éste, pero al final muestra «de modo intencionado la fórmula final de una epístola paulina» (Lietzmann). Sin embargo, hasta mediados del siglo iv no se la consideraba apostólica, paulina ni canónica, pero apareció en el Nuevo Testamento como una carta de «Pablo» y como tal se la tomó de manera generalizada hasta Lutero. Pero el reformador lo puso en tela de juicio, encontrando en ella paja y madera, «una epístola formada por numerosas piezas». En la actualidad, incluso por el lado católico, raras veces se atribuye a «Pablo» la epístola a los hebreos.

No obstante, desde el siglo n fue admitida por la tradición ortodoxa. Aparece en los libros litúrgicos y oficiales de la Iglesia católica como «Epístola del apóstol san Pablo a los hebreos». Igual aparece en la traducción latina del Nuevo Testamento (no así en el texto griego). En realidad no sabemos ni dónde ni quién la escribió, y todos los nombres que se han citado o puedan citarse sobre su autor no son más que especulaciones. Aunque la teología crítica considera auténticas otras epístolas de Pablo también contienen diversas falsificaciones, lo mismo que otros libros del Nuevo Testamento.<sup>184</sup>

No menos de seis epístolas atribuidas a Pablo por propio testimonio son en realidad deuteropaulinas, o sea no pertenecientes a Pablo, pero a pesar de eso aparecen como tales en la Biblia. Si se añade la epístola a los hebreos serían siete.

## **Todas las «epístolas católicas» del Nuevo Testamento, siete en total, son falsificaciones**

Entre las llamadas epístolas católicas se cuentan la primera y la segunda de Pedro, la primera, segunda y tercera de Juan, la de Santiago y la de Judas. Todavía en el siglo iv, en la época del Padre de la Iglesia Eusebio, aunque se las leía en la mayoría de las iglesias, se consideraban auténticas de modo unánime sólo dos: la primera de Juan y la primera de Pedro. No es hasta finales del siglo iv cuando se consideran canónicas en Occidente todas las «epístolas católicas». La situación es ahora distinta y a todas ellas se las designa como «escritos anónimos o seudoepigrafi-cos», por mucho que la Iglesia antigua las introdujera con el nombre de un autor (Bafz). Salvo en el caso de las epístolas de Juan, también la forma de todo el grupo es ficticia.<sup>185</sup>

Bajo el nombre de Pedro, un cristiano ortodoxo falsificó también dos epístolas.

Esto es cierto con toda seguridad para el escrito más tardío del Nuevo Testamento, la segunda epístola de Pedro, algo que incluso los eruditos católicos no ponen ya en duda. Sin embargo, esta carta que, sospechosamente, es casi copia literal en muchos pasajes de la de Judas, gozó de poca confianza en la antigua Iglesia. Durante todo el siglo n ni se la cita. El primero en afirmar su indiscutibilidad fue Orígenes, pero todavía en el siglo iv, el obispo Eusebio, el historiador de la Iglesia, afirma que no es auténtica, y Dídimo el Ciego, un famoso erudito alejandrino entre cuyos discípulos se contaban Rufino y san Jerónimo, dice que está falsificada.

«Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucrito», así comienza el falsificador y afirma para legitimizarse como testigo ocular y auricular, haber; «visto él mismo» la magnificencia de Jesús y también haber oído la llamada de Dios «desde el cielo» en su bautizo; no sólo advierte a los fieles que Dios les encuentre «sin mancha ni dignos de castigo», sino que arremete contra los «falsos profetas», los «falsos maestros», y aconseja capturarlos y matarlos «como animales irracionales».

La segunda epístola de Pedro, que se pretende tomar como el testamento del apóstol, se escribió bastante tiempo después de su muerte, quizá tres generaciones más tarde, y se le atribuyó con objeto de contrarrestar las dudas en la parusia. El escrito rebosa de polémica contra los «herejes» en todos sus sentidos, atacando especialmente a los blasfemadores «que pasan por la vida a su antojo y dicen: ¿dónde está su prometido regreso? Desde que murieron los padres, todo permanece tal como fue al comienzo de la creación». El osado falsificador, que pretende la misma autoridad apostólica que Pablo, simula desde el prescrito, desde los comienzos de la epístola hasta el final y de un modo consecuente y expreso,

la ficción de Un origen petrino. Lo apoya en sus propios testimonios vistos y oídos, y apelando a «los profundos sentimientos de sus amados» reivindica para sí también la primera epístola de Pedro, a pesar de que las grandes diferencias entre ambas cartas excluyen la posibilidad de que procedan de un mismo autor.<sup>186</sup>

Pero es notorio que también está falsificada la primera epístola de Pedro, que en 1523 es para Lutero «uno de los libros más nobles del Nuevo Testamento y el auténtico Evangelio». Y es precisamente el evidente parentesco con las epístolas paulinas, confirmado por la exégesis moderna y que tanto entusiasmaba a Lutero, lo que ya de principio hace que resulte poco probable la autoría de Pedro. Más aún, el lugar donde se redacta es al parecer Roma, pues al final el autor saluda expresamente «desde Babilonia», un nombre secreto frecuente en la apocalíptica para la capital del Imperio, donde debió de estar Pedro y sufrir martirio en el año 64. Sin embargo, el nombre de Babilonia para designar a Roma aparece con toda probabilidad a causa de la impresión provocada por la destrucción de Jerusalén, y esto sucedió en el año 70 d.C., es decir, varios años después de la muerte de Pedro. Resulta también sumamente extraño que el famoso índice canónico de la Iglesia romana, el canon Muratori (hacia el 200) no cite la epístola de Pedro, la carta de su presunto fundador. Pasaremos por alto otros criterios, también formales, que hacen cada vez menos probable un origen petrino.

Los conservadores mantienen que este escrito procede de alguno de los secretarios del apóstol; al final dice: «A través de Silvanus, hermano fiel -como creo- os he escrito unas pocas palabras [...]». Pero prescindiendo de que «a través de» también puede referirse al escriba que lo toma al dictado o simplemente al mensajero de la carta, la «hipótesis de los secretarios» fracasa sobre todo por el carácter fuertemente paulino de la teología de esta epístola, «un argumento de peso contra Pedro como autor» (Schrage). También de esta primera epístola de Pedro, cuya primera palabra «Pedro» lleva la coetilla de «un apóstol de Jesucristo», recientemente afirma Norbert Brox, en su libro *Fälsche Verfasserangaben*, que por su contenido, carácter y circunstancias históricas no muestra «ninguna relación con la figura del Pedro histórico [...] que nada en esta epístola hace creíble este nombre». Hoy se la considera «por completo [...] una pseudoepigrafía» (Marxsen), «sin ninguna duda un escrito seudónimo» (Kümmel), en suma, una falsificación más del Nuevo Testamento, urdida, como se supone, entre los años 90 y 95, en la que el engañador no se recata en invocar a Cristo, exigir ser «santos en todo vuestro paso por la vida», «rechazar toda maldad y falsedad», no decir «mentiras», «exigir siempre leche espiritual pura».<sup>187</sup>

Según la doctrina eclesiástica, tres cartas bíblicas proceden del apóstol Juan. Sin embargo, en ninguna de ellas quien lo escribe cita su nombre.

La primera epístola de Juan se cita como muy pronto hacia mediados del siglo ii y ya entonces es objeto de críticas. El canon Muratori reseña, alrededor del año 200, sólo dos epístolas de Juan, la primera y una de las dos llamadas pequeñas epístolas. No es hasta comienzos del siglo ffl cuando Clemente Alejandrino da fe de las tres. Sin embargo, las segunda y la tercera no se consideraron canónicas en todos sitios hasta bien entrado el siglo iv. «No se las reconoce unánimemente -escribe el obispo Éusebio-, se adscriben al evangelista o a otro Juan.»<sup>188</sup>

La primera epístola de Juan se parece tanto en su estilo, vocabulario e ideario al Evangelio de Juan que la mayoría de los investigadores de la Biblia atribuyen ambos escritos al mismo autor, como desde siempre es la tradición. Pero ya que este último no procede del apóstol Juan, tampoco la primera epístola de Juan podrá ser de él. Y puesto que la segunda epístola es por así decirlo una edición abreviada (13 versos) de la primera y de modo casi unánime se atribuyen ambas al mismo autor, tampoco esa segunda epístola puede ser del apóstol Juan. Y que escribiera la tercera es algo que ya la Iglesia antigua puso en tela de juicio y que, entre otros motivos, excluye la autodenominación de «presbítero». (Dicho sea de paso: mientras que la segunda combate a los «herejes», diciendo que no se les debe acoger en casa ni saludarles, en la tercera sostienen una controversia dos «altos dignatarios» eclesiásticos, el autor ataca a Diotrefes, que quiere «ser venerado»: «habla con malas palabras en contra nuestra y no se da por ello por satisfecho, sino que se niega a admitir a los hermanos y lo prohíbe a quienes quieren hacerlo, expulsándolos de la comunidad». La religión del amor, ¡y ya en el Nuevo Testamento!)<sup>189</sup>

Incluso los bibliólogos conservadores admiten hoy que el autor de las tres epístolas de Juan no es el apóstol como ha venido enseñando la Iglesia durante dos milenios, sino que fue uno de sus discípulos y que la «tradición juanística» lo transmitió. Acerca de la epístola principal, la primera, la que desde el principio no fue objeto de discusiones, Horst Baß dice ahora: «Tal como no puede considerarse al apóstol Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago, autor del Evangelio homónimo, tanto menos puede estar detrás de la primera epístola de Juan».<sup>190</sup>

También se falsificó la carta presuntamente de Santiago. Lo mismo que la mayoría de las «epístolas católicas», sólo imita la forma epistolar; es un simple ropaje, ficción. Este texto (especialmente) difícil de fijar temporalmente contiene en proporción pocos rasgos cristianos. Va enriquecido con numerosos elementos de la filosofía cínica y estoica y con todavía muchos más de los libros de la sabiduría del Antiguo Testamento judío, por lo que muchos autores lo consideran un escrito judío ligeramente retocado. Aunque la epístola pretende haber sido escrita por Santiago, hermano del Señor, muchas e importantes razones excluyen esta

posibilidad. Así por ejemplo, sólo dos veces cita el nombre de Jesucristo, su hermano divino. No pierde ni una sílaba de las leyes del ritual y el ceremonial judíos, pero, a diferencia de la mayoría de los autores de cartas bíblicas, utiliza al comienzo los formulismos epistolares griegos. Escribe en un griego desacostumbradamente bueno, en especial para un autor del Nuevo Testamento, sorprendiendo con su rico vocabulario y con sus múltiples formas literarias tales como paronomasia, *homoioteleuron*, etc. Esto y muchos otros datos ponen de manifiesto que esta epístola, que constantemente predica a los que apostrofa como «queridos hermanos», la «fe en Jesucristo, nuestro Señor en la Gloria», es una «versión más trabajada de falsificación literaria» (Brox) que la primera epístola de Pedro.

Es curioso que la epístola de Santiago, canonizada en Occidente más tarde, esté ausente en el Canon Muratori, en Tertuliano, en Orígenes y que el obispo Eusebio informe sobre el poco reconocimiento de que goza y la puesta en duda de su canonicidad. También Lutero la tacha (debido a sus innegables contradicciones con el apóstol, con la *sola gratia* y *sola fide paulina*) de «curiosa epístola carente de todo orden y método» y prometió su bonete de doctor a quien pudiera «poner en consonancia» la p epístola de Santiago (que postula «el autor de la palabra») con las cartas de Pablo. Lutero llega a amenazar con «arrojar al fuego aquella macana»^ y «expulsarla de la Biblia».<sup>191</sup>

Por último, también la breve carta de Judas, la última de las epístolas del Nuevo Testamento, que en el primer verso pretende haber sido escrita por «Judas, esclavo de Jesucristo, el hermano de Santiago», se incluye dentro de las numerosas falsificaciones de las «Sagradas Escrituras», aunque queda excluido «que el dato corresponda a la realidad histórica». Esta epístola delata también «épocas claramente posteriores» (Marxsen).<sup>192</sup>

Es un hecho «que ya en los primeros tiempos se hicieron falsificaciones bajo el nombre de los apóstoles» (Speyer); que en ellas se atestigua la autenticidad, que los «apóstoles» dan sus nombres y que se escriben en primera persona. Es asimismo un hecho «que de todos los escritos del Nuevo Testamento», como pone de relieve el teólogo Marxsen «sólo podemos dar con exactitud los nombre de dos autores: Pablo y Juan (el autor del Apocalipsis)». Y, finalmente, es también un hecho, y uno de los más dignos de atención, que *más de la mitad de todos los libros del Nuevo Testamento no son auténticos, es decir, han sido falsificados o aparecen bajo un nombre falso.*<sup>w</sup>

Se mostrará *parspro toto* que, además, en el «Libro de **tos** libros» hay toda una serie de falsificaciones en forma de adiciones.

## Ejemplos de interpolaciones en el Nuevo Testamento

Los cristianos tenían gran apego a las interpolaciones. De manera constante han modificado, recortado y ampliado los escritos y para ello tenían los motivos más diversos. Se servían de esas interpolaciones, por ejemplo, para reforzar la historicidad de Jesús o para promover y afianzar determinadas ideas de fe. No todo el mundo era capaz de modificar una obra completa, pero sí que podía con facilidad falsear la de un oponente introduciendo o suprimiendo algo con fines de provecho propio. Se falsificaba asimismo para imponer opiniones impopulares que uno mismo no estaba en condiciones de lograr, pero que bajo el nombre de alguien famoso existían más posibilidades de conseguirlo; en la época del paganismo tolerante con la religión esto resultaba mucho menos necesario y por eso fue mucho más raro que bajo los soberanos y jefes cristianos, de espíritu perseguidor.<sup>194</sup>

Cayeron en ello también autores importantes. Taciano revisó las epístolas de Pablo por razones estéticas y Marción lo hizo por motivos de contenido. Dionisio de Corinto en el siglo n y Jerónimo en el iv se quejan de las numerosas interpolaciones en los Evangelios. Pero san Jerónimo, patrón de las facultades católicas y que realizó «las falsificaciones y los engaños más vergonzosos» (C. Schneider), aceptó el encargo del papa asesino Dámaso de proceder a una revisión de las Biblias latinas, de las que no había ni dos que coincidieran en pasajes algo largos. El patrón de los eruditos modificó el texto en unos 3.500 lugares para su «legitimación» de los Evangelios. Y el Concilio de Trento declaró como auténtica en el siglo xvi esta «Vulgata», la de difusión general, aunque la Iglesia la hubiese rechazado durante varios siglos.<sup>195</sup>

Bien, en este caso se trata, por así decirlo, de intervenciones de tipo «oficial», pero por lo general se producía de manera clandestina. Y una de las interpolaciones más famosas del Nuevo Testamento va unida al dogma de la trinidad que, prescindiendo de adiciones posteriores, la Biblia no proclama por muy buenos motivos.

El paganismo conocía cientos de trinidades, ya desde el siglo iv a. C. había una trinidad divina en la cúspide del mundo, todas las religiones helenistas tenían su divinidad trinitaria, estaban los dogmas de trinidad de Apis, de Sarapis, de Dionisios, estaba la trinidad capitolina: Júpiter, Juno y Minerva, había un Hermes tres veces grande, el dios del universo tres veces único, que era «único y tres veces uno», etc. Pero en los primeros siglos no hubo una trinidad cristiana pues hasta bien entrado el siglo m no solía considerarse ni al mismo Jesús como Dios, y «apenas había nadie» que pensara en la personalidad del Espíritu Santo, como ironiza discretamente el teólogo Hamack. (Salvo, seamos justos, el valentiniano Teodoto: ¡un «hereje»! Fue el primer cristiano que, a finales del siglo II,

llamó Trinidad al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, algo con lo que todavía ni soñaba la tradición cristiana.) Según escribe el teólogo Weinel «había más bien una masa revuelta de ideas sobre las figuras celestiales».<sup>196</sup>

Así, incluso en el siglo iv las mayores lumbreras de la Iglesia tuvieron dificultades en demostrar la unidad, la dualidad y la trinidad de las personas divinas a partir de la Biblia. La dualidad, por ejemplo, la demostró el santo obispo y Padre de la Iglesia Basilio «el Grande» a partir de Gen. 1, 26: «Y Dios habló: hagamos un ser humano». Pues ¿qué artesano, se dice Basilio, habla consigo mismo? «¿Quién hablaba? ¿Y quién creó?», preguntaba «el Grande», visiblemente iluminado por el Espíritu Santo, al que ya había llegado entretanto la cristología divinizante católica. «¿No ves en ello la dualidad de las personas?» Y el hermano menor de este santo, el santo obispo Gregorio de Nyssa, «dotado de un gran don especulativo» (Altaner/Stuiber), demostró la trinidad de las personas divinas a partir del Salmo 36, 6: «Por la palabra del Señor se afianzaron los cielos y por el aliento de su boca toda su fuerza». Pues la palabra, según Gregorio, es el Hijo y el aliento el Espíritu Santo.<sup>197</sup>

Pero seamos francos otra vez: las trinitades ya las había en su época también en el Nuevo Testamento, trinitades totalmente auténticas, a saber: Dios, Jesucristo, *ángel*; y con bastante frecuencia pues ya lo tenían los judíos. Repitémoslo: todo lo que en el cristianismo no era pagano, procede de los judíos. Otra trinidad más caracterizaba a las «Sagradas escrituras», en las Revelaciones de Juan: Dios Padre, los siete espíritus y Jesucristo. Pronto san Justino encuentra una tetralogía: Dios Padre, el Hijo, el ejército de los ángeles y el Espíritu Santo. Como se ha dicho, «una masa revuelta [...]». Pero poco a poco, la antigua doctrina -que hasta el siglo iv estuvo muy extendida incluso en los círculos eclesiásticos-, la cristología de los ángeles, cayó en descrédito, fue considerada herética y en su lugar se impuso el dogma verdadero, además para todas las Iglesias cristianas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.<sup>198</sup>

Por fin se tenían las personas adecuadas todas juntas, pero desgraciadamente todavía no en la Biblia. Por consiguiente se la falsificó. Era además necesario pues allí estaban, y están, opiniones falsas, incluso de Jesús. Por ejemplo en el Logion de Mateo 10, 5: «No os encaminéis hacia las naciones de los paganos y no pongáis tampoco vuestro pie en las ciudades de los samaritanos. Acudid más bien hacia las ovejas descamadas de la casa de Israel». ¡De la que nos hubiéramos librado, y también los judíos, si los cristianos hubieran seguido estas palabras de Jesús! Pero desde hacía mucho tiempo hacían lo contrario. En evidente contradicción con Mateo 10, 5, el «resucitado» dice ahí mismo «Id y enseñad a todos los pueblos y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo [...]». El primer pasaje, el mandato de la misión de Cristo, se considera verdadero precisamente porque los cristianos pronto van de misión

a los paganos, lo contrario del (primer) mandato de Jesús. Y para justificar esto en la práctica, al final del Evangelio se introduce la orden de hacer misión en el mundo. Y, dicho sea de paso, esto contenía el fundamento bíblico, el *locus classicus*, para la trinidad. Sin embargo, prescindiendo de que en la predicación del mismo Jesús falta el más mínimo signo de una concepción trinitaria y de que ninguno de los apóstoles recibió el encargo de bautizar: ¿cómo Jesús, que exhorta a ir «sólo a las ovejas descarriadas de la casa de Israel» pero prohíbe expresamente «el camino a los pueblos paganos», cómo podría pedir este Jesús hacer misión por el mundo? Esta orden, que desde el racionalismo se pone cada vez más en tela de juicio, la consideran los teólogos críticos como una falsificación. Los círculos eclesiásticos la introdujeron para justificar a posteriori tanto la práctica de la misión entre los paganos como la costumbre del bautismo. Y para tener un testimonio bíblico importante para el dogma de la trinidad.<sup>199</sup>

Precisamente por eso, en la primera epístola de Juan se produjo otra falsificación, mínima en apariencia pero de especial mala fama, el *Comma Johanneum*.

Lo que se modificó -la Santísima Trinidad puede saber quién, cuándo y dónde- fue el pasaje 1 J. 5, 7: «Son tres los que lo atestiguan: el Espíritu, el Agua y la Sangre, y los tres son uno», dejándolo como «Son tres los que lo atestiguan en el cielo, el Padre y la Palabra y el Espíritu Santo, y los tres son uno». El añadido falta en la práctica totalidad de los manuscritos griegos y en la práctica totalidad de las antiguas traducciones. Antes del siglo iv no lo utiliza ninguno de los Padres de la Iglesia griegos ni lo citan, como ha puesto de relieve una cuidadosa verificación, Tertuliano, Cipriano, Jerónimo ni Agustín. La falsificación procede del norte de África o de España, donde aparece por vez primera alrededor de 380. El primero en ponerla en tela de juicio es R. Simón, en 1689. Los exégetas lo rechazan hoy casi con total unanimidad. No obstante, el 13 de enero de 1897, un decreto del Oficio romano proclama su autenticidad.<sup>200</sup>

En el Evangelio de Juan hay numerosas interpolaciones, y no sin motivo.

Al principio, este Evangelio gozó de prestigio sólo en los círculos «herejes», donde también fue objeto de los primeros comentarios. Por el contrario, ninguno de los «Padres apostólicos» lo menciona. Los grupos «ortodoxos», en especial Roma, se oponían a este escrito muy conocido y apreciado en Asia Menor. De este modo, hacia mediados del siglo n, un redactor lo revisó e hizo apto para la Iglesia. Aunque evitó hacer supresiones, no escatimó en añadidos y unas veces los judíos aparecen como hijos del diablo y otras como origen de la bienaventuranza. El tercer capítulo asegura dos veces que Jesús bautizó y el cuarto afirma lo contrario. Y es este Evangelio de Juan, muestra, en general, «las huellas de

una larga historia de creación y redacción». Grandes añadidos eclesiásticos son la conocida historia de la mujer adúltera (J. 8, 1) y todo el capítulo 21. Es «sin ninguna duda un aporte posterior» (Comfeld/Botterweck).<sup>201</sup>

Pues bien, junto a las falsificaciones en el Nuevo Testamento hay también fuera de él, y en mucha mayor cantidad, otras falsificaciones cristianas; falsificaciones que imitan más o menos las formas literarias de los escritos bíblicos: los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis, las epístolas. Se relacionan estructural y formalmente y en cuanto a su contenido con los géneros del Nuevo Testamento y en la Antigüedad son extraordinariamente frecuentes, por lo cual trataremos aquí las falsificaciones del Nuevo Testamento, las del período patrístico primitivo y la de la Iglesia antigua.

# FALSIFICACIONES EN LAS ÉPOCAS DEL NUEVO TESTAMENTO Y DE LA IGLESIA ANTIGUA

«Se conoce gran cantidad de falsificaciones literarias de las épocas del Nuevo Testamento y de la Iglesia antigua. Una buena parte de ellas no pertenecen a la literatura herética, sino que pudieron originarse y ser aceptadas en el medio ortodoxo [...].»

NORBERT  
BROX<sup>202</sup>

«Los cristianos proscribieron las falsificaciones de sus adversarios y ellos mismos falsificaron.» «Muchas falsificaciones han ejercido una influencia decisiva sobre el desarrollo de la dogmática eclesiástica, la política de la Iglesia, la historia y el arte.» «Todos los falsificadores cristianos, en su mayoría clérigos, contaban con la ayuda de Dios.»

.. - \

W.SPEYER<sup>203</sup>

«Después de que la falsificación lograra penetrar en la Iglesia, creció de modo desmesurado. La importancia de los intereses puestos en juego y la competencia de las distintas doctrinas e Iglesias dieron lugar, para una demanda insaciable, a una reserva ilimitada de documentos falsificados.»

J. A.  
FARRER<sup>204</sup>

## Todas las partes falsificaban, en especial los clérigos

Después de que a comienzos del siglo v se reconociera oficialmente en Occidente el ámbito del Nuevo Testamento, la Iglesia distinguió de manera muy estricta entre literatura canónica y la no canónica. Todo lo que no se admitía como canónico, que no se podía o no se quería utilizar, se denominó «apócrifo» y se lo cambado con fuerza como «herético», en ocasiones ya con la hoguera; a pesar de que hacía mucho tiempo que era todo distinto, pues durante mucho tiempo no hubo ningún canon (bien delimitado). La mayoría de los teólogos antiguos consideraron muchos de los «apócrifos» como apostólicos, totalmente auténticos, verdaderos, para testimonios de fe, prefiriéndose algunos a los libros del Nuevo Testamento, aparte de que incluso la Iglesia, a su libre albedrío, reconocía libros «apócrifos», concretamente los del Antiguo Testamento. De esta suerte, una parte de la literatura «apócrifa» que más tarde sería condenada, estaba «al mismo nivel que las obras consideradas después canónicas» (Schneemelcher). Y máximo cuando todos los antiguos Evangelios, Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis «apócrifos» que tanto abundaban, de los que incluso una parte se conservó, si bien por lo general sólo a trozos, en citas, en muchas regiones se les leía y respetaba con la misma naturalidad que en otras los escritos canónicos.<sup>205</sup>

Recordemos que el cristianismo no era ninguna fuerza unitaria, que al principio no había ninguna «ortodoxia» sino una gran diversidad de doctrinas y de profesiones de fe. Existían por lo tanto también multitud de Evangelios, Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis acordes a las ideas de cada comunidad. En cuanto que pronto, realmente muy pronto, se pasó a luchar unos con otros cada vez con mayor ahínco, en cuanto que la llamada Gran Iglesia se fue haciendo más poderosa, condenó cada vez más a menudo a todos los cristianos que no estaban en sus filas, se enterraron sus escritos y se les declaró no auténticos, falsificados, «apócrifos» (del griego *apokryptein*, ocultar). Pero este lenguaje es relativamente reciente, no es habitual en los antiguos índices canónicos, no guarda desde luego relación alguna con la historia de los cánones, sino que se utiliza para

luchar contra los herejes, como es el caso de Ireneo o de Tertuliano, el que sería más tarde hereje montañista, que utilizan «apócrifo» y «falso» como sinónimos.<sup>206</sup>

En los círculos «heréticos», en los que la escritura secreta gozaba de gran estima y se la denominaba «oculta», esa voz tenía un significado notablemente positivo. Incluso Orígenes todavía valora positivamente la seudoepigrafía como apócrifos «eclesiásticos» frente a los libros secretos «heréticos». Sin embargo, para los Padres de la Iglesia en su lucha contra la «herejía» la palabra adquirió pronto una connotación negativa, desfavorable. «Apócrifo» fue sinónimo para ellos de infiltrado y falsificado, si bien el cristianismo tardó casi cuatrocientos años en expulsar de manera definitiva los «apócrifos» del canon. Lo que resulta difícil de comprender es que «apócrifo» como sustantivo y como adjetivo nunca tuvieron un sentido unitario sino múltiple y que esto ha seguido siendo así también literaria y teológicamente en la historia de la Iglesia.<sup>207</sup>

Otro hecho que los apologistas desde siempre han estado discutiendo con muchas palabras pero pocas ideas: aunque entre los escritos del Nuevo Testamento y los «apócrifos» existen diferencias, son de poca importancia conceptual.<sup>208</sup>

Por último: naturalmente, todos los «apócrifos» del Nuevo Testamento los escribieron, sin excepción, cristianos. Por lo tanto son tratados cristianos. Se enlazan en su forma y su fondo más o menos con los libros del Nuevo Testamento y todos ellos, ya sea de origen eclesiástico o sectario, son «completas falsificaciones» (Bardenhewer).<sup>209</sup>

Pero lo más importante es que los «apócrifos» contribuyeron a la difusión del cristianismo lo mismo, o incluso más, que los escritos canónicos. Con todos ellos se hizo misión, se buscaron y se ganaron adeptos. Muchos «apócrifos» se tradujeron a numerosas lenguas y gozaron de una amplia difusión. Aparecieron en infinidad de revisiones, ampliaciones y resúmenes. Con frecuencia resulta difícil, si no imposible, saber si se trata de una falsificación eclesiástica o «herética» porque no se pueden delimitar fronteras, los restos que quedan son demasiado pequeños, las formas de transición, la simulación del lenguaje y las adulteraciones fueron demasiado frecuentes, esto es la norma, todo demasiado oscuro, por lo general impenetrablemente oscuro. Y por otra parte también la Iglesia con suma complacencia y durante mucho tiempo, incluso en la Edad Media, se benefició de los «apócrifos». Y no sólo se dio el caso de que algunos círculos eclesiásticos antiguos se aplicaron a producir ellos mismos escritos apócrifos, sino que está demostrado que también la Iglesia muy pronto revisó y retocó «apócrifos heréticos»; «casi todo» lo que queda de éstos «no nos ha llegado en sus palabras originales sino en la versión católica» (Bardenhewer, católico), es decir, las falsificaciones de los «herejes» volvieron a falsificarse en el campo de la Iglesia. Y mientras que el

texto original casi siempre desapareció por completo, una parte de estas «revisiones», de estos escritos falsificados por partida doble e incluso a menudo múltiple, se leyeron, se devoraron, durante toda la Edad Media, en especial los apocalipsis y la historia de Pífilos.<sup>210</sup>

No se puede infravalorar la difusión y la eficacia de la literatura falsificada, un problema no explicado todavía lo suficiente. Su irradiación, su reconocimiento, debió de ser mucho mayor al ser considerable la ingenuidad precisamente entre las masas, aunque no sólo en ellas, donde existía sobre todo en el campo religioso una ávida predisposición hacia lo extraordinario, lo improbable y lo maravilloso, una enorme inclinación hacia lo oculto y misterioso; una credulidad que, *mutatis mutandis*, vuelve a extenderse para ventaja de los pescadores en río revuelto. Por ese motivo tampoco la Iglesia primitiva reaccionaba enojada ante las falsificaciones, y defendía su autenticidad aunque eso sí, siempre que le fueran de provecho y no contradijeran sus doctrinas: los criterios decisivos para la tolerancia o la propaganda. El contenido de un escrito significaba evidentemente mucho más que su autenticidad.<sup>211</sup>

Por el contrario, las falsificaciones de los «herejes», sobre las que a menudo se fabrican contrafalsificaciones, se condieraban como un servicio del demonio, como una monstruosidad moral. Así como la Iglesia se mostraba indulgente ante los propios engaños pasándolos con frecuencia por alto, se enojaba y atacaba los del adversario. Desde luego, a menudo acusa con razón de engaño a los «herejes», en especial a los gnósticos. Por supuesto que también ha desenmascarado como falsarios a los apolinaristas; lo mismo que intentó quemar los tratados de los «herejes» que aparecían bajo el nombre de autores «ortodoxos». Pero los católicos falsificaban en igual medida. Y las falsificaciones de los cristianos de distintas creencias las contestaban no sólo mediante réplicas falsificadas, siendo un tipo de falsificación tan antiguo como el otro, sino que otra parte de sus embustes servía para la edificación moral, como en última instancia también la primera parte, que servía a la «fe». Existe una íntima dependencia mutua y no sólo en el pueblo. Pero una mentira totalmente nueva y muy eficaz de los cristianos fue distribuir falsificaciones bajo el nombre del contrario, para exagerar así su «herejía» y de este modo poder refutarla con mayor facilidad.<sup>212</sup>

No debe olvidarse que la mayoría de los tramposos cristianos, de cualquiera de los lados, eran sacerdotes. En efecto, hasta los propios dirigentes de la Iglesia se echaban en cara unos a otros falsificaciones. Así, repetidas veces y con extraordinario aborrecimiento san Jerónimo acusa al escritor de la Iglesia Rufino -con el que mantiene una de las reyertas entre «Padres» más sucia- de engaño literario. Pero el obispo Juan de Jerusalén acusaba a san Jerónimo de falsificación. El santo Padre de la Iglesia Cirilo de Alejandría habría falsificado en sus ataques contra Nestorio ci-

tas de éste. El obispo Eustacio de Antioquía, un furibundo enemigo de los arríanos, acusaba al obispo Eusebio de Cesárea, el «padre de la historia de la Iglesia», de haber falsificado el credo de Nicea.<sup>213</sup>

En resumen, todos los bandos falsificaban. Aunque según los católicos modernos sólo los cristianos no católicos tenían la «osadía» de presentar en número «extraordinariamente» grande «los frutos de su fantasía como revelaciones divinas» y reivindicarles un «origen apostólico» (Kober), en realidad todos falsificaban: no sólo gnósticos, maniqueos, novacianos, macedonios, arríanos, luciferianos, donatistas, pelagianos, nestorianos, apolinaristas, monofisitas, sino también -huelga decirlo- los católicos; en la lucha contra la gnosis, por ejemplo, redactaron asimismo Evangelios «falsos». El protonotario apostólico Otto Bardenhewer (fallecido en 1935) en su obra en cuatro volúmenes *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, atribuye (probablemente con razón) la «mayoría» de los «apócrifos» del Nuevo Testamento a «doctrinas heréticas», pero también otro «gran grupo» a «manos ortodoxas». Repitémoslo pues: todas las partes falsificaban. ¡Y todos los que falsificaban eran cristianos! Y muchos de ellos eran cristianos que estaban dentro de la Iglesia. El historiador del derecho Friedrich Thudichum (fallecido en 1913), de Tubinga, recopiló «falsificaciones eclesiásticas» en tres extensos tomos y tenía en preparación un cuarto que no llegó a publicarse.<sup>214</sup>

## **También en los círculos eclesiásticos se utilizaban de vez en cuando Evangelios «apócrifos»**

Lo mismo que en tiempos del Nuevo Testamento se falsificó a conciencia, en especial indicando un nombre de autor falso, aunque también con todo tipo de intervenciones en textos auténticos o ya falsificados, en la época posterior se siguió falsificando. Desde luego que es posible, incluso probable, que muchos de los textos que la Iglesia condenó como «apócrifos» fueran más antiguos que el Nuevo Testamento. Y es seguro, si hemos de creer al Evangelio, que hubo también Evangelios más antiguos que los cuatro «canónicos». Así, en los primeros versos del Evangelio de Lucas se afirma que «ha habido ya muchos que han intentado informar de los hechos históricos que han tenido lugar entre nosotros».

Es evidente que una parte de los Evangelios «apócrifos» guardan un estrecho parentesco con los sinópticos, pero ya que muchos de ellos se conservan sólo de modo (muy) fragmentario resulta difícil afirmar si se remontan a la tradición presinóptica o a la sinóptica, o sea, si son más antiguos o más recientes que los Evangelios canónicos. Y precisamente en los Evangelios «apócrifos» más antiguos se mezclan la tradición oral

y la escrita. En cualquier caso se ve que el pensador que lo contempla desde un punto de vista histórico no puede considerarlo simplemente ateniéndose al esquema de «canónico» o «apócrifo», prescindiendo ya de que en todas partes se ha falsificado.<sup>215</sup>

De los llamados Evangelios apócrifos se conocen cerca de cincuenta, si bien la mayoría de ellos se han transmitido de modo fragmentario y sólo en casos muy raros como un texto completo. De muchos de ellos, aparte del título, poco más se sabe. Éste es el caso del *Evangelio de Judas*, perdido por completo y que surgió quizá a mediados del siglo u y que utilizaban los cainitas, «gnósticos», que a consecuencia de su doctrina del Dios maligno del Antiguo Testamento debieron adorar a las figuras maléficas que allí aparecen, en especial a Caín y a la serpiente. Y decían que Judas fue el único apóstol que entendía a Jesús. Poco o nada sabemos del *Evangelio de la consumación* o el *Evangelio de Eva* que tenían los nicolaítas, una secta al parecer gnóstica libertina que desapareció a finales del siglo n, a los que los Padres de la Iglesia, en referencia a Ireneo, atribuían excesos sexuales, motivo por el que en la Edad Media se llamó nicolaítas a los adversarios del celibato.<sup>216</sup>

Con todo, hubo épocas y lugares donde lo católico y lo gnóstico no estaban (todavía) estrictamente separados. También grupos eclesiásticos utilizaban los llamados Evangelios apócrifos en lugar de los canónicos. En especial los judeocristianos -Evangelio de los nazarenos, de los\* ebionitas, de los hebreos- perduraron mucho tiempo y se les seguía citando hasta en el siglo xiv.<sup>217</sup>

El *Evangelio de los nazarenos* procede al parecer de la primera mitad del siglo u y fue, como muestran los fragmentos conservados, de tipo sinóptico, emparentado sobre todo con el Evangelio bíblico de Mateo, si bien no fue un «Protomateo», y frente al Evangelio de Mateo del Nuevo Testamento fue por lo general secundario, de «carácter epigónico» (Dibelius), pero por su contenido y modos «más judeocristiano que Mateo» (Waitz). De todos modos los judeocristianos sirios (nazarenos), de los que procede el Evangelio, no fueron «herejes» sino miembros de la «gran Iglesia» (Vielhauer).<sup>218</sup>

Lo mismo que el *Evangelio de los nazarenos*, el de los ebionitas, probablemente de la misma época, está asimismo emparentado con el Evangelio de Mateo. Pero era de origen «herético». Los ebionitas negaban el nacimiento virginal de Jesús, motivo por el que en su Evangelio se elimina el antecedente histórico del de Mateo, donde el Espíritu Santo fecunda a la virgen María. Los ebionitas, los descendientes más inmediatos de la comunidad primitiva (!), eran contrarios al culto y vegetarianos.<sup>219</sup>

En el *Evangelio de los ebionitas* Jesús habla muchas veces en primera persona. «Cuando iba por el lago Tiberíades elegí a Juan y a Santiago [...I y a ti, Mateo, que estabas sentado a la mesa de recaudador, te llamé y

me seguiste [...].» Pero también los discípulos hablan en el plural de la primera persona y no hay duda que el relato pretende poner la falsificación bajo la autoridad de todos los apóstoles y resaltando a Mateo hacerle aparecer como autor.<sup>220</sup>

También en el *Evangelio de los hebreos*, que se diferencia mucho de todos los Evangelios canónicos y de los restantes judeocristianos, el propio Jesús toma de vez en cuando la palabra. Lo mismo que en el de los ebionitas relata la elección de los apóstoles, cuenta aquí la historia de la tentación y del éxtasis, en la que el Espíritu Santo aparece como una figura femenina, auténticamente semítica: «Sin pérdida de tiempo mi madre, el Espíritu Santo, me sujetó por los cabellos y me arrastró lejos del gran monte Tabor». La entrega por Jesús del paño de lino al «siervo del sacerdote» (del sumo sacerdote) muestra cómo en los «apócrifos» había tendencia a dramatizar algo la resurrección del Señor con objeto de hacerla más creíble. ¿Y no resulta genuinamente cristiano el que esta falsificación califique de crimen gravísimo toda actividad falsificadora?<sup>221</sup>

## **Falsificaciones de los Evangelios bajo el nombre de Jesús**

Varios de los Evangelios ficticios circulan directa o indirectamente bajo el nombre de Jesús, como por ejemplo el *Pistis Sophia*.

Falsificado en Egipto en el siglo m, «registra» la colección de los tres primeros libros de charlas de Jesús con discípulos y discípulas en los doce años siguientes a su resurrección mientras que el cuarto, algo posterior e independiente de los anteriores, lo hace el día después. Jesús, llamado también Aberamentho, se comunica en primera persona. «Padre de toda la paternidad de los infinitos, préstame oídos por el amor de mis discípulos [...] para que crean en todas las palabras de tu verdad [...]». Y en otro pasaje: «Eximio Felipe, querido. Ven, siéntate y escribe [...] e inmediatamente Felipe se sentó y escribió». De este modo debió ser realmente un levantamiento de actas.<sup>222</sup>

Lo mismo que el *Pistis Sophia*, otros Evangelios o escritos similares aparecen directa o indirectamente bajo el nombre de Jesús: el *Sophia Jesu Christi*, el *Diálogo del Redentor*, los dos *Libros de Jeü*. Jesús utiliza aquí también la primera persona al hablar, pronuncia en ocasiones discursos más largos y le interrumpen los apóstoles y también las «mujeres santas», las «vírgenes», María, María Magdalena, etc. En el *Diálogo del Redentor* se responden del mejor modo posible todas las preguntas de los deseosos de saber y todas las explicaciones de Jesús se introducen con la fórmula: «Y el Señor dijo» o «respondió». En los dos *Libros de Jeü* falsificados apela a los discípulos para que mantengan secretas sus revelacio-

nes y que se las transmitan sólo a quienes lo merezcan. «No se lo brindéis al padre o la madre, ni al hermano, ni a la hermana, ni a los parientes, ni por comida o por bebida, ni por una mujer, ni por oro o plata, ni por nada en este mundo. Guardadlo y no se lo brindéis a nadie por el bien de todo este mundo.»<sup>223</sup>

El *Testamentum Domini nostri Jesu Christi* no aparece hasta el siglo v. En dos libros los apóstoles Juan, Pedro y Mateo -con firma y sello- explican las instrucciones orales de su Señor, aunque este mismo las comunica cuando se trata por ejemplo de los tiempos del fin del mundo o sobre la composición de la presidencia de una Iglesia: «Nos dijo Jesús: porque habéis preguntado sobre una disposición eclesiástica, os transmito y os explico cómo debéis ordenar y emplear al cabeza de la Iglesia y cómo él debe preservar completa, correcta y auténtica la disposición que ha satisfecho a mi Padre, el que me ha enviado».<sup>224</sup>

## **Evangelios u otros escritos falsificados bajo el nombre de un único apóstol**

Entre estas producciones se cuentan el *Evangelio según Matías*, el *Evangelio de Judas*, el *Evangelio de Tomás* o el *Libro de Tomás el Atlanta, que lo ha escrito entero*, descubierto en Egipto después de la segunda guerra mundial y en el que el falsificador afirma también: «Las palabras secretas que el Redentor dijo a Judas Tomás y que yo, Mateo, he escrito, y que he oído mientras que ambos hablaban». Es una falsificación el *Evangelio de Felipe*, en el que consignan sus declaraciones un grupo de personas que se denominan «apóstoles hebreos»; hay también «tres» mujeres santas que caminan «constantemente con el Señor»: «su madre María y su hermana [...] y Magdalena, que se llama su compañera (*Jkoinonos*)».

Está asimismo falsificado el *Apocrifon de Juan*, tan antiguo como de gran éxito, procedente del siglo u. Se conservaron numerosos ejemplares y se utilizó en algunas comunidades gnósticas hasta el siglo vni. Se tiene igualmente el *Apocrifon de Santiago*, que también procede del siglo n, que presenta las enseñanzas del Resucitado, con largas recomendaciones, avisos amenazantes, hasta la anunciación: «Aquí debo acabar [...] y ahora vuelvo a ascender [...]». Santiago y Pedro escucharon al parecer los himnos «que me esperan en los cielos. En efecto, hoy debo sentarme a la derecha del Padre [...]». Y los apóstoles aseguran haber «escuchado con nuestros oídos y visto con nuestros ojos el clamor de la guerra [...] el sonido de las trompetas [...] y un gran desconcierto», aunque también «himnos y oraciones de los ángeles. Y los ángeles y las majestades del cielo se alegraron».<sup>225</sup>

Del *Evangelio de Pedro* no se conocía ni una cita hasta el descubrimiento de un fragmento en Akhmim (Alto Egipto) en 1886, Allí estaba (junto con fragmentos del *Apocalipsis de Pedro* y el *Libro de Enoc*) en la tumba de un monje cristiano de comienzos de la Edad Media.

También este Evangelio se ha falsificado claramente bajo el nombre de Pedro, suponiéndose que en Siria, a mediados del siglo n. Destripa a voluntad a todos los antecesores canónicos, imputa a los judíos y a Herodes toda la culpa en la muerte del Señor, exonera por completo a Pilatos, incluso le hace testigo de la divinidad de Jesús y, a diferencia de todos los relatos cristianos, describe una resurrección milagrosa a la luz pública, delante de los soldados paganos y de los jerarcas judíos. El autor insiste en ser testigo ocular, en el cortísimo fragmento habla dos veces en primera persona y se llama: «Pero yo. Simón Pedro, y mi hermano Andrés tomamos nuestras redes y fuimos al mar».<sup>226</sup>

A un hombre tan importante como el príncipe de los apóstoles los cristianos le honraron con multitud de falsificaciones. Por ejemplo con el *Kerygma Petrou*, del que sólo se han conservado unos restos ínfimos, que combate tanto la adoración del Dios de los judíos como el politeísmo pagano. No obstante no está claro si quería ser obra del propio Pedro. Al menos así lo entendió Clemente Alejandro en las postrimerías del siglo u, aunque no albergó apenas dudas sobre la autenticidad del escrito y toma de él diversas citas.<sup>227</sup>

En nombre *del princeps apostolorum* se falsificó también el llamado *Apocalipsis de Pedro*; junto a los de Pablo, Juan, Tomás, Esteban y María es uno de los Apocalipsis «apócrifos» más importantes. Surgido en la primera mitad del siglo u, desde 1910 se tiene completo este escrito seudopetrísia, divergiendo de manera muy notable el texto etíope del fragmento griego encontrado en 1886-1887 en la tumba del citado monje;

Seudo-Pedro se dirige también desde sus primeras palabras contra los muchos «seudoprofetás», la «infinidad de doctrinas que predicán la perversión [...]. Y puesto que él naturalmente hace lo contrario, junto con los restantes discípulos pronto verá al Señor Jesucrito. Le piden que les «muestre a uno de nuestros justos hermanos que han abandonado el mundo». Y el Señor les deja ver a dos de ellos en toda su gloria. «No podíamos -relatan los Doce- mirarles directamente pues de ellos partía un haz como el del Sol y brillante eran sus vestiduras, como nunca hombre alguno las había visto [...] sus cuerpos eran más blancos que la nieve y más rojos que una rosa.»

Pedro puede echar incluso un vistazo al cielo, muy breve, pero tiene el placer de poder disfmntar mucho más tiempo del infierno. En la «palma de la mano derecha de Pedro ilustra Jesús lo que sucederá el Día del Juicio Final [...] y cómo los malos serán aniquilados para toda la eternidad», siempre una gran esperanza para muchos cristianos. El Salvador describe

también muy gráficamente los futuros horrores (hasta en el infierno debe haber orden) según los tipos de pecadores: «algunos estaban allí colgados de la lengua. Eran los que hablaron mal de la justicia y bajo ellos ardía un fuego y les martirizaba. Y había allí un gran lago, lleno de lodos ardientes en los que se encontraban aquellas personas que violaron la justicia y había ángeles que les amenazaban y torturaban. Pero había allí también otros: mujeres, que estaban colgadas de los cabellos sobre esos lodos burbujeantes. Eran las que habían cometido adulterio. Y aquellos que se habían mezclado con ellas en la vergüenza del adulterio estaban colgados de los pies y tenían la cabeza metida en el lodo [...]».

De este modo informativo la revelación continúa hasta el final del fragmento. El engaño gozó antaño de gran respeto, incluso en círculos eclesiásticos. El *Apocalipsis de Pedro* se difundió por las Iglesia de Oriente y de Occidente, Clemente Alejandrino lo aceptó e incluso comentó, Metodio lo consideró inspirado, en el Canon Muratori estuvo al lado del Apocalipsis de Juan en el Nuevo Testamento e incluso quedó registrado en el canon de libros bíblicos y todavía en el siglo v se leía el Viernes Santo en las iglesias de Palestina. Continuó ejerciendo influencia en muchas obras cristianas hasta la Edad Media, entre otras en la *Divina Comedia* de Dante.<sup>228</sup>

Lo mismo que se falsificó un *Apocalipsis de Pedro*, se falsificó asimismo, en las postrimerías del siglo iv, un *Apocalipsis de Pablo*. El fabricante de ésta conocía y aprovechó aquella otra falsificación anterior. La suya fue también interpolada en diversas ocasiones. En 2 Cor 12, donde Pablo cuenta que «fue arrebatado al tercer cielo» el fantasioso autor añade «arrebatado en el Paraíso» en el que entra en varias ocasiones siendo saludado por numerosos personajes importantes. Ve a los niños de Belén asesinados por Herodes, ve y escucha también a David cantar alabanzas en un elevado altar. A lo largo de varios capítulos emprende asimismo una inspección del infierno y de sus diversas salas de tortura. Quien habló en la iglesia debe morderse la lengua. En ríos de fuego están los impíos, hombres y mujeres, según la gravedad de su pecado hundidos en la corriente de fuego hasta la rodilla, el ombligo o hasta la coronilla. En otra expían sus culpas incluso clérigos, lectores, diáconos, presbíteros, obispos. ¿Despertó compasión en «Pablo» la visión del clero? ¡Por su intercesión y el ruego de los ángeles, el buen Cristo concede a los condenados la liberación de todos los tormentos el domingo! Y finalmente. Pablo visita el Paraíso, donde antaño Adán y Eva pecaron...<sup>229</sup>

Agustín condenó esta falsificación ya que «no es reconocida por la sensata (!) Iglesia y está llena de no sé que fábulas». ¡Pero cómo confía este mismo Agustín en las fábulas del Antiguo y del Nuevo Testamento! ¡Cómo cree en milagros, resurrección de muertos y en todo tipo de malos espíritus! Y el *Apocalipsis de Pablo* falsificado es, no obstante, buen ca-

tólico. Según la hipótesis de Bardenhewer, tiene «como autor a un bienintencionado monje de un monasterio cercano a Jerusalén». Lo creyeron también muchos otros monjes, que lo aplaudieron, gozó de gran aprecio en la Edad Media y se hicieron de él numerosas revisiones y traducciones. Y en opinión de importantes investigadores, el autor de la *Divina Comedia* no sólo conoció la falsificación -que según una breve nota previa, o quizá una nota final, se descubrió en la época del emperador Teodosio, por indicación de un ángel, debajo de la antigua vivienda de Pablo en Tarso, en una cápsula de mármol-, sino que se remitió expresamente a ella (Inferno 2, 28).<sup>230</sup>

## Falsificaciones en honor de la Santa Virgen

En el campo de la Iglesia se falsificó también en honor de María. La madre de Dios, apenas tomada en consideración en la época primitiva, fue imponiéndose poco a poco desde finales de la Antigüedad a comienzos de la Edad Media. Aparecieron así Evangelios de María y otras ficciones marianas bajo los nombres del apóstol Santiago, de Mateo, del evangelista Juan, de Melito, discípulo de Juan, de Evodio, discípulo de Pedro, de José de Arimatea, etc. Se tienen también un sermón falsificado bajo el nombre de Cirilo de Alejandría, un Evangelio copto de los doce apóstoles y otros «apócrifos» de María, que aunque no ejercieron una gran influencia sobre la teología sí alcanzaron mayor importancia en la devoción popular y el arte. No obstante, estos documentos falsos apoyaron las afirmaciones dogmáticas, realizadas en especial en el siglo v, sobre María y su rango cada vez más históricamente sobresaliente.<sup>231</sup>

El *Protoevangelio de Santiago*, falsificado en el siglo u por el lado «ortodoxo», tiene como pretendido autor nada más y nada menos que a Santiago el Menor, hermano del Señor y Salvador y «obispo» de Jerusalén. Este autotestimonio es claro: «Pero yo, Santiago, que escribí este relato en Jerusalén, cuando se produjeron disturbios por la muerte de Herodes me retiré al desierto, hasta que los alborotos finalizaron en Jerusalén, alabando a Dios que me concedió la capacidad y la sabiduría para escribir este relato».

Lo que interesa sobre todo a estos embusteros es obtener un «relato verdadero» sobre la juventud de María, de la que no se sabía absolutamente nada, así como de propagar su permanente virginidad. Poco después de su nacimiento, el bebé desaparece en un santuario para hijas inmaculadas, a partir del cuarto año en el templo recibe su alimento de las manos de un ángel, a los doce años es entregada, por indicación del cielo, al cuidado de san José (un viudo que por seguridad ya es anciano) y a los dieciséis años queda embarazada por el Espíritu Santo. Tras el na-

cimiento del Salvador la comadrona constata el himen sin destruir de María. A una mujer llamada Salomé, que duda de la virginidad de María y examina su estado «colocando un dedo», se le cae de inmediato la mano, pero le vuelve a crecer con rapidez cuando, por indicación de un ángel, sostiene en sus brazos al niño celestial. El Padre de la Iglesia Clemente Alejandrino y Zeno de Verona propagaron el dogma de la eterna virginidad de María recurriendo a este «relato histórico».<sup>232</sup>

Mientras que esta falsificación, a la que se incorporaron posteriormente de forma evidente varios capítulos, gozó en Oriente de gran aprecio traducándose al sirio, armenio, georgiano, copto y etíope y difundándose también ampliamente en círculos eclesiásticos, fue rechazada en Occidente. La «mariología» repleta de leyendas y milagros no sólo continuó influyendo en la iconografía y en la liturgia, sino también incluso en la historia del dogma (*virginitas in partu!*), desempeñando un cierto papel en los devocionarios y en las artes plásticas incluso del siglo xx.<sup>233</sup>

El mito católico de María contribuyó en buena medida también a un *Evangelio de Mateo* falsificado con un intercambio epistolar (¡destinado a servir de testimonio!) de los obispos Cromado y Heliodoro, una correspondencia que fue asimismo falsificada, y a un escrito igualmente falso. *De nativitate Sanctae Maríae*, con una carta de Jerónimo falsificada, un embuste de Pascasio Radbertus, abad de Corbie a mediados del siglo ix y santo de la Iglesia católica. (Se sintió unido «de manera especial» al convento de Soisson, cuya abadesa Theodora tenía una hija natural, Imma, que más tarde fue también allí abadesa.)<sup>234</sup>

Damas piadosas, ¡cómo no! También bajo el nombre de algunas santas mujeres circularon evangelios como el *Evangelio de María*, *La Genna de María* o *Las preguntas de María*, a las que el Señor responde ostensiblemente con prácticas obscenas. En cualquier caso, según el arzobispo y experto perseguidor de «herejes» Epifanio, Jesús hace también la siguiente revelación a Santa María: la llevó consigo hasta la montaña, donde rezó. Después extrajo de su propio costado una mujer y comenzó a unirse camalmente con ella. De ese modo, tomando su propio semen, le mostró cómo «hay que obrar para que vivamos». María, evidentemente sorprendida, desconcertada, cayó al suelo; pero el Señor la incorporó nuevamente (como siempre) hasta ponerla de pie y le habló así: «¿Por qué has dudado, mujer de poca fe?».<sup>235</sup>

La investigación erudita tiene la impresión de que tales «preguntas» «perteneían al tipo habitual de los Evangelios gnósticos», por así decirlo a revelaciones especiales, que el Salvador hacía a creyentes elegidos, aunque se supone también que la «interlocutora del Salvador» no sería la madre del Señor «como en otras obras del mismo género» sino María Magdalena (Puech).<sup>236</sup>

## Falsificaciones en nombre de todos los apóstoles

Varios Evangelios falsificados o documentos análogos se atribuyen a la totalidad de los apóstoles. Pero se trata de escritos de los que sabemos poco y lo poco conocido es incierto y objeto de polémica. Entre ellos se tienen el *Evangelio de los Doce*, la *Memoria Apostolorum*, *El Evangelio (maniqueo) de los doce apóstoles*, *El Evangelio de los setenta*, así como algunos otros *Evangelios de los doce apóstoles*, que son especiales falsificaciones tardías.<sup>237</sup>

Un *apocrifon* raro es la *Epistula Apostolorum*, de cuya existencia no se sabía nada hasta 1895, cuando Gari Schmidt la descubrió (en una versión copta).

Los once apóstoles anunciaron en esta obra chapucera, manifiestamente católica, sus conversaciones sobre diversos temas con Jesús después de su resurrección y sobre todo sobre ella. Lo mismo que otras falsificaciones cristianas, como la segunda epístola de Pedro, el escrito insiste en el testimonio ocular, pero no se redactó hasta el siglo II (según Hamack entre los años 150 y 180). «(Nosotros) Juan y Tomás y Pedro y Andrés y Santiago y Felipe y Bartolomé y Mateo y Natanael y Judas y Caifas, hemos escrito (= escribir) a las Iglesias de Oriente y Occidente, hacia el norte y el sur, relatando y anunciando esto de nuestro Señor Jesucristo, tal como nosotros + escribimos + y le hemos *escuchado* y le hemos *tocado* después de que hubiera resucitado de entre los muertos y como él nos ha revelado Grande, Sorprendente, Real». ¡Entre los once apóstoles (¿a quién se le ocurrió?) no sólo estaba Pedro sino también Caifas! Y al final de la charla un cierre digno es la ascensión de Jesús al cielo.<sup>238</sup>

La *Didaché o Doctrina de los doce apóstoles*, que causó impacto internacional en 1883 cuando se la descubrió en la biblioteca constantinopolitana del patriarca griego de Jerusalén, se publicó como la doctrina del Señor a través de los doce apóstoles dirigida a los gentiles, aunque procede del siglo I, cuando ya no vivía ninguno de los «apóstoles originales». Y esta falsificación trajo tras sí otras más o al menos ejerció sobre ellas una fuerte influencia, como la *Didaskali* siria o apostólica, «Doctrina católica de los doce apóstoles y santos discípulos de nuestro Salvador». La obra, publicada en 1854 por Lagarde en lengua siria, es un régimen eclesiástico del siglo II y pretende, a despecho de ello, haber sido elaborado ya en el concilio apostólico de Jerusalén. «Ya que toda la Iglesia estaba en peligro de caer en la herejía, nos reunimos los doce apóstoles en Jerusalén y deliberamos sobre lo que sucedía, y todos de acuerdo decidimos escribir esta Didaskalia católica para el fortalecimiento de todos vosotros.»<sup>239</sup>

Esto no lo cree hoy ni el lado católico, en el que un experto enlitera-

tura protocristiana como Otto Bardenhewer no es evidentemente consciente de la ironía que supone cuando escribe que esta falsificación (la «reunión celebrada bajo la máscara de los apóstoles») es «el intento más antiguo que conocemos de un *corpus iuris canonici*», entendiéndose por tal la recopilación de las principales fuentes del derecho eclesiástico de la Edad Media.<sup>240</sup>

Constantemente, al principio, al final y durante toda esta chapuza (que entre muchas otras cosas contiene una cronología totalmente nueva de la Pasión), el impostor, un obispo católico, recuerda que aquí hablan personalmente los apóstoles; la ficción de la autoría apostólica se «mantiene constantemente» (Strecker). Partes de la Pasión y de los hechos de los apóstoles se relatan en primera persona del singular y del plural. Algunos, Mateo, Pedro y Santiago, destacan de los demás. Incluso se describe la aparición del propio escrito diciéndose que «entre nosotros, nos distribuimos las doce doceavas partes del mundo y nos dirigimos a los pueblos, para predicar la Palabra en todo el mundo [...]». Lo mismo que muchas otras falsificaciones, también la *Didaskalia apostólica* se apoya en una serie de falsificaciones, en la *Didaché*, el *Evangelio de Pedro*, los *Hechos de Pablo*.<sup>w</sup>

A comienzos del siglo iv se escribió, probablemente en Egipto, un presunto «régimen eclesiástico apostólico» (*Cañones apostolorum ecclesiástici*), conocido desde 1843. Los apóstoles hablan de modo sucesivo y dan sus instrucciones bajo el viejo título de: *Cánones eclesiásticos de los santos apóstoles*.

Las *Constituciones apostólicas*, el régimen eclesiástico más extenso de la Antigüedad y que consta de ocho volúmenes, con ordenanzas sobre etiqueta, derecho y liturgia, fue redactado alrededor del año 400 en Siria o Constantinopla. Los seis primeros libros se presentan como cartas de los apóstoles. Estos hablan en primera persona del singular o del plural y toda la obra parece haber sido redactada o difundida por el presunto obispo romano Clemente, «mediante nuestro colega Clemente», que la leyenda cristiana convirtió en cónsul y miembro de la familia imperial flavia. Entre muchas otras cosas, el libro séptimo da incluso una lista de los obispos consagrados por los apóstoles. El octavo libro contiene la misa completa más antigua y no olvida los diezmos. Con toda frialdad, el falsificador miente por boca del Pseudo-Clemente: «Por eso (porque había «herejes») nosotros: Pedro y Andrés, Santiago y Juan [...], Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, Santiago y [...] Tadeo y Simón, el Cananeo y Matías [...] y Pablo nos hemos reunido y hemos escrito esta doctrina católica para vuestro fortalecimiento». En efecto, el mentiroso publica todas sus mentiras como si fueran un escrito del Nuevo Testamento. Y a los 85 «cánones apostólicos» que aparecen en el último capítulo del último libro, el Concilio de Constantinopla (Quinisextum) celebrado en 692

le otorga fuerza legal: «El santo sínodo decide que los 85 cánones que nos han sido transmitidos bajo el nombre del santo y venerable apóstol [...l deberán mantener sin cambios su validez en el futuro» (c. 2).

La mentira tuvo éxito durante más de un milenio, se consideró como obra del apóstol y de Clemente de Roma que lo escribió por encargo suyo. El redactor, el Pseudo-Clemente, un amano, previene expresamente contra las falsificaciones de los «herejes» bajo el nombre de un apóstol. «Pues sabemos que los que estaban en compañía de Simón y Cleobio hicieron libros envenenados bajo el nombre de Jesús y de sus discípulos.» Mientras el propio falsificador falsifica, critica las falsificaciones de los demás, esparciendo su veneno, avisando del veneno de los «herejes». Recomienda el bautismo de los niños (sin el cual, en dos generaciones las Iglesias se habrían convertido hoy en minúsculas sectas). Exige cuarenta días de ayuno antes de Pascua y prohíbe totalmente la lectura de literatura pagana. Además, propaga la semana de cinco días. «Yo, Pedro, y yo. Pablo, ordenamos que los cinco días no libres se trabaje y que el Sabbat y el día del Señor se tengan libres.»<sup>242</sup>

Igualmente falsos son los cánones de un sínodo apostólico de Antioquía, que nunca se convocó. (Los cánones 2, 4 y 5 atacan a los judíos.) Y lo mismo que al principio se falsifican colecciones de cánones bajo el nombre de los apóstoles, más tarde se hace otro tanto bajo el de Padres de la Iglesia prominentes, como es el caso del canon del Pseudo-Atanasio, el Pseudo-Basilio y otros.<sup>243</sup>

Aunque algunos de estos regímenes eclesiásticos constan en gran parte de «material» antiguo verdadero, los falsificadores han hecho hablar en ellos personalmente a Jesús y sus discípulos. Han falsificado igualmente el adorno, los acompañamientos, «leyendas de origen» completas, incluso capítulos enteros de la parte principal. Y después de todo, el «material» antiguo verdadero no es ni con mucho el más antiguo como se da por probado con los supuestos discursos de Jesús y los apóstoles. ¿Y hay algo de material válido incluso en el caso más antiguo, en el canónico?<sup>244</sup>

i-

También termina en falsificación el denominado credo apostólico, Ilsi<sup>r</sup>? mado desde el siglo iv *Symbolum Apostolorum*.<sup>w, r!</sup>

Lo mismo que con los cánones «apostólicos» atribuidos desde hacía mucho tiempo a los apóstoles, de la profesión de fe de la Iglesia se hizo un texto de los apóstoles. Pero no sólo no lo redactaron ellos sino que tampoco refleja sus convicciones de fe. Su texto original surgió muy probablemente entre los años 150 y 175 en Roma, aunque era de curso común todavía en el siglo ni. Pero la Iglesia afirmaba que su credo lo habían redactado los apóstoles y lo propagó desde el siglo n. San Ambrosio, por ejemplo, manifiesta doscientos años después: «Los santos apóstoles se reunieron en un lugar e hicieron un breve extracto de la doc-

trina, para que comprendiéramos en pocas palabras el fruto de toda la fe». El santo apóstol, que creía en la inminencia del fin del mundo, no pensaba en absoluto en una «historia de la Iglesia» y el texto que se le atribuye sobre el credo «apostólico» no quedó firmemente establecido de modo definitivo hasta la Edad Media.<sup>245</sup>

## Hechos de los Apóstoles falsificados

Junto a Evangelios «apócrifos» a menudo muy heterogéneos, textos de tipo evangélico, Apocalipsis, liturgias «apostólicas», etc., hay también una serie considerable de historias falsas sobre los hechos de los apóstoles, que entre otras cosas «completan» partes pendientes del Nuevo Testamento.<sup>246</sup>

Los Hechos de los Apóstoles de los siglos n y ni procedentes de muy distintas áreas y con tendencias muy diversas, se han transmitido por lo general, como los restantes «apócrifos», sólo de un modo fragmentario y más tarde se han copiado y vuelto a falsificar. Pese a todas las diferencias que se dan entre las distintas versiones, muchas de ellas consideran -algo que vale la pena tener en cuenta- que la ascética sexual constituye el auténtico mensaje cristiano, lo que sin duda se remonta a Pablo. (Por tanto se tiene aquí «material» antiguo, muy antiguo.) Muchas historias de los apóstoles contienen, no obstante, y de modo simultáneo, elementos católicos y «heréticos» (gnósticos), pues entonces todo esto no estaba todavía delimitado con tanta claridad y la frontera era fluida.

Pero el fin principal de estas falsificaciones es la edificación moral, **en** especial la del pueblo, la de las capas amplias. Los actos de los apóstoles «apócrifos», que la moderna apologética relega siempre al rango de lecturas de entretenimiento, no sólo era una literatura popular, probablemente la más importante, sino que los cristianos continuaron considerándolos y valorándolos hasta comienzos de la Edad Media como auténticas fuentes de la historia, tal como han demostrado las investigaciones más recientes. La mayoría de los lectores de la Antigüedad y de la Edad Media consideraban como una descripción de la historia incluso las novelas históricas.<sup>247</sup>

En los comienzos de la literatura de los apóstoles se tienen los Hechos de Juan, redactados en el estilo de las novelas de milagrería paganas. Aparecieron hacia el 150 en Asia Menor, el historiador de la Iglesia Eusebio los condenó, junto con otros escritos, como «totalmente erróneos y contrarios a la religión», también Agustín los rechazó y el Concilio Ecuménico de 787 los declaró dignos «de ser arrojados al fuego». Después desaparecieron como una unidad completa, pero al mismo tiempo se hizo

misión con ellos. Sufrieron una revisión eclesiástica y encontraron «fii traducciones una amplia difusión» (Opitz).<sup>248</sup> ?]

También los *Hechos de Pedro*, falsificados probablemente a finales del siglo ii, aparecen en multitud de revisiones y lenguas; pretendían completar la historia canónica de los apóstoles. Llamado por el Señor, Pedro se apresura aquí a ir a Roma y se opone en el foro a Simón Mago -al que se presenta, ni que decir tiene, como una buena pieza- y a sus artes mágicas, haciendo él una buena pieza, se entiende, haciendo él a su vez los milagros más increíbles, venciendo también al adversario en varias competiciones y derrotándolo al final de modo definitivo. A punto ya de ascender al cielo, se precipita por las oraciones de Pedro, se rompe una pierna por tres sitios y poco después muere su mal espíritu. Pero también los días de Pedro están contados, pues después de haber predicado la castidad con tanto virtuosismo que muchas romanas evitan las relaciones matrimoniales y el prefecto Agripa pierde de una vez a cuatro de sus concubinas, éste le crucifica por «ateísmo». La falsificación es de origen «herético» pero evidentemente fue revisada por manos católicas para adecuarla a la Iglesia.<sup>249</sup>

Por el contrario, los *Hechos de Pablo*, falsificados asimismo a finales del siglo n, son desde un primer momento de origen católico, la obra de un religioso suspendido pero no expulsado; un hombre que ha utilizado y copiado los *Hechos de Pedro* (aunque algunos investigadores suponen que fue al revés). Tanto san Hipólito como Orígenes conocieron los Hechos de Pablo y no los rechazaron. También al obispo Eusebio le parecieron mucho mejores que los *Hechos de Pedro* gnósticos, considerándolos incluso como antilegomenos, es decir, escritos incuestionables del Nuevo Testamento. Y Otto Bardenhewer reconoce todavía en el siglo xx, en la producción de este primitivo falsificador católico, «en cualquier caso una prueba brillante de su talento como escritor».<sup>250</sup>

El *Sermón de Pedro* fue falsificado por un católico y el *Sermón de Pablo* por un hereje. Los *Hechos de Pedro y de Pablo* (que no deben confundirse con los homónimos Hechos de Pedro y Hechos de Pablo) fueron falsificados por un católico, los *Hechos de Andrés* los falsificaron gnósticos. Una falsificación católica son los *Hechos de Felipe*, una «hereje» los *Hechos de Mateo*.<sup>251</sup>

Entre todos los Evangelios «apócrifos». Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis, J. S. Candiish encontró pocas cosas moralmente buenas, y sí mucho de infantil, absurdo y nocivo. Sería inútil «buscar entre ellos un ejemplo de libro seudónimo con un elevado carácter moral». Más bien no son más que «un piadoso engaño [...] que se utilizó porque se creía que servía a la religión [...]».<sup>252</sup>

Sin embargo, la Iglesia antigua poco a poco fue publicando cada ve%

más material «apostólico». Todo lo que era importante para ella se atribuyó sin reparos a los apóstoles.

Se hacía como si Jesús hubiera informado detalladamente a los apóstoles, entre los que como muy tarde desde el 120 se contaba también Pablo, acerca del futuro de la Iglesia y hubiera ordenado a los discípulos con perspicacia adivinatoria lo más increíble, algo que produjo grotescos anacronismos históricos. Pero precisamente los más grandes de entre los Padres de la Iglesia se incorporaron a esta *pía fraud*, lo mismo Agustín que el papa León I, o incluso el, desde un punto de vista social, tan respetable Basilio, y por supuesto, en casi todos los casos sin el más mínimo rastro de verificación. De ahí que no sólo el credo cristiano proceda de los apóstoles y que ellos hayan fundado las Iglesias más importantes del mundo, sino que también se les atribuyen las horas de rezo de los monjes, la postura en la oración, la señal de la cruz, la unción con los óleos, el bautizo de los niños, la bendición del agua bautismal, las fiestas del bautizo de Pascua y de Pentecostés, las fiestas litúrgicas, la consagración de los obispos en viernes, la costumbre de permitir a los sacerdotes sólo una mujer, el ayuno de témporas, etc.<sup>253</sup>

## Cartas fraudulentas y personas fraudulentas

La literatura «apócrifa» de los cristianos copió el género epistolar del Nuevo Testamento, aunque ya éste consistía en su mayor parte en falsificaciones. Y lo mismo que allí se falsificaron diversas cartas bajo el nombre de Pablo, al final del siglo ii se falsificó en el círculo de Marción una epístola a los laodiceos (que se ha perdido). Quizá como contrafalsificación a la epístola marcionista de Pablo, más o menos verdadera, en cuanto compuesta a base de palabras sueltas y frases del apóstol, se encontró otra carta a los laodiceos por el lado «ortodoxo», que se mantuvo en muchos escritos bíblicos (en un lenguaje espantoso) desde el siglo vi al xv. El falsificador apela a los laodiceos para que hagan todo «lo que es adecuado, verdadero, correcto, justo». Los marcionitas continuaron falsificando bajo el nombre de Pablo una carta a los alejandrinos. Y alrededor del año 180, un sacerdote católico de Asia Menor fabricó una tercera epístola a los corintios, en la que avisa que: «Pues mi Señor Jesucristo vendrá rápidamente, ya que es rechazado por aquellos que falsifican sus palabras», sin duda un recurso habitual de los falsificadores. Así, en la falsa *Epistula Apostolorum* Jesús amenaza: «Pero ¡ay de quienes falsifican estas mis palabras y mis mandamientos!».

La tercera epístola a los corintios pertenece a los *Hechos de Pablo* falsos que el sacerdote de Asia Menor redactó «por amor a Pablo». Descubierta, el mentiroso fue separado de la Iglesia, pero el intercambio

epistolar fingido entre los corintios y «Pablo» apareció en las ediciones sirias del Nuevo testamento hasta finales del siglo iv (y durante varios siglos más en las versiones armenias); nada menos que el Padre de la Iglesia Efrén la comentó alrededor del año 360 como canónica, equiparable a los restantes escritos paulinos. Los *Hechos de Pablo* falsificados «fueron eliminados de los usos eclesiásticos con suma lentitud» (Kraft).<sup>254</sup>

Los cristianos tuvieron cada vez menos reparos en hacerse pasar por apóstoles de Jesús. Y si no escribían bajo el nombre de los apóstoles -que en muchos de los Hechos de los Apóstoles, en los escritos de Pilatos, predicar el cristianismo delante de los más altos dignatarios y en las cortes imperiales-, aparecían preferentemente como sus discípulos o alumnos. Así, un Leuco, y un Prócoro se convirtieron en discípulos de Juan, un Evodio de Antioquía y un Marcelo en discípulos de Pedro, un Euripos en discípulo del Bautista, etc. También los católicos Graton Lino, Clemente y Melitón falsificaron en siglos posteriores los Hechos de los Apóstoles bajo el nombre de sus discípulos. A otras figuras de la época cristiana más antigua y sobre cuyos trabajos literarios nada se sabe, se les atribuyeron falsificaciones que aún se conservan. Hechos de los Apóstoles y otros escritos: Nicodemo, Gamaliel, José de Arimatea, un Lucio, Carino, Rodón, Zenas, Policrates. Además, durante la Antigüedad los cristianos sustituyeron los tratados perdidos o sólo anunciados por engaños literarios. Falsificaron personajes completos, bajo cuyo nombre produjeron todo tipo de obras. Así, en la literatura patrística se han encontrado: Eusebio de Alejandría, el obispo Agatónico de Tarso, el obispo Ambrosio de Calcedonia así como diversos obispos que debieron escribir cartas a Pedro Fullo, patriarca de Antioquía.<sup>255</sup>

Pero también se falsificaba a discreción bajo el nombre de personas conocidas de la historia de la Iglesia.

## **Falsificaciones bajo el nombre de los Padres de la Iglesia**

A partir del siglo ni, los llamados ortodoxos y los llamados herejes falsifican bajo el nombre de renombrados autores de la Iglesia. Cuanto más conocidos son, tanto más se abusa de su autoridad. Precisamente el número de falsificaciones realizadas bajo su nombre es indicativo de su prestigio.

De Clemente Romano, al parecer el tercer sucesor de Pedro, a quien este último ordenó supuestamente para la sede romana, hay un único escrito auténtico; todos los seudoclementinos se falsificaron con el propósito de que se les tomara por verdaderos; «toda una biblioteca» (Bardy). Entre ellos la llamada segunda epístola clementina, «el sermón cristiano

más antiguo que conservamos», como se pone de relieve en *Patrologie* de Altaner; «un discurso exhortatorio para mejorar las formas a la vista de la proximidad del fin de las cosas», como escribe Kraft sobre la falsificación. Además: veinte homilías falsificadas, (numerosos) presuntos sermones de Pedro en los que Jesús, según la tendencia judeocristiana, dice: «no está permitido curar a los gentiles, que parecen perros [...]»; diez libros falsificados de *Recognitiones* sobre los viajes que al parecer hizo Clemente con san Pedro; dos epístolas pseudoclementinas *Ad virgines*, por así decirlo un libro de conducta cristiano para vírgenes y ascetas y según el cual, por razones de honestidad, Jesús prohibió tocar a María: falsificaciones evidentes, que aparecieron casi todas en los siglos iii y iv.

El falsificador cristiano, que escribe en la época de la esclavitud, la peor forma de explotación, se encuentra al parecer muy satisfecho con el orden social imperante. Todos los ricos que aparecen son la bondad en persona, el emperador es alabado en tono máximo. Por supuesto, se condena el politeísmo, pero se recomienda la conservación de muchas costumbres paganas, como la del baño después del coito. Mientras que para unos Clemente de Roma (el auténtico) fue un liberto o hijo de un liberto, según otras falsificaciones procede «de una familia de senadores y es de la estirpe de los cesares» (Hennecke). No se sabe nada de él y lo que podría saberse sería sólo cierto a medias. Pero fue muy famoso.<sup>256</sup>

Del obispo Ignacio de Antioquía, fallecido a comienzos del siglo ii, nos han llegado siete cartas, cuya autenticidad se pone en tela de juicio con motivos bien fundados. En cualquier caso, a finales del siglo iv las cartas (auténticas) fueron revisadas y completadas con fragmentos tendenciosos. Y de nuevo este falsificador cita y desvalija otra falsificación, las *Constituciones apostólicas*. El mismo embaucador, un católico, falsificó seis cartas. Mezcló con suma habilidad las del Pseudo-Ignacio entre las verdaderas y las editó todas juntas, comenzando con dos falsificaciones y siguiendo «en la proporción 2:2:2:3:2:2» (Brox). Otras cuatro falsificaciones latinas, en las que María es el punto central, se incorporan en la Edad Media -también una carta a la Virgen María y su respuesta-, y estas falsificaciones «se consideraron en general como auténticas» (Altaner/Stuiber).<sup>257</sup>

Durante siglos se falsificó también bajo el nombre de san Justino, el apologista más importante y gran antisemita del siglo n. Poseemos de él tres escritos auténticos, aunque incompletos, probablemente mutilados, y nueve falsificados, redactados estos últimos en los siglos iv y v. Las tres apoloías falsas, cuyos títulos se respaldan en la obra de Justino verdadera, pero que se ha perdido, surgieron quizá todavía en el siglo m: un «exhorto», un «sermón» (ambos dirigidos a los paganos, a los que sermonean porque sólo ofrecen algo verdadero cuando lo toman de Moisés o de los profetas, los únicos maestros fiables de la verdad), así como *De monar-*

*chía* (sobre la unidad de Dios). Esta última falsificación pretende demostrar la verdad del monoteísmo con citas de literatos griegos, falsificándose también en parte dichas citas.<sup>258</sup>

Bajo el nombre de Tertuliano, nacido alrededor de 150 en Cartago y más tarde «hereje», se falsificó el tratado *De execrandis gentium diis*, que ataca las indignas ideas de los paganos sobre Dios; además, en cinco; libros escritos en un mal latín, el *Carmen adversas Marcionitas*, del siglo iv; así como una recopilación de 32 «herejías» bajo el título de *Adversus omnes haereses*, una falsificación que tiene por autor al papa Celerino (199-217) o a uno de sus clérigos.<sup>259</sup>

Se compusieron docenas de escritos bajo el nombre de san Cipriano de Cartago, tratados, cartas, poemas, oraciones y también un libro. *Contra los judíos*. Muchas de las falsificaciones proceden con seguridad o mucha probabilidad de obispos católicos de África, tal como *Ad Novatianum*, *De singularitate clericorum*, *Epistula ad Turasium*, *Adversus aleatores*. Por otro lado, 150 años después de la muerte de Cipriano, por parte católica se declararon falsificaciones todas sus cartas (verdaderas) sobre el bautismo de los gentiles, ya que no se correspondían con la doctrina católica.<sup>260</sup>

Los seguidores de Pelagio, después de que se le declarara hereje, distribuyeron sus escritos bajo el nombre de «ortodoxos» tales como Jerónimo, el papa Sixto, Atanasio, Agustín, Sulpicio, Severo, Paulino de Nola. El llamado Praedestinatus, un pelagiano desconocido -quizá el monje Arnobio (el menor) o el obispo Juliano de Eciánum-, intentó proteger su falsificación apareciendo bajo el aspecto de ortodoxo como defensor de Agustín, aunque lo que en realidad quería era atacar sistemáticamente su doctrina de la predestinación y de la gracia.<sup>261</sup>

Cuanto mayor autoridad tenía un santo, con tanta mayor predilección los cristianos falsificaban bajo su nombre. Sin embargo, aun siendo tan grande la masa de estas falsificaciones, los nombres de los falsificadores se conocen por lo general tan poco como lo eran probablemente entre sus contemporáneos.

Con una gigantesca cantidad de escritos se honró al santo Padre de la Iglesia Atanasio, él mismo un gran falsificador ante el Señor. Lucíferanos, apolinaristas y nestorianos lo mismo revisaron y modificaron libros auténticos de Atanasio que le atribuyeron otros ajenos. Y algunos de éstos se volvieron incluso más conocidos que los verdaderos. La *Historia imaginis Berytensis*, falsa y de intenso carácter antisemita, se leyó por ejemplo en el segundo niceno (787) y en la Edad Media se la reprodujo más veces que cualquiera de los títulos verdaderos.

Ya que el «padre de la ortodoxia» era una roca de la ortodoxia nicena, se le atribuían a él de modo preferente libros sobre los temas de la trinidad o de la cristología, toda una invasión de escritos dogmáticos. Bajo su

*pretatio in symbolum*, dos *Dialogi contra Macedonianos*, cinco *Dialogi de sancta trinitate*. De todos sus resúmenes de la fe católica, en el mejor de los casos dos son auténticos. Seis sermones pseudoatanasianos tienen como autor al metropolitano Basilio de Seleucia (fallecido hacia 468), de los 41 sermones ofrecidos bajo el nombre de Migne, algunos son falsos. Sin embargo, rara vez es posible nombrar a los falsificadores. Los llamados maurinos, la rama francesa de los benedictinos, fundada en 1618 y confirmada papalmente en 1621, cuyo monasterio central era Saint-Germain-des-Prés, en París, declararon dudosos o falsos todos los sermones manuscritos de Atanasio.<sup>262</sup>

También el famoso *Symbolum Athanasianum*, que alcanzó gran prestigio y entró a formar parte de la liturgia, resultó ser falso como se reconoció en el siglo xvii, sin que hasta la fecha se conozca al verdadero autor. Lo que es bastante seguro es que este *Symbolum Athanasianum* (llamado también *Cuicumque* por su comienzo) surgió hacia finales del siglo v en el sur de las Galias.<sup>263</sup>

Un amigo de Atanasio, el obispo Apollinaris de Laodicea (fallecido hacia 390), que fue declarado hereje, «una personalidad sobresaliente, un hombre de espíritu y ciencia, conocedor de primer rango de la escritura» (Bardenhewer), falsificó con notable éxito toda una serie de libros, que san Cirilo utilizó como documentos verdaderos. El obispo Apollinaris escribió bajo los nombres de Atanasio, Gregorio Taumaturgo y del papa Julio I. También sus discípulos falsificaron bajo el nombre de Atanasio, lo mismo que los obispos Julio y Félix de Roma, que falsificaron una carta del obispo Dionisio de Alejandría al obispo Pablo de Samosata, otros documentos y una carta dirigida a Atanasio, así como un intercambio epistolar completo entre el Padre de la Iglesia Basilio y Apollinaris y un credo, que fue editado como símbolo de los sínodos de Antioquía (268) o de Nicea y que consta en las actas del Concilio de Éfeso.<sup>264</sup>

Los monofisitas, que recogieron muchas falsificaciones apolinaristas en sus florilegios, falsificaron ellos mismos con harta frecuencia como por ejemplo las epístolas con el nombre de Simeón Estilita, una correspondencia entre Pedro Mongo y Acacius acerca del henoticón, otra entre Teodoreto de Ciro y Nestorio. Falsificaron (en árabe y en etíope) extractos de las cartas de Ignacio de Antioquía. Combatieron a los nestorianos con escritos falsos, e incluso entre ellos mismos. Interpolaron asimismo numerosos tratados católicos.<sup>265</sup>

Bajo el nombre del Padre de la Iglesia Ambrosio hay igualmente numerosos escritos falsos, como por ejemplo una traducción al latín, *Hege-sippus sive de bello ludaico* (también se les atribuyeron traducciones a Sexto Julio Africano, Eusebio y Jerónimo), la *Lex Dei sive Mosaicarum et Romanarum legum collatio*, que es importante para la historia del de-

recho al haber intentado encontrar una dependencia del derecho romano con respecto al Antiguo Testamento, una serie de obras en verso falsificadas bajo su nombre, *Tituli* e himnos. El famoso aleluya ambrosiano *Te Deum laudamus* tampoco se debe a Ambrosio. Bajo su nombre se ha falsificado también un comentario a la decimotercera epístola de Pablo, aparecido en Roma bajo el papa Dámaso (366-384) y que desde Erasmo recibe el nombre de *Ambrosiaster* (Pseudo-Ambrosio), sin que, como sucede tan a menudo, se haya podido resolver la cuestión de su autoría; en cualquier caso, se trata de un «trabajo excelente» (Altaner/Stuiber), pero ciertamente no de Ambrosio. Una carta también falsificada de éste contiene la asimismo falsa pasión de los mártires Gervasio y Protasio, cuyas piernas descubrió el propio Ambrosio de una manera tan inspirada que muchos investigadores (coincidiendo con la corte imperial cristiana de aquel tiempo) hablan de «mentira piadosa» y «engaño de gran alcance», no el único que se permite el Padre de la Iglesia.<sup>266</sup>

Una enorme cantidad de escritos ficticios se atribuyeron a san Jerónimo. Sólo en la colección de sus 150 cartas hay varias docenas que no son verdaderas. Está igualmente falsificada una correspondencia entre Jerónimo y el papa Dámaso I, que de manera significativa introduce el *Liber Pontificalis*, el libro oficial del papa, que a su vez está tan repleto de falsificaciones que hasta más o menos las postrimerías del siglo v y a comienzos del vi carece prácticamente de valor para nosotros. El Pseudo-Isidoro ofrece otro intercambio epistolar falso entre el papa asesino y el Padre de la Iglesia. Las frecuentes falsificaciones no hacen más que señalar «lo grande que era el prestigio de que disfrutaba como autor ortodoxo de tratados eruditos» (Krafi).

Pero este santo (lo mismo que Ambrosio o Atanasio) era a su vez, también él, un falsificador. Al patrón de los eruditos le debemos toda una biografía falsificada, la *Vita sancti Pauli monachi*, que describe la vida realmente maravillosa del que al parecer fue el primer monje cristiano, Pablo de Tebas, el precursor de san Antonio. Este «protoeremita» literalmente fabuloso, que según Jerónimo vivió en una cueva durante noventa años sin ver a ningún ser humano, aunque todos los días un cuervo iba a llevarle medio pan, hasta que finalmente dos leones cavaron su tumba, fue puesto ya en tela de juicio en vida de su creador. Pero por parte católica esta historia inventada sigue contándose entre los «escritos históricos» (Altaner/Stuiber) del santo; lo mismo que su *Vita sancti Hilarionis* y su *Vita Malchi*, biografías de monjes también muy legendarias y en las que abundan los milagros increíbles.<sup>267</sup>

Los cristianos falsificaron infinidad de escritos bajo el nombre de Agustín y no sólo acerca del tema de la gracia, especialmente cercano. No se daban por satisfechos con un escrito (auténtico) de Agustín *Contra los judíos*, sino que se redactaron otros dos, falsos, bajo su nombre: *Sér-*

*mo cmtra Judaeos, Paganos et Arianos de symbolo* y la *Alteratio Ecclesiae et Synagogae*. Una obra ascética asimismo atribuida a Agustín, *Soliloquia*, procede probablemente del siglo xm, pero se la leyó con mucha frecuencia y todavía en la actualidad se la sigue editando, por lo general junto a otros dos libros de fundación que se atribuyen a Agustín, *Meditationes* y *Manuale*. El *Sermo de Rusticiano subdiacono a Donatistis rebaptizato et in diaconum ordinato* es incluso una manifiesta falsificación moderna. Sin que se hubiera descubierto todavía el manuscrito, fue editado por primera vez por Jerónimo Vignier (fallecido en 1661), un «oratoriano conocido como falsificador de documentos» (Bardenhewer), es decir, miembro de un oratorio fundado en Roma en 1575 por san Felipe Neri, una comunidad análoga a un convento pero que englobaba sacerdotes y laicos. Pero todavía en 1842, A. B. Cailiau presentó en París 164 sermones no editados de Agustín, de los que apenas hay uno que sea verdadero. Y de manera idéntica o muy similar sucede con el (presunto) sermón de Agustín *S. Augustini sermones ex codicibus vaticanis*, que diez años después, en 1852, editó en Roma el cardenal A. Mai. De los más de seiscientos sermones que existen bajo el nombre de Agustín, más de cien han sido falsificados.<sup>268</sup>

## **Un falsificador cristiano:**

### **«Durante siglos el maestro del mundo occidental [...]»**

La cristiandad debe falsificaciones especialmente famosas a un sirio, que alrededor del año 500 redactó cuatro grandes tratados y diez cartas, por lo general breves, con un éxito radical y duradero como «nunca volvió» (Bardy) a conseguir ningún otro falsificador literario.

Este cristiano se da a conocer como el consejero del Areópago, Dionisio, llamado después Dionisio Areopagita, convertido por Pablo en Atenas, motivo por el que dirige sus escritos a los apóstoles y sus discípulos, ofrece detalles reiteradamente que acaban por confundir al lector haciéndole creer que tiene ante sí la obra de un contemporáneo de los apóstoles. Pretende haber sido testigo del eclipse de Sol que se produjo al morir Jesús y de haber estado, junto con Pedro y Santiago, en el entierro de la Virgen Santa María. Pero en realidad, sus mentiras no aparecieron como muy pronto hasta finales del siglo v, si no son ya los comienzos del vi.<sup>269</sup>

El martirologio romano -«recopilado de fuentes fidedignas, verificado [...]»- señala al falsificador embebido en la gracia de Dios, cuya onomástica se celebra el 9 de octubre, como santo y mártir. Él, que vivió casi medio milenio después de Pablo, fue «bautizado por el santo apóstol Pablo» según se dice allí, fue consagrado como primer obispo de Atenas,

después, en Roma, «el santo papa romano Clemente le envió a que predicara el Evangelio a Francia, y de este modo llegó a París, donde administró fielmente durante algunos años el cargo que se le había encomendado y finalmente, bajo el protector Fescennin, tras crueles tormentos completó el martirio junto con sus compañeros, siendo decapitado».<sup>270</sup>

El falsificador Dionisio, que también se había inventado la figura de su maestro Hierotheus, fue registrado oficialmente como obispo de Atenas y de París. En no poca medida debido a eso, el glorioso Corpus Areopagiticus -una mezcla de filosofía antigua y cristianismo, aunque llegando hasta la política- tras un rechazo inicial por parte de los católicos influyó durante más de un milenio sobre Occidente de un modo nada desdeñable. El engañador se convirtió «durante siglos en el maestro del mundo occidental» explicando a sus (presuntos) pensadores que «el cristianismo no tenía por qué ser ya "bárbaro" y que en su singularidad brindaba al espíritu cultivado revelaciones inimaginables» (Roques). A comienzos del siglo vi, el arzobispo Andrés de Cesárea cita los libros «del bienaventurado gran Dionisio». Un siglo más tarde, san Máximo los hace objeto de sus elogios y defiende su autenticidad. En el siglo ix conquistan el Occidente creyente, sobre todo a consecuencia de su traducción al latín por Juan Escoto (Erúgena) y por el abad Hilduino de St. Denis (814-840), indudablemente predestinado para ello pues él mismo había redactado toda una serie de documentos falsos, tales como la Conscriptio de Vispio, una carta de Aristarco a Onesiforo e himnos de Venancio Fortunato y de Eugenius Toletanus y que también enriqueció las cartas falsificadas del Areopagita mediante su propia falsificación, la *Epistula ad Apollophanium*.

Pero el montaje del Pseudo-Dionisio fue estudiado como la Biblia por los más famosos teólogos tales como Maximus Confesor, Hugo de San Víctor, Alberto Magno y Tomás de Aquino, que lo comentaron y lo consideraron una obra del Espíritu Santo. Adquirió una «autoridad casi canónica» (Bihimeyer). Tomás escribió un comentario propio al «Nombre de Dios» (*De divinis nominibus*) y en sus restantes obras recogió cerca de 1.700 citas de esta falsificación. La universidad de París conmemoró en el siglo xm al falsificador -que curiosamente es el único autor de Oriente que seguía vivo en Occidente- como el apóstol de Francia y el gran maestro de la Cristiandad. La autenticidad de sus escritos, cuestionada por primera vez por el humanista Lorenzo Valla (fallecido en 1457) y más tarde por Erasmo (1504), todavía se defendió en el siglo xix e incluso en el xx, aunque ya mucho antes, poco después de la aparición de este gigantesco engaño, el obispo Hiparolo de Éfeso, temporalmente hombre de confianza del emperador Justiniano, discutiera esa autenticidad: «Si ninguno de los escritores antiguos los menciona (los escritos), no sé cómo podéis demostrar ahora que pertenecen a Dionisio».

Quién fue este san Pseudo-Dionisio es una cuestión que sigue hoy pendiente: posiblemente un «hereje», un monofisita. Cualquiera de los dos patriarcas de Antioquía, Pedro Fullo (fallecido en 488) o Severo de Antioquía (512-518), al que al menos también los defensores del Calcedonense demostraron varias falsificaciones. No podría sorprender que al amplio engaño del Pseudo-Dionisio se incorporaran falsificaciones deuterodionisias, sobre todo al comienzo de la Edad Media, ni sorprendería tampoco que, a la postre, la «leyenda» del martirio de san Dionisio, o más bien de su descripción, un producto parisino, se convirtiera en el motivo ampliamente difundido de la leyenda de los portadores de la cabeza. Según ella, los mártires y los santos llevarían su noble cabeza en la mano: Luciano lleva la cabeza que le han cortado, Jonio de Chartres, Luciano de Chartres, Nicasio de Rúan, Máximo y Venerando de Evreux, Claro, el eremita de Normandía, la virgen Saturnina de Artois, san Crisolio, al que partieron en dos la cabeza durante el martirio, esparciéndose el cerebro por la zona, y que recogiendo todo, lleva el cráneo y su contenido desde Ürelenghem hasta Comines. Fusciano y Victórico transportan sus cabezas durante varias millas. El muchacho decapitado Justo de Auxerre lleva su cráneo mientras que el tronco, para espanto de sus perseguidores, se pone a rezar. Los santos Frontasio, Severino, Severiano, Silano de Périgueux, Pápulo de Tolosa, Marcelo de Le Puy (Anitium), obispos y arzobispos, vírgenes y príncipes desde el sur al norte llevan su cabeza, el príncipe danubiano Severo, el merovingio Adalbaldo, el arzobispo León de Rúan, el apóstol de Prusia Adalberto, el hijo de rey Pingar Comwail, la hija del rey Ositha en el norte... No, no acaban los mártires cristianos portadores de cabezas, y todo tan auténtico como «Dionisio Areopagita».<sup>271</sup>

En el siglo vn hubo en Alejandría un completo taller de falsificadores cristianos. Bajo la dirección del prefecto de Egipto, Severiano, catorce escribas falsificaron aquí en sentido monofisita escritos de los Padres de la Iglesia, especialmente de Cirilo de Alejandría.<sup>272</sup>

Dado que en la historia más antigua del cristianismo apenas había nada que se sostuviese en pie o que tuviese base y su historicidad era, y sigue siendo, más que incierta y carente de un mínimo fundamento, algunas falsificaciones tenían también como propósito la de crear esa fundamentación histórica.

## **Falsificaciones para apoyar la historicidad de Jesús**

Los cristianos falsificaron una serie de escritos para disponer de mejores testimonios para la -hasta ahora sin demostrar pero tampoco refutada- historicidad de Jesús, para su vida y su resurrección, pues en la llamada literatura profana no se decía nada al respecto.<sup>273</sup>

Se crearon así documentos falsos de escritores no cristianos sobre la vida de Jesús, en los que por ejemplo no sólo se interpolaban las *Antigüedades judías* del judío Josefo, el llamado *Testimonium Flavianum*, sino que incluso se hacía a Josefo autor de libros cristianos enteros. Objetivos análogos perseguían los escritos cristianos de Píalos, en tanto que las historias paganas sobre él, a las que los cristianos opusieron contrafalsificaciones, se convirtieron a comienzos del siglo iv en un instrumento de propaganda de los gentiles contra los cristianos, que incluso se utilizaba en la escuela.<sup>274</sup>

Apareció una carta falsificada de Pilatos al emperador Tiberio, una falsificación que dio pie a otras más con una intención ya claramente apologética. Sobre todo, mediante el falso Pilatos se consiguió un renombrado testigo pagano para la, en palabras del historiador de la Iglesia Eusebio, «maravillosa resurrección y ascensión a los cielos de nuestro Salvador». No pasó tampoco desapercibido el nacimiento de la virgen. En el tratamiento benigno de los romanos no faltaron tampoco los ataques antisemitas. «Así, la palabra salvadora iluminó, de una vez y con la obra del cielo, como un rayo de sol todo el mundo» (Eusebio).<sup>275</sup>

Existe toda una serie de otros «escritos de Pilatos» que surgen a lo largo de varios siglos. Muestran unos rasgos cada vez más «legendarios», con una tendencia más proclive a los romanos y hostil a los judíos. En uno de ellos Nicodemo dice de Pilatos: «Es el abogado de Jesús», y el procónsul lo confirma. Se falsificó una correspondencia entre un Teodoro y Pilatos, una «carta de Pilatos a Claudio», en la que Pilatos habla del nacimiento de la virgen, cuenta los numerosos milagros de Jesús y acusa a los sumos sacerdotes: «y acumulando mentira sobre mentira declaran que es un nigromante y que se opone a sus leyes». Pilatos menciona la muerte y resurrección de Jesús y finaliza: «Pero esto se lo he presentado a tu majestad para que otros no mientan y supongas que has de creer en las habladurías falsas de los judíos». Al mentir uno mismo, como tan a menudo, se echan en cara a los demás las mentiras. Se falsificó un intercambio epistolar de Pilatos con Herodes, hasta con Augusto, que hacía ya dos décadas que había muerto cuando crucificaron a Jesús. Se falsificó también un *Evangelio de Gamaliel*, en el que Pilatos testifica la resurrección de Jesús. Y los cristianos de aquel tiempo (entre ellos un Gregorio de Tours) consideraron «en general tales [...] escritos como fuentes históricas» (Speyer). La *Paradosis* de Pilatos hace del procurador casi un mártir cristiano. Las Iglesias copla y etíope le veneran como un santo. Por el contrario en *Cura sanitatis Tiberii*, en el que este emperador figura como un cristiano creyente, en la *Mors Pilati*, debe pagar por su culpa en la crucifixión.<sup>276</sup>

Una correspondencia falsificada en el siglo vi entre el (tres veces separado y desterrado) obispo Cirilo de Jerusalén (348-386) y el papa Julio

de Roma debía determinar la fecha del nacimiento y el bautizo de Jesús. Sin embargo, con ello no se pretendía hacer aceptable la historicidad de Jesús, sino que lo fuera para Oriente, en especial Palestina, la nueva fecha occidental de su nacimiento. De igual modo, cristianos ortodoxos elaboraron falsificaciones en el curso de la disputa por el cálculo de la fiesta de la Pascua.<sup>277</sup>

## **Falsificaciones para resaltar la autoridad cristiana frente a judíos y paganos**

Los cristianos facilitaron a menudo su lucha contra los judíos por medio de falsificaciones, restaron fuerza a Sus reproches mediante engaños literarios con el fin de hacer brillar más su fe y, en última instancia, para dar un testimonio tanto más claro de Jesús como Mesías prometido y también como hijo de una virgen.

Esto se hizo al principio con la inclusión de numerosos párrafos falsos, viniéndoles especialmente a propósito a los cristianos los seudoeπίgrafes judíos. Interpolaron así las profecías sibilinas, el cuarto libro del Esra, el Apocalipsis más difundido en la Antigüedad, el martirio de Isaías, el Bamch griego, los Apocalipsis de Abraham, Elias, Sofonías, los Paralipomenas de Jeremías, la vida de los profetas, los testamentos de Adán, Abraham, Isaac, de Ezequías, de Salomón, de los doce patriarcas, etc. Los cristianos falsificaron sentencias de los profetas y con su ayuda intentaron convertir a los judíos hasta la Edad Media. Pero también falsificaron escritos completos bajo los nombres de personas del Antiguo Testamento, como la ascensión a los cielos de Isaías, el Apocalipsis de Zacarías, distintos Apocalipsis de Daniel, los Apocalipsis del Esra, el quinto y el sexto libros del Esra, en los que no solamente habla en primera persona Esra sino también Dios, el Señor, falsificaciones de las que incluso pasajes como el 5 Esra 2, 42-48, entraron íntegramente en el siglo II para formar parte de la liturgia oficial católica romana.

Los cristianos falsificaron a menudo para reforzar documentalmente la virginidad de María, que ponían en tela de juicio los judíos y los judeocristianos «herejes» (que naturalmente llamaban a José el padre biológico de Jesús), como por ejemplo en los oráculos sibilinos cristianos, en el *Protoevangelio de Santiago* o, en la época del emperador Justiniano, en el escrito *El sacerdocio de Cristo*, un diálogo judeocristiano. En este escrito, Jesús debe ingresar en el colegio sacerdotal en sustitución de un sacerdote judío fallecido. Se tienen así datos personales precisos de su madre y se escriben en el código del templo. Los cristianos falsificaron las obras de los escritores profanos judíos tales como Filón y Josefo. Con cierta frecuencia interpolaron también los mismos escritos durante varios

siglos. La investigación de los últimos decenios ha descuidado el esclarecimiento en este campo y no existe ninguna historia de la «literatura interpolativa».<sup>278</sup>

En los siglos m y iv se falsificó también toda una correspondencia entre el apóstol Pablo y el estoico Séneca (4 a. C.-65 d. C.).

Redactado en un horrible latín, esta chapucería fue un escrito propagandístico que pretendía recomendar las epístolas de Pablo a los ilustrados de Roma, que las menospreciaron a causa de su estilo. Esta correspondencia increíblemente primitiva, ocho cartas de «Séneca» y seis de «Pablo» (siendo Erasmo de Rotterdam el primer erudito que lo declaró como falsificación), debería haber afianzado la autoridad de Pablo, pues muchos de sus pensamientos coincidían tanto con la filosofía estoica de la época imperial, que Tertuliano pudo afirmar: «*Séneca saepe noster*». La falsificación trasgiversa la relación de dependencia, enalteciendo Séneca al apóstol («Salve, mi querido Pablo [...]») como portavoz del cielo, como un «hombre al que Dios ama de todos modos», incluso certificándole que «el Espíritu Santo está en ti», mientras que Pablo sólo de modo ocasional y en tono de superioridad anima al filósofo a continuar en sus esfuerzos. Las falsificaciones eran, como atestigua san Jerónimo, él mismo un gran falsificador ante el Señor, «*a plurimis leguntur*». Y no sólo él mismo las tomó por auténticas, y después también Agustín, sino que basándose en este engaño Jerónimo incluyó entre los santos cristianos al pagano Séneca. El Padre de la Iglesia escribe: «L. Annaeus Séneca de Córdoba [...] llevó una vida muy sobria. No le habría incluido en el registro de los santos si no me hubieran impulsado a ello las cartas, leídas por tantos, de Pablo a Séneca y de Séneca a Pablo».<sup>279</sup>

El intercambio epistolar falsificado, que se conserva en una cantidad inhabitual de manuscritos, se mantuvo durante la Edad Media e influyó sobre Pedro de Cluny, Pedro Abelardo e incluso Petrarca.<sup>280</sup>

Muchas veces, los cristianos no encontraban sólo cartas y correspondencias sino también discusiones públicas completas, como por ejemplo los llamados diálogos de religión en la corte de los sasánidas.

El autor indica que su obra son las actas de un debate sobre Cristo y el cristianismo mantenido en Persia, las anotaciones de un testigo ocular y auricular. Frente al fondo resplandeciente de la corte y el momento álgido del poder sasánido, y bajo la presidencia de honor de un sasánida, los representantes de la Iglesia templán -naturalmente con éxito en toda línea- sus armas contra griegos, «herejes» cristianos, los magos persas y los judíos. En ocasiones se ataca también a los samaritanos, los budistas y al estado romano; a los que menos y de manera más liberal a los hebreos helenizados, por así decir a los precursores del cristianismo, y con máxima saña a los judíos.

El falsificador es católico. Elogia toda la divinidad y humanidad de

Jesús, la magnificencia de María, el triunfo de los obispos cristianos frente a los magos persas con todo tipo de milagros, mediante la curación de leprosos, la resurrección de un muerto y un azor de barro que cobra vida. A nadie sorprenden los anacronismos históricos, las fuentes fingidas, las apariciones del rey persa Arrinatus, al que intentó seguir el rastro sin éxito el bolandista G. Henschen en el siglo xvii, un rey de fábula (figurando también en otros lugares) bajo el cual tiene lugar la charla de religión, que certifica los milagros cristianos y cierra las conversaciones con un diploma. Prudentemente no todo es inventado, hay dispersos también datos históricos. Pero el autor permanece anónimo. Calla sobre sí mismo y sobre la época, y desvalija con todo descaro los escritos de Felipe de Side, desconocido para la mayoría, del siglo v o vi.<sup>281</sup>

La marea de falsificación guarda una estrecha relación con las antiguas persecuciones de los cristianos: cuanto menos mártires auténticos, más falsos.

### **La mayoría de las actas de mártires están falsificadas, pero todas ellas se consideraron como documentos históricos totalmente válidos**

Los cristianos falsificaron primero, a partir del siglo ii, los edictos de tolerancia del emperador: como por ejemplo el de Antonino Pío (hacia 180), o un escrito de Marco Aurelio al Senado en el que el emperador atestigua la salvación de las tropas romanas de la sed gracias a los cristianos. Falsificaron también una epístola del procónsul Tiberiano a Trajano con la presunta orden imperial de finalizar la sangrienta persecución; se falsifica un edicto de Nerva que revoca las duras medidas de Domiciano contra el apóstol Juan. En efecto, el propio Domiciano, informa el historiador de la Iglesia Eusebio (apoyándose en el cristiano oriental Hegesipo, el autor de los cinco libros de *Recuerdos*), el propio Domiciano, después de haber encarcelado a «los parientes del Señor» como sucesores de David, los puso en libertad y ordenó «cesar la persecución de la Iglesia».<sup>282</sup>

Si los cristianos comenzaron falsificando documentos para que el emperador les exonerara, cuando habían pasado las persecuciones y ellos mismos, lo que es peor, comenzaron a perseguir a los paganos, acabaron falsificando documentos para inculpar a los soberanos paganos; falsificaron en serie, por un lado un gran número de edictos y cartas anticristianos de los soberanos y cónsules (especialmente a finales del siglo iii), supuestos documentos que se encuentran en su mayor parte entre las actas de martirios no históricas, y por otro lado infinidad de martirios. Los cris-

tianos que aparecen como testigos de falsas pasiones y biografías son incontables.<sup>283</sup>

Ya la primera de las presuntas persecuciones bajo Nerón, que hicieron de este emperador durante dos milenios un monstruo sin igual para los cristianos, no fue una persecución contra los cristianos sino un proceso por incendio provocado. Incluso los historiadores Tácito y Suetonio, hostiles a Nerón, juzgaron el proceso de justo y razonable; «no se puso en discusión la cristiandad», escribe el teólogo evangélico Cari Schneider. Y también la historia del cristianismo del teólogo católico Michel Clévenot establece «que ni Nerón, ni la policía ni los romanos debieron saber que se trataba de cristianos. Se movían todavía demasiado en la oscuridad y su número era todavía demasiado pequeño como para que sus ejecuciones hubieran constituido un motivo de interés público [...]».<sup>284</sup>

Pero puesto que la lógica de los teólogos católicos rara vez es brillante, Clévenot finaliza su capítulo sobre el incendio de Roma en julio del año 64, no sin haber registrado primero la «sorprendentemente» buena memoria del emperador Nerón entre los romanos: entre los cristianos se le sigue considerando un loco sanguinario. Y esto sería «quizá (!) la mejor demostración de que los cristianos fueron realmente las víctimas de la horrible masacre de julio del año 64».<sup>285</sup>

Resulta significativo que los motivos religiosos no desempeñaran en el proceso ningún papel, o a lo sumo uno muy accesorio. Significativamente, Nerón se limitó a los cristianos de Roma. Aunque más tarde se falsificaron las actas para localizar mártires en otros lugares de Italia y en las Galias, según el teólogo católico Ehrhard: «Todas estas actas de martirio carecen de valor histórico».<sup>286</sup>

La tolerancia de los romanos en cuestiones religiosas era por lo general grande. La tenían frente a los judíos, garantizando su libertad de culto, e incluso después de las guerras sostenidas con ellos no les obligaron a adorar los dioses del estado y les liberaron de las ofrendas obligatorias a los emperadores. Hasta comienzos del siglo m, el odio contra los cristianos, que se consideraban exclusivos, que con toda humildad (!) se creían especiales, como «Dios de Israel», «pueblo elegido», «pueblo santo», que se sentían la «parte dorada», procedía sobre todo del pueblo. Durante mucho tiempo los emperadores se imaginaron demasiado fuertes frente a esta oscura secta como para intervenir seriamente. «Evitaban siempre que era posible» los procesos contra cristianos (Eduard Schwartz). Durante doscientos años no les sometieron a ninguna «persecución». El emperador Cómodo tenía una favorita cristiana. En Nicomedia, la principal iglesia cristiana estaba enfrente de la residencia de Diocleciano. También su preceptor de retórica, el Padre de la Iglesia Lactancio, permaneció a salvo en las proximidades del soberano durante las persecuciones más duras contra los cristianos. Lactancio no hubo de pre-

sentarse ante los tribunales ni fue a la cárcel. Casi todo el mundo conocía a los cristianos, pero no gustaban mancharse las manos persiguiéndolos. Cuando era necesario porque el pueblo pagano estaba furioso, los funcionarios hacían todo lo posible para volver a liberar a los encarcelados. Los cristianos sólo tenían que renunciar a su fe -y lo hacían masivamente, era la regla general- y nadie les volvía a molestar. Durante la persecución más intensa, la de Diocleciano, el estado únicamente exigía el cumplimiento de la ofrenda de sacrificios que la ley imponía a todos los ciudadanos. Sólo se castigaba el incumplimiento, pero en ningún caso la práctica de la religión cristiana. Incluso durante la persecución de Diocleciano, las iglesias pudieron disponer de sus bienes.<sup>287</sup>

Hasta el emperador Decio, en el año 250, no puede hablarse de una persecución general y planificada de los cristianos. En aquella época murió el primer obispo romano víctima de una persecución, Fabiano, y murió en prisión; no pesaba sobre él ninguna condena a muerte. Pero hasta esa fecha, la Iglesia antigua señalaba ya como «mártires» a once de los diecisiete obispos romanos, ¡aunque ninguno de ellos había sido mártir! Durante doscientos años había residido lado a lado con los emperadores. Y a pesar de eso, por parte católica se sigue todavía mintiendo -con imprimátur eclesiástico (y dedicatoria: «A la amada madre de Dios»)- a mediados del siglo xx: «La mayoría de los papas de aquel tiempo murieron como mártires» (Rüger).

El «papa» Comelio, que falleció en paz el 253 en Civitavecchia, aparece como decapitado en las actas de los mártires. Igualmente están falsificadas las que hacen al obispo romano Esteban I (254-257) víctima de las persecuciones de Valeriano. El papa san Eutiquiano (275-283) incluso enterró «con sus propias manos» a 342 mártires, antes de seguirles él mismo. La apostasía de varios papas a comienzos del siglo iv intentó taparse asimismo falsificando los documentos. El *Liber Pontificalis*, la lista oficial del papado, señala que el obispo romano Marcelino (296-304), que había hecho sacrificios a los dioses y había entregado los libros «sagrados», pronto se arrepintió y murió martirizado, una completa falsificación. En el martirologio romano, un papa tras otro van ciñéndose la corona del martirio, casi todo puro engaño. (Curiosamente, hasta finales del siglo ni no se inicia en Roma el culto a los mártires.)<sup>288</sup>

Pero precisamente los obispos -cuyo martirio se consideraba naturalmente «algo especial» frente al de los cristianos corrientes, elevándolo hasta el más allá- muy raras veces fueron mártires. Huyeron en masa, a veces de un país a otro, hasta los límites del Imperio romano, naturalmente por mandato de Dios y sin olvidar enviar desde lugar seguro cartas de apoyo a los fieles de menor grado encarcelados. ¡En la antigua Iglesia esto era tan conocido que incluso en numerosos relatos de mártires *falsificados* hay pocos obispos que figuren como mártires! (El patriarca de

Alejandro, Dionisio, tenía tanta prisa cuando estalló un pogrom local que huyó a lomos de una caballería desprovista de silla; con razón lleva el apodo de «el Grande».)<sup>289</sup>

Pero la práctica totalidad de los «santos» de los primeros siglos fueron declarados con posterioridad «mártires», «incluso aunque hubieran muerto en paz. Cualquiera digno de veneración de la época de Constantino tenía que ser mártir» (Kötting). Por eso, «muy pocas» de las *Acta Martyrum* son «verdaderas o se basan en material documental verdadero» (Syme). Y sobre todo a partir del siglo iv los cristianos católicos tenían actas y relatos de mártires que les parecían falsificados por los «herejes», por lo cual los «purificaron» mediante contrafalsificaciones. Aunque admitían los milagros de los apóstoles que se relataban, no querían considerar válidas las «doctrinas falsas» que les acompañaban. De este modo, falsificadores ortodoxos como el Pseudo-Melitón, el Pseudo-Jerónimo, el Pseudo-Abdías y otros, proporcionaron contrafalsificaciones.<sup>290</sup>

Las «actas de mártires» cristianas no retrocedían ante ninguna exageración, ninguna falta a la verdad, ninguna cursilería.

Puesto que la Iglesia no hizo uso alguno del martirio de la mujer del apóstol y primer papa, san Pedro, que transmitió un Padre de la Iglesia, se considera como primera mártir a santa Tecla, aunque se dice que escapó del martirio por un milagro.

Pero la martirología católica está estrictamente documentada con el martirio de Policarpo, conociéndose incluso la hora de su muerte, algo casi único en la literatura protocristiana. Sin embargo, se desconoce la fecha; no se sabe tampoco si fue bajo Marco Aurelio o con Antonino Pío. En este testimonio ocular de la muerte de un mártir cristiano, el texto más antiguo, un texto en el que sin embargo se falsifica al comienzo, al final y por en medio, en el que hay revisiones e interpolaciones, un añadido preeusebiano y otro posteusebiano y un anexo falso, el santo obispo conoce con antelación el tipo de su muerte. Al entrar en el estadio le anima una voz procedente del cielo: «¡Mantente firme, Policarpo!». No se quema en la hoguera, a la que «especialmente los judíos» arrojan leña, todas las llamas arden en vano. El verdugo debe entonces rematarle, apagando su sangre el fuego y saliendo de la herida una paloma, que asciende al cielo... Estas actas «surgieron poco a poco y de modo fragmentario» (Kraft). Todavía en el siglo xx en el *Lexikon für Theologie und Kirche* católico este relato brilla como «el testimonio más valioso para la adoración católica de los santos y las reliquias». Aún hoy se sigue venerando al valiente mártir que, por lo demás, como corresponde a un obispo, con anterioridad había huido varias veces y había cambiado de escondrijo: las Iglesias bizantina y siria lo festejan el 23 de febrero, los melquitas el 25 y los católicos el 26 de enero, y sigue actuando como «patrón contra el dolor de oídos».<sup>291</sup>

Echemos sólo un vistazo, a modo de ejemplo, a las *Actas de los mártires persas*.

Los cristianos se dirigen en masa hacia su ejecución «cantando los salmos de David». Sonríen mientras que el verdugo levanta la espada. Se les arrancan todos los dientes y se les muelen todos los huesos. Se compran a propósito nuevos látigos para hacerles papilla. Se les golpea hasta que son *sólo* una tumefacción. Se les rompen las articulaciones, se les desuella desde la cabeza a los pies, se les corta lentamente desde la mitad de la nuca hasta el cráneo, se les cortan la nariz y las orejas, se les clavan agujas ardientes en los ojos, se les lapida, se les corta con una sierra, se les deja morir de hambre hasta que la piel se les cae de los huesos. Una vez se hace que 16 elefantes pisen a los héroes... Pero sea lo que sea, soportan casi todo durante un tiempo sorprendentemente largo y con buen ánimo, por así decirlo, con alegría. Despedazados, siendo sólo sangre y carne desmenuzada, lanzan los discursos más edificantes. Gritan de alegría: «Mi corazón se alegra en el Señor y mi alma se regocija en su bienaventuranza». O bien reconocen: «Este sufrimiento es sólo alivio».<sup>292</sup>

Mar Jacobo, el despedazado, después de que le han arrancado los diez dedos de las manos y tres de los pies, sonriendo hace profundas comparaciones: «Tercer dedo del pie, sigue tú también a tus compañeros y no te preocupes. Pues lo mismo que el trigo que cae a la tierra y en primavera hace crecer a sus compañeros, también tú te reunirás en un instante con tus compañeros el día de la resurrección». ¿No está esto bien dicho? Pero después de caer el quinto dedo del pie, clama venganza: «Oh Dios, dirige mi castigo y haz caer mi venganza sobre el pueblo despiadado».<sup>293</sup> Pero a menudo estos santos se vuelven groseros e insultan a sus impíos torturadores o jueces según todas las reglas de la religión del amor; les auguran «rechinar de dientes para la eternidad», les insultan llamándoles «impuros, sucios, lamedores de sangre», «cuervos impúdicos, que se posan sobre cadáveres», «una serpiente de encantador sedienta de morder», «verdes» de odio «como una mala víbora», un lascivo que busca «mujeres en el dormitorio», un «perro impuro». El santo Aitilláh apostrofa a su verdugo: «Realmente eres un animal irracional». Y san José no piensa precisamente en amar a su enemigo, en ofrecerle la otra mejilla, o no, muy acertadamente se dice: «José se llenó la boca de saliva y de pronto le escupió en toda la cara y dijo: "Tú, impuro y manchado, no te avergüenzas [...]».<sup>294</sup>

Después de que a Mar Jacobo le hubieran cortado uno o a uno todos los dedos de las manos y de los pies, acompañado cada vez por una sentencia noble o venenosa contra «los lobos carnívoros», sigue firme en la fe y dispuesto a la tortura. «¿Por qué ganduleáis? -pregunta impaciente-. Que no perdonen vuestros ojos. Pues mi corazón se regocija en el Señor

y mi alma se eleva hacia él, que ama a los mortificados.» Así, tras los diez dedos de las manos y de los pies, los ayudantes del verdugo cortan de manera sistemática y con rechinar de dientes nuevos miembros, y con cada uno de los que cae, el santo varón hace comentarios con una sentencia piadosa. Tras perder el pie derecho dice: «"Cada miembro que me cortáis será un sacrificio al rey de los cielos." Le cortan el pie izquierdo y dijo: "Escúchame, oh Señor, pues Tú eres bueno y grande es Tu bondad para todos los que Te llaman". Le cortan la mano derecha y grita: "La gracia de Dios fue grande conmigo; libera mi alma del profundo reino de los muertos". Le cortan la mano izquierda y dijo: "Mira, hiciste milagros con los muertos". Se acercaron y le cortaron el brazo derecho y él volvió a hablar: "Quiero alabar al Señor en mi vida y cantar himnos de alabanza a mi Dios mientras yo exista. Que le agrade mi alabanza; quiero alegrarme en el Señor"».

Los perversos paganos le cortan el brazo izquierdo, arrancan la pierna derecha de la rodilla... y finalmente «el glorioso» queda reducido a «cabeza, tórax y abdomen»; entonces reflexiona brevemente sobre la situación y abre «de nuevo la boca» para contar a Dios en un breve discurso -ya es osadía en estado tan reducido- todo lo que al final ha perdido por Él: «Señor, Dios, misericordioso y compasivo. Te ruego, escucha mi oración y atiende mis súplicas. Aquí estoy sin mis miembros; estoy aquí por la mitad y permanezco callado. Nada tengo, Señor, no tengo dedos para implorarte; ni los perseguidores me han dejado manos para extenderlas hacia Ti. Los pies me los han cortado; las rodillas me las han arrancado; los brazos se han desprendido; las piernas están cortadas. Aquí estoy ante Ti como una casa destruida, de la que sólo queda una corona de tejas. Te suplico. Señor, Dios [...]», etc.

Y por la noche los cristianos robaron el cadáver, o mejor dicho, «recogieron los veintiocho miembros cortados» y el resto y entonces cayó fuego del cielo, «lamió la sangre de la paja [...] hasta que los miembros del santo enrojecieron y se pusieron como una rosa madura».<sup>295</sup>

¡Actas de mártires!

Siguiendo estas muestras pudieron morir tantos héroes cristianos como se quiera.

Comparemos el martirio de Mar Jacobo en Persia con el de san Arcadio en el norte de África (recogido también en el martirologio romano), al que todavía hoy honra la Iglesia católica el 12 de enero.<sup>296</sup>

Lo mismo que san Jacobo, san Arcadio es héroe y cristiano desde la coronilla a la planta de los pies, o sea, literalmente inquebrantable. Confrontado finalmente con los instrumentos de tormento por el cónsul rabioso, sólo se mofa: «¿Ordenas que tengo que desnudarme?». Y la sentencia de cortarle lentamente un miembro tras otro la escucha con «ánimo alegre». «Ahora se precipitan sobre él los verdugos y le cortan las articu-

laciones de los dedos, de los brazos y de los hombros, y desmenuzan los dedos de los pies, los pies y las piernas. El mártir ofrecía voluntariamente un miembro tras otro [...] nadando en su sangre rezaba en voz alta:

"¡Señor, Dios mío! Todos estos miembros me los has dado, todos te los ofrezco [...]"», etc. Y todos los presentes nadan en lágrimas lo mismo que hace el santo en sangre. Incluso los verdugos maldicen el día en que nacieron. Sólo el perverso cónsul pagano permanece impertérrito. «Cuando al santo confesor le habían cortado todos los miembros menores, ordenó arrancar también del cuerpo todos los mayores con hachas romas, de modo que no quedó más que el tronco. El santo Arcadio, todavía vivo (!) ofreció a Dios sus miembros desperdigados y gritó: "¡Felices miembros!"», tras lo cual -como se ha dicho, «nada más que con el tronco»- siguió un ardiente sermón religioso a los paganos...

El editor de la gigantesca obra católica citada, que en el prólogo asegura que sólo desea «ofrecer hechos fundados en lugar (!) de las llamadas leyendas», «sólo hechos verdaderos y probados históricamente», ofrece en esta obra infinidad de historias espeluznantes.<sup>297</sup>

Ya partir de tan horribles ramplonerías, todavía en el siglo xx -con múltiple autorización de la superioridad- el gobierno de las almas católico extrae la «doctrina» con las palabras de san Arcadio: «¡Morir por Él es vivir! ¡Sufrir por Él es la mayor alegría! Soporta, ¡oh Cristo!, las penalidades y adversidades de esta vida y no dejes que nada te desvíe del servicio a Dios. El cielo bien vale por todo».<sup>298</sup>

Volvamos brevemente a las *Actas de los mártires persas*.

Para quien no le sea suficiente maravilla ni el martirio de Mar Jacobo: suceden además grandes cosas naturales o sobrenaturales. A un cristiano que debe y quiere matar a otro cristiano, la «fuerza de Dios» le levanta por dos veces y casi le arroja al suelo; tres horas queda como muerto. Al santo Narsé no le pudieron cortar la cabeza, perseverante, ni con dieciocho espadas; después lo hizo un cuchillo. Y allí donde estos héroes mueren, ya que deben morir, «a menudo por la noche [...]. Ejércitos de ángeles ascienden y descienden [...]». Y en efecto, no hay duda, incluso unos pastores paganos vieron que «tres noches estuvieron flotando por encima del lugar de la muerte ejércitos de ángeles y alababan a Dios».<sup>299</sup>

¡Actas de mártires!

Sólo queda por decir que no se trata de leyendas piadosas, sino de actas, de relatos históricos; que además estos documentos recalcan expresamente los «apuntes correctos»; que escriben: «La historia exacta de aquellos que fueron antes que nosotros la hemos anotado de labios de ancianos y solventes obispos y sacerdotes amantes de la verdad. Éstos lo vieron con sus propios ojos y vivieron en sus días».<sup>300</sup>

Resulta evidente que los cristianos daban testimonio de su fe con su sangre en grupos cada vez mayores, que en tales cantidades y de modo

tan heroico morían que los verdugos acababan agotados de las matanzas. En una ocasión mueren con su obispo dieciséis, en otra ciento veintiocho mártires; después ciento once hombres y nueve mujeres, después doscientos setenta y cinco, después ocho mil novecientos cuarenta, después ya no se les puede ni contar puesto que «su número es superior a varios miles».<sup>301</sup>

En realidad hubo muchos menos mártires cristianos de lo que se quiso hacer creer al mundo en el curso de los siglos. Algunos de los verdaderos desaparecieron sin dejar rastro, se arrojaron sus cenizas a los ríos o se dispersaron por el viento. Había amplias regiones en las que los mártires eran escasos o nulos, y al comenzarse a poner reliquias en los altares se organizaron peregrinaciones a lugares lejanos y se llevaron a cabo penosos traslados, si es que realmente se hicieron. Los restos de mártires conocidos alcanzaron una elevada cotización, pero es que la demanda era desmesurada, demanda de trozos de muchos mártires, también grandes cantidades, trozos de mártires, se conocieran o no sus nombres.

Gozaron de especial predilección los mártires en grupo: los 18 de Zaragoza, los 40 de Sebaste, todos los «siervos de armas», los 70 compañeros del monje santo Atanasio, a los que se ahogó en un río, los 99 ejecutados con san Nicón en Cesárea/Palestina, los 128 que murieron con el santo obispo Sadoth bajo el rey persa Sapur; las cerca de dos docenas de obispos y 250 clérigos que alcanzaron el martirio asimismo en Persia, los 200 hombres y 70 mujeres que sufrieron heroico martirio bajo Diocleciano en la isla de Palmaria, los 300 suicidas que se inventó Prudencio (el autor cristiano más admirado y leído en la Edad Media), que al parecer, para no ser sacrificados bajo Valeriano, se arrojaron a una fosa de cal viva, los -más historias de falsedad- 1.525 santos mártires de Umbría, la legión tebana, no menos de 6.600 hombres que al parecer fueron martirizados en Suiza (probablemente ellos solos más que todos los mártires cristianos que hubo en toda la Antigüedad), los miles de mártires que el emperador Diocleciano hizo quemar vivos en una iglesia porque se negaban a la «ofrenda a los ídolos», calculados «los días santos de Navidad» y en los «oficios divinos [...]» (martirologio romano), además de los 10.000 cristianos crucificados en el monte Ararat o los 24.000 compañeros católicos de san Pappo, que bajo Licinio murieron por Cristo en Antioquía en cinco días sobre una única roca. Después dejan de mencionarse hasta las cifras, hablándose de «innumerables» mártires, se señala de modo estereotipado la muerte «de muchos santos mártires» o se hace gala de que «casi todo el rebaño» siguió a su obispo hacia la muerte, o se relata «el sufrimiento de *muchas mujeres santas*, que [...] por amor a la fe cristiana fueron martirizadas del modo más cruel y muertas» (martirologio romano o «Registro de todos los cristianos coronados con la santidad y la muerte en martirio, cuya vida, actos y muerte heroica la Iglesia cató-

lica romana ha recopilado de las fuentes más seguras y que registra y conserva para su eterna memoria conmemorativa. Con resúmenes añadidos de los momentos culminantes de sus vidas, motivo de su conversión, sus actos y su dolorosa muerte»). Es comprensible que muy a menudo la reliquias se designaran con la fórmula: «cuyo nombre Dios conoce».<sup>302</sup>

Aunque la cifra de mártires cristianos en los tres primeros siglos pudo calcularse en 1.500 (una cifra ciertamente problemática), aunque de los presuntos 250 mártires griegos en 250 años sólo 20 tienen evidencia histórica, aunque sólo se conserva noticia escrita de un par de docenas de mártires y aunque el mayor teólogo de la época preconstantínica, Orígenes, que en tantos aspectos infunde respeto, dice que el número de mártires cristianos es «pequeño y fácil de contar», en 1959, el teólogo católico Stockmeier sigue escribiendo: «Durante tres siglos se les persiguió hasta la muerte [...]»; igualmente a mediados del siglo xx escribe el jesuita Hertiing: «Es forzoso suponer un número de seis cifras». ¿Es realmente forzoso? ¿Por qué? Él mismo lo dice: «El historiador que analiza críticamente las fuentes y quiere relatar las cosas como han sido, corre constantemente el peligro de herir piadosos sentimientos. Si es que no llega al resultado que fueron millones de mártires [...]».<sup>303</sup>

Pero la Iglesia no sólo ha exagerado criminalmente el número de mártires, sino también su descripción. Todavía a mediados del siglo xx el católico Johannes Schuck se jacta (con doble imprimátur), como si continuara la historia de la Iglesia de Eusebio del siglo iv: «¡Fue una lucha! Por un lado las bestias del circo, la fogata que quema los miembros palpitantes, la tortura, la cruz y todos los tormentos que parecían salir del infierno como una sucia alcantarilla; por el otro lado la fuerza inquebrantable con la que los cristianos hacían frente a todo el mundo, indefensos y a pesar de ellos con una ayuda contra la que cualquier tormenta se deshacía, aunque llevara una furia incontenible, seres humanos con un pie todavía en la Tierra oscura pero con el corazón ya bajo los primeros resplandores de la eternidad [...]».<sup>304</sup>

El propio Schuck se regocija de que las persecuciones tan crueles contra los cristianos «por contradictorio que parezca, produjeron un gran beneficio al reino de Dios», que «la Iglesia sólo ganó», «hasta el cielo» y «también ampliamente en el mundo». Si bien «la sangre de sus mártires» privó «a la Iglesia de sus almas más valiosas», éstos, que eran los mejores, «pasaron al redil del Señor por la fe y el ánimo de sacrificio, el amor y la hidalguía de los cristianos [...]».<sup>305</sup>

Y con una marea de falsificaciones.

Falsificaciones de este tipo las hubo también en otro campo bien distinto, aunque interdependiente, el de la política eclesiástica. Lo mismo que para acrecentar la fe se crearon actas de mártires falsas, para aumen-

tar el poder clerical se hicieron catálogos falsos de obispos. Es decir, poco a poco se atribuyó un origen apostólico a todas las sedes episcopales.

## **Casi todas las listas de obispos para demostrar la tradición apostólica fueron falsificadas**

Apoyar las pretensiones directivas con ficciones históricas era naturalmente una vieja cuestión. Un ejemplo antiguo: el historiador griego y médico de cabecera del rey de los persas Artajerjes II (404-358 a. C.), Ctesias. En sus 23 libros *Persika* -muy utilizados como fuente principal para la historia de Oriente, también, como se ha podido demostrar, por Isócrates, Platón y Aristóteles- falsificó a partir de los archivos persas toda una dinastía de su soberano a través del imperio de los medos anexionado en 550 a. C.<sup>306</sup>

Se conocían sucesiones y cadenas de tradiciones en las escuelas filosóficas, entre los platónicos, los estoicos, los peripatéticos, se conocían en las religiones egipcia, romana y griega, que a menudo se remontaban a un mismo dios, se las conocía desde hacía mucho tiempo, mucho antes que en casi todos los países cristianos la afirmación de la sucesión ininterrumpida en el cargo de los obispos desde el día de los apóstoles, la pretendida sucesión apostólica, condujera a grandes maniobras de engaños. Pues precisamente por alejarse cada vez más dogmáticamente de los orígenes, se buscaba conservar la apariencia de *semper ídem*, se engañaba por doquier con falsificaciones drásticas de una tradición apostólica, que prácticamente nunca existió.

La doctrina de la *successio apostólica* en aquellas antiguas sedes episcopales fracasaba simplemente porque en muchas regiones, siempre que es posible determinarlo, al comienzo de la cristiandad no había ningún cristianismo «ortodoxo». En gran parte del Viejo Mundo, en el centro y el este de Asia Menor, en Edesa, Alejandría, Egipto, Siria, en el judeocristianismo fiel a las leyes los primeros grupos cristianos no son ortodoxos, sino «heterodoxos». Claro que allí no constituían una situación sectaria, no eran una minoría «hereje», sino el cristianismo «ortodoxo» preexistente.<sup>307</sup>

Sin embargo, por la ficción de la transmisión apostólica, para poder legitimizar en todos sitios el obispado mediante una sucesión ininterrumpida, se falsificó, sobre todo en las sedes episcopales más famosas de la Iglesia antigua. Casi todo es simple arbitrariedad, se ha inventado a posteriori y se ha construido con evidentes manipulaciones. Y naturalmente, la mayoría de los «herejes» se sirvieron de otras falsificaciones, como los artemonitas, los arrianos, los gnósticos como Basírides, Valentino o el Ptolemeo valentiniano. Los gnósticos incluso se remitieron a la transmisión

antes que la futura Iglesia católica, que creó sus primeros conceptos de la tradición para combatir a la más antigua de las «herejes», ¡asumiendo precisamente el procedimiento justificativo gnóstico!<sup>308</sup>

Por lo que respecta a Roma, la falsificación de la serie de obispos de la ciudad -hasta el año 235 todos los nombres son inciertos y para los primeros decenios producto de la pura arbitrariedad- se hizo en relación con la aparición del papado (lo mismo que con la falsificación de Simaquiario). Y puesto que con el recuerdo de Pedro y con la falsa lista de obispos basada en él Roma obtuvo unas ventajas colosales, Bizancio se opuso a la falsificación romana, pero bastante tarde, ya en el siglo ix. Un falsificador se presentó entonces como un editor que vivió en el siglo vi, Procopio, y encontró los índices de un literato del siglo iv, Doroteo de Tiros. El embaucador intentó demostrar que el patriarcado de Bizancio era fundación del apóstol Andrés. Ya que no podía derivar las reivindicaciones de un apóstol, hizo llegar a Andrés en un viaje hasta Bizancio y allí nombrar como primer obispo a un cierto Stachys; un engaño muy burdo que fingía todas las listas de apóstoles y de sus discípulos así como los nombres de los obispos, con objeto de reivindicar la misma categoría que Roma, para poder afirmar que Andrés fue el primer obispo de Constantinopla y que también murió allí.<sup>309</sup>

La Iglesia cristiana de Alejandría pretendía haber sido fundada por Marcos, el presunto discípulo y acompañante de Pedro. Pero la lista de obispos alejandrinos, que cita diez desde Marcos hasta finales del siglo n, es una invención evidente del escritor de la Iglesia Julio Africano, un cristiano que en su *Bordados* (Kestoi) muy probablemente falsificó también a Hornero con toda desfachatez. En el siglo iv Eusebio adoptó la lista alejandrina, si no es que él mismo la hizo. En cualquier caso «falta toda tradición acompañante», tenemos «un desconocimiento casi completo de la historia del cristianismo en Alejandría y Egipto [...] hasta el año 180» (Hamack); aunque los diez primeros nombres de esta lista de obispos después de Marco «carecen de importancia para nosotros. Y difícilmente la han tenido alguna vez» (W. Bauer). Marcos debe haber fundado la comunidad cristiana de Alejandría. Pero a pesar de los incontables textos en papiros procedentes de los siglos i y n, no se encontraron rastros de cristianos en aquella ciudad. El primer obispo de Alejandría confirmado históricamente fue Demetrio (189-231) y habiendo tan pocos cristianos «ortodoxos» en su tiempo en Egipto, fue el único obispo en todo el país, aunque después nombró a otros tres.<sup>310</sup>

La Iglesia de Corinto y Antioquía pretendía proceder de Pedro; también aquí se le consideró el primer obispo. Pero todo lo que se relata con posterioridad a la fundación de la comunidad en la época apostólica «se basa en gran parte, si no en su totalidad, en invenciones» (Haller). También los nombres de los obispos de Antioquía hasta mediados del siglo ii

los sacó del aire el Padre de la Iglesia Julio Africano a comienzos del siglo ni. Y cuando debido a la mayor antigüedad de la fundación «apostólica» de Antioquía, el patriarca Petrus Fullo pretendió dominar Chipre, el arzobispo Anthemio contraatacó afirmando que acababa de encontrar a tiempo las piernas de san Bernabé debajo de un algarrobo y que: ¡Sobre su pecho estaba el Evangelio de Mateo y una inscripción autógrafa de Bernabé! «Gracias a este subterfugio, los chipriotas consiguieron que su metrópolis fuera independiente y dejara de depender de Antioquía» (Theodoros Anagnostes). En cambio, hubo también otro falsificador que pretendió que el obispado de Tamasos fuera la sede episcopal más antigua de Chipre.<sup>311</sup>

El obispo Juvenal de Jerusalén intentó en el año 431 durante el Concilio de Efeso, y mediante documentos falsificados -que aunque fue descubierto no dejó de tener un cierto éxito -, hacer valer sus reclamaciones sobre Palestina, Fenicia y Arabia frente al patriarca Máximo de Antioquía, que por su parte falsificó a su favor las actas del Concilio de Calcedonia.<sup>312</sup>

Todo quería y debía ser «apostólico». Los armenios pretendieron un origen apostólico a través de los apóstoles Tadeo y Bartolomeo, incluso la fundación por el propio Cristo.<sup>313</sup>

Un sospechoso intercambio epistolar, que debió ser falsificado alrededor de 300, entre el Toparchen (príncipe) Abgar Ukkama de Edesa (se refiere a Abgar V, 9-46 d. C.) y Jesús, con su propia firma y sello (!), no pretendía otra cosa que datar en la época apostólica la fundación de la Iglesia de Edesa.<sup>314</sup>

El «padre de la historia de la Iglesia», el obispo Eusebio de Cesárea, nos ha conservado esta curiosa correspondencia que «se ha conservado hasta nuestros días en los archivos de Edesa [...] entre los documentos oficiales que allí se encuentran». En efecto, el famoso historiador pretende haber sacado él mismo del archivo estatal de Edesa este epistolario y de haberlo traducido literalmente del sirio. «Abgar Ukkama, el príncipe, envía su saludo a Jesús, el buen Salvador, que ha aparecido en Jerusalén. He tenido noticias tuyas y de tus curaciones y he sabido que éstas las has hecho sin medicamentos ni hierbas. Tal como se cuenta, has hecho ver a los ciegos, andar a los impedidos, sanar a los leprosos, expulsas los malos espíritus y demonios, curas a quien desde mucho tiempo llevan sufriendo enfermedades y despiertas a los muertos. Por todas estas noticias me dije; o eres Dios y obras estos milagros porque has bajado del cielo, o porque lo haces, eres el hijo de Dios. Por eso te dirijo esta carta con el ruego de que me atiendas y me cures de mis males. También he oído que los judíos murmuran contra tí y te quieren hacer mal. Yo tengo una ciudad muy pequeña y digna que es suficiente para nosotros dos.»<sup>315</sup>

Jesús acoge favorablemente la carta. Contesta y envía su respuesta a

través de Ananías, el correo del príncipe. «Eres bienaventurado porque crees en mí, sin haberme visto. Se ha escrito que aquellos que me han visto no creen en mí, y que los que no me han visto creen y vivirán. Con respecto a tu invitación escrita para ir a verte, has de saber que es necesario que primero cumpla todo aquello para lo que he sido enviado a la Tierra y después, cuando esté cumplido, regrese a quien me ha enviado. Después de la ascensión a los cielos te enviaré a uno de mis discípulos para que te cure de tus males y os conceda a ti y a los tuyos la vida.»<sup>316</sup>

En efecto, relata Eusebio, tras la ascensión llega el apóstol Tadeo y cura al príncipe, que creía tanto en el Señor que «estaría dispuesto a aniquilar a los judíos que le habían crucificado», a no ser porque el dominio de los romanos se lo impedía. Naturalmente, Tadeo curó también «a muchos otros ciudadanos [...], realizó grandes milagros y predicó la palabra de Dios [...]».<sup>317</sup>

Todo el «caso Tadeo», intercambio epistolar y relato final de los milagros, apareció evidentemente en tiempos de Eusebio y es probable que proceda del círculo del obispo Kúné de Edesa, que con ello quería poner límite a los fuertes círculos «heréticos» y también fijar un nexo de unión con el apóstol, con objeto de conseguir autoridad apostólica para su Iglesia. La crónica de Edesa cita a Kúné como primer obispo de Edesa (fallecido en 313) y no es improbable que el propio Kúné haya puesto en manos de Eusebio las «actas». En cualquier caso, gracias a esta ficción, ya en el siglo iv Edesa era un famoso centro de peregrinaje. Durante mucho tiempo la obra conseguida como por arte de magia brilló sobre las puertas de la ciudad como el paladio, como si fuera una divinidad protectora. Sin embargo, en época de Eusebio, que fue el primero en poner sobre la mesa la misteriosa correspondencia, la población de Edesa no sabía nada al respecto.<sup>318</sup>

También a favor de Edesa se falsificaron las *Acta Thaddaei*, en las que el resucitado come y bebe durante «muchos» días con los doce apóstoles, y la *Doctrina Addai* siria (de finales del siglo iv a comienzos del v), con objeto de garantizar una fundación apostólica para la ciudad de manos del apóstol Tadeo, o por Addeo, uno de los 70 o 72 discípulos. Pero en realidad, y aunque muchas veces se haya afirmado lo contrario, alrededor del año 200 no se detecta todavía en Edesa ningún cristianismo con una organización eclesiástica. En la crónica de Edesa, la serie de sus obispos no se inicia hasta el siglo iv.<sup>319</sup>

En las actas de Tadeo, que constantemente se «revisaron», se relata, entre otras cosas, cómo en Edesa se construyen iglesias, se consagran sacerdotes y se destruyen «altares de ídolos». También, a petición escrita de Abgar, el emperador Tiberio ejecuta a algunos dirigentes judíos como castigo por la crucifixión de Jesús. Se puede leer aquí asimismo la historia del hallazgo de la santa cruz, pero no por santa Helena, la madre de

Constantino, que es la versión general, sino por Protonice, la mujer del emperador Claudio. Una «versión» mucho más reciente, quizá para eliminar esta contradicción, hace que la cruz la encuentren Protonice y Helena.<sup>320</sup>

La maravillosa carta de Cristo quedó eclipsada, casi olvidada, por una imagen de Cristo que surgió de manera milagrosa, también en Edesa. ^ Durante el asedio de la ciudad en 544 por los persas, en el momento de máximo peligro la salvó «la imagen hecha por Dios, que no habían fabricado manos humanas, sino Cristo, que Dios envió a Abgar, puesto que éste deseaba ardientemente verle» (Evagrio); y los enemigos, dirigidos por Khosrev, cercanos ya de la victoria, se retiraron sin gloria.<sup>321</sup>

Las imágenes de dioses procedentes del más allá las había desde hacía mucho tiempo entre los griegos, como el Paladión de Troya, la imagen de Palas Atenea que se consideraba Diipetes, creada por Zeus. La creencia en tales Diipetes estaba muy extendida. En Roma se conocía, por ejemplo, la historia del escudo, el ancile, caído del cielo gracias a las plegarias de Numa, y hasta que no desaparecieron las imágenes de ;' los dioses no se desarraigó la creencia en las imágenes procedentes del cielo.<sup>322</sup> ;''

Pero también las «cartas del cielo» proliferaron en el mundo precris- ^ daño y cristiano, siendo muy llamativas las coincidencias existentes entre las cristianas y las paganas, que por parte de las primeras eran órdenes de Dios para santificar los domingos, mantener la celebración del rosario, fundar un convento, etc. Desde el siglo iv o v se divulgaron manuscritos griegos, latinos, sirios, etíopes y árabes de una carta de Jesucristo caída del cielo. Una versión griega que asevera solemnemente que la carta no la ha escrito mano humana sino la mano invisible del Padre, maldice a todo charlatán y enemigo del Espíritu Santo (*pneumatomachos*) que lo ponga en duda. El fin último de la falsificación era fortalecer la creencia en la resurrección de Jesús y explicar la autorización del juramento, la necesidad del domingo y la abstinencia de carne (el día de Venus [los viernes], según una versión latina, sólo verduras y aceite: son mensajes del más allá). ¡Y el Señor también ordena, bajo terribles amenazas de castigo, pagar los diezmos a los obispos!<sup>323</sup>

Más tarde, las «cartas del cielo» caen cada vez con mayor frecuencia. En la Edad Media se las utiliza con fines de falsificación y los místicos las emplean para documentar sus encuentros con Jesús. Alcanzaron un gran futuro como medio protector contra el fuego y la guerra, hasta el punto de seguir teniendo importancia durante los conflictos del siglo xix.<sup>324</sup> ^j

Volvamos ahora a la entrada en boga generalizada de la adulteración de la tradición apostólica. Desde el siglo v se falsifica en muchas ciudades ; episcopales de España, Italia, Dalmacia, los países del Danubio y Galia,

hasta Bretaña, para demostrar la fundación apostólica de la correspondiente sede; algo muy importante por motivos de prioridad.<sup>325</sup>

La lucha entre los obispados de Aquilea y Rávena y de Aquilea y Grado por los derechos metropolitanos estuvo acompañada de falsificaciones políticas y eclesiásticas.

Por medio de la leyenda de Marcos o de Hermagoras, el obispado de Aquilea pretende un origen apostólico y el título de patriarca, lo que conlleva a un prolongado cisma con Roma. Aquilea intenta hacer prevalecer sus pretensiones directivas frente a los obispos de Rávena recurriendo a una falsificación, pero en Rávena se falsifica también, y el arzobispo Mauro (642-671) consigue la autonomía de Rávena en la disputa con Roma mediante un falso privilegio atribuido a Valentiniano III y la pasión, asimismo falsificada, del presunto discípulo de Pedro, Apolinario. De igual modo, en la disputa por los derechos de la administración metropolitana entre los obispados de Aquilea y Grado se producen falsificaciones. Y también mediante falsificaciones se hace a Bernabé fundador del obispado de Milán y a Domnio, discípulo de Pedro, fundador del obispado de Salona, en Dalmacia.<sup>326</sup>

A comienzos del siglo V el obispo Patroclo de Arles pretende la primatía de Galia, mediante unos datos que desde el punto de vista histórico son relativamente inofensivos.

Patroclo (412-426), un Padre de la Iglesia sin duda tan taimado como ansioso de poder, fue el beneficiario de un cambio de gobierno en Galia, que provocó el destierro de su predecesor, el obispo Heros de Arles, y le colocó a él en la sede episcopal de la rica y floreciente ciudad. Puesto que Tréveris se encontraba amenazada, Arles, la «Roma gala», se convirtió en la prefectura de las Galias, una especie de segunda capital de Occidente, y Patroclo en metropolitano, siguiendo una vía bien tortuosa pero no inhabitual.

Por medio de Patroclo, Zósimo había ascendido en Roma al papado y cuatro días después le nombró metropolitano con autoridad sobre las tres provincias galas, Viennensis y Narbonensis I y II (los actuales Provenza y Delfinado). Los obispos de Marsella, Narbona y Vienne protestaron y en la lucha que se desencadenó, Patroclo se remitió a la fundación apostólica de su sede por san Trófimo. Una interpelación posterior del episcopado galo al papa León I, en el año 449, declara expresamente que san Trófimo de Arles es discípulo del propio san Pedro. Pero eso no se produjo hasta que no llegó Patroclo. Había descubierto a Trófimo, al que hasta entonces nadie conocía, hasta el punto de que en el siglo IX su nombre no aparecía en el catálogo de obispos de Arles. Y lo mismo que aquí Patroclo y Arles, otros obispados intentaron por espacio de muchos siglos asegurar sus reivindicaciones de derechos metropolitanos y de primatía mediante falsificaciones, que primero eran hagiográficas, las lla-

madras leyendas, y más tarde documentos falsificados de origen apostólico.<sup>327</sup>

Lo mismo que casi todas las diócesis, tampoco las renanas poseían una «apostolicidad» o una tradición. Por eso se las falsificó durante los tres primeros siglos recurriendo a biografías inventadas, y siempre con éxito. Metz se remitió a Clemente, Tréveris reivindicaba para sí los discípulos de Pedro, Valerio, Eucario y Materno, Maguncia a Crescente, discípulo de Pablo. También se falsificó la lista de obispos de Spira, junto con todas las actas del concilio que se celebró en Colonia en el año 346 contra el arrianismo. Pero en realidad, estas actas aparecieron 400 años después en Tréveris, que intentaba por todo los medios impedir que Colonia fuera sede metropolitana.<sup>328</sup>

Todas estas trampas que se iniciaron en la Antigüedad, continuaron durante varios siglos en la Edad Media y sin conocer fronteras, produciéndose lo mismo en Renania que en Austria, España, Italia, Dalmacia, Francia o Inglaterra. El engaño literario se vuelve habitual primero sólo en las grandes sedes arzobispales, los viejos patriarcas, pero después, poco a poco, se extiende a los obispados más pequeños e incluso a los monasterios; «en todos los países del orbe cristiano», «se ven por doquier embaucadores trabajando, que fabrican sus documentos por ansias de poder político en la Iglesia» (Speyer), por todos sitios «se falsificaba sin inhibirse por los principios de la tradición» (C. Schneider).<sup>329</sup>

¡Todavía en pleno siglo xx un teólogo católico -con imprimátur eclesiástico- miente «por el pueblo cristiano»!: «Allí donde hay una sede episcopal puedo demostrar que su primer obispo fue un apóstol o el discípulo de un apóstol, o bien un sucesor directo del apóstol ha recibido la bendición y la misión de su cargo».<sup>330</sup>

En el curso de las turbulencias dogmáticas de los siglos v, vi y vn surgieron infinidad de falsificaciones.<sup>331</sup>

Las disputas cristológicas condujeron al engaño por todo los lados y por todos los medios.

En el siglo iv se comenzó falsificando los propios escritos, auténticos pero ya no a la altura de los tiempos, es decir, de la evolución de la doctrina, interpolándose los «Padres» del siglo u. Los llamados ortodoxos y los llamados herejes inventaron durante las interminables disputas también las actas de los concilios. Y a partir del siglo v se puso cada vez más en boga, por la «verdadera» fe, introducir citas falsas en los florilegios. Sólo en las disputas con motivo del famoso Concilio de Calcedonia (451), los ortodoxos y los monofisitas hicieron infinidad de falsificaciones, algo que ya se sabía en la Antigüedad. El abad Anastasio Sinaíta, un apasionado luchador contra los «herejes», en particular contra los monofisitas y los judíos, testimonia un florilegio al papa León que él mismo falsifica en nombre de Flaviano. En la lucha contra los monofisitas se fabricaron

ocho cartas de personalidades, por lo general ficticias, dirigidas a Petras Fullo. Juan Rhetor, patriarca de Constantinopla (fallecido en 577), editó textos bajo los nombres de Petrus Iberus y Teodosio de Jerusalén.<sup>332</sup>

Las disputas con el clero de las órdenes aparecidas en el siglo iv, las luchas entre los monasterios y los obispados, produjeron también nuevos engaños, y dieron lugar en la Edad Media sobre todo a infinitas manipulaciones de documentos. E igualmente a partir del siglo iv, se favoreció la aparición del culto a los santos mediante numerosas falsificaciones de culto litúrgico y patriotismo local. Varias localidades de Egipto pretendieron ser el lugar de huida de la sagrada familia, algo que los monasterios de aquellos lugares demostraban mediante historias inventadas, o dicho más suavemente: con leyendas tendenciosas. Se relataron también diversas versiones del *Transitus Mariæ*, la muerte y llegada de María al cielo, falsificadas probablemente en provecho de Jemsalén. A favor de los intereses de Lydda se falsificó un relato del que debía ser autor José de Arimatea, pero que en realidad apareció seiscientos años después. «La tradición de finales de la Antigüedad a través de la vida de los santos sirios, en especial de los grandes monjes santos de los siglos iv y v, está llena de invenciones, que sirvieron para el ensalzamiento de algunos monasterios» (Speyer).<sup>333</sup>

Lo mismo que se crearon vidas de santos ficticias, tradiciones apostólicas ficticias, cartas del cielo ficticias o martirios fictios, igualmente y como analogía a los usos paganos de la época precristiana, se crearon infinidad de milagros y reliquias, como se muestra en el capítulo siguiente.

Pero primero contemplaremos las falsificaciones protocristianas a la luz de la moderna apologética, así como la tolerancia del engaño «piadoso» en el cristianismo hasta la actualidad.

## **Cómo intenta justificar la apologética las falsificaciones protocristianas**

La Iglesia no cesó de bagatelizar, disculpar o suavizar la jungla protocristiana de falsificaciones, siempre que llegaban a su conocimiento. Su literatura está rebosante de trivializaciones, explicaciones equívocas, mentiras.

Hasta épocas recientes se afirmaba a menudo que la conciencia de propiedad intelectual en el ámbito judeohelenista estuvo «subdesarrollada frente al mundo grecorromano» (Hengel). En realidad fue más bien al contrario y el concepto de la propiedad intelectual literaria experimentó una «cierta agudización» (Speyer) a finales de la era helenista entre judíos y cristianos.<sup>334</sup>

Hasta hace poco tiempo era casi una moda entre los teólogos tildar la falsificación casi de costumbre habitual de la Antigüedad, de algo poco más o menos que cotidiano y por lo tanto moralmente inofensivo. A la seudoepigrafía protocristiana tan extendida, en especial, se la consideró como un sector de un género literario, que por supuesto en la Antigüedad era correcta y psicológicamente posible. Los defensores de la Iglesia ponen constantemente de relieve que la seudonimidad durante los primeros siglos cristianos no fue sólo una forma literaria, sino que también los lectores lo consideraban como tal.<sup>335</sup>

¡Sobre todo los escritos «divinos» no se podían, o se querían, imaginar como surgidos mediante engaño, libros que pretendían una autoridad canónica, carácter de inspiración! Para salvar al menos el Nuevo Testamento, August Bludau, obispo de Ermiland, echó un cable, en su *Schriftfäisichungen der Hretiker* (Falsificaciones escritas de los herejes) incluso a los herejes, y esto aunque ellos ya habían acusado por ese motivo a los Padres de la Iglesia en varias ocasiones. Pero prescindiendo de Marción, para el obispo Bludau «las falsificaciones intencionadas que nos presentan los herejes no terminan más que en pequeneces», sus «presuntas falsificaciones [...] no pueden hacer tambalear en lo más mínimo nuestra confianza en la tradición del texto bíblico».<sup>336</sup>

Si no obstante se demostraba una falsa autoría, se disculpaba el nombre falso del autor con la explicación de que en los escritos antiguos se consideraba un uso literario reconocido lo que hoy se considera fraudulento, que era un medio auxiliar corriente. Se puede prestar crédito a estas invenciones pues esos autores no han tenido intenciones deshonestas, no hay nada escandaloso, sino que se considera su acción como un recurso válido.<sup>337</sup>

Pero ¿se puede falsificar realmente de buena fe donde no sólo se ha falsificado tanto sino que también tan a menudo se ha criticado y maldecido lo falsificado? «Herejes» y ortodoxos se echaban mutuamente en cara todo tipo de engaños, lo que constituye la mejor prueba de que éstos también en el lado cristiano, y precisamente aquí, están muy mal vistos, al menos de cara al exterior, pero que al mismo tiempo se encuentran en boga. Los cristianos combatían con falsificaciones lo mismo a gentiles que a judíos con objeto de invalidar sus objeciones y propagar la propia fe. Criticaron también la autenticidad de la literatura judía. Las constantes acusaciones de falsificación y el nada raro recurso a la crítica de la autenticidad, demuestran que la conciencia de las personas de entonces estaba desde luego muy agudizada hacia el fenómeno de la falsificación, del plagio, de la seudoepigrafía. En opinión de Norbert Brox, sin embargo, hasta los falsificadores eran conscientes de la ilicitud de sus acciones, pues para acusar a las primeras falsificaciones ellos mismos falsificaban.<sup>338</sup>

Es perfectamente comprensible que se haya divagado con prudencia intentando demostrar la afirmación de que en la Antigüedad falsificar era un uso literario reconocido, un recurso tolerado. Pero ya como muy tarde a principios del siglo xix se vislumbraron con bastante claridad las circunstancias. Pues en realidad, la calidad de seudónimo, por frecuente que fuera, constituía siempre lo inhabitual, nunca lo corriente, siempre la excepción, nunca la regla, incluso en la literatura «sacra», prescindiendo de las falsificaciones de los apocalípticos. Y si en los restantes escritos religiosos no predominaron los seudónimos no fue, como algunos pueden creer, porque las personas religiosas tuvieran una particular aversión hacia el engaño, puesto que, en definitiva, éste tampoco predominó en la literatura no religiosa o antirreligiosa. Pero si en la religiosa fue más frecuente de lo normal se debe precisamente a que aquí el fin justifica los medios y la conciencia de la alta misión, el engaño, de modo que, presumiblemente, se creía servir a la «verdad» con las falsificaciones.<sup>339</sup>

Pero tampoco en los primeros tiempos del cristianismo, cuando los seudónimos eran frecuentes, se les consideraba justificados. A pesar de toda la credulidad, a veces se planteaba al menos la cuestión precisa sobre la autoría y se desaprobaban de manera decisiva los seudónimos demostrados. Así por ejemplo, al presbítero de Asia Menor que falsificó los *Acta Pauli* se le privó de su cargo, y no por «herejía» como se ha afirmado algunas veces; «no la hay por ningún lado» (C. Schmidt). Y la comunidad cristiana «no pudo poner mejor de manifiesto su rechazo a esas falsificaciones literarias que de ese modo», pone de relieve el erudito de Copenhague Frederik Torm, que escribe: «Los escritores religiosos con seudónimo deben de haber sido también conscientes en los momentos serenos (!) de su vida, de que sus contemporáneos no considerarán su proceder como la utilización de una forma literaria y que, por lo tanto, lo juzgarán como moralmente condenable».<sup>340</sup>

No es raro que se intente mitigar los embustes cristianos dando por probado que los propios falsificadores no se habrían tomado sus actos tan en serio, y que en realidad no pretendían el éxito de sus maniobras de engaño. Sí debieron de calcular que sus lectores les comprenderían, aunque el descubrimiento de toda falsificación rompía las intenciones del falsificador.<sup>341</sup>

En especial con la literatura apocalíptica, falsificada en su conjunto y de modo particular, la apologética, e incluso la investigación, aduce motivos que exoneran a aquellos que publicaron sus revelaciones bajo los nombres de Enoc, Moisés, Elías, Esra, Baruc, Daniel y otros. Se les adjudica un «marco» totalmente distinto, una presunta peculiaridad judeocristiana del pensamiento, motivos religiosos «auténticos» y por eso moralmente «legítimos», se supone la misma «situación psicológica», una inspiración y experiencia visionaria similar a la de los «portadores de

la revelación» originales. Quizá esto pueda ser más o menos cierto, puede ser más o menos plausible de un caso a otro, pero es sólo una suposición, carece realmente de capacidad probatoria y no constituye además ninguna diferencia fundamental con respecto a la falsificación de autores no apocalípticos. Por otro lado, los Apocalipsis, como otros libros, se falsifican también por motivos muy «corrientes», para autorizar, para atestiguar de un modo especial.<sup>342</sup>

Lo cierto e importante es, sin embargo, que precisamente en los círculos cristianos -y de modo nada casual- era notable el abotargamiento de la sensibilidad crítica y una cierta «manga ancha» en la tolerancia de las falsificaciones. Es asimismo cierto e importante que para la aceptación o el rechazo de los textos no decidía en modo alguno el criterio de la autenticidad literaria, que para nosotros es evidente, sino el contenido con respecto a la norma de «verdad» eclesiástica, es decir, ¡con respecto a la norma de lo que se podía o quería utilizar y de lo que no! En lugar de la autenticidad literaria, lo que interesaba a la Iglesia emergente era la concordancia de una afirmación con la doctrina católica. Ni la cuestión de la autoría, ni la autenticidad eran los criterios para la incorporación al canon del Nuevo Testamento, sino la supuesta apostolicidad, es decir, la verdad: la utilidad para la propia práctica y el propio dogma. Se convirtió en la «autoridad apostólica»..., ¡sin apóstol! El origen real era secundario, la cuestión de la autenticidad no era decisiva. Atribuyéndose un nombre falso, los Evangelios, las cartas y otros tratados podían hacerse parecer auténticos, es decir «apostólicos». Y así se hizo.<sup>343</sup>

Pero no fue suficiente con eso.

Hubo muchos cristianos que no se limitaron a practicar el engaño sino que lo autorizaron de manera expresa, ¡hubo algunos entre los más importantes que incluso lo alabaron! El dicho criminal de «el fin justifica los medios» rara vez ha desempeñado un papel peor que en la historia de la Iglesia cristiana.<sup>344</sup>

## **El fin justifica los medios: La mentira piadosa está permitida en el cristianismo desde el comienzo**

Ciertamente, esto tenía tan poco de novedoso como el resto. La opinión de que el fin justifica los medios, de que la ficción y la mentira están permitidos al servicio de la religión, de lo más sagrado, de la defensa de la fe, que se trata de «mentiras de emergencia» o, en el caso de las contrafalsificaciones, de una especie de «defensa de emergencia», la teoría de que para su propio bien había que engañar a la masa «como a los niños o los enfermos mentales», fue ya moneda de uso corriente en tiempos precristianos, en especial entre los pitagóricos y los platónicos.<sup>345</sup>

Platón, que condenó con severidad la mentira, permitió sin embargo en ciertos casos la inducción a error, la mentira contra enemigos y amigos como «medio útil», «irreprochable y provechosa». A pesar de los reparos que en principio tiene en contra de esto, permite que los doctos, los elegidos por así decirlo, embauquen a las personas para su provecho, para protegerles contra las fatalidades o para servir a una ciudad. Platón admite asimismo como justificación del engaño los motivos privados y los políticos. De manera similar, el erudito judío Filón de Alejandría -que sobrevivió a Jesús alrededor de veinte años, pero que en sus cerca de cincuenta escritos no le cita a él ni a Pablo- aconseja la mentira para provecho del individuo o de la patria.<sup>346</sup>

Los cristianos podían remitirse a estos puntos de vista o a otros similares y muchos así lo hicieron. El hecho de una tradición patrística de este tipo es incuestionable. Si no se trata de la mayoría de los dirigentes de la Iglesia, sí que constituyen, como mínimo, un considerable grupo con opiniones profusamente implantadas en el cristianismo.<sup>347</sup>

Lo mismo que más tarde se aprueba prácticamente la guerra de religión, la explotación y los actos de violencia, así fue al principio con el engaño, que por mucho que se le llame «piadoso» no por eso es mejor.

Una larga serie de antiguos Padres de la Iglesia defendió con elocuencia la falsificación, la mentira, al menos la «mentira necesaria» con un objetivo «bueno» o «piadoso», entre otros Clemente de Alejandría, Hilario de Poitiers, Didimos el Ciego, Sineio, Casiano, Teodoreto de Kyros, Procopio de Gaza, Martín de Braga, Juan Klimakos, Germanos de Constantinopla. Nietzsche sabía muy bien de qué hablaba al escribir: «El cristiano, esa *ultima ratio* del engaño, es el judío redivivo, más aún, *triplemente* redivivo».<sup>348</sup>

El autor más antiguo del Nuevo Testamento, san Pablo, está bajo sospecha de haber reforzado la «verdad» cristiana mediante engaños y afirma: «Pero si a causa de mi mentira la veracidad de Dios ha puesto tanto más de relieve su glorificación, ¿por qué seré juzgado como pecador?».<sup>349</sup>

Para Clemente de Alejandría (fallecido antes de 215), la mentira y el engaño están permitidos bajo ciertas circunstancias, como puede ser en un contexto estratégico o de salvación de las almas, de historia de la bienaventuranza. Según Clemente, el cristiano perfecto, el «verdadero gnóstico», también mentirá, pero entonces ya no es una mentira ni un engaño. Para este Padre de la Iglesia los embusteros «realmente no son los que transigen por la salvación, ni tampoco los que yerran en un detalle, sino aquellos que en las cuestiones decisivas incurren en el error».<sup>350</sup>

En consecuencia, los cristianos de la Antigüedad fueron especialmente generosos en la tolerancia de las falsificaciones o de las falsas imputaciones. Por ejemplo, aunque Orígenes no consideraba paulina la epístola de los hebreos, justificaba esta imputación a Pablo porque creía posible

atribuirle su contenido. «Con toda franqueza» admite «que las ideas proceden del apóstol, aunque la expresión y el estilo pertenecen a un hombre que tenía en su memoria las palabras del apóstol y copió las enseñanzas del maestro. Por lo tanto, si una comunidad declara que esta epístola es paulina, se puede admitir [...] quién realmente la ha escrito, eso sólo lo sabrá Dios».<sup>351</sup>

Orígenes, el mayor teólogo cristiano de los tres primeros siglos, si bien restringe mucho el mentir, al mismo tiempo no sólo permite el discurso de doble sentido, no sólo las «palabras enigmáticas» (*aenigmatd*), sino también, y de un modo muy decisivo, el engaño, «la necesidad de una mentira» (*necessitas mentiendí*) como «condimento y medicamento» (*condimentum atque medicamen*). Incluso Dios puede mentir, según Orígenes, y desarrolla entonces éste una teoría completa de la «mentira económica» o «pedagógica» basada en el plan divino de la salvación. Ser engañado por Dios es, según Orígenes, precisamente la felicidad del ser humano.<sup>352</sup>

Hay también otros importantes teólogos, obispos y santos que asumen la idea del engaño de Dios, como hacen por ejemplo Gregorio de Nisa o el Padre de la Iglesia Gregorio Nacianceno, aun cuando lo critique.<sup>353</sup>

Asimismo, el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo defiende enérgicamente la necesidad de la mentira con fines de salvación de las almas. No siempre debe condenarse un ardid astuto; sólo su intención le hace bueno o malo. Un truco realizado a su debido tiempo y con intenciones correctas tiene «como consecuencia un gran beneficio» y tales tácticas no sólo son provechosas para quienes «las aplican, sino también para los propios engañados [...]». Como tantos otros, también Crisóstomo remite al tópico platónico de la mentira del médico, el engaño de los enfermos por parte de los médicos. Inmoral e insidioso en caso contrario, se convierte así en medicina, la «máscara del engaño» bajo ciertas circunstancias legítimo. Los crasos engaños del Antiguo Testamento, el patrono de los predicadores («Predicar me hace sanar») los transforma triunfante en virtudes. «¡Oh, hermosa mentira!», exclama a la vista del embuste bíblico de la ramera Rahab; y todavía hoy se le ensalza como «el principal educador moral de su pueblo, también para siglos posteriores [...]. Sólo Dios sabe cuánto bien para innumerables almas ha manado desde entonces, y puede seguir manando, inagotable».<sup>354</sup>

Los Padres de la Iglesia aprovecharon, recopilaron y volvieron a utilizar multitud de otros engaños del Antiguo Testamento para alejar cualquier reparo de los cristianos -en determinado sentido- contra el embuste y la doblez: el disimulo de David delante de Achis, el rey de Gath; los trucos de Judith frente a Holofemes; el embuste de Jacob para conseguir la bendición de Isaac; el engaño de las comadronas israelitas en Egipto al faraón; el degollamiento de todos los sacerdotes de Baal mediante una

«útil treta» *{utilis simulatio}*: Jerónimo, Padre de la Iglesia). Y este mismo santo y patrón de los eruditos, que defiende la inspiración y la infalibilidad absoluta de la Biblia, alabó la «*simulatio*» también en el Nuevo Testamento, la simulación de Pedro en Antioquía o la de Pablo, que «simuló de todo y ante todos para salvar cuando menos a algunos». ¡Y todavía pudo criticar a Orígenes por sus ideas acerca del engaño legítimo!<sup>355</sup>

Según Juan Casiano, al que Juan Crisóstomo ordenó diácono en Constantinopla antes de que alcanzara una gran influencia sobre la expansión del monacato occidental, un cristiano incluso está obligado a mentir cuando se daña a sí mismo en sus intereses morales al ayudar a otros. Bajo determinadas condiciones, la mentira, que en sí es un veneno mortal, resulta beneficiosa e imprescindible como los medicamentos, «*sine dubio subeunda est nobis nec essitas mentiendi*». Es sintomático que el engaño y la mentira no aparecen en la doctrina de los ocho pecados de Casiano, su censura de los ocho pecados capitales (intemperancia, impureza, avaricia, ira, tristeza, hastío, ambición, soberbia).<sup>356</sup>

Con tales máximas de los dirigentes de la Iglesia y de las sectas, la buena conciencia de los cristianos embaucadores, mentirosos e hipócritas quedaba arropada por todos lados. Makarios de Antioquía (hacia 650-681) justifica su falsificación con la frase: «He actuado así para poder imponer mis propósitos». Por la misma época, el Padre de la Iglesia Anastasio Sinaíta, abad en el Sinaí, en su indigno proceder contra los monofisitas se apoya en Pablo, 2 Cor. 12, 16: «Pero hábil como soy, os he cogido con astucia».<sup>357</sup>

Norbert Brox, que subraya la idea tan extendida según la cual en el cristianismo se autoriza expresamente, e incluso en ocasiones hasta se hacen obligatorios la astucia, los trucos y el engaño por amor a la «verdad» y su intercesión más eficaz, exceptúa de esta tradición patristica a la mayoría de los Padres de la Iglesia y cuenta entre sus adversarios más radicales a Agustín.<sup>358</sup>

Pero justamente Agustín, que ya en su época pagana mintió mucho según propia confesión, ¿siendo cristiano ya no mintió ni engaño más? Un año antes de su conversión, contando 33, pronunció un encendido panegírico dedicado al emperador Valentiniano II; ¡el soberano contaba entonces 14 años! Agustín no titubea en «mentir mucho para conseguir el aplauso de aquellos que sabían que yo mentía», recurriendo a todo el brillo de su retórica, algo que no le impidió más tarde «censurar toda la adulación altisonante y la oficiosidad rastrera» en el entorno del emperador. Pero también para el obispo Agustín, una mentira de la Biblia, la de Jacob en el Antiguo Testamento, «no es mentira, sino misterio». Agustín autoriza expresamente las invenciones piadosas a favor de la Iglesia. Puesto que «en cualquiera de sus sentidos, nuestra ficción (*fictio*) no es una mentira, sino expresión (^wa]JteJa verdad».<sup>359</sup>

Por consiguiente, un cristiano no debía tener mala conciencia, podía mentir y falsificar sin escrúpulos si tenía «buenas» intenciones. También el católico Brox testimonia a sus «padres»: «El curso de ideas patrísticas muestra una ingeniosidad y flexibilidad en algunas de las series de argumentos justificativos, que reflejan un terreno del pensamiento de la Iglesia antigua que -digámoslo otra vez-, aunque no fue tolerado y hollado por todos (!), nos ha llegado, de todos modos, en la respetable amplitud de la tradición. Y documenta precisamente la peculiar mentalidad según la cual una falsificación es y se llama falsificación y una mentira mentira, pero que a pesar de ello, mediante el carácter de la conveniencia, de la utilidad o del provecho se pudo clasificar como positiva».<sup>360</sup>

El Padre de la Iglesia Tomás de Aquino se apoya en el también Padre de la Iglesia Agustín, puesto que según él «el mayor servicio» es llevar «a alguien del error a la verdad» y permite también generosamente ficciones que se refieran a una «*res significata*», una «verdad sagrada»; o sea, que por el catolicismo se puede mentir y engañar.<sup>361</sup>

Más tarde no se puso en modo alguno coto a este tipo de mentiras, sino que se amplió cada vez más. En especial los teólogos más sobresalientes de la orden católica más sobresaliente, los jesuitas, han desarrollado un auténtico virtuosismo en la enseñanza del engaño y han dado multitud de ejemplos. Así, en su obra *Crisis theologica*, aparecida en 1710, el jesuita Cárdenas señala que no hay mentira si alguien que ha matado a un francés (*hominem nationem gallum*) manifiesta que «él no ha matado ningún gallo (*gallum*), tomando la misma palabra en el significado de "gallo"». De igual modo, tampoco es una mentira el juego de palabras al decir de una persona presente que no se encuentra aquí (en alemán: *er ist nicht hier*) si lo que se quiere decir es que no come aquí (en alemán: *er isst nicht hier*). Tampoco comete perjurio quien jura tener 20 jarros de aceite si tiene más; puesto que «con ello no niega que tenga más y al mismo tiempo dice la verdad, pues sí que tiene 20 jarros», etc.<sup>362</sup>

Dostoyevski se burlaba de la moral y la práctica jesuíticas: «El jesuita miente y está convencido de que mentir por un buen fin es bueno y útil. Encomian que actúe según sus convicciones, es decir: miente y esto es malo, pero ya que miente por convicción, es bueno. Por lo tanto, mentir es bueno por un lado y malo por el otro. ¡Maravilloso!».<sup>363</sup>

A la vista de tales conceptos de verdad y moral, el jesuita Lehmkuhl, cuya *Theologia moraiis* estaba muy difundida por los seminarios europeos todavía a finales del siglo xix y comienzos del xx, manifiesta que para «un sacerdote o religioso piadosos ser señalados de mentirosos» es un pecado mortal. Pero por otro lado, Lehmkuhl escribe igualmente: «¿Quién tomaría por una grave difamación decir que se considera capaz a un ateo de cometer disimuladamente cualquier crimen (*quaelibet crimina*)!»<sup>364</sup>

Naturalmente, lo que defendían las primeras autoridades de la Iglesia

en la Antigüedad, en la Edad Media o en los siglos xviii y xix, sigue siendo válido hoy. Los teólogos solamente lo parafrasean con mayor cuidado. Uno de los principales moralistas de la actualidad, Bemhard Haring, denomina lo que Juan Crisóstomo llama mentira y Agustín (y de manera análoga Tomás de Aquino) ficción, «lenguaje eufemístico» (la reserva intelectual), y ante «quien pregunta con indiscreción» aconseja no «dar ninguna respuesta». Aunque también se les puede «mantener con un rechazo o desviarles mediante otra pregunta». Y finalmente, cuando todo falla, el «discípulo de Cristo» puede recurrir también a un «lenguaje eufemístico» como salida de urgencia «en el mundo maligno» (!), aunque desde luego no «debido a cualquier pequenez». (Pero ya que las cosas de la fe, de la Iglesia, no son nunca pequeneces, entonces puede hablarse siempre de modo «eufemístico».)<sup>365</sup>

Aquí por el contrario, constantemente se habla claro, demasiado claro para los oídos eclesiásticos y fervientes cristianos, y lo mismo en los capítulos siguientes.

## CAPITULO 2

# EL FRAUDE DE LOS MILAGROS Y LAS RELIQUIAS

«Sin milagros no sería yo cristiano.» «Sin el milagro no habría habido pecado, si no se hubiera creído en Jesucristo.»

BLAISE PASCAL<sup>1</sup>

«¿Por qué los milagros de Jesucristo son verdad y son mentira los de Esculapio, Apolonio de Tiana y Mahoma?»

DENIS DIDEROT<sup>2</sup>

«Que la doctrina es divina me lo demuestran los milagros; pero que éstos son divinos y no obra del demonio lo he de ver por la doctrina.»

DAVID FRIEDRICH STRAÜSS<sup>3</sup>

«Las noticias de milagros no son milagros.»

GOTTHOLD EPHRAIM LESSING<sup>4</sup>

«Cuanto más contradice un milagro la razón, tanto más se corresponde al concepto de milagro.»

PIERRE BAYLE<sup>5</sup>

«Un auténtico milagro, dondequiera que se produjese, sería un mentís que la naturaleza se daría a sí misma.»

ARTHUR SCHOPENHAUER<sup>6</sup>

«Tampoco es necesario un *grado deformación superior* para la constatación de un milagro: los ojos bien abiertos y el sentido común son totalmente suficientes.»

BRUNSMANN, **TEÓLOGO CATÓLICO**<sup>7</sup>

## EL FRAUDE DE LOS MILAGROS

En su *Theologie des Wunder*, el jesuita L. Monden escribe lo siguiente: «El hecho del "gran milagro" en la Iglesia católica debe mantenerse incontestable para el investigador imparcial [...]. Frente a un número tan considerable de milagros, basados siempre en testigos dignos de confianza y en percepciones objetivas, que se producen bajo las más diversas circunstancias de lugar, de tiempo y de cultura [...] queda excluida cualquier duda sincera sobre la realidad del suceso».<sup>8</sup>

Por si no fuera suficiente el ridículo, Monden incluso se permite la mentira: : «La presencia repetida, imprevisible pero regular del "gran milagro" en la Iglesia católica contrasta tanto más con su ausencia en otras confesiones cristianas y en las religiones no cristianas».<sup>9</sup>

Milagro, no significa aquí naturalmente: las «siete maravillas del mundo», los «milagros de la técnica», el «milagro del Mame», «del Vístula», el «milagro de Dünkirchen», el milagro del «20 de julio de 1944». Tampoco quiere decirse el golpe de suerte que, según Bertrand Russell, concedió Dios a los devotos predicadores Toplady y Borrow. Toplady había sido trasladado de una casa parroquial a otra, una semana después la casa que había habitado se quemó con gran perjuicio para el nuevo párroco. «Toplady se lo agradeció a Dios; lo que no se sabe es lo que hizo el nuevo párroco.» Borrow, el otro hombre de Dios, cruzó sin daños un puerto de montaña acechado por bandidos. Los siguientes viajeros que cruzaron el paso fueron desvalijados y una parte de ellos asesinados; «cuando Borrow se enteró, se lo agradeció a Dios lo mismo que Toplady».<sup>10</sup>

Lo que aquí quiere decirse son los llamados milagros sobrenaturales, los milagros en contra de las leyes de la naturaleza (o que se desvían de ellas), expresado escolásticamente: milagro *supra, contra, praeter naturam*. Se quiere decir el milagro religioso en el crepúsculo de la concepción mágica del mundo, que envuelve a la humanidad primitiva y también al cristianismo, cuya fe no es ni siquiera una superstición sui generis, como se demostrará en este mismo capítulo."

## **La mayoría de los milagros de la Biblia son tan increíbles como la mayoría de los demás milagros**

Los milagros no los hay sólo en el cristianismo. La historia de las religiones está llena de ellos. Pero ya que todos los Padres de la Iglesia atribuyen a los milagros católicos poder demostrativo para la credibilidad de la causa propia, y otro tanto los teólogos (católicos) medievales y postmedievales con rarísimas excepciones, apenas pueden admitirse los milagros no cristianos, todos los no católicos. Se les suele descalificar sin más ni más como embustes, satánicos, demasiado fantásticos para ser creíbles, y se ignora lo no menos fantástico que son los milagros de las propias «fuentes de revelación», como por ejemplo el Antiguo Testamento.

Pero ¡qué milagro realiza Elias! Resucita al hijo de una viuda. Con ayuda de su capa se dividen las aguas del Jordán. Y cuando muere, brilla en su ascensión. ¡Casi nada! ¡Y primero Moisés! «El Señor habló a Moisés: ¿Qué es esto que tienes en la mano? Y él respondió: una vara. Y el Señor habló: ¡Arrójala al suelo! Y él la arrojó y se convirtió en serpiente de la que Moisés salió huyendo. Y el Señor habló: ¡Extiende tu mano y tómala por la cola! Y él extendió su mano y la tomó: y se volvió a transformar en vara. Para que te crean, habló, que se te ha aparecido el Señor [...]. Y de nuevo habló el Señor: Hunde tu mano en tu pecho. Y él hundió su mano en su pecho y cuando volvió a sacarla estaba blanca como la nieve. Y habló: ¡Hunde de nuevo tu mano en tu pecho! Y él la hundió y volvió a sacarla y estaba como el resto de su carne.» ¿Hay algo más fantástico? Están: las plagas de Egipto, el maná en el desierto, el fuego que cae del cielo para el holocausto en el Monte Carmelo, la burra que salva a Balaam, la salvación de Judas Macabeo por cinco jinetes celestiales, el cruce del mar Rojo, el cruce del Jordán; y en Gibeón incluso el sol se queda quieto en el cielo durante todo un día. ¡Sí, y si esto no es fantasía! ¡Una cámara de los horrores híbrida, la «Sagrada Escritura»! ¡<sup>2</sup>

El Antiguo Testamento, lo mismo que después el Nuevo, enseña que los milagros crecen en el curso del tiempo; las tradiciones más recientes incrementan el milagro. En el caso del grandioso «milagro del mar», la tradición J no dice nada del cruce del mar por parte de los israelitas. Los perseguidores egipcios simplemente se ahogan. Pero en la tradición P se dividen las masas de agua y se disponen a ambos lados como un muro.<sup>13</sup>

¿Y no son también fantásticos en el Nuevo Testamento (donde los milagros se llaman *dynamis*, *érgon*, *semeíon*, *thaiüma*, *thaumasion*, *teros*) muchos de los hechos de Jesús? ¿El milagro del vino en Cana? ¿El apaciguamiento de la tormenta? ¿El andar sobre las aguas? ¿La grandiosa producción de pan? ¿O las tres resurrecciones de muertos, en las que el

pobre Lázaro ya despiden olor a putrefacción? O incluso un milagro aparentemente tan insignificante, que se relata casi de paso, como el del impuesto del templo pescado del mar por falta de monedas: «y recoge el primer pez que salga y cuando le abras la boca, encontrarás una moneda [...]». ¿No es esto fantástico? Por no hablar de la cima de todo el asunto: la propia resurrección.<sup>14</sup>

Pero incluso entonces fue tan poco convincente como hoy. En cualquier caso, los judíos permanecieron «incrédulos», como si no hubiera pasado nada, por lo que Diderot afirma irónicamente: «Hay que hacer valer este "milagro", la incredulidad de los judíos, y no el milagro de la resurrección». (Y Goethe: «Está abierta la tumba. ¡Qué milagro, el Señor ha resucitado! ¡Quién se lo cree! Picaros, os lo habéis llevado».)<sup>15</sup>

## Jesús se sirve de todo tipo de prácticas

Los evangelistas relatan que Jesús realiza 38 milagros, de los que curiosamente 19, la mitad, los describe un único autor: dos Marcos, dos Mateos, ocho Lucas y siete Juan. Pero estos milagros, «como hechos históricos garantizados por los cuatro Evangelios» (Zwettier), demuestran a los católicos la dignidad divina de Jesús. Y puesto que se deben a Dios no son magia ni engaño, como todos los demás, sino que son auténticos, mientras que los otros son falsos.<sup>16</sup>

Para poner de relieve la originalidad de Jesús, la teología católica le ha resaltado desde siempre por encima de los restantes sabios, adivinos, mistagogos, taumaturgos, que pululaban por todo el Imperio romano, que predicaban y hacían milagros como él, se le destacaba de todos los autores de milagros, de los arcaicos como Orfeo, Abaris, Aristeo de Prokoneso, Hermotimo, Epiménides o Eukio, o de los posteriores tales como Pitágoras, Empédocles, Apolonio de Tiana, Plotino, Yámblico de Caléis, Sosipatra, Proclo, Asclepiodoto de Alejandría, Herisco, etc. Así, en el famoso «catecismo holandés» se lee: «Sólo es necesario comparar la actitud de Jesús con los muchos magos, milagreros y seguidores de las ciencias ocultas para quedar impresionados por la sencillez, pureza y reverente dignidad de su actitud».<sup>17</sup>

Pero ¿no se comporta Jesús a veces también como otros curanderos antiguos? ¿No se sirve de prácticas comunes? ¿No utiliza la palabra mágica *Hephata* (¡ábrete!)? ¿No toca la lengua y los oídos de un sordomudo con sus dedos y los humedece con saliva? ¿No forma una masa de saliva y tierra y se la coloca a un ciego? ¿No escupe en los ojos? Pero esto, nos enseña el teólogo Gnllka, no provoca la curación. Sólo indica «que el milagro se debe al poder de Jesús». ¿No se sabía entonces esto, realizaba Jesús milagros sin tales métodos? ¿Por qué los realizaba entonces? ¿Y no

señalaría lo análogo de otros autores de milagros que también el milagro se debía a su poder?<sup>18</sup>

En abierta contradicción con numerosos pasajes bíblicos, muchos Padres de la Iglesia, Justino, Ireneo, Amobio, Eusebio, recalcan que Jesús, sólo mediante una simple orden, sólo mediante su palabra hizo milagros. También en las falsificaciones se insiste a ese respecto, como en la carta que presuntamente escribió el príncipe Abgar Ukkama de Edesa «al buen Salvador que ha aparecido en Jerusalén». De igual manera cura el apóstol Tadeo, según otra falsificación, aparecida en Edesa, «sin medicinas ni hierbas». En efecto, el historiador de la Iglesia Eusebio hace gala de que curaba «todas las enfermedades».<sup>19</sup>

Los milagros crecen con la transmisión, se les acrecienta y multiplica.

## **El arsenal de milagros evangélicos: Nada es original**

Es posible seguir perfectamente la fabricación de milagros en el Nuevo Testamento. Pues es obvio que los evangelistas más recientes mejoran en muchos aspectos y de modo casi sistemático al más antiguo, Marcos, realzando la imagen de Jesús a la par que van también encumbrando a los apóstoles y liberándolos gradualmente de sus debilidades -«Todos los defectos que aún presentan en Marcos, se eliminan»: Wagenmann, teólogo-, las ediciones aumentadas y corregidas de Marcos, Mateo y Lucas amplifican la transmisión de los milagros, relatando en lugar de una curación dos. O en lugar de la curación de «muchos», hablan de «todos». O de la «multiplicación de los panes» hacen una cantidad doble. O dramatizan la resurrección de los muertos, introduciendo hechos totalmente nuevos con respecto a Marcos. Lo mismo que Juan, el cuarto evangelista, añade otros cuatro grandes milagros que no citan ninguno de sus antecesores: primero la conversión del vino en Cana, donde su Cristo produce seiscientos o setecientos litros, y al final, coronándolo todo, la resurrección de Lázaro, que ya está descomponiéndose, «ya huele».<sup>20</sup>

En tiempos de Jesús los milagros eran corrientes, casi cotidianos. Según el teólogo Trede, se vivía «pensando y creyendo en un mundo milagroso, como el pez en el agua». Sin ninguna duda todos los milagros se hacen y se consideran posibles. Tampoco se dudaba de los milagros del adversario, pero se atribuían al diablo. Proliferaron asimismo infinidad de augurios. Incluso buena parte de las clases superiores carecían de todo sentido crítico, lo mismo que las masas. Esto parece ser igual en todas las épocas. Lo que Thomas Münzer escribió durante la Reforma: «El pueblo cree ahora con la misma facilidad con que el cerdo se orina en el agua» fue válido cuando surgieron los milagros evangélicos, y sigue siendo hoy casi tan válido en lo que respecta a la masa creyente.<sup>21</sup>

El «catecismo holandés» vuelve a afirmar que los milagros de Jesús tienen «un carácter tan propio y original que hay que decir que sólo es posible una explicación: realmente ha hecho milagros». Pero esto no es original, aunque no todo han de ser embustes. Algunos milagros del Nuevo Testamento -que por lo general, aunque no estereotipado, sigue el esquema clásico del relato: exposición, preparación, plazo, técnica, comprobación, etc.- se pueden explicar como curaciones de enfermedades psicogénicas, como curaciones de naturalezas neurasténicas, histéricas o esquizofrénicas, esto es evidente.<sup>22</sup>

Pero por lo demás estos milagros son, sin excepción, plagios. La investigación de la historia de la religión ha demostrado hace mucho tiempo que todos los milagros que se atribuyen a Jesús en los Evangelios proceden de la época precristiana. Curaciones maravillosas de sordos, ciegos,; inválidos, expulsión de los demonios, caminar sobre el agua, apaciguamiento de tormentas, multiplicación milagrosa de los alimentos, transformación del agua en vino, resurrección de muertos, descenso a los infiernos y ascensión a los cielos, todo esto y más era bien conocido. Todos han sido milagros estándar de las religiones no cristianas y en los Evangelios se transfirieron a Jesús, adornándolos con motivos de la época. Los paralelismos más llamativos -todos fabricados evidentemente siguiendo la receta de Ovidio: «Relato el milagro, el milagro sucedió»- se dan con Buda, Pitágoras, Heracles, Asclepios, Dionisos por citar sólo unos pocos. Aunque hay también material del Antiguo Testamento que influyó sobre la producción evangélica de milagros.<sup>23</sup>

Un paralelismo particularmente notable al caminar de Jesús sobre el lago lo tenemos en Buda. También el apaciguamiento de las tormentas se cuenta entre los milagros típicos. Se les conocía de la religión de Asclepio. Igualmente corrientes eran las historias de las multiplicaciones milagrosas de los alimentos, tanto en el paganismo como en el judaísmo; la leyenda evangélica es curiosamente similar a un antiguo relato de una multiplicación milagrosa de los panes en la India. Incluso la resurrección de los muertos no era infrecuente, hasta existían formas especiales para ello, y en Babilonia había muchos dioses que se llamaban «revividor de muertos». Asclepios, del que Jesús adoptó también los títulos de «médico», «señor» y «salvador», revivió a seis muertos, siendo los detalles los mismos que con los muertos que resucitaron con Jesús. Los viajes al infierno y al cielo eran también muy conocidos, lo mismo que las divinidades que morían, para resucitar tres días después. Las variaciones de los Evangelios entre el tercero y el cuarto días (¡después de tres días!) tienen su origen en que la resurrección de Osiris tiene lugar el tercer día y la de Attis el cuarto después de su muerte. «Este milagro -dice Orígenes de la resurrección de Jesús- no aporta nada nuevo a los paganos y no les puede resultar chocante.»<sup>24</sup>

por el Padre, anunciados por ángeles, nacidos en un pesebre de una virgen y perseguidos cuando estaban en la cuna. Se llaman Resucitador, Señores de los Señores, Rey de Reyes, Salvador, Redentor, Bienhechor, Hijo de Dios, el buen Pastor. Descuellan a los doce años, comienzan a enseñar a los treinta, el demonio les tienta, tienen un discípulo preferido, un traidor, sanan a los enfermos, hacen ver a los ciegos, oír a los sordos, ponerse rectos a los tullidos, no sólo curan el cuerpo sino también el alma. Varios siglos antes hacen un milagro del vino, como el de Cana. Anuncian: «Quien tiene oídos para escuchar, cree». Pero su apostolado no es una exhibición. Se les martiriza, se les flagela, mueren, algunos en la cruz, también con un criminal, mientras que el otro criminal se libra, una mujer enjuga la sangre del corazón del dios, que mana de la herida causada por una lanza. Al morir dicen: «Está consumado», «Toma mi espíritu, te ruego, hacia las estrellas [...]. Mira, mi padre me llama y abre el cielo»; su muerte tiene muchas veces incluso el carácter de expiación. Vencen, salvan a las pobres almas del infierno, viajan al cielo, por señalar *sólo algunas de las cosas* que la Biblia repite, estando lleno de contradicciones el mayor de los milagros, aunque no sólo él, la resurrección.<sup>25</sup>

Desde el punto de vista de la historia de las religiones, ¿qué hay de original en la «vida de Jesús»? Nada. Es mucho si queda la historicidad. Y si no, *no por eso* se hunde el mundo. Los milagros pertenecen, en cualquier caso, a la imagen de Cristo. Sin ellos, el Señor sería «una sombra sin sangre». Negar y rechazar sus milagros, recalca el católico I. Klug, «*significa negar y rechazar al mismo Jesucristo*». «¡Cristo un embustero! ¡Un embustero!», exclama retóricamente. «Él, el Puro, el Santo, al que incluso sus enemigos mortales no se atreven a culpar de ningún pecado..., ¡un embustero! ¡Un impostor, que pudo caminar con la majestad de un rey!» Bien, en realidad esto no quiere decir mucho si tenemos en cuenta cuántas falsas majestades tuvieron porte de reyes: ¡Y cuántas auténticas no! ¿Y quién imputa entonces a Jesús el engaño? Incluso para Alfred Rosenberg, tan injuriado por la Iglesia, Jesús fue «la gran personalidad». Pero los autores de los Evangelios, de los restantes tratados protocristianos y del Nuevo Testamento, ¿eso es harina de otro costal?<sup>26</sup>

La Iglesia considera que la demostración de la divinidad de Jesús no sólo la proporcionan los milagros, sino también el hipotético cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Pero ¿cómo andan las cosas al respecto?

## **El fraude de la «demostración de las profecías» cristiana**

Lo mismo que los milagros, tampoco las profecías constituían nada nuevo sino más bien un viejo conocido desde la Antigüedad. Con August-

to había ya tantos libros de profecías, que el emperador hizo quemar dos mil que no estaban debidamente autorizados. Las profecías las transmitieron Buda, Pitágoras, Sócrates, las defendieron los estoicos, los neopitagóricos, los neoplatónicos, y hombres como Plinio el Viejo o Cicerón, que no creían en los milagros. Los paganos las valoraban mucho más que a los milagros.<sup>27</sup>

Con los milagros no se podía impresionar al mundo judío ni al grecorromano. Lo milagroso abundaba, era normal, casi cotidiano, la creencia en los milagros casi infinita. También los adversarios de los cristianos creyeron en sus milagros, aunque dando por probado que sucedieron con ayuda de los demonios. Los hechos de Jesús los consideraban los judíos como magia y los atribuían al diablo. Por ese motivo, los cristianos necesitaban un criterio que por así decirlo apoyara sus milagros, los legitimizara, y este criterio fue la demostración de las profecías, el interés principal de sus interpretaciones escritas. Sólo en relación con ellas los milagros adquirirían un peso especial. La demostración de las profecías, como demuestran los tratados del Pseudo-Bernabé, Justino, Ireneo, Orígenes y otros, tenía más valor que los milagros, si bien hay también escritores cristianos antiguos tales como Melito de Sardes, Hipólito, Novaciano, Victorino de Pettau y el propio Orígenes, para los que los milagros del Señor son la mejor demostración de su divinidad.<sup>28</sup>

Así es como vuelve a considerarse hoy, puesto que desde el desmascaramiento de la demostración de las profecías se ha preferido insistir sobre los milagros. Aunque el catolicismo sigue viendo en los milagros y la profecía la divinidad de Jesús, en especial el primero es ahora teológicamente signo de la revelación y motivo de su credibilidad. La teología católica hace recaer sobre el milagro «especial peso como criterio objetivo» (Frías).<sup>29</sup>

Pablo, el autor cristiano más antiguo, utiliza ya la muletilla «según las Escrituras» (1 Cor. 15, 3). Para Pablo, la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús, la obra completa de la redención, el Evangelio, están documentados en el Antiguo Testamento. También el Evangelio más antiguo, el de Marcos -y todavía más y con mayor frecuencia, el de Mateo-, muestra insistentemente cómo se puede deducir de los libros sagrados de los judíos todos los detalles de la vida de Jesús, cómo todo puede verse predicho. Los cristianos investigaron sistemáticamente estos escritos, han completado todos los huecos en la tradición de la vida de Jesús con ayuda del Antiguo Testamento y mucho de lo que allí había lo han referido a él. Clemente Alejandrino afirma: «Pero nosotros consultamos los libros de los profetas que se encuentran en nuestro poder, que en parte mediante parábolas, en parte con adivinanzas, en parte de modo seguro y expreso citan a Jesucristo, y encontramos su venida y la muerte y la cruz y todos los restantes tormentos que le hicieron los judíos, y la resurrección y

descubrimos esto, llegamos a la fe en Dios a través de lo que sobre él se ha escrito [...]. Pues hemos descubierto que Dios realmente lo ha dispuesto, y no decimos nada sin escritura».<sup>30</sup>

Pero no sólo en los Evangelios, no sólo en el Nuevo Testamento, sino que más allá amplían los cristianos la demostración de las profecías, como en la carta de Bernabé, que reconoce en los 318 siervos de Abraham la muerte en la cruz de Jesús, hasta Gregorio I Magno, que interpreta los siete hijos de Job como los doce apóstoles. En particular con Justino, el defensor del cristianismo más importante de su tiempo, la demostración a partir de los milagros pasa a un completo segundo término, sobre todo porque las profecías supuestamente cumplidas con Cristo son las que sin duda mejor legitiman las reivindicaciones cristianas al Antiguo Testamento.

Pero cuando no se encontraban sentencias «convincientes» de los profetas, se las falsificaba en las tan apreciadas «revisiones» de los textos judíos. Fue necesario sobre todo en el caso del nacimiento de Jesús a partir de una virgen. Así, en los *Hechos de Pedro* falsificados aparecen las presuntas palabras de un profeta: «En los últimos tiempos nacerá un niño del Espíritu Santo; su madre no conoció varón, ni hay varón alguno que afirme ser su padre» y «No ha nacido de la matriz de una mujer, sino que ha descendido de un lugar celeste». Harnack llama a estas profecías «burdas falsificaciones cristianas». No se las encuentra en ningún lugar del Antiguo Testamento, ni tampoco en las sentencias que posteriormente se atribuyeron, por ejemplo, a Salomón o a Ezequiel.<sup>31</sup>

Los milagros de Jesús tenían por sí solos, como se ha dicho, poco poder demostrativo. Apenas se les discutió, pero se les atribuyó a los poderes mágicos del galileo. Eran cosas hartamente conocidas en multitud de tauturios. Sólo cuando se unen a las profecías, esos milagros de Jesús adquieren importancia. Nada menos que san Ireneo los basó en ellas. La Iglesia antigua gustaba de ver confirmada la autenticidad de los milagros mediante los vaticinios. Así lo habían predicho, por tanto fueron verdad. De este modo, las presuntas profecías se convirtieron en el medio principal del apostolado cristiano y sirvieron, según atestigua Orígenes, «como la demostración más importante» de la verdad de su doctrina. Citaba «miles de pasajes» en los que los profetas hablan de Cristo. Y realmente, en el Nuevo Testamento hay cerca de doscientas cincuenta citas del Antiguo y más de novecientas alusiones indirectas. *Pues los evangelistas habían tomado de allí muchos hechos hipotéticos de la vida de Jesús y los habían incorporado conscientemente a su historia; todo el mundo podía leerla con facilidad, percibiéndola como «cumplimiento».*<sup>31</sup>

Pero ¿por qué hicieron estos cristianos que Jesús muriera «según la

Escritura»? Porque sólo de este modo pueden disimular el fracaso de sus obras, sólo así podían contrarrestar la burla del mundo sobre el Mesías crucificado. Jesús tenía que morir según la «Escritura», estaba previsto. Y el mundo tenía que saberlo, tenía que convencerse. Ergo, se puso en circulación en citas, en alusiones indirectas, todo lo ignominioso, la traición, la huida de los discípulos, el escándalo de la pasión, la muerte en la cruz como cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. La cobarde conducta de los discípulos se prevé en Zacarías 13, 7; el soborno («treinta monedas de plata») para la traición de Judas según Zacarías 11, 12; la restitución de este dinero según Zacarías 11, 13; la compra del campo del alfarero según Jeremías 32, 6; la palabra de Jesús ante el gran consejo acerca de que estará sentado a la diestra del poder y de su aparición sobre las nubes, según Daniel 7, 13, y el salmo 110, 1; sus palabras «Tengo sed» según el salmo 22, 16; su empapamiento con vinagre según el salmo 69, 22; su grito del abandono de Dios según el salmo 22, 2; el eclipse de Sol -al menos en Pascua (Luna llena) astronómicamente imposible- según Amos 8, 9, etc.<sup>33</sup>

Resultó difícil demostrar en particular la «profecía» de la crucifixión en el Antiguo Testamento, aunque allí diga: «Pues quien cuelga en la madera, está maldito por Dios» (5 Mos. 21, 23). Y este «vaticinio» era muy importante. Con ello, los primeros cristianos cayeron en las combinaciones más absurdas, como ya he mostrado en otro lugar. Pero el principal ejemplo para la historia de la pasión evangélica la proporcionó, junto a los testimonios de los salmos 22 y 69, sobre todo el falso capítulo 53 de Isaías.<sup>34</sup>

El elemento grotesco de estas «profecías» es que los profetas lo escribieron varios siglos antes, pero no en futuro sino en pasado. Por lo tanto todo esto ya había sucedido, un fenómeno realmente maravilloso. Y las predicciones relativas a la pasión de Cristo las desenmascaró ya Celso como inventadas a posteriori. Marcos, el evangelista más antiguo, cuando varias décadas después de la presunta crucifixión de Jesús escribió su Evangelio, pudo profetizar su muerte con todo género de detalles. En resumen, con el teólogo <sup>Hirsch</sup> «La fuerza demostrativa de las profecías es ya un asunto zanjado para todos nosotros. Sabemos que es nula».<sup>35</sup>

Naturalmente que, dejando a un lado las excepciones, esto lo sabemos también de los milagros, con lo que nos dedicaremos a los llamados apócrifos.

## **Milagros en los «apócrifos», o un atún ahumado que vuelve a la vida**

Lo mismo que en los tiempos antiguos los «apócrifos» acompañan como un desarrollo paralelo a los géneros narrativos del Nuevo Testa-

mentó, completándolos, otro tanto sucede con los milagros que allí se relatan.<sup>36</sup>

Continuando con las historias canónicas aparecen listas completas de milagros, sin que falte la aseveración de que Jesús ha hecho muchos más milagros. La tendencia va en aumento, hacia lo superlativo. También continúa la tendencia desde el «curó a muchos» del evangelista más antiguo, Marcos, hasta el «curó a todos» de Mateo, más reciente. Y si en la historia de los apóstoles Jesús «ha hecho el bien y ha curado a todos a los que había vencido el diablo», el Pseudo-Clemente dice que Jesús cura «todas las enfermedades». Pero el máximo insuperable lo ofrecen las actas de Juan: «Sus grandiosos y maravillosos hechos deben quedar de momento silenciados, ya que son inexpresables y quizá no se puedan contar ni escuchar nunca».<sup>37</sup>

Muchos de los primeros milagros eran demasiado simples para los hombres de tiempos posteriores. Por tanto los adornaron, ampliaron y enriquecieron.

Así, en el bautismo de Jesús, donde originalmente, de todos modos, los cielos se abrieron, apareció una paloma del Espíritu Santo y resonó la voz de Dios, ahora tiene lugar también un fenómeno luminoso, el Jordán se retira, lanza hacia lo alto sus aguas y hasta las estrellas claman al Señor y asisten los ángeles. Un escrito protocristiano relata: «Y sobre el Jordán se depositaron (extendieron) nubes blancas y aparecieron muchos ejércitos de espíritus, que cantaban glorias en el aire, y el Jordán detuvo su curso, parándose sus aguas y desde allí se extendió un aroma de olores agradables».<sup>38</sup>

Y lo mismo que el bautismo de Jesús es maravilloso, naturalmente también lo es el final.

En el *Evangelio de Bartolomé*, éste ve durante la crucifixión a los ángeles alzarse del cielo y adorar al Señor. No es suficiente, y el discípulo puede oír hasta en los infiernos. «Cuando sobrevinieron las tinieblas miré y vi que habías desaparecido de la cruz; sólo escuche tu voz en el infierno, y cómo allí de pronto se elevó un violento lamento y rechinar de dientes [...]» Siempre la música más hermosa para los oídos cristianos.<sup>39</sup>

La fantasía creyente se despliega sobre todo en los extraordinariamente numerosos Evangelios de la infancia. La época del nacimiento, de la adolescencia y de la juventud de Jesús no la estudian Marcos y Juan y apenas un poco Mateo y Lucas, aunque de manera muy milagrosa y con paralelismos sobre todo en las literaturas india, egipcia y persa. Pero esta incorporación de leyendas ajenas aumenta enormemente en las historias de la juventud más tardías. Todo lo que antes se sabía acerca de niños dioses y niños prodigio, se transfería ahora a Jesús. Esta exuberante creación de leyendas continuó incluso durante toda la Edad Media. En efecto, todos estos escritos condenados oficialmente por la Iglesia ejercieron, a

través de Prudencio, la monja Rosvita y muchos otros hasta el Renacimiento, una influencia sobre la literatura y el arte superior a la de la Biblia. Incluso los papas sacaron de ellos diversos motivos, como León III, que en el siglo ix hizo representar en la iglesia de San Pablo de Roma toda la historia de Joaquín y Ana. Aunque en el siglo xvi, bajo Pío V, se eliminó del breviario romano el oficio de san Joaquín, el padre de santa María, conocido sólo mediante un «apócrifo», y se anuló el texto de su representación en el templo, ambas cosas se restauraron después. Cuando la Iglesia ha criticado y rechazado los «apócrifos legendarios» no lo ha hecho debido a sus historias de milagros, por muy increíbles que nos parezcan, sino debido a consideraciones morales o dogmáticas, debido a ciertas tendencias ascéticas o docéticas. La fe concreta en los milagros «la preservaron y cultivaron incluso los hombres de la Iglesia más preclaros» (Lucio).<sup>40</sup>

El *Evangelio de Tomás* relata una serie de curiosos hechos de Jesús, desde los cinco a los doce años. El divino niño hace milagros mediante sus pañales, el agua con la que se lava, su sudor. Con una única palabra hace que un arroyo sucio se limpie, crea aves de barro y luego hace que vuelen, un compañero de juegos malo se marchita como un árbol y otro muere porque topó con su espalda. Sin embargo, el joven maestro también se muestra bondadoso con los hombres y hace resucitar a varios muertos.<sup>41</sup>

Lo mismo que el Señor, también sus apóstoles, discípulos y muchos otros cristianos brillan en los «apócrifos».

También esto lo suscitó el Nuevo Testamento. Pablo hacía «prodigios y milagros». Y en el Evangelio de Marcos se dice: «Marcharon y predicaron que había que hacer penitencia. Expulsaron también muchos espíritus, ungieron con aceite a muchos enfermos y les curaron». Los Hechos de los Apóstoles relatan asimismo: «muchos prodigios y milagros en el pueblo a través de la manos de los apóstoles». Narra incluso milagros de los discípulos por medio de sus delantales, sus sudarios o sus sombras.<sup>42</sup>

Los apologistas recalcan siempre la ausencia de exageraciones en los milagros del Nuevo Testamento. Pero todos los milagros, exceptuando las curaciones milagrosas que no son milagros, se basan en la exageración, ya sea «apócrifa» o con bendición «canónica». ¿Y si los milagros hechos con la sombra no son exageraciones sino creíbles, por qué otros han de ser exageraciones e increíbles? ¿Como cuando el apóstol Pedro hace hablar a un perro? ¿O cuando un camello pasa varias veces por el ojo de una aguja, cuando un atún ahumado que cuelga de una ventana vuelve a la vida y nada otra vez en el agua? Al fin y al cabo a Dios nada le es imposible. Y si puede detener el curso de un río o parar el Sol, también podrá revivir a un simple pez ahumado. ¿O es que eso atenta contra su «gusto»? Pero ¿cómo saben esto los teólogos? Sea como fuere:

con estas historias se evangelizó, el cristianismo se propagó. Los Padres de la Iglesia más conocidos aparecían como testigos en esos textos y la mayoría de los antiguos teólogos los consideraban totalmente verdaderos. Recordemos de nuevo que incluso con este género de pacotilla -¡y no sólo con éste!- se propagó el cristianismo, que incluso con él se amplió y afianzó su barbarie moral y física; se le toleró, se le fomentó y con él se llenaron bibliotecas enteras, no, ¡las sigue llenando!<sup>43</sup>

## Los mártires lo eclipsan todo

Los milagros más audaces los hicieron en la Iglesia preconstantiniana los mártires. Aunque la mayoría de las actas están falsificadas, se consideraron en su totalidad como valiosos documentos históricos. El paso a las puras leyendas y novelas de mártires, en el que triunfa «la ausencia total de sentido histórico» (Lucio), fue casi natural, por maravilloso que fuera. Suenan voces en el cielo, surgen palomas de la sangre de los mártires, animales salvajes que mueren por la oración de los piadosos héroes o que rompen sus cadenas. Imágenes de ídolos o templos enteros que se derrumban. San Lorenzo, casi asado en la parrilla, filosofa resignadamente sobre la Roma pagana y cristiana. Medio carbonizados, otros cantan alegremente encendidos discursos evangeizadores. El mártir Romano, cuya festividad sigue celebrando la Iglesia el 9 de agosto, ataca en 260 versos al paganismo y después de que le han cortado la lengua, declama todavía otros 100. Para el antiguo catedrático de teología en Bonn, Franz Joseph Peñers, existe -con imprimátur- «la completa confirmación», a través de «dos testigos oculares y auriculares», de que el rey de los vándalos Heinrich -evidentemente, Hunerico- «en el año 483 hizo que a los católicos de Tipasa, en el norte de África, les cortaran la mano derecha y la lengua porque no querían reconocer al obispo arriano. Gracias a un milagro pudieron seguir hablando».<sup>44</sup>

San Ponciano, martirizado bajo el emperador Antonino, anda descaía sobre carbones ardientes sin sufrir daño, inútilmente se le tortura, inútilmente se le arroja a los leones, inútilmente se le vierte plomo incandescente por encima. Lo que no se entiende es cómo una espada le mata. A menudo se plantea la cuestión de por qué los héroes sobreviven a las peores torturas y después mueren por un banal golpe de espada o por simple estrangulamiento, como les sucedió al obispo san Eleuterio de Iliiria y a su madre Antia bajo el emperador Adriano.

Aunque algunos alcanzan la palma del martirio en un río, en una fuente o en el mar, a veces con pesadas piedras al cuello o en un saco con serpientes y perros; aunque mediante la muerte por hambre, «coronados» en el patíbulo, empalados, crucificados, con las piernas rotas o asados

lentamente, «nacem» para el cielo; aunque, ahogados en pez ardiente, quemados como una antorcha viviente o en el horno, despedazados por animales salvajes, lapidados, cortados con una sierra o, como Quiricio, un niño de tres años, estrellados contra los escalones del tribunal, alcanzan «la corona de la vida eterna»..., con mucho, la mayoría mueren simplemente decapitados. La decapitación surte efecto casi siempre. Pero queda pendiente la pregunta: ¿por qué los perversos paganos prueban con los cristianos modos de muerte tan inútiles y por qué éstos sobreviven a los más refinados y crueles martirios, pero prácticamente nunca a la primitiva decapitación?<sup>45</sup>

Milagro sobre milagro de todos modos.

Los héroes cristianos, por más que estén dispuestos a la muerte para recibir el premio, el más grande, el reino de los cielos, a menudo tardan mucho en morir, no sólo se salvan del fuego corriente, como Apolonio, Filemón e infinidad de otros más, sino que incluso sobreviven al horno, sin recibir daño, se entiende, como por ejemplo san Neófito. (¿Por qué no, si en las «Sagradas Escrituras» Daniel y sus compañeros sobreviven sin daños a un horno incandescente, calentado «siete veces más» de lo normal? Si los «apócrifos» exageran, también la Biblia.) El monje san Benito soporta incólume el procedimiento del horno durante toda una noche. Y san Luciliano, un antiguo «sacerdote de los ídolos», se libra de la chimenea ardiente junto con cuatro niños, si bien porque rompió a llover. A la mayoría de estos mártires les maltratan primero a muerte, aunque a menudo sin resultado. Siempre aparecen ángeles -hay muchos- que ayudando a los mártires parecen haber encontrado una misión en la vida. Al sacerdote san Félix incluso un ángel le libera una noche. (¿Por qué no, si en el Nuevo Testamento un ángel les abre por la noche a los apóstoles la puerta de la prisión? Si los «apócrifos» exageran, también la Biblia.) A san Eustaquio le sujeta un ángel por un pie y después una paloma le lleva al cielo «a la gloria de la alegría eterna». Con Esteban, el abad maltratado, al menos en su muerte están presentes los «santos ángeles»; nada menos que el papa Gregorio I Magno es testigo, y también «otros más lo vieron». ¡Quién lo duda! El carcelero san Aproniano no vio ángeles, no todos pueden verlos, pero cuando sacaba a san Sisinio de la prisión escuchó una vez procedente del cielo: «Venid, benditos de mi Padre [...]», etc., tras lo cual cree y muere por el Señor. Éste mismo sufre por así decirlo la muerte del confesor, uno de los martirios más increíbles, ocurrido en Siria, el martirio «*de una imagen de nuestro Salvador*», que los judíos crucifican y que vertió tanta sangre que las Iglesias de Orientey de Occidente recibieron de ella una cantidad abundante.<sup>46</sup>

Y naturalmente, todas las tentaciones se estrellan contra los héroes cristianos. Ninguno traiciona a su fe. Sea lo que sea lo que se les ofrece nada les hace titubear, ninguna ventaja, regalos, honores. En vano un

juez ofreció a su propia hija en matrimonio. En vano hasta un emperador promete a una cristiana casarse con ella, en vano la promete compartir el poder y erigir columnas honoríficas en todo el Imperio...<sup>47</sup>

Los Padres de la Iglesia antiguos más conocidos participaron descaradamente en las repugnantes exageraciones de estas leyendas de héroes. Todo el octavo libro de la historia de la Iglesia de Eusebio está lleno de ellas. En una página se relata la inimaginable maldad de los «servidores del demonio» ultrajadores de los cristianos, en la otra de las proezas de los «verdaderamente maravillosos luchadores», se habla de todo esto, «fuego, espada, clavado, animales salvajes, profundidades del mar, corte de miembros, hierros candentes, sacar y arrancar los ojos, mutilaciones en todo el cuerpo [...]». El obispo Eusebio encadena las mentiras de «innumerables» víctimas «junto a niños pequeños», con todo tipo de detalles increíbles: «Y cuando las bestias se disponían a saltar sobre ellos, se desviaban, como empujadas por una fuerza divina, repitiéndose esto constantemente [...]». «En efecto, daban gritos de júbilo y cantaban canciones de alabanza y agradecimiento al Dios del Universo hasta su último aliento», «imposible expresar en palabras el número y la talla de los mártires de Dios». Al comienzo reconoce que «supera nuestras fuerzas» describir «de manera digna» todo esto. Y bien verdad que es.<sup>48</sup>

Dicho sea de paso, Eusebio no sufrió una muerte heroica. En efecto, sus adversarios cristianos le echaban en cara que había prometido ser sacrificado en la persecución, o al menos sufrir; quizá una calumnia. Pero el gran ensalzador de los mártires, cuando se sintió en peligro desapareció e incluso sobrevivió incólume a la gran persecución de los cristianos de Diocleciano. Tantas decenas de miles de mártires como ha alabado e inventado y él, el «padre de la historia de la Iglesia», no se cuenta entre ellos. ¿Y por qué tenía que serlo? Ni un sólo obispo de Palestina sufrió la muerte en martirio.<sup>49</sup>

Según el Padre de la Iglesia Efrén, el furioso antisemita, según el Padre de la Iglesia Gregorio Nacianceno y según muchos otros, los mártires no experimentaron ningún sufrimiento. Según los Padres de la Iglesia Basilio y Agustín, la tortura les proporcionaba placer. El Padre de la Iglesia Crisóstomo escribe que caminaban sobre carbones incandescentes como si fueran rosas y se arrojaban al fuego como si fuera un baño refrescante. Prudencio, el mayor de los poetas protocristianos de Occidente, admirado más que ningún otro en la Edad Media, describe el martirio de un niño apenas destetado, que soportó sonriente los latigazos que destrozaban su cuerpecillo. ¡Por supuesto, no es la única víctima casi lactante de la fábula glorificadora católica! De santa Inés, poco mayor, escribe el Padre de la Iglesia Ambrosio, el inspirado descubridor de tantos mártires: «¿Ofrecía acaso el cuerpo delicado de la niña espacio para una herida mortal?». Para Ambrosio como para todos sus semejantes ningún

milagro le resultaba suficientemente milagroso. «Incluso una burra habló porque Dios quería.» Por otro lado, todo esto queda eclipsado por el martirio de san Jorge, un milagro tan absurdo, tan desatinado, que tanto los hombres de la Iglesia de Oriente como los de la de Occidente lo han suavizado en «revisiones» para hacerlo más creíble.<sup>50</sup>

Los santos no lo serían si después de muertos no realizan milagros. Así, el árbol infructífero en el que murió Papas tras crueles tormentos, da fruto. La cabeza del monje Anastasio que, junto con su venerable efigie, se envía desde Persia a Roma, expulsa los malos espíritus y cura las enfermedades simplemente con mirarla. También los jirones de la ropa de san Abraham provocan milagrosas salvaciones, lo mismo la manta rota sobre la que estaba Martín de Tours. Del cuerpo de san Teodoro, un maravilloso exorcista, mana aceite que sana a los de salud enfermiza. El agua de la fuente en la que san Isidoro fue gloriosamente «coronado» cura a los enfermos, al menos «con frecuencia». Aunque son incontables los que, como la virgen Inés, «incluso en la tumba resplandecen con múltiples acciones».<sup>51</sup>

También brillan las mujeres, sobre todo vírgenes, naturalmente, y llama la atención la frecuencia con la que los cronistas de los cristianos relatan que los perversos paganos les cortan los pechos a las vírgenes católicas: a la santa virgen Ágata, a la santa virgen Macra, a la santa virgen Febronia, a la santa virgen Engracia, a la santa mártir Helconida, a la santa Caliopa, etc. De la santa virgen Anastasia la Mayor el martirologio romano relata de manera gráfica: «En la persecución de Valeriano, bajo el protector Probus, Anastasia fue atada con cuerdas y cintas, atormentada con latigazos en la espalda, fuego y golpes y, al perseverar firme en la fe en Cristo, le cortaron los pechos, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron las manos y los pies y al final le separaron la cabeza del tronco, y así corrió a reunirse con su divino esposo». Un final impresionante, a decir verdad. Bajo Constancio el «hereje Macedonio», o sea, H un cristiano, hace cortar sistemáticamente los pechos a las «mujeres creyentes» y quemarlas después con hierros incandescentes. Y aunque los pechos no vuelven a crecer, como es frecuente, suceden sin embargo otras cosas notables gracias a estas damas.

La santa virgen Inés es arrojada al fuego, pero gracias a sus oraciones éste se apaga. La santa virgen Juliana rechaza al prefecto Evilasio como marido y sobrevive tanto a las llamas del fuego como a un baño en agua hirviendo. También santa Erotis supera, «inflamada del amor a Cristo», los rescoldos. Igualmente, las vírgenes santa Ágape y santa Quionia, martirizadas bajo Diocleciano, sobreviven al fuego. La santa virgen Engracia sobrevive a pesar de que le han cortado los pechos y arrancado el hígado, por no mencionar otros tormentos. También santa Helconida, que bajo el emperador Gordiano fue sometida a múltiples suplicios, sobrevive a la

amputación del pecho, a ser arrojada al fuego y a los animales salvajes, hasta que finalmente muere bajo la espada. A la santa virgen Cristina, casi despedazada, la salva un ángel de un lago, permanece «ilesa» cinco días en un homo ardiendo, sobrevive también a serpientes venenosas y al corte de la lengua, después de lo cual finaliza «el curso de su glorioso martirio» (martirologio romano).<sup>52</sup>

En la persecución contra los cristianos en las Gallas, en el año 177, bajo Aurelio -que según el historiador de la Iglesia Eusebio costó «decenas de miles de mártires», mientras que en el *Lexikon für Theologie und Kirche* sólo quedan ocho-, «los santos mártires tuvieron que soportar suplicios que son superiores a cualquier descripción» (Eusebio).<sup>53</sup>

Destaca en especial por su fuerza santa Blandina (festividad el 2 de junio), una delicada sirvienta. Torturada desde la mañana a la noche, no se debilita, pero sí el tropel de sus torturadores. Con todo el cuerpo destrozado, es arrojada a las fieras, azotada, asada y esto de tal manera que al freírse sus miembros, «estaban rodeados de un vapor de grasa». Después de que la vuelven a azotar, arrojar a las fieras y asar, «abandona finalmente esta vida».<sup>54</sup>

El historiador de la Iglesia católico Michel Clévenot aunque pone de relieve que según las leyes vigentes en la época de Trajano «no se "persiguió" a los cristianos», sino que simplemente se detuvo a los acusados (para él, con razón, una nueva prueba «si es que hiciera falta alguna más, de que las autoridades romanas no eran en modo alguno enemigas de los cristianos»), habla no obstante de la «matanza de Lyon» y canta un largo himno a santa Blandina. «Tú, Blandina, hermosa, pobre pequeña, adornada con diplomas y honores por cultos magistrados, humanistas, lanzada como pasto de la estúpida crueldad de una masa desenfrenada, eres el símbolo de todas las víctimas de esta espantosa razón de estado [...]. No te preocupaste por tu cuerpo, Blandina, y no te compadeciste de tu alma. Te entregaste entera, en cuerpo y alma, a este Jesús [...]».<sup>55</sup>

De manera casi más grandiosa que la santa se comportó el diácono Sanktus, al que torturaron con ella. Después de que practicaran en él todo tipo de suplicios, oprimieron las partes más delicadas y sensibles de su cuerpo con placas de hierro incandescentes, de modo que se convirtió en una única herida, totalmente destrozado, quemado, lleno de úlceras, enconamientos, sangre; dos días después se le volvió a torturar, se le desgarró de nuevo, pero de la manera más milagrosa todo volvió a curarse. Lozano, sano y fuerte se puso delante del suplicio. «¿Quiénes fueron los grandes en la Iglesia? Exclusivamente los mártires» (Van der Meer, católico).<sup>56</sup>

A Sanktus, Blandina y sus compañeros se les quemó y, según el testimonio del obispo san Gregorio de Tours, se arrojaron sus cenizas al Ródano, donde de manera milagrosa -ya puede decirse- volvieron a encon-

trarse y se enterraron en Lyon. El cristiano más famoso del lugar, san Ireneo, a comienzos de la persecución todavía en la ciudad, rápidamente tuvo que emprender camino a Roma en un viaje oficial, pero más tarde se convirtió en mártir..., sobre el papel.<sup>57</sup>

## La «archimártir»

Se considera que la primera mártir de todas, la «archimártir», es santa Tecla, aunque gracias a un milagro parece que salió indemne de los terribles suplicios, como demuestran unas *Actas de Pablo y Tecla* falsificadas por un católico y extendidas por todo el orbe cristiano, aunque se pregunta hoy uno si hay algún creyente que lo crea. No obstante, los más grandes Padres de la Iglesia como Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Agustín y otros lo han relatado y la glorificaron.

Nació en Iconio, siendo la bella hija de un «sacerdote de los ídolos», Dios abrió su corazón gracias al sermón de san Pablo sobre la abstinencia. La enardeció hacia la honestidad por lo que rechazó a su prometido Thamyris, escapándose vestida de hombre con el santo apóstol. Llevada de nuevo a su casa, el novio y todos los parientes adoradores de ídolos intentaron recuperar a la esposa de Dios cristiana, inútilmente. Pablo es flagelado y expulsado, y Tecla es denunciada como cristiana por su novio y su propia madre y es arrojada totalmente desnuda a rugientes leopardos, leones y tigres. Sin embargo, las bestias se tumbaron a sus pies como corderos y la lamieron dulcemente. «Un encantamiento tan maravilloso está por encima de la virginidad -relata el Padre de la Iglesia Ambrosio, dejando correr su imaginación-, mostrando incluso los leones su admiración: aunque estuvieran hambrientos no despertaba en ellos el deseo de devorarla; aunque se les excitara, las fieras no la destrozaban; aunque se les agujoneara no se despertaba su furia; aunque habituados, la costumbre no les hace dudar; aunque fieros, la naturaleza no tenía ya violencia en ellos. Fueron maestros de la piedad rindiendo tributo a la santa y maestros de la castidad pues sólo tocaron los pies a la virgen, con la mirada dirigida al suelo, pudorosa, para que nada masculino, aunque fuera animal, viera a la virgen desnuda.» ¡Oh, dios, dios, dios!

La esposa de Dios va a parar en Roma a la hoguera. Pero en medio de las llamas permanece incólume. Es arrojada a una fosa llena de serpientes, pero antes de que las horribles víboras puedan lamer a Tecla, un rayo del cielo, literalmente despejado las mata. También se libra después de todas las asechanzas de Satanás. Bajo el grito de «En nombre de Jesucristo recibo en el último día el bautismo», se arroja a un estanque lleno de focas. Pero tampoco es el final. Otro rayo mata a las focas y de modo milagroso se libera de dos toros salvajes a los que la habían atado. El no-

vio muere y ella acompaña a san Pablo en varios viajes apostólicos, reúne a su alrededor a otras vírgenes piadosas y predica hasta avanzada edad. Y si no ha muerto, sigue viviendo hoy.

Quien no lo crea: la mayoría de los Padres de la Iglesia, entre ellos san Crisóstomo y san Agustín, agasajan a Tecla como mártir por las muchas penalidades a las que fue sometida y alaban su pureza virginal; la catedral de Milán, donde se la venera como patrona, posee también reliquias suyas, al menos las tenía hasta el siglo xix, y la santa Iglesia católica sigue celebrando la festividad de santa Tecla el 23 de septiembre.<sup>58</sup>

Todavía a comienzos del siglo xx, un teólogo católico (con imprimátur), en una *Historia de la Iglesia para la escuela y el hogar*, considera auténtico este martirio y todos los milagros con los que Dios protegió a su servidora. Y también la «investigación» católica encuentra aquí «puntos de verdad histórica». Lo mismo Otto Bardenhewer, antiguo doctor en teología y filosofía, protonotario apostólico y catedrático de teología de la universidad de Munich, que pone de manifiesto: «Los abundantes testimonios de la literatura eclesiástica tardía acerca de Tecla no pueden atribuirse de manera global a las actas. Más problemático es el valor histórico del retrato del apóstol. Al comienzo se describe a Pablo como "un hombre de pequeña estatura, calvo, de tibias curvadas, diestro en sus movimientos {*euëktikós*}, lleno de encanto; otras veces aparece como un hombre que tuviera el aspecto de un ángel"». <sup>59</sup>

La acción pastoral católica ha aportado al asunto esta «*jaculatoria*»': «¡Te rogamos. Dios todopoderoso! Concédenos que celebremos la memoria de tu virgen y mártir santa Tecla, que en su festividad de todos los años estemos cada vez más predispuestos para el auténtico gozo celestial y más animados a imitar su heroica fe. Amén». Además: «Con aprobación del reverendísimo episcopado de Augsburgo y con la autorización de la superioridad», o sea, de la orden de los capuchinos. El lema de este tesoro de la casa (con «Doctrina y oración para cada día del año»):

«¡Toma y lee! "¿Quién puede expresarlo con dignidad y no pensar qué estímulo poderoso para gloria de la vida del Santísimo Dios y sus virtudes de piadosos ánimos, que las contemplan, las crean? Con ello se fortalecerá la fe, se alimentará el temor a Dios, se generará el desdén por el mundo(¡), se despertará el anelo de las cosas superterrenales» San Pascasio (60)

La noble forma católica que todo esto puede adoptar lo ponen claramente de relieve Ludwig Donin y su obra *Leben und Thaten der Heiligen Gottes oder: Der Triumph des wahren Glaubens in alien Jahrhunderten* (Vida y hechos de los santos de Dios o: El triunfo de la fe verdadera en todos los siglos), «Con datos de las más excelentes fuentes históricas y aplicación práctica según los hombres espirituales más acreditados y «Con autorización del reverendísimo episcopado de Viena». Pero mues

tra la siguiente «*aplicación*» de la vida de santa Tecla: «Nuestros vecinos, nuestros padres, nuestros amigos son a menudo nuestros enemigos más crueles. El amor carnal y desordenado (!) que sienten hacia nosotros, causa más mal que el odio del diablo. Se oponen a las buenas intenciones que tenemos de entregarnos a Dios; y sus lisonjas tienen con frecuencia más poder para apartarnos del bien o llevamos al mal que las amenazas y los suplicios de los tiranos». Mencionemos a este respecto unas palabras, prohibidas, de san Cipriano: «*La infidelidad ajena nos ha arruinado, nuestros padres son asesinos*». Este odio a los amigos, al prójimo, incluso a los propios padres, que se oponen a los fines de la Iglesia, lo enseña el cristianismo desde hace casi dos mil años y *por sí solo* ha causado quizá más infelicidad que todas las hogueras.<sup>61</sup>

Tras la extinción de los mártires, al menos por lo que atañe al lado católico, fueron especialmente los monjes, pero también buen número de obispos, quienes comenzaron a asumir un papel milagroso.

## Monjes y obispos como taumaturgos

En la época postconstantiniana, la creencia en los milagros resurgió con fuerza en la Iglesia y, sin ninguna duda, lo que ésta antes condenaba en los paganos lo cultivaba ahora ella misma e «intentaba superarlo mediante la afirmación enérgica de un mayor y más contundente éxito» (Speigf). Todo el mundo, laicos, clérigos e incluso emperadores creían en los siglos iv y v sin cortapisas en el milagro, incluso en los más extraños. No se percibe ni la más mínima crítica, se piensa sin independencia, de manera estéril, decae cualquier fuerza intelectual. Aunque los mártires pierden ahora su posición de excepcionalidad, pues ya no los hay, constantemente se presenta a los creyentes nuevos «ejemplos»: monjes, ascetas, eremitas, los «atletas del exilio», los «luchadores de Cristo», a los que se veneraba de manera más desenvuelta que a los mártires, considerándose a algunos de ellos, como a un cierto Pafnutius, «más un ángel que un ser humano» (Rufino). Aunque su existencia sea realmente bastante milagrosa, a mayor abundamiento hacen milagros. «Pues todavía hoy -afirma alrededor de 420 el obispo Paladio, autor de la *Historia Lausiaca*, una colección de historias de monjes citada en muchas ocasiones- despiertan a los muertos y andan sobre las aguas como Pedro [...]» A continuación una demostración real: el sollozante eremita Bessarion. Pasea relajadamente sobre las aguas del Nilo y resucita a los muertos, aunque por error, porque creyó que eran enfermos; las lágrimas de sus ojos-le han engañado, ¡de lo contrario su modestia le habría prohibido el milagro!<sup>62</sup>

El interés de los cristianos volvió a concentrarse en el milagro y lo idealizaron, haciendo de las existencias celestiales santos; un santo no

lo es sin milagros; al menos esto es lo que pide la imagen popular. También oficialmente, desde hace un milenio el requisito para una canonización son al menos dos o tres milagros autenticados por el papa. Sin embargo, en la Antigüedad, una «biografía» de santos era inimaginable sin milagros. Éstos son su «característica determinante» (Puzicha). En la literatura corriente de estas biografías se «estilizan, detallan o inventan» (Schreiner) los rasgos históricos individuales de los santos. Los fabricantes de leyendas cristianas transfieren sin vacilar los milagros de un santo a otro, aunque cuando nunca los hubiera «testimoniado», pues en realidad son tan sagrados unos como cualquier otro.<sup>63</sup>

Los historiadores de monjes cristianos son tan de fiar como los fabricantes de mártires cristianos. El hecho de que juren solemnemente escribir sólo la verdad, que nada es inventado y que todo lo han visto ellos mismos, lo han oído o al menos lo han tomado de testigos oculares o auriculares, es por regla general «pura ficción» (Lucius). Igualmente falsos suelen ser los viajes que ellos o sus garantes han hecho para visitar a muchos eremitas del desierto. La mayoría de estos relatos proceden de cualquier libro o de su fantasía y eran costumbre literaria, pues ya la habían practicado con profusión los paganos.<sup>64</sup>

La existencia apartada de los monjes era como hecha a propósito para la creencia en los milagros. En especial con el monacato egipcio del siglo iv, la manía cristiana por los milagros y los demonios se vuelve extravagante y se difunde por doquier. Los bandidos son hechizados en el mismo lugar, se resucita a los muertos, los demonios gritan y se retuercen delante de una reliquia. Ángeles en persona traen a los ascetas su dieta mínima, los héroes cristianos atraviesan el Nilo a pie o sobre el dorso de un cocodrilo. Es más, a requerimiento suyo, el sol vuelve a detener su curso durante varias horas.<sup>65</sup>

Estos humildes monjes milagrosos fueron venerados casi como dioses, como ángeles del cielo. Los visitantes se aproximaban llenos de temor, se postraban ante ellos en el suelo y se abrazaban a sus rodillas. Se buscaba su consejo en cuestiones de fe, se les concedía de buena gana un poder tiránico, incluso los emperadores se sentían felices de poder sentarles a su mesa. A algunos se les levantaron iglesias mientras estaban en vida, por lo general un costoso intento de soborno pues se pretendía guardar el cuerpo del santo como reliquia, ya que se creía que las fuerzas milagrosas del vivo se continuaban en los huesos muertos.<sup>66</sup>

Un aroma excelente para estos muertos era casi obligatorio. En cuanto que murieron los santos Simeón y Juan de Eleemos, los cadáveres desprendieron un delicioso perfume. ¡Y durante su traslado de Chipre a Siria, el cadáver de san Hilarión desprendía el mismo aroma que si estuviera untado de pomadas!<sup>67</sup>

Al parecer el primer monje cristiano, san Pablo Eremita (festividad

15 de enero), el «protoeremita», se alimentaba de manera similar al profeta Elías: durante sesenta años Dios hizo que todos los días un cuervo le sirviera (medio) pan. Pero al visitar a san Antonio, el cuervo lleva dos panes. Y cuando Antonio, camino de regreso «ve» la muerte de Pablo, da la vuelta y no sabe cómo enterrar al dormido (de 113 años), pero vienen dos rugientes leones y le excavan una fosa. Este santo vivió 97 años «solo en el desierto» (martirologio romano), si es que vivió, cosa bastante improbable. Hasta un papa, Benedicto XIV (1740-1758) manifestó que la inscripción en el martirologio romano no demuestra en modo alguno la santidad, ¡ni necesariamente la existencia de una determinada persona!<sup>68</sup>

En su vida plagada de lucha contra los demonios y visiones del diablo, los animales salvajes obedecían a san Antonio lo mismo que sucede hoy con los domadores en el circo. Cura a enfermos, entre ellos a una virgen cuyas secreciones de los ojos, la nariz y los oídos se convierten en gusanos cuando tocan el suelo. Ve dirigirse derecha al cielo el alma de otro monje, Ammun, el fundador de una colonia monacal al sureste de Alejandría y que era asimismo un gran taumaturgo (y desde el mismo día de su boda convivió casto y puro con su mujer durante dieciocho años).<sup>69</sup>

El ermitaño Zósimo perdió uno de sus animales de carga a manos de " un león. Zósimo puso la carga sobre el león, que con amistosos servilismo -4é y lamiéndole las manos, evidentemente le estaba esperando y continuó ? con él el viaje a Cesárea. Este asunto se incluye como un hecho cierto en ^ una historia de la Iglesia de comienzos del siglo xx (con imprimátur). El monje Eugenio de los Egipcios sobrevivió -otra vez- al fuego de un horno y ayudó a su amigo el obispo Jacobo de Nisibis, un famoso taumaturgo venerado como el «Moisés de Mesopotamia», en la búsqueda de una preciosa reliquia, una placa del arca de Noé, desenterrada con la ayuda de un ángel. San Macario cura a un dragón, que agradecido a su salvador se arrodilla, se inclina y le besa las rodillas, mientras que otro dragón, al que cura san Simeón, ; adora durante dos horas el monasterio de su benefactor!<sup>70</sup>

Estos antiguos monjes pueden hacer sencillamente de todo. Con agua bendita o aceite curan animales enfermos y maridos «hechizados». Sanan las peores formas de locura, entre ellas la de esas mujeres que comían treinta pollos de una vez. El agua bendita detiene, como si fuera una muralla, una plaga de langosta. Los bandidos caen al suelo a un gesto de los ascetas, resucitan a los muertos. Si falta bebida la consiguen rezando o transforman el agua marina en agua dulce. Todos los días, o los domingos, reciben exquisito pan directamente del más allá. Algunos obtienen de allí los fines de semana también el cuerpo y la sangre del Señor, entre ellos san Onofrio. Y cuando se extravían, manos que parten del cielo les indican el camino. Conocido por sus milagros es el monje Benjamín,

aunque él mismo sufre una hidropesía tan grave que al final hay que romper la jamba de la puerta de su celda para poder sacar su cadáver. El Padre de la Iglesia Jerónimo describe con todo tipo de detalles la feliz expulsión de un demonio de un camello. El obispo Paladio, un amigo de san Crisóstomo, relata en su *Historia Lausiaca* (que, a pesar de todo, según afirmó el católico Kraft en 1966, «está muy cerca de la historia verdadera») la transformación en yegua de una mujer.<sup>71</sup>

Los más importantes Padres de la Iglesia se enfrentan a esta demencia con la misma falta de sentido crítico que las masas cristianas. Al menos así lo hacen. Defienden los más inauditos desatinos. En efecto, llaman a los monjes ángeles con forma humana, hijos verdaderos de la luz, héroes de la virtud. Atanasio, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, coinciden por completo. Quien no cree en estos milagros de monjes es para los Padres de la Iglesia un pervertido, que no cree en los Evangelios y que no cree tampoco en los grandes milagros del Antiguo Testamento. Es la misma gracia la que actúa sobre todos, lo cual concuerda. A los que dudan les tachan de «herejes», paganos o judíos.<sup>72</sup>

Aun cuando los investigadores (cristianos) tienden ahora a no despa- char ya los milagros -¿cuáles?- como pura invención, como un engaño, si parten de que los hagiógrafos contemplan los milagros como realidad, ¿difícilmente han sido realidad! Y la mayoría de estas piezas que nos quieren hacer creer los piadosos maestros de las fábulas, ni ellos mismos se las creen.<sup>73</sup>

Después de los mártires y de los ascetas, también los obispos fueron objeto de veneración por parte de los fieles. Al menos a algunos de ellos se les consideraba los representantes de la lucha contra el mal, sobre todo contra la «herejía» (el arrianismo), con lo cual se dio paso a nuevos tiempos de persecución. Los obispos católicos fueron encarcelados, desterrados y a veces ejecutados. Por lo tanto, se vio en los dirigentes de la Iglesia -y ciertamente no sin su propia intervención- a los nuevos confesores, ejemplarización de las virtudes cristianas, y los respetaron como a los ascetas, que también los había entre ellos. Precisamente los obispos ascetas, los «ángeles de carne y hueso», expulsaban al diablo, curaban a los enfermos e incluso obraban multitud de milagros naturales. A los obispos Barse de Edesa, Epifanio de Salamis y Acacio de Beroa se les atribuyeron milagros. El obispo Porfirio de Gaza hizo llover con sus oraciones y apaciguó una tormenta. El obispo Donato de Euroea mató a un dragón escupiéndole.<sup>74</sup>

Fausto de Bizancio relata un enorme milagro del «obispo prior» (*Katholikos*) san Nerses. Exiliado por el emperador amano Valente a una isla desierta y sin agua, junto con 72 obispos y sacerdotes, la muerte por hambre les amenaza. Pero el hombre de Dios sabe buscar ayuda. Tras un prolijo sermón en el que relata muchos milagros del Antiguo Testamento,

recuerda los beneficios y el poder del Señor y finalmente ordena arrodillarse para ser dignos del amor de Cristo, y entonces «surgió en el mar una violenta tormenta y comenzó a lanzar sobre la isla muchos peces, que se amontonaron en el suelo, lo mismo que mucha leña. Cuando los desterrados seleccionaron y agruparon la madera pensaron que necesitarían fuego con el que poder quemarla. De pronto la leña prendió de modo espontáneo produciendo fuego [...]. Cuando todos hubieron comido y estaban saciados y tuvieron necesidad de agua para beber, san Nerses se levantó e hizo un hueco en la arena de la isla, y surgió allí una fuente de agradable agua dulce, y allí bebieron todos los que estaban en la isla».

Esto continuó repitiéndose. De nuevo cada vez el mar arrojaba a los desterrados «los alimentos regalados por el Señor», y san Nerses, que sólo comía un poco los domingos, «les fortificó durante los nueve años que estuvieron en la isla».<sup>75</sup>

Tampoco el representante del *katholikos*, el santo obispo Chad de Bagrand, se quedó a la zaga de su señor. Realizó, según escribe Fausto, «muchos grandes milagros. Cuando atendía a los pobres, vaciaba todas las vasijas de vino recién llenas y distribuía entre ellos todas las reservas de la despensa; cuando regresaba, encontraba las vasijas y las despensas llenas, como por orden de Dios; todos los días hacía lo mismo y socorría a los pobres y siempre las encontraba llenas. Tales prodigios se producían gracias a aquel hombre; se le admiró, fue famoso y se le veneró en toda Armenia. Peregrinaba por todos sitios, preparó e instruyó a las iglesias de todos los lugares de Armenia, lo mismo que su maestro Nerses. Un día llegaron unos ladrones y robaron los bueyes de la iglesia del obispo san Chad, llevándoselos. Pero al cabo de un día los ojos de los ladrones se cegaron. Andaron entonces perdidos sin rumbo hasta llegar a la puerta de san Chad. Éste salió al exterior, les vio y alabó al Señor por ser guía de sus fieles. El obispo Chad oró y curó los ojos de los ladrones; les ordenó lavarse, les dio comida y les confortó. Después les bendijo, les dio los bueyes que habían robado y les dejó seguir su camino».<sup>76</sup>

¡Ah, los buenos Padres de la Iglesia! ¡Justo así les conocemos por la historia! (En la Edad Media, según el derecho alemánico, había que restituir veintisiete veces la cantidad de los bienes de la Iglesia hurtados.) Pero con tal de tutelar a las personas, cualquier desatino era justo, tanto en Oriente como en Occidente.

Martín de Tours, «"santo" desde su más temprana juventud [...]» (Goosen), nombrado exorcista por el obispo Hilario de Poitiers, obra un milagro tras otro a finales del siglo iv; incluso la emperatriz le alcanzaba el agua «y le servía a la mesa como una sirvienta» (Walterscheid). Detuvo mediante una simple señal de la cruz un abeto muy venerado por los paganos que ya estaba cayendo y lo apartó hacia otro lado, donde cayó «destruictivamente». En Tréveris, el santo curó a un cocinero «poseído» y

a una joven paralítica dándoles a beber aceite. También curaba mediante un simple toque, e incluso su nombre poseía ya a menudo fuerza milagrosa. En Vienne curó a Paulino de Nora de una enfermedad ocular. Una vez liberó a una vaca de un mal espíritu. El animal se arrodilló entonces y besó los pies del santo. Otra vez petrificó a una procesión completa, creyendo que era una «procesión de ídolos», hasta que dándose cuenta de su error les devolvió el movimiento. Cuando un día reanimaba a un catecúmeno de un ataque de catalepsia, se habla de una resurrección. Y después de volver a la vida a un ahorcado, se hace famoso. Despierta a tres personas de la muerte, pero «no era un charlatán» (Clévenot). No dejó ni una sola línea, sólo milagros. Si se le suprimieran, sería lo mismo que suprimir «de Mozart la música» (Mohr, católico).<sup>77</sup>

Un gran taumaturgo de Occidente es san Benito, a la altura de los más virtuosos milagrosos que figuran en el A. T., casi equiparable a Jesús. Lo mismo que Moisés, Benito hace surgir agua de una roca para sus hermanos. Como el profeta Elías, realiza un milagro del aceite durante una hambruna. No obstante, el santo no es precisamente muy apreciado. Cuando sus monjes le quieren matar echando veneno en el vino, descubre la bebida ponzoñosa, lo mismo que sucede con el pan envenenado que le regala el sacerdote Florestino. De un clérigo «poseído» expulsa un demonio y hace resucitar a dos personas. Pero el más ambicioso es un milagro que recuerda a los evangélicos. Pues lo mismo que Jesús hace que Pedro ande sobre las aguas, Benito hace que su discípulo san Mauro camine «con los pies secos sobre el agua» (martirologio romano). «¡Oh, qué milagro, no visto desde Pedro, el apóstol!», exclama el Padre de la Iglesia y papa Gregorio I Magno, que transmite todas estas cosas maravillosas y añade nuevos milagros, la facultad de Benito del conocimiento a distancia, de la adivinanza. Así, entre otras cosas. Benito profetiza el ascenso y la muerte del rey Totila (fallecido en 552); algo que Gregorio Magno (fallecido en 604) puede dejar libremente que Benito adivine, el viejo embuste.<sup>78</sup>

Puesto que en el cristianismo -que castiga para toda la eternidad por una breve vida terrenal-, al menos en la práctica, la pena desempeña un papel mucho más importante que la «redención», los milagros de castigo alcanzaron pronto una gran popularidad, si bien a este respecto el paganismo ya se había adelantado (entre otras cosas con sus «*mala manus*»). Incluso María, la caritativa Virgen, hizo toda una serie de castigos milagrosos. Ciega a los ladrones, niega a una «hereje» el acceso a la iglesia del Santo Sepulcro hasta que la mala se convierte. O a un actor que en la escena -a pesar de habersele presentado varias veces en sueños advirtiéndole y amenazándole- no deja de molestarla, le corta las manos y los pies tocándose los con el dedo.<sup>79</sup>

También los apóstoles brillan en el Nuevo Testamento con milagros punitivos. Elymas, por ejemplo, fue víctima del amor apostólico al próji-

mo; era un hombre que se desvió «del recto camino del Señor», un «falso profeta», «un judío», «hijo del diablo, lleno de astucia y malicia, enemigo de toda justicia», y Pablo, «lleno del Espíritu Santo», le dejó ciego. Y Pedro envía al infierno, junto a su esposa Safira, al pobre Ananías porque no ha dado todo su dinero.<sup>80</sup>

Al no huir ante él unas muchachas que se estaban lavando en una ^ fuente ni bajarse las vestiduras que tenían arremangadas, Jacobo de Ni- "T sibus las maldijo e hizo que se convirtieran en viejas. No menos impresionantes son los castigos que impone san Apolonio. En la época del emperador «apóstata» Juliano, deja inmóviles a toda una reunión de paganos que celebraban un servicio religioso, «de modo que después de que hubieran sufrido bajo el calor insoportable, fueron quemados por los rayos del sol [...]». Este milagro con los malditos paganos -que por otro lado, como después los cristianos, llevaban sus «ídolos» en procesión por los campos «para pedir lluvia al cielo» (Rufino)- tuvo seguramente un gran valor simbólico y sirvió de predicción nada menos que de una alegórica matanza de los ortodoxos. Se parecía, escribe Jacques Lacarriére «demasiado a lo que más tarde se convirtió en realidad histórica para no ser simple y llanamente la expresión literaria de un deseo cristiano inconsciente». ¡Y quién sabe si eran inconscientes! Desde luego que no en el autor de la vida de san Pacomio. Cuando los adversarios querían impedir una de sus obras, apareció «de pronto un ángel del Señor y los quemó a todos».<sup>81</sup>

No siempre se destruyen «sólo» personas. En muchas historias de milagros se aniquilan y se hacen desaparecer sobre todo estatuas de dioses. Santo Tomás ordena a un demonio que hay en una imagen de dioses que la destruya en nombre de Jesucristo; «y se fundió como la cera». Con sus oraciones, Juan destruye en el templo de Artemisa de Éfeso más de siete figuras de dioses. Ante las plegarias de san Teodoro, obispo de Pafos, Dios accede y se derrumban las imágenes de los ídolos. En otra leyenda, una estatua de Juliano es destruida por un rayo o el ídolo de Afrodita en Gaza al paso de la cruz por el templo.<sup>82</sup> ;;;

San Maurilio, obispo de Angers (fallecido en 417), mediante un mila-^ gro punitivo -fuego del cielo- destruye un templo entero. Libera a un esclavo matando con sus oraciones al traficante. Pero después le resucita; después de todo no siempre había que castigar, aunque fuera de modo tan ^.. maravilloso. Pero un niño enfermo al que lleva su madre muere porque l<sup>ix</sup> Maurilio está diciendo misa y no puede interrumpirse el santo oficio. Se siente entonces culpable y toma la determinación de vivir en penitencia. En secreto viaja en barco hasta Inglaterra. Cuando está en alta mar, se le caen a las profundidades las llaves del tesoro de reliquias de su ciudad. Promete no regresar sin ellas. Mientras vive allí como jardinero, le siguen mensajeros de su obispado. Durante la travesía salta un enorme pez

a bordo y en su vientre encuentran las llaves perdidas del obispo. Le hallan en Inglaterra y entonces él vuelve, hace que durante la misa exhumen al niño muerto y en un instante le resucita. El santo obispo obra algunos otros milagros de este estilo. Todavía durante su entierro sana una enferma postrada en cama desde hace muchos años y dos ciegos vuelven a ver gracias a su intercesión.<sup>83</sup>

Desde el siglo v la literatura de santos prolifera en todo el orbe cristiano. Sólo el obispo san Gregorio de Tours informa, un siglo después, de más de doscientos milagros: más de cuarenta curaciones de paralíticos, más de treinta de ciegos, así como curaciones de poseídos y también varias resurrecciones. Bien educados y libres de prejuicios, tal como se era, se escribían incluso cartas a los santos y se colocaban, junto con una hoja para la respuesta, sobre sus tumbas o en un altar y al cabo de poco tiempo, oh milagro, se encontraba una nota del santo en caracteres terrenos. Con los ángeles se alterna con frecuencia. Las visiones, sobre todo las nocturnas, eran casi habituales.<sup>84</sup>

## Visiones como enjambres de abejas

La autenticidad de las visiones las considera garantizadas el catolicismo a través de las visiones del Antiguo y del Nuevo Testamento. Además, en cuanto a visiones, revelaciones y contemplaciones en el cristianismo, y hasta los tiempos modernos, no ha faltado de nada, ¡por todos lados! Por mucho que se hostilizaran unos contra otros, a menudo destrozándose, para el cielo era justo y se repartía entre todos. Pero naturalmente, las visiones del adversario no podían ser auténticas visiones. «Cuando afirman algo nuevo -dice Tertuliano de los valentinianos-, llaman a **su** impertinencia una revelación y a su ocurrencia una gratificación.» Ésta era, en efecto, la táctica de todos los cristianos.<sup>85</sup>

Pablo tiene sus famosas visiones, según ejemplos precisos de la historia de la religión, con paralelismos en Hornero, Sófocles y Virgilio, pero sobre todo con similitudes sorprendentes con *Las Bacantes* de Eurípides y en la leyenda de Heliodoro del Antiguo Testamento. A una conocida profetisa montañista se le aparece Cristo, adornado con ropajes brillantes y en forma de mujer, y deposita en ella «la sabiduría». Al valentiniano Marco se le presenta, asimismo con forma femenina, la suprema tetralogía surgiendo de lugares invisibles e innombrables y le revela, algo que no ha mostrado antes a dioses ni a hombres, su propio ser y el origen del universo.<sup>86</sup>

En especial a los ascetas, las visiones les venían como abejas de un enjambre. La demente mortificación con la que maltrataban el espíritu y el cuerpo, el ayuno permanente, la vigilia, el delirio visionario estimula-

do por la desnutrición, todo ello en medio de una soledad a veces terrible, les hace ya de entrada proclives a las «apariciones». Cuanto más autotorturas y luchas con los demonios, tantas más alucinaciones, visiones y audiciones y menos sentido para el resto del mundo.

San Antonio, tan asceta que ni se lava ni se baña tiene tal contacto permanente con las fuerzas supraterráneas y subterráneas, que percibe las famosas «voces de arriba» como nosotros la radio, sin irritación, pues está «habitado a que le hablen de este modo». Y a las audiciones se añaden visiones. Una vez, todo tipo de gentuza infame por el aire pone en peligro su propia ascensión al cielo. Otra vez ve cómo un terrible demonio que llega hasta las nubes intenta detener a otras almas (aladas) que ascienden; pero el diablo no puede «vencer a los que no le han escuchado». Mucho de la famosa y sospechosa vida de Antonio, de la pluma del santo falsificador Atanasio -«una pieza de la literatura universal» (Staats), «uno de los libros más influyentes de todos los tiempos» (Momigliano), probablemente el cuento de santos con mayor éxito-, reaparece en otras vidas de santos, también visionarios. Igual que por ejemplo Antonio ve ascender al cielo el alma del monje Amun cuando éste muere, lo mismo el abad san Benito ve el alma de su hermana al morir, que asciende al cielo en forma de una paloma. Aquella mamarrachada literaria del patriarca de Alejandría se convirtió en *el* bestseller cristiano del siglo iv y embruteció a la humanidad como ninguna otra hasta la fecha.<sup>87</sup>

También Pacomio, el fundador de los cenobios monacales, ve la ascensión a los cielos de un justo y el viaje al infierno de un pecador, cuya alma (negra) arrastran dos ángeles inmisericordes con ayuda de un gancho que fijan a su boca, subiéndole después sobre un «corcel negro». Aunque así de realista y dictatorial este fundador de ocho monasterios para hombres y dos para mujeres, creador asimismo de una escuela de reglas monacales, era también una «figura aquilina, que con sus alas espirituales volaba hacia lo más alto», un hombre «que hablaba con los ángeles», una «experiencia estremecedora» (Nigg). Por doquier le provocan Satanás y sus acólitos. Aullan a su alrededor como perros, escucha las conversaciones de los malos espíritus, ve en alucinaciones también a una hija de Belcebú, una maravillosa mujer, y se le revelan el cielo y el infierno con todos sus detalles magníficos y terribles cada uno de ellos. En resumen, todo lo que hay alrededor de Pacomio está lleno de diablos y demomas, el aire, el desierto, e incluso la punta de los dedos de los poseídos, pero sobre todo, naturalmente, su propia cabeza cristiana. Puesto que mientras que el celebrado fundador de monasterios organiza sabiamente y manda con dureza, al mismo tiempo le hierve el cráneo, al menos así parece, de «metafísica» y de visiones de ángeles y de demonios.<sup>88</sup>

También aparecen de vez en cuando los papas. Así, el papa san Félix III (483-492) se aparecería a su nieta santa Tarsila; al menos es lo que

cuenta el papa san Gregorio I Magno, biznieto de san Félix y a su vez, como es fácil de entender, un gran taumaturgo. Y era también cotidiano que los mártires se mostraran a los peregrinos en sus tumbas. Agustín -en directa contradicción con un sínodo de la Iglesia norteafricana- está convencido de la autenticidad de estos eventos y expone por escrito de manera muy amplia sus posibilidades y tipos.<sup>89</sup>

María se aparece infinidad de veces, aunque por lo general en épocas posteriores, cuando los católicos comenzaron a descubrirla por así decirlo. En el Nuevo Testamento sólo muy raras veces se la menciona, y siempre sin una participación especial. Su culto no está reconocido todavía de modo oficial en el siglo iv y es más costumbre adorar a mártires y ascetas que a ella. Todavía en el siglo v, en los tiempos de Agustín, se desconocen las fiestas marianas en África. Mientras que en todo el Imperio hay cientos de iglesias dedicadas a los Santos, no hay todavía ni una sola a María.

. Con todo, María se presenta ya a Gregorio Taumaturgo, fallecido en 270, aunque no es hasta finales del siglo iv cuando lo relata san Gregorio de Nisa, uno de sus cuatro biógrafos. Una noche, mientras medita en difíciles problemas de fe, aparece ante él un anciano: el evangelista Juan. Tranquiliza a Gregorio y señala hacia la otra esquina: allí está santa María, una mujer de majestad sobrehumana. Informa a Gregorio y le explica todo perfectamente. «Después de una conversación franca y clara -relata el Padre de la Iglesia Gregorio de Nisa cien años después-desapareció.»

Gregorio Taumaturgo era obispo de Neocesarea, donde, cuando se hizo cargo de la sede, sólo había 17 cristianos y cuando murió, sólo 17 paganos; es decir, hizo una ciudad cristiana de una pagana y seguramente con ayuda de sus milagros, de donde recibió el sobrenombre. Los milagros favorecen la evangelización. En una esquina el evangelista, en otra la santa Virgen, entre ellos el taumaturgo, ¿qué puede salir mal?

Además, siempre que hay problemas hay también visiones marianas, que aunque, según un moderno teólogo, se caracterizan «porque en su mayoría se sustraen a los requisitos de un análisis crítico, el hecho que les da fe es que» -y esto lo recalca, para manifestar todo su cinismo- «producen lo que anuncian».<sup>90</sup>

También a san Martín, además del diablo y de todo tipo de espíritus malignos, se le persona María repetidas veces. Martín trató igualmente con otras personalidades celestiales, con Pablo, Pedro, Inés, Tecla. Su biógrafo señala a este respecto que a muchos les puede parecer increíble. «Pero Cristo es mi testigo de que no miento.» Y el abad Schenute, un gran bandido y asesino ante el Señor, tuvo encuentros con David y Jeremías, con Elías y Elisa, con Juan el Bautista y con Cristo.<sup>91</sup>

Con ello, por supuesto, nos hallamos más que inmersos en el ámbito

de lo legendario -aunque, en el fondo, eso pasa ya con el Antiguo Testamento y también con el Nuevo, especialmente con los evangelios- pero hay, no obstante, razones más que suficientes para la existencia de otro género especial de leyenda, de embuste con halo de santidad, de poesía devocional y, sobre todo, de hagiografías, de vidas de santos.

### **La leyenda, «el alimento espiritual del pueblo», o «grandes, desvergonzados, repugnantes, graves y solemnes embustes papistas»**

En lugar de los «apócrifos» cada vez más endiablados y arrinconados, aparecieron en la Iglesia antigua devocionarios populares, textos recreativos muy apreciados y leyendas puras, y aparecieron novelas triviales, una literatura aparentemente observada a distancia por el clero, pero en su conjunto secretamente favorecida, cada vez más increíble pero al mismo tiempo gozando de gran credibilidad, que «adquirió una gran importancia histórica», que se convirtió efectivamente en «el alimento espiritual del pueblo» (Bardenhewer, católico).<sup>92</sup>

Etimológicamente la palabra procede de *legenda* («lo que ha de leerse»). En principio es aquello que ha de leerse al pueblo en los servicios religiosos del *Lectionarium* o del *Epistolarium*. Más tarde se entienden bajo ese término todos los relatos sobre la vida de los santos católicos. En el siglo vi se cristianizó todo el sistema antiguo de leyendas y el santo se convirtió en su nuevo portador. Desde comienzos de la Edad Media son lectura obligada para los clérigos textos de las historias de los santos que corresponden al día, y estas historias de santos se convierte en «*legenda*». Aunque también se habla de la «*vita*» o, en el caso de los mártires, de la «*paño*».<sup>93</sup>

El poco honroso final del papa Juan I bajo el rey Teodorico resulta visiblemente glorificado por la leyenda católica. Cuando se precipitan sobre el lecho de muerte del papa los senadores y el pueblo para obtener sus reliquias y romper sus vestiduras, se produce una curación milagrosa. Durante el entierro tiene lugar un nuevo milagro. Después crecen los milagros, como relata el papa Gregorio I a finales del siglo, milagros que Juan realiza ya en vida, como durante su viaje a Constantinopla, donde también devuelve la vista a un ciego. «La creencia en los testimonios de milagros de personas vivas y otras recién fallecidas [...] surgió ahora en una época de una nueva espiritualidad naciente, que se aleja cada vez más del brillo intelectual de la Antigüedad, con fuerza y a la luz pública» (Gaspar).<sup>94</sup>

Según se anota en el diccionario de la Iglesia católica de Wetzer/Weltes, los relatos de la vida de los santos cristianos presentan en el siglo u

«los hechos más curiosos», poco a poco van haciéndose más extensos, legendarios, llenos de embustes. Su misión principal, que según la citada obra incluyen «una presentación noble y real de los grandes caracteres de los santos» y «consecuencias rectas», era «despertar en el pueblo los sentimientos y sensaciones más nobles y santos y ponerle así ante los ojos de la manera más variada el poder y la grandeza del cristianismo en los distintos santos». Y el *Lexikon für Theologie und Kirche*, más reciente; confiesa: «La tendencia de las leyendas de la época protocristiana y durante toda la Edad Media es la fundación religiosa [...]. A finales de la Edad Media la leyenda gozaba de gran predilección y era un medio poderoso de la educación religiosa del pueblo, reconocido hoy de manera general en su importancia para la historia de la Iglesia, de la cultura y del arte y para la investigación lingüística, mientras que el enciclopedismo la despreciaba como "engaño de curas"» (A. Zimmermann), en lo que tenía toda la razón.<sup>95</sup>

Mediante estos relatos inventados, pero presentados como historia, se influyó sobre las masas, probablemente más que con todos los restantes «bienes de la fe». «A partir de la leyenda los santos entraron a formar parte de la vida afectiva del pueblo» (Schauerte, católico). Las leyendas fueron un «factor educativo» muy importante (Günter) y en el catolicismo lo han seguido siendo hasta la época moderna, e incluso en muchas regiones hasta la actualidad. En el resto de la cristiandad tuvieron validez hasta la Reforma; hasta que Lutero habló del «embuste» y en 1562 el predicador de la corte del Palatinado Jerónimo Rauscher plasmó sobre el papel una antología de título mucho más agresivo: «Cien grandes, desvergonzados, repugnantes, graves y solemnes embustes papistas seleccionados».<sup>96</sup>

Muchas de estas falsificaciones recuerdan en su modo de representación a las novelas paganas. No obstante el juicio habitual es indiscutible, o mejor, el pretexto frecuente, por no decir la mentira estándar de los apologistas católicos, de que la literatura novelística cristiana no quería ofrecer historia, que los creyentes consideraban tales producciones como literatura piadosa. Pero estos libros no querían ser una invención artística, ni deseaban servir de entretenimiento sino de instrucción, de propaganda y de misión, eran una literatura teológica tendenciosa. Y lo mismo que los judíos, los cristianos consideraron históricamente verdaderas tales ficciones, pues durante toda la Antigüedad apenas se distinguió entre novela histórica e historia. No obstante, todos los autores de la Iglesia han considerado tales textos «como testimonios históricos y basándose en su contenido los han juzgado como auténticos -cuando concuerdan con la doctrina- o como falsos en caso contrario» (Speyer).<sup>97</sup>

Las leyendas, pues, eran todo menos inofensivas. Estas glorificaciones e inventos falsos e impertinentes eran propaganda católica, escritos

con la intención de que se les creyera. Eran un medio de fortalecimiento y conversión, «testimonios de fe». Y se les creyó, en ningún caso se les tomó por una mentira «piadosa». ¡Entonces habrían fallado en su objetivo! No, a lo largo de los siglos, durante toda la Antigüedad, toda la Edad Media y más tarde también, con las leyendas se hizo historia, no sólo una historia de la fe sino también una historia política, algo que siempre ha estado interrelacionado, con las leyendas se hizo historia en no menor medida que con la espada. Y tanto más por cuanto que, gracias a la educación católica, la Edad Media «no distinguía entre leyenda e historia» (Günter). Un jesuita moderno escribe que las «leyendas son creídas y actúan decisivamente (!) para incrementar la fuerza de atracción y la confianza». «Muchos aceptaban sin inconvenientes (!) como verdadero cualquier (!) relato que leían en las obras de escritores célebres» (Beisel). Si esto valía para las personas formadas ¿que sucedía entonces con la gran masa de cristianos analfabetos? ¿Se les podía engañar con todo, y así se hizo!<sup>98</sup>

Pero al contrario de lo que suele creerse, las leyendas, durante siglos, hasta finales de la Edad Media, no surgieron del pueblo sino que fue el clero el que las creó para el pueblo, aparecieron en especial en los monasterios y en las sedes episcopales, allí donde mejor provecho se las podía sacar. Pues, si prescindimos de esas historietas de milagros, nada había con lo que aleccionar o impresionar a la masa de los creyentes, de no ser con las cámaras de tortura o con la hoguera. Que se falsificara por puro afán de lucro o que «de buena fe», para mayor honor del Señor o de un santo, se redactara todo tipo de «*miracula*» y «*virtutes*», de hecho da igual para sus consecuencias y es de lo que aquí se trata. El embuste de los milagros en las leyendas de los santos, que comienza en el cristianismo con el Nuevo Testamento aunque ya se daba en el Antiguo, ha debido proporcionar a la Iglesia más oro y poder que todas las incontables falsificaciones que se hicieron *sólo* por codicia. La creencia en la autoridad «superó todos los arranques críticos» (Günter).<sup>99</sup>

El mayor de los evangelistas previene ya contra los falsos profetas, que «hacen prodigios y milagros para confundir como sea posible a los elegidos». Más tarde, arrianos y católicos se acusarían mutuamente de fraude en los milagros. También en los exorcismos los adversarios en el Señor se acusaban de engaño. Conforme -a la práctica habitual de sacerdotes y magos, también el cristianismo en el siglo n, y más aún en el m, comenzó realmente con la falsificación de los milagros, alcanzando unas enormes proporciones en la Edad Media y llegando hasta la época moderna, tanto en los círculos gnósticos como en la Iglesia católica. Entre los tipos del «mago» y del «sacerdote» hay toda una serie de puntos comunes.<sup>100</sup>

Debemos una alusión muy significativa a san Epifanio, arzobispo de Salamis, en Chipre, un Padre de la Iglesia de gran celo pero, sin que na-

die lo discuta, de escaso intelecto. Epifanio relata que «en muchos lugares» se repite el milagro de las bodas de Cana, la conversión del agua en vino, «hasta el día de hoy [...] para testimonio de los incrédulos», como demostraban «en muchos lugares las fuentes y los ríos» en el aniversario de esa boda. Se entiende de por sí que Epifanio debió beber vino de una de esas fuentes, lo mismo que su comunidad (de otra). Sin embargo, ese aniversario tiene lugar en la liturgia protocristiana el 6 de enero, la misma fecha de una festividad de Dionisos, que medio milenio antes que Jesucristo realizó la milagrosa conversión del agua en vino, como atestigua Eurípides (hacia 480-406), evidenciando que los sacerdotes cristianos continuaron con el engaño de los de Dionisos, entre otras cosas, ocupando los restos del templo de este último.<sup>101</sup>

Es evidente que incluso los santos más famosos del catolicismo participaron de estas prácticas de timadores, sobre todo cuando comenzó una cierta desaparición paulatina de los milagros.

San Ambrosio resucitó al hijo de un distinguido florentino y llevó a cabo una serie de maravillosos descubrimientos de osamentas de santos mártires, siniestras obras de arte pero en el fondo muy significativas. Los arrianos le acusaron de escenificar las curaciones de poseídos.<sup>102</sup>

Agustín opina que los milagros, si bien ya no tanto como antes, todavía siguen siendo frecuentes; en cuanto a los de los paganos, los realiza, naturalmente, el diablo. Agustín anima a los obispos vecinos a prestar atención a todos los fenómenos milagrosos, escribirlos y aprovecharlos apologeticamente y con fines misioneros. Él mismo así lo hace, y creó un «índice de milagros» (*Libellus Miraculorum*), que sólo entre los años 424 y 426 documentó setenta prodigios; hoy no lo hay ni en Lourdes. El último capítulo de su obra principal, *De civitate Dei*, alardea también de veinticinco milagros edificantes, en parte presenciados por él mismo, cuya escala oscila entre una curación de hemorroides y una resurrección. Sólo los huesos de san Esteban, hallados por un milagro -una revelación en sueños al sacerdote Luciano-, hicieron resucitar en Hipona a cinco muertos, que fueron trasladados solemnemente a la parroquia de Agustín.<sup>103</sup>

## **Desde el «miraculum sigillum mendacii» hasta los apologistas católicos**

En el primer milenio, muchos santos «fueron canonizados simplemente por acuerdo general del pueblo» (Naegle). Pero la falta de sentido crítico aumentó tanto en el curso del tiempo que los papas se reservaron el derecho de nombrar santos. Esto no significa desde luego que actuaran con sentido crítico. Esperar aquí una autocrítica sería el sumo de lo gro-

tesco en un área en que todo es grotesco. Por ejemplo, el hecho de que todavía, o incluso de nuevo hoy, autores de valía (como Canetti o Ciqran) sólo con respetuoso temor puedan pronunciar la palabra «santo», aunque detrás casi siempre se oculte lo peor; y cuanto más brillante la aureola alrededor de lo criminal, tanto más terrible es. Si se considera la influencia destructiva de todas estas «vidas de santos» sobre la educación de la sociedad humana en provecho (¡no sólo!) de los jarcas romanos, no suena simplemente a sarcasmo la afirmación del papa Pío XI -¡el promotor decisivo del fascismo en todas sus variantes!- en una circular del 31 de diciembre de 1929 sobre la educación cristiana de la juventud: «Los santos han alcanzado en grado sumo la meta de la educación cristiana y han ennoblecido y agraciado con ello a la comunidad humana con todo tipo de bienes. Los santos han sido, son y seguirán siendo los máximos benefactores y los ejemplos más perfectos de sociedad humana, para todas las, clases y profesiones, para todas las situaciones y edades».<sup>104</sup> :

Tras haber considerado en los párrafos anteriores de una manera extensa el *miraculum sigillum mendacii*, como gustaba de decir Schopenhauer, es de confiar que no habrá nadie que espere que tratemos ahora el *mirum quoad nos*, el *mirum in se*, el milagro absoluto y relativo, el milagro sustancial (*quoad substantiam*) y el modal (*quoad modum*), el sobrenatural (*supra naturam*), el contranatural (*contra naturam*), el extranatural (*praeter naturam*), el cosmológico, antropológico, histórico, el natural y el espiritual, el intelectual y moral, etc. Tendríamos que estar más locos que aquellos que hace casi dos mil años, o simplemente hace doscientos años, se los creyeron o que quizá siguen creyéndolos. (Creo que hay muchas cosas posibles que ni se imagina nuestra ciencia escolar, pero en lo que no creo es en la imbecilidad convencida.) Increíble que todavía un Ludwig Feuerbach se haya tomado tan en serio el milagro como tal y lo haya desarticulado. Louis Büchner se sorprendía al respecto y le parecía «extraordinario cómo una cabeza tan clara e inteligente [...] consideraba necesaria tanta dialéctica para refutar los milagros cristianos».<sup>105</sup>

¡Como si la crítica a los milagros no hubiera hecho nada! Spinoza, por caso, que según una frase famosa afirmaba que la demostración de una religión mediante milagros no significa más que «querer aclarar una cosa oscura mediante otra más oscura». Bayle, que considera que la esencia del milagro radica en la fe en el milagro, muy acertadamente define: «Cuanto más se opone un milagro a la razón, tanto mejor satisface el concepto de milagro». Lessing, para el que las verdades históricas casuales no pueden ser nunca la demostración de necesarias verdades de la razón, escribió que «una cosa son los milagros que puedo ver con mis propios ojos y que tengo ocasión de verificar, y otra cosa distinta son los milagros de los que sólo sé históricamente que otros debieron ver y verificar. Los relatos de milagros no son milagros».<sup>106</sup>

Naturalmente, hay que incluir aquí también a Voltaire y Hume. En los siglos XIX y XX incluso los teólogos (evangélicos) renuncian al milagro. Fue la «convicción más plena» de Schieiermacher la de que «todo en la totalidad de las relaciones de la naturaleza está totalmente condicionado y fundamentado». Fue también la convicción de Hamack la de que «no puede haber ningún milagro que rompa el equilibrio de la naturaleza». «Todo milagro -escribe Harnack- permanece históricamente pleno de dudas, y la suma de las incertidumbres no conduce nunca a la certeza.» También para el teólogo Buitmann un milagro era una exigencia incumplible para la persona pues es imposible imaginárselo como suceso *contra naturam*.<sup>w</sup>

Pero ¿no ha aniquilado la física cuántica esta argumentación? ¿No son desde entonces totalmente distintas las leyes de la naturaleza? ¿Desde que Werner Heisenberg no las explicara como una imagen de la naturaleza sino como una imagen de nuestra relación con la naturaleza? ¿Desde que su «refutación definitiva del principio de causalidad» en la física cuántica no considerara ya (como la mecánica clásica) a las leyes naturales como leyes deterministas, sino como leyes estadísticas? ¡Ah, qué ocasión para los apologistas de aprovechar teológicamente el indeterminismo de la mecánica cuántica! ¡Y qué equivocación! La macrofísica no refuta la teoría clásica sino que la confirma. El protestante Sigurd Daecke, incluso Pascual Jordán, al que se remitían todos los teólogos que querían salvar el milagro, admite «que en el dominio visible todos los sucesos están sometidos a las leyes de la naturaleza, y por leyes puramente estadísticas en el ámbito subatómico no intentan postular la posibilidad del milagro».<sup>108</sup>

Por lo demás, yo no afirmo en absoluto, pues soy muy circunspecto con las afirmaciones que no se puedan demostrar irrefragablemente: los milagros son imposibles. Pero también digo con el teólogo Renán que: «Hasta ahora no se ha constatado ningún milagro». Al menos no hay ni un solo milagro testimoniado de manera absolutamente segura, que no sea impugnable bajo ningún sentido. Testificado por suficientes personas, suficientemente críticas y suficientemente honradas.<sup>109</sup>

¿Para qué el milagro?

En sus *Respuestas a las objeciones contra la religión*, Monseigneur von Segur escribe que Dios hace milagros precisamente «para demostrar que Él es el Señor del mundo». Pero ¿por qué no hace entonces milagros mucho mayores, incuestionables, convincentes para todos en lugar de los que sólo satisfacen a sus seguidores, en lugar de milagros tan pequeños o en épocas pretéritas tan grandes que escapan a todo control? ¿O los necesitan las religiones y sus sacerdotes? ¿Serían sus dogmas lo suficientemente convincentes, requerirían todavía milagros? ¿Por qué es la fe tan poco convincente en sí misma que Dios elige estos rodeos? ¿Por

qué habría «de demostrar [...] la divinidad de la religión a partir de hechos empíricos, insuficientes» (Schelling)? ¿No podría haber creado religiones más claras y evidentes, no podría haber convencido él, el Todopoderoso, de manera más sencilla a los hombres? El barón Von Holbach escribe que sólo tenía que querer que estuvieran convencidos y lo estarían. Sólo necesitaba, y necesita, «mostrarles cosas claras, patentes y demostrativas y quedarán convencidos por la evidencia; para ello no necesita de milagros ni de traductores».<sup>110</sup>

Pero tales ataques no les preocupan a los católicos. Allí donde la lógica no concuerda, donde no cuadran las cuentas, sacan la «impenetrabilidad de Dios» y replican con el reproche del «racionalismo» (rara vez sin el calificativo de «banal»), mientras que en ellos todo es «profundo» y «verdadero». De este modo tampoco les perturba la pregunta de Diderot de por qué los milagros de Jesús son verdad y no los de Esculapio, de Apolonio de Tiana o de Mahoma. Su respuesta es simple: los milagros de Jesús son verdaderos porque son sus milagros y en ellos se basa la Iglesia católica. Los milagros de los demás no son verdaderos porque son de los otros y el catolicismo no los puede utilizar. Con su «reconocimientos» desvalorarían los propios. Por lo tanto se distingue entre «milagro» y «milagro aparente», siendo los primeros los auténticos, los del propio bando, y los segundos, o falsos milagros, son siempre los de los otros. No hay milagros fuera del cristianismo, y aquí, únicamente dentro de la Iglesia cristiana católica. Sólo sus milagros son verdaderos, son «milagros de Dios a diferencia de los milagros falsos y mentirosos como acciones extraordinarias de Satanás y de sus portavoces» (véase Schmid). Estos «milagros aparentes» no son «hechos *históricos*», o si lo son, únicamente «*embustes*» y «*resultados naturales*» (Specht/Bauer). Esto rige en general también para los milagros de los «herejes» cristianos. En efecto, con la «herejía» se produce tanto menos un «milagro real» «cuanto más se está alejado de la verdad» (Fas sbinder).<sup>111</sup>

¿Podemos deducir, siguiendo esta lógica, que cuanto menos se aleja una «herejía» de la verdad tanto más existe un «milagro real»?

Como siempre, el teólogo católico Zwettier considera los milagros de Buda o de Krischna «con tanto adorno fantasioso que ya desde un principio no pueden tener credibilidad»; y no obstante, millones de budistas y de hindúes creen en ellos lo mismo que los cristianos en la Biblia. Aunque el católico Brunsmann admite que la personalidad de Buda es «inmaculada en el aspecto moral», sus milagros le parecen (también a él) «en gran parte tan fantásticos que nos recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches*». Que «no son más que creaciones de la fantasía humana es algo que no necesita de ninguna demostración». En el caso de los milagros de Esculapio y de Sarapis «no podemos albergar duda alguna de que están relacionados con los poderes satánicos». Gran parte de los milagros de

Apolonio de Tiana pertenecen «necesariamente al reino de la fábula». Por el contrario, algunas cosas le parecen «corresponder a la verdad», como los exorcismos, la repentina eliminación de la peste en Efeso, etc. Con todo, también este hombre obró «sus "milagros" en alianza con los demonios», que el católico ve confirmado por el hecho de que Apolonio «considera como su misión en la vida *promover el culto de los dioses paganos*». Por lo que respecta a la extraordinaria frecuencia de los milagros «herejes» está claro que «ni uno solo de estos "milagros" señala una causa divina». Allí donde Brunsmann no ve «*sugestión*», como en el jansenismo, «hay que suponer influencias diabólicas».<sup>112</sup>

Por consiguiente, cuando los milagros de los no católicos no son milagros aparentes, lo son del diablo. Es algo que ya sabían los antiguos teólogos. Según san Justino, sus adversarios hacían milagros con ayuda de espíritus malignos. Conforme a Ireneo, los enemigos de los cristianos experimentaban de manera ultrajante, invocaban a los ángeles, utilizaban sortilegios y conjuros. Simplemente querían atraer a su lado a los hombres, algo por completo distinto de lo que fue y es entre los católicos. Igualmente, para Agustín -que anota todos los informes de prodigios y los lee a sus ovejas- los milagros fuera de la Iglesia católica, sobre todo los de los paganos, son sólo prácticas depravadas, sucias purgaciones, engaño, todo es «un artificio de demonios embaucadores», mientras que los propios «suceden a través de los ángeles o por mediación de la fuerza divina» y no hay que hacer caso de «quienes discuten que el Dios invisible hace milagros visibles».<sup>113</sup>

Tampoco puede renunciarse hoy a los milagros, por increíbles que puedan parecer incluso a amplios círculos; no sólo porque se les ha aseverado desde siempre, sino porque en el catolicismo son la demostración del Dios (por motivos comprensibles) invisible y la revelación divina, y la revelación divina y el Dios invisible son la demostración de la autenticidad de los milagros. Dicho con otras palabras: que los milagros de Jesús son verdaderos y auténticos lo demuestra su narración en la Biblia y la divinidad de la Biblia queda demostrada por esos milagros. No hay nada que añadir. Salvo un último, decisivo e infalible criterio: el «fin». Todo milagro verdadero (a diferencia de los diabólicos) sirve para «*un buen fin determinado*». Así lo afirma el católico Brunsmann con triple imprimátur eclesiástico. Y el buen fin determinado es siempre el mismo: el provecho de la Iglesia católica. Si le sirve, la cuestión va bien, en caso contrario, no.<sup>114</sup>

## EL ENGAÑO DE LAS RELIQUIAS

«Espero haber aclarado con lo anterior que la esencia general del culto a las reliquias cristiano y del de la Antigüedad es la misma.»

FRIEDRICH PFISTER<sup>115</sup>

«Debido sobre todo a las cruzadas, Tierra Santa y el Oriente cristiano fueron descubiertos para Occidente como una cámara de los tesoros de reliquias.»

LEXIKON FÜR THEOLOGIE UND KIRCHE<sup>n6</sup>

«Es evidente que en la adquisición de estos tesoros sucedieron cosas que caen dentro del campo de lo criminal. No fueron raros la venta y el robo de las reliquias.»

BERNHARD KÖTTING<sup>117</sup>

Lo mismo qué no hay nada nuevo en el cristianismo, tampoco lo es el culto a las reliquias, que se considera como una parte del culto de los mártires y santos a sus «restos» (latín: *reliquiae*), y que desempeña un importante papel en la vida de la fe cristiana durante dos milenios.

Ya había reliquias de dioses y de héroes. Los «primitivos» guardaban restos de personas especialmente fuertes, de parientes, jefes, guerreros, enemigos, como por ejemplo los cráneos en la caza de cabezas. O bien se llevaban esos restos como amuletos. La adoración de las reliquias se basa en la creencia de que en los héroes, profetas, redentores y santos actúa una fuerza especial que se mantiene activa después de la muerte.<sup>118</sup>

El culto a las reliquias está extendido en algunas de las grandes religiones precristianas.

En el hinduismo sólo algunas sectas tienen reliquias, como sucede con los radhasvamis, que guardan la osamenta de antiguos gurús, o los kabispanthis, que conservan las zapatillas de su maestro. En el jainismo y en el budismo, por el contrario, este culto experimenta un gran desarrollo. De los santos budistas se veneran los restos corporales (*sharirikd*) y los objetos de uso (*paribhogika*). Las cenizas de Buda se distribuyeron entre sus seguidores, lo mismo que se haría después con muchos de los santos cristianos, y en numerosas localidades de la India se mostraron sus dientes, cabellos, la vara y el colador, así como reliquias de sus discípulos. Todavía hoy se conserva en Kandy, Ceilán, un diente de Buda (de 5 cm de largo), y en la pagoda Shve-Dagon de Rangún (Birmania) poseen ocho pelos de Gutama y el legado de su antecesor mítico. (Varias mezquitas conservan en botellas de vidrio pelos de la barba de Mahoma.) En el budismo chino se guardan huesos santos juntos a una gran cantidad de otras cosas, hasta diminutas partículas de cadáveres.<sup>119</sup>

El judaísmo no conoce el culto a las reliquias. ¿Cómo, si no, podría haberse desarrollado en un pueblo que en sus Sagradas Escrituras, 4 Mos. 19, 11, afirma: «Quien toque a persona muerta, será impuro durante siete días»? En efecto, el que no se purifique al tercero y al séptimo días, quien haga «impura la casa del SEÑOR», «deberá ser arrancado de Israel». Eso no es obstáculo para que la teología católica, lo mismo que muchos otros

cristianos, encuentre también en el Antiguo Testamento ese culto a las reliquias, como en el pasaje: «Enterraron los restos de José, que los hijos de Israel habían traído de Egipto [...]». O: «Sus restos [los de los justos] reverdecerán en su localidad».<sup>120</sup>

La magia cristiana de las reliquias tiene tan poco que ver con el judaísmo como con Jesús y sus apóstoles. Por el contrario, existen llamativas coincidencias con el culto pagano.

### **El culto cristiano a las reliquias se limita a proseguir el culto a los héroes de los griegos**

Los héroes eran para los griegos campeones de la época primigenia, los vencedores en las batallas, en las competiciones, eran príncipes, reyes, en su mayoría figuras míticas, pero a los que de modo casi general se consideraba hombres reales. Se les atribuía la fundación de los templos y de las ciudades, de todas las construcciones importantes; las familias nobles entroncaban en ellos sus árboles genealógicos; Homero los ensalzó y por doquier se creía poseer sus reliquias. Puesto que se conocían las tumbas de los dioses, de Zeus, Urano, Dioniso, Apolo, etc., se conocían y veneraban naturalmente también toda una serie de monumentos de héroes, tumbas rodeadas de leyenda, fuentes, árboles, rocas, cuevas, que los guías mostraban a los visitantes.<sup>121</sup>

Pero había también héroes entre las personas históricas. Al fin y al cabo hacía tiempo que se había divinizado a muchos seres humanos: por ejemplo Filipo, el padre de Alejandro Magno, o Hefestión, el amigo de la juventud de este último; desde hacía mucho se practicaba la veneración divina, al mismo Alejandro, a Demetrios, a Políorctes y más tarde también a los emperadores romanos. De este modo, el antiguo culto a los héroes veneró en Gela, en Sicilia, al poeta Esquilo, en Eggesta al olímpico Filipo, a los tiranos sicilianos Gelon en Siracusa, Hieron en Catana y Theron en Akragas. A Dion, de Siracusa, se le divinizó en vida cuando entró triunfante tras libertar su ciudad natal.<sup>122</sup>

Las reliquias de los héroes solían guardarse en la tumba, que a menudo era el único lugar sagrado, contándose éstos por centenares. Lo mismo que harían más tarde los cristianos con sus santos, los griegos enterraron los restos de sus héroes en lugares destacados, como por ejemplo el centro de una ciudad, aunque normalmente no se enterraban allí los muertos por motivos de salubridad. Y aunque esto tampoco estaba permitido en los santuarios, los héroes fueron una excepción y muchos templos contaban con tumbas de héroes, la mayoría de figuras míticas pero asimismo algunas históricas.<sup>123</sup>

Sin embargo, el culto a las reliquias corporales en la Antigüedad pa-

gana fue casi siempre un culto a los sepulcros y sólo de modo excepcional se conservaron restos mortales de héroes en un relicario, fuera de la tumba, como por ejemplo en Creta en el caso de Europa. Las osamentas de Pélope en Olimpia y de Tántalo en Argos reposaban en un cofre de bronce. Los fragmentos de reliquia se guardaban por lo general en la tumba. Lo mismo que el culto a los héroes, el culto cristiano a las reliquias estuvo destinado al principio a los sepulcros. Los cristianos enterraban en un sepulcro a los mártires del siglo i y allí se les adoraba. Sin tumbas de mártires no había ningún culto. Como en el caso de los paganos, entre los cristianos el depósito de las reliquias fue primero el féretro. Se encontraba en la tumba o bien situado de modo visible en la cueva, donde lo mismo que con los héroes paganos se les podía ver y tocar. Incluso la siguiente fase en este culto a las reliquias, la elevación del féretro y su exposición a la misma altura que el altar, existió también en Thera. Igualmente sucedía con el traslado de las reliquias en procesión, siendo un caso singular el culto a Europa, que en Creta se veneraba como Helotis. El adorno externo de las tumbas de los mártires se parecía también a los héroes de la época tardía.<sup>124</sup>

El traslado de reliquias, sobre todo de las míticas, estaba muy extendido entre los griegos, aunque hubo también casos históricos, como el de Alejandro Magno, cuyo cadáver embalsamado, colocado en el interior de un sarcófago de oro y recubierto de una alfombra púrpura con oro entretrejido, estuvo casi dos años en Babilonia antes de que fuera llevado a Siria, en el año 321, en un carruaje tirado por 64 muías y con un gran séquito y fuera enterrado primero en Menfis y después en Alejandría.<sup>125</sup>

Lo mismo que por diversos motivos se llevaban las reliquias de los santos de un lugar a otro, como medio protector y remedio tanto en la vida como en la muerte, y muchas veces también como ayuda en la guerra, los traslados de reliquias entre los paganos solían hacerse con un fin determinado, por lo general después de consultar al oráculo de Delfos: tras llevar el esqueleto de Orestes a Esparta, ésta volvió a dominar en la guerra. De manera similar, en su lucha contra los «bárbaros» los atenienses se ayudaron del omóplato de Pélope. Y lo mismo que sucedía muchas veces entre los cristianos, los traslados de los griegos solían hacerse en secreto, con artimañas o con violencia. Igual que en las leyendas los santos se oponen a veces a su traslado, también los héroes se resisten a veces al cambio de lugar.<sup>126</sup>

A los héroes, lo mismo que a los santos, no se les homenajeaba de forma altruista, pero la ayuda que se esperaba de ellos no dependía de la veneración a que se sometía la tumba. Había, desde luego, infinidad de héroes sin reliquias pues eran libres y podían actuar por doquier, podían hacerlo allí donde se solicitaba su ayuda y se hacía el sacrificio. Se imploraba su apoyo sobre todo en la lucha y en la guerra. Pero su eficacia

iba más alia de estos campos y ayudaban también contra la peste y el hambre, como Héctor, Hesiodo o el omóplato de Pélope. Había asimismo tumbas de héroes que eran un lugar permanente de curaciones o vaticinios, como la de Macaón en Gerenia, así como héroes a los que se acudía en ciertas ocasiones y con determinados fines, a los que iban por ejemplo los enamorados o los esclavos liberados; el Teseion de Atenas era considerado asilo para los fugitivos. Como se sabe, tales especificaciones existen también hoy en el catolicismo. Por último, en las tumbas de los héroes se producían asimismo milagros y apariciones; en efecto, la actividad de aquéllos era «tan diversa» como la de los santos *cristianos* (Pfister). Y otro tanto allí como aquí: cuanto mejor los resultados tanto mayor el círculo de los adoradores.<sup>127</sup>

Como demuestran multitud de tumbas, las festividades de los héroes se celebraban todos los años con himnos y discursos en prosa, igual que a los santos se les celebra en sus festividades con cantos y sermones; las procesiones eran allí tan frecuentes como con éstos. En el culto a los héroes y a los santos se han acuñado muchas veces sus imágenes en las monedas, si bien con los segundos no se inició la costumbre hasta la Edad Media. Y lo mismo que los cristianos recibían a menudo el mismo nombre que los santos, en especial desde finales del siglo ffl, para los paganos los héroes eran determinantes a la hora de elegir un nombre.<sup>128</sup>

En ocasiones, los objetos que utilizaron los héroes emanan una fuerza especial y se la puede transmitir. Pero en general es el mismo héroe el que actúa mediante milagros, mientras que según la fe cristiana también lo hacen las reliquias, que transmiten su propia fuerza. Esto es válido también para los fragmentos de reliquias. San Basilio enseña que aquel que toca los restos de un mártir participa con su fuerza en la santificación.<sup>129</sup>

De todos modos, las reliquias antiguas nose dividieron ni se disgregaron en fracciones. Tampoco se hicieron reliquias artificiales, una idea impensable para los griegos. Ni se hizo un comercio con ellas, actividad que los cristianos iniciaron en el siglo rv. Salvo unas pocas excepciones, los paganos adoraban los restos mortales en el sepulcro. Hubieran considerado una falta de piedad perturbar la tranquilidad de los muertos. Aunque en el antiguo Egipto se dividieron los restos del dios Osiris y se distribuyeron por todo el país, sólo fue en el mito. La única excepción histórica en la época precristiana fue la dispersión de los despojos mortales de Menandro, uno de los soberanos helenísticos de la India, un budista, pero no afectó al esqueleto sino a las cenizas.<sup>130</sup>

## **Gradación jerárquica en el reino de las reliquias: desde las piezas capitales de los cadáveres de los santos a los pelos de la barba y el polvo**

El catolicismo ve como fundamento bíblico del culto a las reliquias la milagrosa partición de las aguas del Jordán gracias al manto de Elíseo o la resurrección provocada por los huesos de ese mismo Elíseo, que también aparece en el Antiguo Testamento. «Y cuando tocó los restos de Elíseo, volvió a la vida y se puso en pie.» Hay remisiones también a Mat 9, 20, y a los Hechos de los Apóstoles 5, 15, y 19, 12, pero en todos los casos no dejan de ser razones aparentes. En ninguna parte Jesús dice: guardad reliquias, adorarlas, partirlas, trasladarlas y revenderlas, construid altares sobre ellas y decid misa. Esto serían palabras claras que justificarían el proceso, pero no hay nada, lo mismo que faltan palabras en tantos aspectos. Si las ropas de Jesús, los sudarios y las vendas de Pablo muestran una acción curativa, esto no es ni de lejos lo que llegaría a ser en la Iglesia.<sup>131</sup>

El primer testimonio del naciente culto cristiano a las reliquias es el tantas veces falsificado relato del martirio de Policarpo, comenzando ese culto en la tumba del mártir. Hasta ella conducen las huellas más antiguas, «como en el culto de los héroes a la tumba del héroe» (Pfister). Desde mediados del siglo ni, el sepulcro de los mártires no es sólo lugar del nuevo viejo culto sino que se vuelve por sí mismo objeto de culto y se convierte, antes del entonces todavía prohibido culto a las imágenes cristiano, en el punto de cristalización de la veneración a los santos. A éstos se les invoca en la tumba, se busca su intercesión, se cree obtener su ayuda y se les manifiesta el agradecimiento mediante exvotos. Sobre estas tumbas de los más venerados se construyen iglesias, con lo que se crean así los puntos de partida para las futuras peregrinaciones.<sup>132</sup>

Los cristianos creían que la fuerza que actuaba en el santo vivo seguía haciéndolo en su cuerpo muerto. Si la ropa del apóstol Pablo obraba milagros, se supuso lo mismo para el cuerpo de los santos. Su fuerza se transmitía a quien tocaba estas reliquias. Y era en virtud de esa fuerza especial (*chárís*), pensaban, en virtud de su «*dynamis*» sobrenatural por lo que las reliquias obraban milagros, que expulsaban a los demonios de los paganos; motivo por el que las reliquias se han utilizado también en los exorcismos, se han llevado en las procesiones o se han depositado en los altares.<sup>133</sup>

Lo mismo que en el catolicismo todo está jerarquizado, que el papa es más que el obispo, que éste es más que el párroco, que a su vez es más que el laico, lo mismo las reliquias, por santas que sean, tienen un valor diferente y las piezas capitales (*Reliquiae insignes*), el cadáver completo,

la cabeza, el brazo y la pierna se consideran más que las *Reliquiae non insignes*, entre las que se distinguen las «*notabiles*» (notables) como la mano y el pie, y las «*exiguae*» (menores) como dedos o dientes. Además de estas llamadas reliquias primarias están las secundarias, que se dividen en reliquias materiales tales como ropas, herramientas de martirio, etc., y reliquias de contacto, que son objetos que han tocado el cadáver del santo o sus restos.<sup>134</sup>

Después del propio santo, el objeto primario, aquellos otros de contacto que ha tocado en vida son los de máximo valor y entre éstos, a su vez, los principales son las herramientas del martirio. (San Lorenzo fue decapitado. Para los cristianos posteriores esto resultaba demasiado simple. Alrededor del 400 se afirmó que le habían asado en una parrilla y naturalmente pronto se tuvo la herramienta de este martirio y se la veneró como reliquia; que dicho sea de paso no fue la única parrilla adorada.) Después de los instrumentos de tortura venía la indumentaria de las personas santas, como por ejemplo la de María. (En Bizancio dos iglesias se disputaban el primer puesto en cuanto a las ropas de María que poseían.) Pero entre las reliquias de segunda categoría se contaban también objetos santificados por un contacto a posteriori, objetos procedentes de las proximidades de las tumbas de los santos: flores, polvo, que se consumía, aceite de las tumbas, de las lámparas que allí ardían, u objetos con los que se había tocado el sepulcro, paños, devocionarios. Se consideraba y se considera en sentido más amplio reliquia todo lo que presuntamente estuvo en las proximidades de Jesús y de este modo se santificó, el pesebre, la cruz, la corona de espinas, los clavos, sus ropas, etc.<sup>135</sup>

También la sana conciencia popular sabía distinguir con sutileza. Un trozo de cadáver contaba naturalmente más que un diente o los pelos de la barba. No obstante, estos últimos estaban a un nivel superior a las ropas u otras cosas con las que el venerado hubiera estado en contacto. También se clasificaban los taumaturgos y a los mayores se les construían iglesias o sepulcros más grandes, a los menores más pequeños y a los primeros se les conmemoraba naturalmente con mayores festividades.<sup>136</sup>

### **«Demanda» creciente de santos muertos,» su descubrimiento y sus milagros**

Con la creciente adoración de los mártires y sus reliquias se necesitaban naturalmente más cadáveres de mártires, pero los sepulcros de los de los siglos i y n habían desaparecido por completo y de los posteriores con frecuencia se desconocía el lugar de enterramiento. Por lo tanto había que buscarlos y trasladarlos hasta allí donde se les quería. Hay testimonios de tales traslados en el cristianismo desde el siglo iv. Presuponen

lizan con la deposición (*depositio*).<sup>137</sup>

El primer traslado del cadáver (entero) de un mártir se produjo en el año 354 en Antioquía, cuando se llevó a san Babilas a Dafne para aniquilar allí el culto a Apolo. Más tarde, el desacreditado Cirilo transportó desde Alejandría hasta Menuthis a los mártires Kyros y Juan, para destruir allí el culto a Isis. En el caso de san Esteban, cuya tumba -el hallazgo más famoso en este campo- apareció en 415 en Kafargamala, se descubrieron incluso las piedras con las que fue lapidado y naturalmente se las veneró lo mismo que reliquias, pues habían estado en contacto con el mártir, algo totalmente consecuente pues por tonto que sea sigue un método.<sup>138</sup>

En los relatos de traslados desempeñan un papel muy importante los milagros que se producen con el descubrimiento y el levantamiento del santo, durante el propio traslado y poco después de la llegada. Para que la Iglesia reconociera las reliquias una exigencia era la demostración de milagros y visiones. Allí donde está la tumba de un mártir se producen milagros, se curan enfermos y se expulsan demonios. Y desde la segunda mitad del siglo iv se descubrieron una tras otra las tumbas de mártires desconocidos hasta esa fecha. Los cadáveres y los huesos de las ascetas gozaban también de gran aprecio. En cuanto que fallecía un monje muy venerado, multitud de personas se apresuraban para hacerse con su cadáver. Hubo algunos que intentaron escapar a este destino y rogaron que se les enterrara en un lugar desconocido. Cuando se logró llevar a la ciudad finalmente al monje Jacobo desmayado -por su causa casi se produjo una lucha entre los campesinos y los habitantes de la ciudad-, al recuperar la conciencia no querían devolverle. En la muerte de san Simeón hubo que llamar incluso a los soldados para que protegieran su cadáver. Y tras el asesinato de algunos monjes en el año 395 a manos de bandidos árabes, dos ciudades entablaron una batalla formal por quedarse con sus cadáveres; no es el único caso de este tipo.<sup>139</sup>

El robo de reliquias era para los interesados casi cuestión de honor. De este modo se sustrajeron los cadáveres, entre otros, de san Hilarión, san Martín de Tours y san Macario. Los restos de san Juan Crisóstomo fueron robados en Constantinopla, junto con los de otros santos, durante la cruzada del año 1204 y se les «trasladó» a la basílica del Vaticano, en Roma.<sup>140</sup>

Los cristianos no ahorran esfuerzos, víctimas y engaños para obtener reliquias. Durante las persecuciones hubo algunos que al parecer, además de los cadáveres santos, quisieron hacerse con las manos de sus perseguidores, para tener «comunidad» con las «santas carnes». También durante las persecuciones, muchos cristianos que habían apostatado de su fe buscaban restos de mártires para compensar su debilidad. Y cuando ya no había más mártires se buscaban sus tumbas, se les husmeaba con infali-

ble olfato y se les desenterraba. Esto lo hicieron incluso famosos príncipes de la Iglesia como san Ambrosio, al que «cierto sentimiento ardiente» señalizaba los restos de mártires. En el Anno Domini 386 se convirtió en el descubridor de unos mártires totalmente desconocidos hasta entonces, las «santas víctimas» como él gustaba de llamarles, «víctimas triunfantes», los santos «Gervasio» y «Protasio» -el primer levantamiento conocido de mártires «encontrados»-, que escenificó mediante la curación de un ciego, hecho que despertó bastante escepticismo incluso entre sus partidarios. Encontró (inventó) además a los santos «Agrícola» y «Vitalio», «Nazario» y «Celso», y afirmó que «aunque sus cenizas fueron dispersadas por todo el mundo (*seminetur*), permanece completa toda su fuerza». Sin embargo, la corte imperial cristiana consideró que estas actividades de Ambrosio eran una intriga.<sup>141</sup>

El mismo año, 386, en que Ambrosio sacó por arte de magia en Milán ; a los dos mártires «Gervasio» y «Protasio», un edicto prohibió la fabricación y partición de reliquias. El Padre de la Iglesia, que en el momento culminante de su lucha contra la corte había celebrado sus conquistas como «defensores» y «soldados», como «*patroni*», y que había elogiado su poderosa protección (*praesidia, patrocinio*), no se inmutó ni lo más mínimo por el edicto. Magnánimamente envió pequeños trozos de «Gervasio» y de «Protasio» a todo el mundo, pero sobre todo a Galia. Pequeñas porciones de los mártires viajaron a Tours, Vienne y Rúan, donde el santo obispo Víctricio (festividad el 7 de agosto) -un antiguo soldado que escapó del servicio militar «mediante un milagro confirmado» (*Lexikon für y Theologie und Kirche*) y que desde entonces actuó como infatigable misionero hasta Bretaña- contrajo grandes méritos consiguiendo todas las reliquias posibles. Víctricio utilizaba ya una colección obtenida especialmente en Italia cuya eficacia propagaba sin descanso, por muy pequeñas que fueran las porciones: «No debemos quejarnos de la pequeñez de las reliquias [...]. Los santos no sufren daño alguno porque se dividan sus restos. En cada trozo se oculta la misma fuerza que en el total». El jesuita E. de Moreau le ensalza como una «figura de granito», sobresaliente «entre los más nobles de su época».<sup>142</sup>

Pero no a todos les salió todo bien e incluso un patrono tan experimentado y escaldado como san Martín tuvo que interrumpir un culto a los mártires recién iniciado porque al que la comunidad creyente honraba y adoraba era un antiguo salteador de caminos.<sup>143</sup>

Al igual que Ambrosio, los restantes Padres de la Iglesia también participaron en el culto a las reliquias: Basilio, Gregorio Nacianceno, Crisóstomo, Jerónimo, Agustín. Confirman milagros sin un titubeo. Según Ambrosio «a muchos les curó la sombra (*umbra quadam*) de los santos cuerpos». «Un poco de polvo ha reunido a una enorme multitud del pueblo. Las cenizas están ocultas, las obras son públicas» (Agustín). «No sólo los cuer-

pos de los santos están llenos de gracia espiritual sino también sus sepulcros» (Crisóstomo).<sup>144</sup>

Por ejemplo con aceite. Muchas reliquias desprenden un aceite maravilloso. Juan de Damasco, que prestó «a la Iglesia grandes servicios [...] como erudito, escritor y predicador» (Altaner/Stuiber) y al que el Concilio de Nicea (787) tanto enalteció, tranquilizó a aquellos que dudaban del santo aceite: «Como fuente de curación Jesucristo nos dio las reliquias de los santos, que de modo muy diverso emanan buenas obras y que desprenden aceites perfumados. ¡Y que nadie lo dude! Pues si de una dura roca del desierto manó agua [...], ¿por qué ha de ser increíble que de las reliquias de los mártires salgan aceites perfumados?». <sup>145</sup>

Así una idiotez apoya otra.

La hipotética tumba del Apóstol Andrés en Patras, tan venerada y donde al parecer sufrió el martirio de la cruz, desde la que durante dos días estuvo pronunciando sus más edificantes sermones, desde la que proclamó la «doctrina de la cruz» para eterna perdición de los infieles («se lee como un evangelio»: el capuchino Maschek), desprendía aceite y maná. (Andrés ascendió pues también se le invoca como patrón de Rusia, Escocia y Grecia, como protector de la orden del Toisón de Oro, como protector de los carniceros, entre otros, para el mal rojo y los calambres, y como intermediario en cuestiones amorosas.)<sup>146</sup>

El emanador de aceites más famoso fue san Demetrio -quizá histórico-, cuyo culto continúa el Kabir pagano. La (presunta) tumba de Demetrio en Tesalónica, donde se convirtió en celebradísimo patrón de la ciudad, hizo bullir el aceite por la fuerza del muerto, aunque también el contacto con sus reliquias provocaba el hervor, y lo mismo que en otros sitios el aceite llegó a manos de los hombres adecuados, por ejemplo en las de san Martín de Tours. Su amigo Sulpicio Severo escribe: «El sacerdote Arpagio testimonia haber visto cómo el aceite aumentaba bajo la bendición de Martín, hasta verterse por el borde del recipiente repleto». Naturalmente, este mismo efecto se conseguía con la consagración del «aceite del leño de la santa cruz», cuyos fragmentos peregrinaron por todo el mundo (ortodoxo). El peregrino de Piacenza relata: «Durante la adoración de la cruz en el atrio de la iglesia sepulcral se pone aceite para consagrar en las ampollas, que están medio llenas. En el momento en que el leño toca la abertura de la ampolla, el aceite comienza a borbotar y si no se la cierra, todo el aceite se vierte fuera». <sup>147</sup>

En el siglo iv fue adquiriendo carta de naturaleza la costumbre de cobijar bajo el altar (algo habitual desde hacía mucho tiempo en el paganismo) los restos de los mártires. Se colocaban por debajo de la placa o en una depresión de la misma, el «*sepulcrum*», convirtiéndose el altar en la tumba de los santos. Por mucho mal gusto que tenga esta cuestión, aunque se haya habituado uno, hay que considerar también, de modo adicio-

nal, que muchos de los huesos, probablemente la mayoría, sobre los que se celebraba la ofrenda eucarística, la santa misa, no pertenecían a aquellos a los que se atribuían; surgió una «fuerte demanda» (*Lexikon für Ikonographie*) de cadáveres santos o de sus fragmentos, las «necesidades» eran literalmente gigantescas. Y lo mismo el problema. Y la pasión coleccionista también. Había entusiastas aficionados a los restos de cadáveres cristianos. Poco a poco todas las iglesias querían tener sus propias reliquias de mártires y finalizando el siglo vi casi todas ellas las tenían.<sup>148</sup>

## **Desde las insignias imperiales hasta la grasa de oso, o «Al principio está la piedad natural [...]»**

Las reliquias no sólo se necesitaban para la «gloria de los altares». Los cadáveres santos protegían también contra todo tipo de diabluras y defendían contra infinidad de males. Por eso, los gobernantes, las comunas y los particulares deseaban tenerlos.

Los emperadores cristianos tenían un gran interés en el asunto. Constantino, el hijo de Constantino, hizo trasladar en el año 357 hasta la capital del Imperio romano de Oriente tres santos, o mejor dicho, sus huesos completos, pertenecientes al parecer a los santos Andrés, Lucas y Timoteo. Eudoxia Atenea, la esposa de Teodosio II, el ejecutor «de todos los preceptos del cristianismo», llevó a Constantinopla en el año 438, de regreso de una peregrinación a Jerusalén, las reliquias de san Esteban y las cadenas de san Pedro. Después de que el rey Segismundo de Borgoña hubiera «consumido» las reliquias obtenidas en su viaje a Roma, envió a su diácono Julián al papa Símaco (498-514) -tristemente célebre por sus luchas callejeras, sus batallas eclesiásticas y las falsificaciones que llevan su nombre- para obtener otras nuevas. También el rey Gildeberto fue favorecido varias veces con tesoros de reliquias por parte del papa Pelagio I (556-561), al que se consideraba cómplice en la muerte de su antecesor, el papa Vigilio. Y cuando el emperador Justiniano quiso levantar en Constantinopla una iglesia en honor del santo apóstol, pidió al papa Hormisdas las correspondientes reliquias pues merecía «recibir también las mismas reliquias que todo el mundo poseía». Deseaba «*sanctuarium beatorum Petri et Pauli*», algo de las cadenas del santo apóstol y «si fuera posible», algunos trozos de la parrilla de san Lorenzo.<sup>149</sup>

Los gobernantes estaban con frecuencia presentes a la llegada de las reliquias, aumentando este interés todavía más en los siglos posteriores. Las reliquias pertenecían al tesoro nacional y fueron un símbolo de ejercicio del poder «oficial» hasta la Alta Edad Media. El delirio piadoso (o la hipocresía) de los gobernantes, sus ansias de poder, llegó al punto de dotar de reliquias a las iglesias sepulcrales de los reyes, a ligar a ellas las

insignias imperiales y a crear «santos del Imperio», *patroni* peculiares de los reyes. Las reliquias desempeñaron también un papel en la conclusión de los tratados, se hicieron juramentos en su presencia y sobre todo se las llevó en la guerra. El rey Enrique I (919-936) no retrocedía ante una campaña con tal de robar una de las diversas «lanzas sagradas».<sup>150</sup>

Precisamente durante la invasión de los bárbaros, cuando se iba reduciendo el poder del Imperio y se hundió el de Occidente, cuando las ciudades quedaron a merced de sí mismas, las comunas buscaron protectores religiosos. En cierto sentido, también aquí saltaron a la brecha los cadáveres santos, los cuerpos y los huesos de los mártires y todo tipo de piezas, en especial en las ciudades más amenazadas. Los grandes santos de peregrinaje, los apóstoles y los mártires en Roma, san Félix en Ñola o san Vicente en Zaragoza actuaron asimismo como patronos de las ciudades, igual que Sergio en Rusafa, Teodoro en Ucaita, Tomás en Edesa, Demetrio en Tesalónica o el obispo Jacobo en Nisibis, el «protector y general» (Teodoreto).<sup>151</sup>

En casos de guerra o de pestes, eran siempre de gran ayuda los cadáveres santos, los esqueletos santos y las reliquias santas. Los ciudadanos de Reims recorrieron la ciudad en solemne procesión durante una epidemia del año 543, llevando una losa de la tumba de san Remigio.<sup>152</sup>

Pero no sólo los príncipes y las ciudades estaban contagiados por la costumbre, sino que también la mayoría de los cristianos. Había infinidad de personas que guardaban en su hogar los restos de mártires (o lo que consideraban como tales), pero sobre todo cenizas y «reliquias de sangre», o sea paños empapados en sangre, en Egipto a veces hasta cadáveres enteros, que llevaban sus reliquias a todos lados o que las utilizaban de vez en cuando. De ese modo creían poder alejar de sí toda clase de infortunios y atraer en beneficio propio aquella «fuerza» (*dynamis*), la intercesión para el más allá. (Hasta el siglo xm la posesión privada de reliquias estaba permitida sin ningún control por parte de la Iglesia.)<sup>153</sup>

Uno de los primeros ejemplos documentados de esta creencia lo proporciona la rica viuda cartaginense Lucila, a comienzos del siglo iv. Antes de comulgar besaba siempre huesos de mártires (*ossa*) aunque no se supiera a ciencia cierta si eran tales. El rey Chilperico buscaba protegerse de un modo distinto. Cuando entró en París en 583 hizo llevar primero los restos de numerosos santos con objeto de frustrar un anatema. Los huesos de los mártires no se limitaban a servir en esta vida sino que también eran útiles en la otra. Otra superstición o creencia cristiana -que vienen a ser lo mismo- era llevarse reliquias a la tumba «para contrarrestar así las tinieblas de los infiernos» (obispo Máximo de Turín). Kötting, experto en peregrinajes y reliquias, considera que tal «florecimiento» lleva un fondo religioso auténtico «de la sana adoración cristiana a las reliquias». Aunque todo a su alrededor esté podrido, los apologistas ven siempre útil el «fondo».<sup>154</sup>

A finales del siglo iv llegó a Oriente la piadosa costumbre de exhumar y trocear estos cadáveres para multiplicar y distribuir las fuerzas milagrosas de los mártires. Aunque los emperadores paganos y cristianos habían garantizado por ley la inviolabilidad de las tumbas y habían reforzado las medidas para hacerlo realidad, la Iglesia cristiana no desistió por ello. El Padre de la Iglesia Teodoreto, el primer teólogo del culto cristiano a las reliquias, escribía que el más pequeño trozo de una reliquia tenía el mismo efecto que ésta completa. ¡Cuerpo dividido, gracias indivisas! Comenzó así un brioso negocio, trueque y venta, se regateaba con reliquias auténticas y, más a menudo, con falsas, y en ocasiones circulaban como restos de mártires santos también dientes de topo, huesos de ratón o grasa de oso. Al final las transacciones adquirieron tal envergadura que el emperador Teodosio promulgó en 386 una ley contra la venta a cualquier precio y el comercio de las reliquias. Con todo, éste continuó floreciendo, sobre todo porque no sólo se dividían los cadáveres (*reliquiae de corpore*) sino otros restos y vestigios santos como las herramientas del martirio, la presunta cruz de Jesús, cadenas, parrillas, ropa, ya que en ellos, como enseñaba el papa Gregorio I Magno, había la misma «fuerza». El negocio prosperó así desde el siglo iv hasta la Reforma «puesto que una reliquia milagrosa rendía mucho» (Schiesinger), culminando las ventas en el siglo ix, y más todavía en los siglos xn y xm, con las cruzadas, el saqueo de Constantinopla, y cuando el clero intentó eliminar a los costosos intermediarios cuando más rentable era el asunto. Pero la adoración de las reliquias es «una sencilla necesidad humana de respeto ante la persona de los seres santos». «Al principio está la piedad natural frente a los restos [...]» (*Lexikon für Theologie und Kirche*)<sup>5</sup> \

### «Reliquias de contacto» y esqueletos viajeros

Dividiendo las reliquias se podían satisfacer muchos deseos de los cristianos y activar su vida religiosa, pues aunque se hubiera recibido una porción ínfima de cualquiera de ellas, el individuo particular o la iglesia por ansias de renombre, o por lo que fuera, hablaban de tener al santo. Y puesto que se pensaba en sentido cuantitativo y varios santos proporcionaban mayor protección que uno solo y se creía que con la suma de porciones, aunque fueran mínimas, se obtenía una mayor gracia, se intentaba poseer muchas. De este modo surgieron colecciones enteras de reliquias.<sup>156</sup>

La división de las reliquias se practicó sin límites sobre todo en el Oriente cristiano. Se serraba, cortaba y partía todo lo que podía dividirse, reducirse o multiplicarse de los santos. En Occidente, hasta los siglos vil y vin se actuó con mayor reserva, aunque sin abstenerse por completo como se creyó durante mucho tiempo todavía en el siglo xx. Aunque una

rigurosa ley romana garantizaba la inviolabilidad de las tumbas, es evidente que con frecuencia se la infringió. Se dividieron también reliquias corporales ya divididas o fácilmente divisibles tales como sangre, cenizas, dientes, pelo, etc., así como los cadáveres ya divididos que se importaban de Oriente. Según Gregorio de Tours, en el equipaje de un peregrino de Jerusalén se encontró un resto de Juan Bautista, que tres obispos galos quisieron trincar una vez más.<sup>157</sup>

En Tours se conocían también muchos traslados. Igualmente, en el norte de Italia se hicieron particiones bajo la batuta del genial descubridor e inventor de mártires Ambrosio. En particular las reliquias de sangre de los mártires «Gervasio» y «Protasio» que él había descubierto invadieron Occidente. El obispo Victricio de Rúan, amigo de Ambrosio, se dedicó a adquirir afanosamente restos de mártires orientales y del norte de Italia. Y también en el norte de África los monjes vendían esqueletos de mártires verdaderos y falsos.<sup>158</sup>

Pero por muchas divisiones y ventas de partículas cada vez menores, las reservas no eran suficientes, sobre todo porque al parecer Roma no practicó durante mucho tiempo tales particiones, aunque no tuviera inconveniente en adquirir a los griegos reliquias divididas. A la hora de dar salida a sus propios santos, sobre todo aquellos considerados «principales», los papas eran bastante mezquinos, pero en cambio tanto más generosos con las reliquias que de modo baratísimo lograron fabricar gracias a un truco. Crearon la categoría de las reliquias de contacto, en virtud de la cual cualquier objeto que estuviera en contacto con una reliquia, sobre todo con la tumba de los santos, como por ejemplo la de Pedro (o más tarde en Tours con la de Martín), se convertía asimismo en reliquia cuando la fuerza sobrenatural de la «auténtica» pasaba a la ahora ya «auténtica». Simplemente se colocaban junto al cuerpo de los santos paños dentro de cajas de madera, marfil o metales nobles, afirmándose que tendrían el mismo efecto que las restantes reliquias, lo que sin duda sucedía. Esto lo corroboraron de manera expresa los grandes teólogos del catolicismo de los siglos iv y v, los Padres de la Iglesia Hilario, Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Agustín y otros. Muchas cosas, por no decir todas, podían ser reliquia, no sólo una diminuta partícula del cadáver de un santo sino también, por ejemplo, una esponja con la que se hubiera recogido sangre del mártir o un trozo de tela que hubiera estado en contacto con reliquias, pues la fuerza de las «auténticas» habría pasado de este modo a las nuevas, una idea fija en todo el orbe cristiano ya en el siglo iv.<sup>159</sup>

Mediante las reliquias de contacto, que distribuyó por todo Occidente, Roma afianzó también su influencia en la política eclesiástica. Con gran generosidad los papas enviaban en todas direcciones sus dádivas, que no le costaban nada y que bajo muchos nombres entraron a formar parte de la «historia de la religiosidad»: *brandea*, *palliola*, *sanctuarium*, *memo-*

*riae, benedictiones, eulogiae, patrocinio*. El papa Gregorio I (590-604), llamado Magno, dirigió una próspera venta de reliquias. Entre ellas había curiosidades tales como crucifijos (enviados a reyes) con astillas de la cruz de Jesús o con pelos de Juan Bautista, que de modo milagroso deja dos cabezas. Este papa envió también llaves para colgar contra la magia, con limaduras de las cadenas del príncipe de los apóstoles. En Roma ya no se retrocedía ante las tumbas. El papa Bonifacio IV (608-615) hizo que trasladaran a la ciudad numerosos esqueletos, sobre todo a la iglesia Santa María ad Martyres, consagrada a la virgen María y a todos los mártires, en la que había transformado el Panteón, el «santuario de todos los dioses». Desde Paulo I (757-767) se enviaron al reino de los francos muchos «cuerpos de santos» (más tarde sólo porciones pequeñas); este papa solicitó en repetidas ocasiones ayuda a Pipino contra los lombardos y Bizancio, por lo tanto siempre podían darse algunos cadáveres, de quien fuese.<sup>160</sup>

La mayoría de los esqueletos, huesos y huesecillos tuvieron una existencia mucho más movida y famosa que en vida.

Las reliquias de san Vicente de Zaragoza, el archimártir español y patrono de Portugal, constituyen por sí mismas toda una historia, sea o no histórica su legendaria muerte. Parece ser que hasta el siglo vi todos sus restos descansaron en Valencia, pero medio milenio después allí no queda nada. En el año 542 Saint-Germain-des-Prés, en París, recibió la estola y la dalmática del santo, la abadía benedictina de Castres en 864 huesos de las extremidades, Le Mans la cabeza, la iglesia de san Lorenzo en Colonia igualmente la cabeza (ya la de Orfeo se encontraba según una tradición en Lesbos y según otra en Esmirna), Bari recibe la «reliquia del brazo» del héroe cristiano, huesos de las extremidades la iglesia de san Vicente de los benedictinos en Metz, otro tanto también Bresiau, donde en el siglo XI Vicente ascendió a patrono del capítulo catedralicio y segundo santo del obispado, el cuerpo fue para Algarve, Portugal, el cuerpo asimismo para Lisboa, reliquias también en Zaragoza (855), Corónia y la catedral de Lausanne (hasta 1529). Finalmente, la cabeza robada en Colonia fue a parar en 1463 a la catedral de Berna, donde san Vicente se convierte en patrono de la ciudad y su imagen aparece en las monedas y los escudos.<sup>161</sup>

Con la pintoresca historia de la «madre de Dios», sobre todo de sus reliquias, podría escribirse un capítulo completo o incluso todo un libro.

## **Los restos de María o «toda la miseria de la humanidad [...]»**

No es necesario decir que de María no se poseía nada, ni lo más mínimo. Los habitantes de Nazaret no habían observado en ella nada de particular. En todo el Nuevo Testamento se la cita sólo muy raras veces y sin

una veneración especial. Incluso los Padres de la Iglesia del siglo m le reprochan vanidad, orgullo, falta de fe en Cristo y muchas otras cosas. También los guías oficiales de la Iglesia manifestaron al principio una cierta cautela frente al culto mariano o al menos intentaron mantenerlo dentro de los límites del culto a los santos. Mientras que desde el siglo iv a éstos se les veneraba nombrándoles en las oraciones litúrgicas durante el servicio religioso, María quedó fuera de esa práctica hasta el siglo v. Apenas un siglo antes se la valoraba menos que al menor de los mártires. Hasta finales del siglo iv no se construye en Roma la primera iglesia dedicada a María, mientras que hoy la ciudad cuenta con más de ochenta. En aquella época tampoco se conocía en ningún sitio una peregrinación mariana. Por espacio de al menos cuatro siglos el cristianismo prescindió de ella. Sólo a partir del siglo v se conmemoraron festividades de María. Pero incluso así, en tiempos de Agustín no hay todavía ninguna fiesta mariana. Sólo a partir del Concilio de Efeso, cuando el Padre de la Iglesia Cirilo logra imponer con enormes sobornos el dogma de la maternidad divina de María, rivalizan entre sí los obispos, los emperadores y quien se lo podía permitir para construir iglesias dedicadas a ella.<sup>162</sup>

/" No se sabía nada acerca del aspecto de María, según testimonia Agustín, ^4 pero en su peregrinaje a Jerusalén, la emperatriz Eudoxia logra un feliz ' IsJiallazgo. Alrededor del año 435 descubrió una imagen de María pintada además por el apóstol Lucas! En los siglos vi y vn, sus retratos se fabricaban casi «en serie» y en el siglo vm llegaron las imágenes de la madre de Dios no realizadas por mano humana, los aquiropoitos. Las imágenes más habituales de María adornaban en el siglo vi las casas de la mayoría de los cristianos orientales así como las celdas monacales, donde casi se la adoraba. Se la veneraba más que a las imágenes de todos los otros santos, como a las reliquias, motivo por el que probablemente no existía todavía un próspero comercio con sus reliquias: su imagen era un sustitutivo suficiente. Acabó siendo el objeto más frecuente del arte cristiano. A comienzos ya del siglo vn (610) aparecía en los navios de guerra del emperador Heraclio, y en el curso de los siglos María, «reina de mayo», ha seguido siendo la gran diosa de la guerra y de la sangre, que vive sus mayores triunfos en Occidente, hasta la segunda guerra mundial.<sup>163</sup>

; Desde finales de los siglos v y vi se generaliza, sobre todo en Palestina, movilizar con sus reliquias la fe y el negocio. De pronto se halló la piedra con la que la virgen tropezó cuando viajaba a Belén. Alrededor del año 530 y según testimonia un peregrino, esta piedra sirvió de altar en la iglesia sepulcral de Jerusalén. Sin embargo, algunas décadas más tarde otro peregrino volvió a encontrarla en su emplazamiento original; en esta ocasión manaba de ella un delicioso agua de manantial.

Sin embargo, en el siglo vi hay relativamente pocos restos del guardarropa mariano. Alrededor del año 570 los peregrinos procedentes de Oc-

cidente veneran en Diocesánea un jarro y una cestilla de María, en Nazaret piezas de ropa que producen milagros y en Jerusalén se mostraba su cinturón y su diadema. Parece que sobre todo el primero gozó de gran aprecio y más tarde se le cantó en himnos y sermones. (Hay reliquias del cinturón en Limburg, Aquisgrán, Chartres y en Prato, cerca de Florencia. En Toscana una reliquia de este cinturón es muy apreciada y en Oriente se celebra una festividad en su honor el 31 de agosto.) Las iglesias y los particulares se disputan ahora la posesión de tales reliquias de María. Constantinopla es la que mayor cantidad consigue: los sudarios con los que se envolvió su cadáver y el vestido que llevó durante el embarazo. En honor del vestido y del cinturón se organizan fiestas en Constantinopla y se lleva el vestido en procesiones rogativas y además con gran éxito, pues en los siglos vn y ix protege a la ciudad contra sus enemigos en la guerra y contra los terremotos. Hay ahora reliquias de estos vestidos en Aquisgrán (del «tesoro de las reliquias» carolingio), en Chartres (como regalo de Carlos el Calvo), en Sens, en Roma, en Limburg, etc.<sup>164</sup>

Finalmente, todo lo imaginable de la santa madre de **Dios** se distribuye por el mundo.

Durante la Edad Media se venera en Gating algo de «la roca sobre la que cayó la leche de santa María», algo de «sus cabellos, de su camisa, de sus zapatos», etc. La iglesia palatina de Wittenberg posee en 1509 «5 partículas de la leche de la Virgen, 4 partículas de los cabellos de María, tres partículas de la camisa de María», etc. Téngase en cuenta que en ese año Wittenberg poseía 5.005 reliquias, la mayoría de ellas del príncipe elector Federico el Sabio (!), importadas de «Tierra Santa»; hasta 1522 los príncipes tuvieron empleado un comprador propio en Venecia. No obstante, en medio del siglo del Racionalismo histórico, los jesuitas que hasta la fecha siguen activos en Munich celebraban «una novena por el peine de santa María», afirmando que la adoración de los cabellos de María protegía contra las balas: «Como si pendiera un saco de lana sobre tí, estará en medio de la lluvia de balas [...]». Y también enaltecían la historia de María en una poesía de la que tendremos suficiente con la primera estrofa:

*Dios, que todos los cabellos cuenta,  
éstos ha escogido en ella,  
para mí son estos pocos  
más valiosos que todas las perlas.*<sup>165</sup>

Este breve repaso de sólo un minúsculo aspecto pone de relieve el embrutecimiento de la Cristiandad por espacio de dos milenios. Desde el punto de vista histórico -¡y aquí no consideramos ningún otro!-, el culto mariano brinda una visión sobre la que uno como Arthur Drews se lamen-

ta: «Enfoca toda la miseria de la humanidad. Es una historia de la superstición más infantil, de las más descaradas falsificaciones, tergiversaciones, interpretaciones, fantasías e intrigas, de lamentos humanos y necesidad, entretejida de astucia jesuítica y deseos de poder religioso, un espectáculo que hace a un tiempo llorar y reír: la auténtica divina comedia I...]». <sup>166</sup>

## Rarezas y protestas

Entre las reliquias hay sin duda más que de sobra en cuanto a aspectos grotescos y curiosos. Pero rarezas todavía mayores son quizá las plumas y los huevos del Espíritu Santo del venerable arzobispado de Maguncia. O las reliquias del asno de la palma, en las que insistía Verona. (En la piadosa Edad Media hubo incluso varias fiestas del asno, como el *festum asinorum* de Rúan, que se consideraba el asno de Balaam, el animal que hablaba en el Antiguo Testamento, mientras que la fiesta del asno de Beauvais se celebraba en recuerdo de la huida a Egipto.) <sup>167</sup>

Podían ser reliquias incluso edificios. Como en Roma una vivienda en la que según parece estuvo viviendo y predicando durante dos años el apóstol Pablo; la sala se mostraba todavía en el siglo xx. Pero sin duda, la más desacreditada reliquia de este tipo es la Casa Santa de Loreto, el presunto hogar de María en Nazaret, visitada antaño por innumerables peregrinos. Sin embargo, cuando se perdió en 1291 el último bastión en Palestina, los ángeles llevaron la «santa casa» a Italia; primero hasta las cercanías de Fiume y más tarde a Loreto, donde sigue siendo en el siglo xx un centro de peregrinaje. <sup>168</sup>

El culto a las reliquias se difundió mucho gracias al uso de las filacterias, que no era otra cosa que la continuación de los amuletos tan utilizados en el paganismo, consistentes por lo general en objetos de todo tipo colgados del cuello, que debían transmitir en especial fuerzas sobrenaturales y proteger a sus portadores contra el mal. Aunque la Iglesia prohibió los amuletos, bendijo las filacterias y pronto la demanda de éstas por parte de los cristianos alcanzó «cotas desmesuradas» (Kötting). <sup>169</sup>

Pero el asunto fue tan abominable que también dentro de la Iglesia se levantaron protestas contra los «adoradores de cenizas y servidores de ídolos» (*cinerarios et idolatras*). Esto se produjo con mayor vehemencia a comienzos del siglo v de la mano del sacerdote galo Vigilancio, al que también apoyaban obispos de su patria pero al que el Padre de la Iglesia Jerónimo, por motivos evidentemente personales, atacó con sus tristemente célebres infamias, desacreditándole. No obstante, también durante la Edad Media surgieron opositores a este espantoso culto, como por ejemplo el arzobispo Agobardo de Lyon (fallecido en 840) o, todavía más, su contemporáneo el obispo Claudio de Turín, que afirmaba que era mejor

dejar las reliquias en la tumba, en la tierra, donde correspondían, e insultaba a los obispos contrarios llamándoles «una reunión de asnos»; se opuso también a las peregrinaciones a la presunta tumba de Pedro, e hizo retirar de las iglesias de su diócesis todas las imágenes, incluso la cruz. A pesar de una condena, Claudio de Turín se mantuvo en el cargo episcopal hasta su muerte. Aunque sólo con la llegada de la Reforma hubo una condena rigurosa de la adoración a las reliquias.<sup>170</sup>

Sin embargo, el Concilio de Trento volvió a recomendar esta antigua costumbre cristiana, declarando que «había que reprobamos totalmente como ya había condenado antes la Iglesia y volvía a hacerlo ahora» a todos aquellos que afirmaban que las reliquias de los santos se adoraban inútilmente, que se acudía en vano a sus tumbas (*memoriae*) y que con ellas no se conseguía ninguna ayuda.<sup>171</sup>

El culto cristiano a las reliquias guarda una relación de dependencia inseparable con el culto a los mártires y los santos, y casi en igual medida con el peregrinaje, pues para llegar hasta el cuerpo de los mártires y de los santos (a los que a menudo, además de todo tipo de milagros, se les atribuía la incorruptibilidad y la emanación de los más deliciosos aromas) los príncipes, los obispos y sus enviados emprendían grandes viajes. Pero también los simples creyentes deseaban llevarse a su casa las reliquias o eulogias («recuerdos de peregrino») que tenían todos los centros de peregrinaje antiguos. Y en aquel tiempo apenas se hacían distinciones entre reliquias y eulogias. La superstición (o creencia) de que el santo ayudaba más que en ningún otro sitio allí donde estaba enterrado, o al menos donde se encontraba una parte de él, cabeza, mano, pie, dedo o cualquier hueso, estimuló también las peregrinaciones. A esto se añadió, finalmente, la creencia (o superstición) de que la fuerza sobrenatural de los santos vivos se extendía a sus restos y que se la obtenía o podía obtenerse incluso mediante un mero contacto.<sup>172</sup>

## CAPÍTULOS

### EL EMBUSTE DE LAS PEREGRINACIONES

«¿Qué podía ser más natural que satisfacer aquel anhelo de ver dejando que los peregrinos viesan con sus propios ojos corporales lo que el ojo de la fe sólo les permitía imaginarse en la silenciosa contemplación?»

BERNHARD KÖTTING<sup>1</sup>

«Y puesto que la santa "topománia" no conocía límites, los monjes le enseñaron [a la famosa peregrina Eteria] la tumba de Moisés, el palacio de Melquíades y la sepultura de Job. ¡ Sólo faltó que le dejaran tocar el cráneo de Adán, ver el garrote de Caín o probar el vino de Noé!»

J. STEINMANN<sup>2</sup>

## Peregrinar, una idea fija ya en la época precristiana

En la mayoría de las religiones y en la época precristiana eran ya habituales las peregrinaciones, es decir, los viajes a los llamados centros santos por motivos religiosos, de fe, de fundación, de penitencia, de oración o de agradecimiento. La peregrinación con muchas curaciones milagrosas, exvotos y un largo etcétera existía ya entre los paganos y los judíos, y entre los árabes en la era preislámica. En todo el ámbito cultural grecorromano y fuera de él las peregrinaciones estaban en todo su esplendor en la época de «Cristo», cuando los cristianos todavía ni pensaban en ello. Y lo mismo que entre los paganos, el deseo de curación desempeñó entre los cristianos un papel principal, como demuestran los numerosos relatos de milagros de los primeros siglos.

La peregrinación guardaba una estrecha relación con la idea de que la divinidad se manifiesta en determinados lugares con preferencia a otros, en los puntos de reunión de fuerzas «sobrenaturales», de las «*numinosis*», en una imagen de culto milagrosa, una reliquia u otro lugar importante desde el punto de vista de la historia religiosa, conocido por las obras de un fundador de la religión, de un héroe, de un santo. Desempeñaba también un papel importante la creencia de que a la divinidad se la adora mejor aquí y allá, de que aquí o allá el solicitante conseguía mejor audiencia para la concesión de bienes urgentes o espirituales, que allí se liberaba mejor de las penas materiales o morales..., ideas fijas, que contradicen la creencia en la omnipresencia de un Dios (todopoderoso).<sup>3</sup>

Los devotos acudían también en procesión; por ejemplo entre los judíos, pero lo mismo en la época árabe antigua, como más tarde en el Islam. En los lugares de peregrinación las procesiones eran también frecuentes entre los judíos con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos, aunque eran mucho más habituales en el paganismo, con estatuas de dioses y otros símbolos del culto, motivo por el que los cristianos las rechazaron durante varios siglos como «*pompa diaboli*», procesiones del diablo, y expresión de idolatría. Después también ellos tuvieron procesiones, pero con símbolos «verdaderos» y ahora, en lugar de dioses, santos.<sup>4</sup>

El paganismo, el judaísmo y los celtas conocieron las romerías. En ellas acudían las gentes de todos sitios, como más tarde entre los cristianos, cuyos lugares de peregrinaje tienen como mínimo una vez al año un día de fiesta mayor. Los paganos y los judíos conocieron también las peregrinaciones de devoción, las que se realizaban con objeto de cumplir un voto. La religión de Jesús apenas dejaba espacio para ello, lo mismo que para el juramento; y la palabra para éste incluía el voto. Sin embargo, los cristianos, lo mismo que los judíos del Antiguo Testamento, hacían a menudo votos y en esta práctica apenas se diferenciaban de los judíos o los paganos. «Los motivos para los votos eran los mismos [...]. Tampoco se produjo un cambio en cuanto al contenido del voto [...]. Sólo se modificó el destinatario del voto: Cristo [...], la Trinidad [...] y sobre todo los mártires y otros santos» (*Reallexikon für Antike und Christentum*). Infinidad de cristianos hicieron votos pero, como se sabe por una antigua fuente, «para muchos la voluntad del voto duraba sólo mientras que les dolía la cabeza». Paulino, obispo de Nola, advierte que a los santos no les agrada el incumplimiento de las promesas, una constante en casi todos los santuarios tanto paganos como cristianos. Y lo mismo que aquéllos cumplen el voto mediante el ofrecimiento de una víctima, también fue así entre los cristianos.<sup>5</sup>

Los exvotos existieron en las culturas más antiguas, tanto entre los pueblos primitivos como entre los civilizados. Hubo lugares de peregrinaje de los celtas y de los germanos lo mismo que en Italia, Grecia, Mesopotamia o Egipto. En Coloma los paganos ofrecían miembros de madera como dones de consagración. En el sur de Italia se encontraron en un santuario de Hera situado en la desembocadura del Silaro muchos exvotos del Kurotrofos con el niño. El templo de Asclepio de Epidauro, Atenas y otros lugares estaba lleno de tablas votivas.<sup>6</sup>

Los *dona votiva*, *donaría*, hicieron ricos a los templos. Al templo de los judíos en Jerusalén le hicieron donaciones incluso los monarcas paganos como Augusto, Agripa o Claudio. Mediante exvotos se multiplicaron los tesoros de los templos desde Mesopotamia hasta Roma. Aristófanes llamaba al santuario de Artemisa en Efeso la «casa toda de oro». Se hacían donaciones de todo tipo: costosos ropajes, telas, oro, plata, figuras de dioses, botines de guerra, rebaños de ganado, pero sobre todo reproducciones de miembros curados e incluso se cedieron templos enteros. Estos *donaría* podían ser simplemente regalos o bien reposiciones, rogativas o agradecimientos, donaciones por la ayuda esperada o recibida. Todo esto lo siguieron practicando los cristianos, sólo que en lugar de por los auxiliares paganos y los dioses lo hacían por los santos y Dios. «Lo que cambia son casi solamente los nombres» (Weinreich). Dicho católicamente: «El cristianismo se mantuvo desde el principio fiel a estas formas de veneración y confianza en Dios [...]» (prelado Sauer).<sup>7</sup>

La incubación, el dormir en lugares sagrados para tener sueños divinos, anunciaciones y visiones, procede también del paganismo. Ligada inicialmente a las revelaciones de las divinidades ctónicas, se expandió en especial por el ámbito de la cultura griega. Precedidos a menudo de determinados preparativos y renunciando a ciertos alimentos, incluso absteniéndose de las relaciones sexuales, hombres y mujeres yacían separados en una sala de culto y esperaban la aparición del dios en su propia o en otra forma. Esperaban revelaciones en sueños, oráculos que después solían tener que interpretar los sacerdotes. Esperaban también curaciones, motivo por el que la incubación la practicaban sobre todo los enfermos, en especial en los templos de los héroes y dioses curativos, quizás en los santuarios de Asclepio, o Esculapio, desde Egipto a Grecia y Roma; más tarde en los de las divinidades egipcias de la época helenista Isis y Sarapis, con las que encontraban remedio muchos de los que los médicos desahuciaban. Sin embargo, estos recintos de incubación, como después los cristianos, eran también hospitales.<sup>8</sup>

En el cristianismo, en lugar de a los dioses se invocaba (en Grecia se practica al parecer todavía en el siglo xx) a los santos: Tecla, Miguel, Terapón, Quiros y Juan, Cosme y Damián; pero no sólo pidiendo ayuda para el cuerpo sino también para el alma, lo que hace diferente a la incubación cristiana de los recintos de incubación y hospitales paganos. En realidad, claro que también en el paganismo se buscaba ayuda para el alma. Si algunos Padres de la Iglesia (Eusebio, Crisóstomo, Jerónimo, Cirilo de Alejandría, entre otros) combatieron la incubación cristiana como superstición es un hecho poco claro y conflictivo; naturalmente que la pagana sí que la condenaban. En las termas de Elías, en el Jordán, se permitía por la noche la entrada a los enfermos a través de una puerta trasera. El emperador Justiniano, encontrándose gravemente enfermo, solicitó la ayuda de los santos Cosme y Damián sin ningún secreto, sino que amplió y decoró su iglesia. El obispo Basilio de Seleucia informa sin ceremonias y de modo aprobatorio sobre la incubación de los cristianos, y de forma mucho más extensa Sofronio, patriarca de Jerusalén en el siglo vn.<sup>9</sup>

El budismo tenía en un principio cuatro lugares sagrados de los que Buda profetizó que se peregrinaría hasta ellos y que quien muriera al hacerlo volvería a nacer en el cielo: Lumbini (Nepal), donde Buda nació, Bodhgaya, donde fue iluminado, Sarnath, donde comenzó a predicar, y Kushinagara, donde pasó al nirvana. Posteriormente se añadieron muchos otros santuarios como Koyasan, en Japón, y Kandy en Ceilán, donde se veneraba un diente de Buda. También en el hinduismo (principal santuario en Benarés) hubo y hay numerosas ciudades sagradas y los Sadhu peregrinan de un santuario a otro. Y en el lamaísmo (posterior al cristianismo), el budismo tibetano, con Lhasa como centro de culto y peregrinaje, el pueblo acude en tropel -¡uno de cada cuatro habitantes es religioso de

profesión!- a los monasterios, los centros de la vida religiosa y económica, tributa homenaje a las reliquias, compra amuletos e imágenes de dioses, y hace girar los molinetes de la oración. Se peregrina en el sintoísmo, en la religión nacional japonesa (*kami no michi*), que conocía un clero hereditario y también muy deseoso de hacer negocio, en el que determinadas familias consideraban los ingresos del templo como ganancias familiares. Hubo peregrinaciones entre los confucianos, entre los antiguos egipcios y asimismo en la antigua Grecia.<sup>10</sup>

## **Asclepio, el dios de las «manos suaves», y Epidauro, el Lourdes pagano**

En la religión egecretense era habitual la adoración similar al peregrinaje de «relicarios» campesinos, santuarios de montaña y grutas sagradas, en parte todavía lugares de peregrinación en la fe popular de la Grecia actual. Más o menos a finales del siglo V comenzó Asclepio su marcha triunfal. Eclipsó a todas las restantes divinidades curativas, no sólo de la época clásica sino de toda la Antigüedad. Fue el dios de la medicina más importante y casi el único reconocido de modo general, un auxiliador benévolo, desprendido y amado, un salvador que inicialmente fue quizá un héroe curativo en el que se personificó a un famoso médico de Tesalia. Píndaro, alrededor del año 475 a. C., veía en Asclepio un mortal convertido en héroe, y el mundo antiguo le veneró como a un dios que se hizo hombre, le veneraba precisamente como el dios más humano, el dios de las «manos suaves», el dios «que con su benévola mano lleva la curación».

Se le divinizó como taumaturgo que curó a paralíticos, sordos y ciegos, que incluso hizo nacer cabello, apaciguó tormentas y resucitó a muertos, que hizo sanar a los enfermos, pero que también alivió los quebrantos del alma. Muchos de los milagros de Asclepio, el salvador en todos los apuros de la vida, que también curaba por imposición de sus manos, el que fue llamado «médico», el «auténtico médico», «señor» sobre los poderes de la enfermedad, «salvador», pasaron a Jesús en la Biblia, y no pocas veces con todo lujo de detalles. Asclepio, el hijo de un dios, no sólo es condenado a muerte como pena sino que también asciende al cielo. En resumen, la vida y los motivos literarios de la biografía de ambas divinidades son muy parecidas y en concreto, las curaciones milagrosas de Asclepio coinciden en sus detalles «de manera notable con las curaciones milagrosas de Jesús» (Croon).<sup>12</sup>

Los cristianos no pudieron negarlo, pues era demasiado conocido. Justino escribe al respecto: «Cuando decimos que Cristo ha curado inválidos, paralíticos y enfermos de nacimiento y ha resucitado a muertos, parece que contamos cosas parecidas a las que se relatan de Asclepio». Pero precisa-

mente las analogías provocaron en los Padres de la Iglesia duros ataques. Y naturalmente no podía faltar la afirmación de que Asclepio fue un peligroso demonio y que Cristo le superaba con creces.<sup>13</sup>

Los santuarios de Asclepio se extendieron por toda la región mediterránea. Los investigadores han constatado la existencia de más de doscientos dedicados a este dios, siendo todos ellos centros de peregrinación. Entre los mayores se tienen Cos, Pérgamo, Atenas, Trikka, Lebena, Aigai y Roma. Infinidad de personas buscaron aquí curación y ayuda en los siglos de la «época de transición». En el de Atenas apenas faltaba un miembro del cuerpo entre los exvotos de agradecimiento, lo mismo que más tarde en muchos de los centros de peregrinaje católicos. Colgaban allí, fabricados en los más diversos materiales, cuellos, orejas, ojos, dientes, manos, pies, pechos, etc. Numerosos relieves sagrados atenienses del siglo v antes de Cristo muestran también la suave y auxiliadora mano de Asclepio. De múltiples maneras creció la confianza en este dios y la fama del santuario.<sup>14</sup>

El centro de peregrinación más famoso, al que le surgieron multitud de competidores dentro del mismo culto, fue Epidauro, una especie de Lourdes de la Antigüedad: situado románticamente en el noreste del Peloponeso, a nueve kilómetros al suroeste de la ciudad homónima, en una amplia cañada rica en manantiales y accesible desde Atenas en una travesía por mar de seis horas. El culto se inició en el siglo vii antes de Cristo y transmitido probablemente desde Trikka, en Tesalia, hasta Epidauro, donde comenzó a florecer en el siglo v. Hizo que Epidauro fuera conocida en todo el mundo y atrajo desde lejos a peregrinos de todos los niveles sociales, principalmente con fines curativos mediante oráculos y curas de agua: tuertos, ciegos, mudos, paralíticos, tuberculosos, heridos. También a las personas que habían perdido cosas importantes y especialmente mujeres que querían tener hijos. (También se preguntaba a otros templos de Asclepio en tales casos, como Delfos, y más tarde los cristianos peregrinaron a las iglesias por el mismo motivo.) No se sabe si existía una reglamentación de tasas. Sin embargo, se sabía «aprovechar psicológicamente» la generosidad (*Reallexikon für Antike und Christentum*). Algunos acudían a Epidauro simplemente para rezar allí. Además del santuario principal, artísticamente importante, había templos de otras divinidades, sobre todo de Artemisa, Temis, Afrodita; había tantos altares de diversos dioses que hubo que numerarlos, como en Olimpia. Y naturalmente surgieron grandes edificios para albergar a los peregrinos.

Muchos permanecían allí semanas o meses, algunos incluso años, de lo que se beneficiaban sobre todo los sacerdotes. Recogían las ofrendas y de los que se curaban recibían también dinero, metales preciosos y en ocasiones hasta estatuas de oro completas. Se encargaban de que aquellos que rehusaban mostrar a la divinidad el debido agradecimiento apa-

federan en el recuento de los milagros como aquejados de nuevas enfermedades. Hacían relatos sobre los enfermos que habían sanado gracias a Asclepio cuando regresaban o ya en su hogar. Y es notorio que los sacerdotes difundían la creencia de que con el tamaño de la donación aumentaba la probabilidad de curación. Al final de la Antigüedad, en los santuarios de Asclepio había quizá hasta una especie de balneario con tarifas fijas; como sucede de modo general en muchos lugares de peregrinaje, los médicos y los sacerdotes de Asclepio eran los mismos.<sup>15</sup>

Por razones propagandísticas, en el siglo iv a. C. se escribieron sobre estelas cuadradas, una parte de las cuales se ha conservado, las curaciones milagrosas realizadas en Epidauro durante el siglo iv, en el momento de su primer período de esplendor, y que no se diferencian en nada de los relatos correspondientes de los lugares de peregrinación cristianos. Sobre la base de estas y otras inscripciones halladas en Epidauro y por fuentes de origen literario, entre los años 300 y 200 a. C. existe constancia de 80 actos milagrosos. En realidad deben haber sido muchos más. También se justificaba la no atención a los ruegos de los peregrinos. Los lugares de peregrinación cristianos se enfrentaron al mismo problema y a menudo afirmaron que la causa eran los pecados del visitante.<sup>16</sup>

No puede establecerse cuál era el horario de los servicios religiosos en Epidauro. Prescindiendo del hecho de que en el paganismo era habitual poder rezar a distintas divinidades, muchas cosas recuerdan a los posteriores ritos y ceremonias cristianos: el gran uso de la luz y de las lámparas, el empleo de incienso, especialmente los himnos a las distintas horas, las procesiones solemnes en honor de Apolo, de Asclepio, y las donaciones, de no menor importancia. En los siglos m y iv después de Cristo no disminuye inicialmente la frecuencia de las dedicaciones y hasta aumenta el número de peregrinos y también se incrementan las consagraciones. El centro de Epidauro sobrepasa incluso a cultos tan famosos como los de Eleusis y Delfos.<sup>17</sup>

Epidauro, muy rica ya en el siglo iv a. C., fue saqueada en el siglo i por Sila, después por piratas y resultó totalmente destruida alrededor del año 400 d. C. Los cristianos la evitaron durante mucho tiempo. Varios siglos después comenzó a florecer allí el culto de dos santos que de modo nada casual recuerdan a Asclepio y sus obras y que adoptaron las antiguas formas. En una época desconocida se levantó allí una basílica de cinco naves, que acabó convirtiéndose en una fortaleza.<sup>18</sup>

## **Serapis, Isis y la Virgen María**

Lo que fue Asclepio en el ámbito de la cultura griega, lo fue Serapis en Egipto. A mediados del siglo u d. C. había allí 42 templos dedicados

al dios egipcio más popular junto a Isis. Sus santuarios de Alejandría y Kanapos recibían numerosos visitantes y a la adoración al dios se unió la avanzada ciencia médica, a la que el cristianismo tuvo poco aprecio o incluso combatió. Lo mismo que Asclepio, Serapis es considerado un auxiliador universal, un dios panteísta. Hay también un dogma trinitario de Serapis: Isis, Serapis, Horus. Junto con otros dioses y con personalidades históricas como los Seiécidas en Siria y los Ptolomeos en Egipto, Serapis porta el título sagrado de «salvador», como más tarde el Jesús bíblico. Se acude también a la «mesa del Señor Serapis» como más tarde a la «mesa del Señor». Serapis tenía monjes y vale la pena citar el hecho de que Paconio, el fundador del primer monasterio cristiano, había sido antes monje de Serapis. En la época helenista se podía fusionar a Serapis con Asclepio, aunque su culto iba igualmente unido al de Isis. Había templos suyos en Corinto, Esparta, Petra, Kopai, tres (desde el 220 a. C.) en la isla de Délos, varios en Roma. Y con la interpretación de los sueños, la lectura de los oráculos, etc., sus santuarios tuvieron el mismo movimiento de peregrinos que los de Asclepio.<sup>19</sup>

Un importante centro de peregrinación en la Antigüedad fue Efeso, la capital de la provincia de Asia y sede principal de la diosa madre pagana. Aquí, donde se mezclaban la religiosidad de Asia Menor con la piedad griega, culminó el culto a Artemisa, se fundió la Artemisa Efesia dotada por Zeus de virginidad eterna con Isis, la más famosa de las diosas egipcias.

La religión de Isis conocía la revelación, las escrituras sagradas, una organización de su Iglesia con divisiones jerárquicas y tantos milagros que los artistas se enriquecieron representándolos. Las fiestas de Isis se transformaron en el culto mariano, de aparición relativamente tardía. (El *navigium Isidis* se celebra en las costas del sur de Francia hasta la fecha en honor de María.) Pero Isis, como divinidad curativa y donadora de oráculos fue lisonjeada en la isla de Filae, en el Nilo, con romerías, procesiones y ofrendas hasta el siglo vi d. C. Mucho antes que a María de Nazaret, se rindió tributo a la virgen divina Isis con el hijo de Dios, la Madonna pagana, a la que acudían en especial muchachas y mujeres, con letanías, ofrendas, ayunos, ejercicios, se la ensalzó como madre, protectora de la vida, señora de la naturaleza, auxiliadora en las penas del parto, como benefactora «de la que viene todo lo bueno», como «amada señora», «madre amantísima», «reina de los cielos», «reina de los mares», «salvadora», «inmaculada», «*sancta regina*», «*mater doloroso*», como «madre de la hierba y de las flores». Y no es casual que después de largas luchas dogmáticas, en el Concilio de Éfeso del año 431 Isis tuviera que ceder finalmente su título de «madre de Dios» {*mwt ntr*} que ya llevaba en el antiguo Egipto, a la madre de Jesús, que ocupó entonces su puesto.<sup>20</sup>

Lo mismo que en todos los lugares de peregrinación y santuarios del mundo precristiano, también en Efeso tuvieron lugar «milagros y prodi-

gios». Se han encontrado exvotos, cerca de 800, en las proximidades del altar, con representaciones de todos los miembros humanos, muestras de agradecimiento por todo tipo de «atenciones». Había incluso un instituto bancario en el templo -el mayor banco de la provincia-, y también una fábrica local que producía exvotos y recuerdos para vender a los peregrinos. Había todo un ejército de empleados del templo, no sólo comerciantes, los vendedores de talismanes y amuletos, sino también servidores para los sacrificios, vigilantes, músicos, cantantes del coro, magos, adivinos y naturalmente el clero, los sumos sacerdotes con sus acólitos, las «abajas». Y lo mismo que hoy las numerosas grutas de Lourdes en el mundo católico no reducen la atracción de Lourdes, tampoco debilitaron la de Éfeso las numerosas filiales que surgieron por doquier de esta diosa. Sus santuarios llegaron por occidente hasta Marsella y según Pausanias se la adoraba en toda la Tierra.<sup>21</sup>

## La peregrinación en el judaísmo precristiano

También en el antiguo Israel floreció la peregrinación.

Centros de peregrinaje muy apreciados eran Silo, Betel, Guilgal, Berseba. Se rezaba y se hacían donaciones, se ofrecía harina, vino y ganado vacuno. A menudo se celebraban banquetes y se llegaba al embriagamiento (como todavía hoy en numerosas romerías católicas, si bien no exactamente en las iglesias sino al lado). Lo mismo que con frecuencia en los santuarios fenicios y sirios, hubo de vez en cuando una prostitución de culto. «Id a Betel a prevaricar, a Guilgal a multiplicar vuestras prevaricaciones», dice Amos encolerizado por el celo y advierte así: «¡No visitéis Betel, no peregrinéis a Guilgal! Y no acudáis a Berseba». (Por cierto que algunas biblias traducían así el pasaje 2, 7 de Amos: «El varón acude al copioso banquete con su propio padre», donde debiera decir, y dice usualmente, «a la misma muchacha» o «a la misma sierva».)<sup>22</sup>

El principal centro de peregrinaje era, evidentemente, el santuario principal, Jerusalén, donde se conglomeraba el poder clerical judío.

La peregrinación a Jerusalén fue obligatoria durante mucho tiempo para los israelitas varones a partir de los 13 años, mientras que para las mujeres era optativa. (Más tarde también el Islam creó el deber de la peregrinación a la Meca, la más famosa y con una estricta ritualización, mientras que es voluntario acudir a Medina a visitar la tumba de Mahoma.) Si vivían lejos, los israelitas debían acudir una vez al año con motivo del Passa, la Pascua, mientras que si residían cerca debían hacerlo también en Pentecostés, en la fiesta de los Tabernáculos y el día de las Expiaciones. Los sacerdotes no reconocían ninguno de los otros templos de Yahveh que había fuera de Jerusalén. El filósofo judeohelenista Filón de Ale-

jandría escribe que sólo puede haber un santuario, «ya que sólo hay un Dios. Hay también quienes quieren hacer sacrificios en casa, pero Aquél no lo permite y les pide que emprendan el camino desde los confines del mundo y acudan a este santuario». En casi todos los sitios la religión llega a su apogeo, también en los negocios.<sup>23</sup>

Durante semanas se hacían preparativos en Palestina antes de que llegara la masa principal de peregrinos, se acondicionaban los puentes y se abrían las fuentes. Muy pronto se construyeron calles y plazas en Jerusalén. Y si bien no acudirían durante el Passa en tiempos de Nerón los 2.700.000 judíos que aseveraba Flavio José exagerando hasta el límite, puede muy bien calcularse que para una población en aquella época de 55.000 personas llegarían más del doble de peregrinos. Procedían de todas las provincias del Imperio romano de Oriente y nadie podía aparecer con las manos vacías. La religión ocupaba también el punto central y cada día acudían varios miles por agua y por tierra procedentes de todos los puntos cardinales, como relata Filón, para alcanzar «en la piedad y la adoración a Dios un reposo indispensable»; y el alto clero cobraba: de las donaciones obligatorias, de muchas ofrendas, de tasas de licencia para el montaje de tiendas y de otras fuentes. Tenía bancos y atrajo sobre sí a los bandidos, incluyendo a los gobernadores romanos. No es fortuito que se eligieran los días de peregrinación para la ejecución de los criminales.<sup>24</sup>

## **El comienzo de la peregrinación cristiana a Jerusalén: Desde el «descubrimiento de la cruz» hasta el sacrosanto culto del prepucio**

Durante dos o tres siglos a los cristianos no se les ocurrió peregrinar. Al fin y al cabo, Jesús no había dicho: ¡Acudid a Jerusalén cuando yo esté muerto! ¡Contemplad el guardarropa de mi santa madre! ¡Peregrinad hasta su leche, hasta las plumas del Espíritu Santo! El Jesús de la Biblia, y el de la historia crítica de la teología, había enseñado una cosa muy distinta.

Todavía en el siglo u nadie se preocupaba de los lugares de las historias bíblicas. Sólo a comienzos del siguiente siglo se buscaron, si bien de modo aislado, sin que hubiera un peregrinaje regular. Igualmente, los primeros que desde fuera de Palestina peregrinaron a los lugares de los «prodigios» del Antiguo Testamento y aquellos otros donde «se desarrollaron» los principales acontecimientos de la vida de Jesús (*Lexikonflir Theologie und Kirche*) fueron exclusivamente sacerdotes y obispos, y además, procedentes de Asia Menor y Egipto. Auténticos peregrinos de Palestina «no los hay hasta el siglo rv» (Altaner/Stuiber). Y durante todo el siglo iv prevaleció también la peregrinación a Palestina.<sup>25</sup>

Por lo demás, se desarrolló «en total analogía con las peregrinaciones paganas precristianas hacia las tumbas de los héroes y con las de los judíos a los Weli de los patriarcas, profetas y reyes». Según añade Kötting, decir que se desarrollaron «de modo totalmente independiente» a partir de ideas pertenecientes ya al Nuevo Testamento no es más que charlatanería apologética, pues las historietas de enfermos que en los Hechos de los Apóstoles se curan por la sombra de Pedro o con el sudario de Pablo eran en principio tan poco novedosas como la peregrinación.<sup>26</sup>

Los motivos pueden haber sido varios. Pero con seguridad predominó la «necesidad» religiosa, especialmente el deseo de ver los «santos lugares», convencerse obteniendo, por así decir, pruebas de la verdad de la Biblia, de la fidelidad de la transmisión y fortalecer la fe.

La primera cita comprobable es la oración de un peregrino a Palestina en los lugares de los «santos sucesos», registrada por el historiador de la Iglesia Eusebio. Relata que el obispo Alejandro de Capadocia «por indicación divina [...] viajó a Jemsalén para rezar aquí». Esto sucedió alrededor del año 212. Una década después Alejandro se convirtió en obispo de Jemsalén, actuó como protector del «hereje» Orígenes y murió en 250 como mártir.<sup>27</sup>

La auténtica corriente de peregrinos se inicia en el siglo iv, cuando la política religiosa de Constantino allanó el camino para ello. Con anterioridad, sólo hay verificación de sacerdotes y obispos que fueran peregrinos en Jemsalén. Ahora llegan también los laicos, sobre todo de Occidente, de los que faltan testimonios en la época preconstantiniana. La mayoría de los manuales de historia de la Iglesia hacen coincidir con Constantino el inicio del peregrinaje a Jemsalén. A partir de entonces, la ciudad actuó «por todos los siglos como un imán sobre los corazones cristianos» (Mader).<sup>28</sup>

Se trata ahora de descubrir el mayor número posible de «reliquias de Cristo»: herramientas de martirio, ropas y «todo tipo de reliquias de objetos de Cristo» (*Lexikon der Ikonographie*). La veneración de la corona de espinas comenzó en el siglo v, la de la lanza en el vi. En 614 la punta de esa lanza es llevada a Constantinopla y en el siglo x le sigue la vara y a finales del siglo xv, con el papa Inocencio VIII, llega a San Pedro de Roma. Los santos clavos se encuentran todavía en el tesoro catedralicio de Tréveris. Allí se expone desde 1100 la Santa Túnica. ¡Pero hasta el siglo xv sigue habiendo nuevos descubrimientos de «reliquias de Cristo»! Y a comienzos del siglo xx el mundo dispone ya de más de diez mil escritos sobre las tradiciones cristianas localizadas en Palestina.<sup>29</sup>

El auténtico movimiento peregrinatorio, aunque no iniciado, fue impulsado sobre todo por santa Helena.

La intrigante sin escrúpulos que vivió durante mucho tiempo con el padre de Constantino, primero en concubinato y después en bigamia, es convertida en un ángel puro por los modernos católicos, en una «cristiana

de gracia y fe» (Hümmeler), «muy modesta y sencilla, incansable en la asistencia a los servicios religiosos, siempre dispuesta a ayudar a cualquiera en apuros» (Schamoni), siempre activa con los presos, los desterrados y los condenados a las minas. Y así se la sigue festejando hoy todos los años, todavía hoy se la invoca para descubrir a los ladrones y contra el rayo. (Enterrada en Roma -anticipemos brevemente algunos acontecimientos- llega a Constantinopla mientras que su lujoso ataúd de pórfito arriba después, ostensiblemente vacío, al Museo Vaticano. Su cabeza se venera primero en la abadía benedictina de Hautvillers [Altum Villare] y después en la catedral de Tréveris. Y a través de todos sus restos, auténticos o no, los eruditos bolandistas garantizan milagro tras milagro llenando doce hojas y dividiéndolos en doce clases, llegando hasta la inaudita salvación del conde Astaldus, que podía haberse roto la nuca en Otinus al caerse del caballo, pero que no se la rompió tras gritar la rogativa «¡Santa Helena, socórreme!».)

Junto con san Macario, parece ser que Helena consiguió encontrar la cruz de Jesús (con los clavos) sobre el monte del Calvario, una de las innumerables mentiras tan grandes como puños del catolicismo, motivo por el que se la considera una leyenda. *¡Hasta bien entrado el siglo xix las obras estándar católicas consideraban auténtica la cuestión!* Pero todavía en el siglo xx puede suceder que en un mismo libro el «hallazgo o el descubrimiento de la cruz» se presente como un hecho real y como una leyenda al mismo tiempo.<sup>30</sup>

La santa (festividad 18 de agosto) encontró la cruz cuando peregrinaba en el año 326 hasta los «Santos Lugares». Y el también santo Macario I (festividad 10 de marzo), obispo de Jemsalén, testificó «el hallazgo o descubrimiento de la cruz». En efecto, tras una revelación de Dios, Helena encontró las tres cruces en el Góigota y pudo verificar cuál era la auténtica resucitando a un muerto Macario tocó en vano con dos de las emees el cadáver de la viuda cristiana Libania, pero en contacto con la tercera «adquirió vida y alabó con alegría al Señor» (Donin). Otro obispo local, no en vano también honrado con el máximo título católico, el Padre de la Iglesia Cirilo de Jemsalén (348-386; festividad 18 de marzo), atestiguó igualmente la verdadera cruz que sin embargo, a diferencia de la leyenda, hizo salir a la (turbia) luz de la historia mediante otro santo descubrimiento, el del Santo Sepulcro. Y pronto los escritores, Padres y Doctores de la Iglesia se ocuparon del extraordinario hallazgo: Sócrates, Rufino, san Ambrosio, el obispo Paulino de Ñola. Y estas innumerables reliquias de la cruz, fruto de un desatino totalmente logrado, «han desempeñado un gran papel en la historia de la Iglesia» (Bertholet).<sup>31</sup>

Según Cirilo de Jemsalén, alrededor de 350 el mundo estaba lleno ya de partículas de la cruz. Como rasgo de especial veneración se enviaban astillas, más o menos grandes, a innumerables iglesias y particulares. Las

numerosas iglesias de la Santa Cruz de todos los países, a las que todavía hoy se suele ir en peregrinaje, arrancan de una partícula de «auténtica» falsa cruz. Algunos devotos llevaban colgados del cuello diminutos fragmentos, como santa Macrina. Se enviaron trozos de la cruz a Constantinopla, a Roma, a León I, Sulpicio Severo, a la reina santa Radegunda de Poitiers, donde todavía se venera el fragmento después de que en el siglo vi su amigo (espiritual) Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, hubiera compuesto el famoso himno *Vexilla regis prodeunt* (avanzan los regios estandartes), utilizado en el breviario romano. El papa Gregorio I envió trozos de la cruz a la reina lombarda Teodelinda y al rey goda Recaredo. Y los trozos viajaron con infinidad de peregrinos hasta los lugares más remotos del mundo cristiano.<sup>32</sup>

Con este famoso reparto de filacterias, de «recuerdos de peregrinos», se dio un primer paso hacia la auténtica partición de las reliquias, el despiezamiento de los cadáveres de mártires, si bien ese proceso, el de división de la cruz, no permite prever todavía el desmenuzamiento de los muertos.

Aunque como ya se ha dicho, muy pronto hubo en todo el mundo—y mucho más después—reliquias de la cruz, ¡ésta no se redujo de tamaño! Los fragmentos que todavía circulan en la actualidad no se pretende ya que sean auténticos, pero se afirma que han estado en contacto con la verdadera cruz y que, por consiguiente, están igualmente llenos de fuerzas sobrenaturales. El «hallazgo de la cruz» fue, desde luego, un hito histórico de primer orden; no sólo porque dio un impulso imprevisible a la peregrinación a Palestina, sino porque también de lo contrario no tendríamos nada tangible de aquel que ascendió hasta la diestra del Padre. Fue mucho después cuando la cristiandad tuvo acceso a una parte de la sangre que vertió (en la pasión) y a su prepucio en varias ciudades italianas, francesas, belgas y alemanas, de modo que surgió un verdadero culto con solemnes cargos en honor del Santo Prepucio e incluso vicarios prepuciales especiales.<sup>33</sup>

Echemos de nuevo -y no sólo por curiosidad- otro vistazo hacia delante, puesto que con todos estos santos prepucios de Jesús se hizo una enorme propaganda, se hizo misión, se reforzó la fe, se aumentó el poder... y el capital.

Un famoso prepucio del Señor estuvo desde 1112o 1114 en Amberes. Llegó allí con todo género de pompas y festividades precisamente cuando florecía la «herejía» de Tanquelmo, un rigorista cristiano matado a golpes por un sacerdote probablemente en 1115. Conservado con acierto en la «iglesia de Santa María», el prepucio pronto obró un milagro y el obispo de Cambrai vio cómo caían de él tres gotas de sangre. De este modo adquirió un gran prestigio. Se le destinó una lujosa capilla, un artístico altar de mármol en la catedral y fue llevado en solemne procesión.

Y a pesar de que al parecer desapareció en 1566 con la iconoclastia, todavía se le veneraba a finales del siglo xviii.<sup>34</sup>

Pero este prepucio de Cristo de Amberes pronto tuvo una fuerte competencia con el de Roma y casi resultó desacreditado cuando nada menos -^ que santa Brígida (muerta en Roma en 1373), la santa nacional de Sue- ^ cia, garantizó la autenticidad de este segundo, tomando como testigo a la propia santa madre de Dios. En la medida en que esto favoreció el peregrinaje a Roma redujo el de Amberes, donde el clero explicó entonces que aunque no poseían todo el prepucio sí tenían «un trozo considerable» (*notandam portiunculam*). La peregrinación hacia Amberes volvió a activarse, sobre todo después de que los canónigos de Nuestra Señora (y del Santísimo Prepucio de Jesús) «demostraron» su autenticidad mediante un largo memorándum, procedente en parte de la tradición de antiguos documentos y en parte debido también el «milagro de la sangre» que observó el obispo de Cambrai, así como con otros milagros más.<sup>35</sup>

En 1426 se fundó en Amberes una hermandad «del santo prepucio de nuestro amado Señor Jesucristo en la iglesia de Nuestra Señora de Amberes». Pertenecían a ella 24 prominentes sacerdotes y laicos, y el papa Eugenio IV (ese Santo Padre que, disfrazado y bajo una lluvia de piedras, tuvo que huir de Roma y al que en 1438 el Concilio General de Basilea declaró destituido) concedió a los miembros de la Hermandad del Santo Prepucio una rica indulgencia e importantes privilegios, sin manifestarse por lo demás acerca de la autenticidad del prepucio de Amberes. Los papas no eran tan tontos. También otorgaron indulgencias al Santo Prepucio de Roma: Sixto V en 1585, Urbano VIII en 1640, Inocencio X en 1647, ^t Alejandro VII en 1661, Benedicto XII en 1724, y tampoco estos papas han garantizado la autenticidad de la pieza de Roma. Pero los fieles podían obtener de ello ricas bendiciones. Y también los papas.<sup>36</sup>

Lo mismo que con el «descubrimiento de la cruz» en Jerusalén. Ello dio pie a que el emperador Constantino hiciera construir allí iglesias. A la propia Helena se le atribuyó un templo sobre Getsemaní, fundado por ella cuando peregrinaba con 79 años. En cualquier caso, se levantaban ahora en la ciudad y en Palestina lujosos templos cristianos. Además de obispos y sacerdotes, poco a poco fueron acudiendo también monjes y laicos. Y pronto se supo cómo satisfacer mejor sus necesidades de consuelo y fortalecimiento de su fe, y de una forma muy amplia. Se tuvo en cuenta incluso el creciente interés hacia los acontecimientos «desconocidos» en la vida del Nazareno. Los «objetos de recuerdo» de su vida «se multiplicaron hasta el desenfreno» (Kütting) en los dos siglos siguientes. Y con la tradición del Antiguo Testamento se actuó de un modo no muy distinto, toda vez que éste afectaba por igual a cristianos y judíos.<sup>37</sup>

Es cierto que la santa cruz, la «auténtica», que había que proteger contra el ansia de adoración de los fieles -al parecer, cuando la besaba, un pe-

regirino arrancó una astilla de un mordisco-, era el centro de la liturgia y del interés general durante el siglo iv; es cierto que se produjeron aquí curaciones milagrosas, como en los templos de Asclepio y otros dioses paganos y que se sanó en especial a los poseídos (según san Jerónimo, en ningún lugar temblaban tanto los demonios, ya que se encontraban ante el tribunal de Cristo). Pero también se sabía mostrar a los peregrinos procedentes de todas direcciones, de Mesopotamia, Siria, Egipto, de Tebas, todos los tesoros posibles, multitud de monumentos del Antiguo Testamento y de tradiciones evangélicas locales.<sup>38</sup>

Acompañemos ahora en su peregrinación por «Tierra Santa» a algunas de las peregrinas más famosas de la Antigüedad cristiana.

### **La peregrina Eteria: su «modo ingenuo [...] y crédula sencillez [...] tienen algo extrañamente atractivo y seductor» (obispo August Bludau de Ermiand)**

Poco se sabe acerca de ella. Incluso su nombre es objeto de controversias entre los eruditos. Es probable que fuera pariente del Praefectus praetorio Orientis, el galo Flavio Rufino, en ocasiones casi todopoderoso, un enérgico cristiano al tiempo que un monstruo repugnante, que de hecho reinaba en el Imperio de Oriente en el año 395, cuando Eteria peregrinó a Palestina. Por lo tanto el clero la lisonjeó y bendijo y hasta los anacoretas más alejados se apresuraron a acudir a su presencia, aunque Eteria era como mucho priora de un convento, si es que no una simple monja, que durante su ausencia de casi cuatro años fue relatando de manera conveniente a las hermanas su viaje.<sup>39</sup>

El diario, redactado de modo sencillo pero gráfico a su regreso a Constantinopla, no fue descubierto hasta 1884 y está incompleto. Además del título faltan el comienzo y el epílogo, así como algunas hojas intermedias. No se dice en la parte conservada cuándo fue escrita esta extensa epístola a las monjas de su convento occidental, ni a dónde. La mayoría de los autores suponen como fecha de redacción el final del siglo iv y como patria de la peregrina el sur de Francia o el norte de España. En cualquier caso, su gran viaje a Oriente hacia la península del Sinaí, Egipto, Palestina, Mesopotamia y Asia Menor no lo emprendió por motivos de estudio ni por placer, sino por devoción, «*gratia religiosa*», como dice el obispo de Edesa, y esto siempre alegra a los obispos, ya sean de la Antigüedad o del siglo xx. Para ellos los fieles no son nunca lo suficientemente crédulos. Así, el obispo de Ermiand, August Bludau, en su libro sobre Eteria elogia «el modo ingenuo con el que está redactado este relato del viaje, el candor y la crédula sencillez que de él emanan, que tienen algo extrañamente atractivo y seductor».<sup>40</sup>

Nuestra *Deo vota* es desde luego conocedora de la Biblia y deseosa de saber, pero no conoce el escepticismo. La duda sobre la autenticidad o identidad de lo que la mostraban debió considerarla como pecado, o como una criptoblasfemia. De todos modos, se permite un cauteloso «se dice», que suena más piadoso que prevenido. Y la máxima restricción que se concede podría ser la cautelosa frase de «como decía al menos el santo obispo». Imperturbable, quería ver el lugar de cada una de las leyendas bíblicas, «sin poner nunca en apuros a los monjes del lugar. La época antigua se alegraba sin turbarse de las cosas que encontraba», opina el obispo Bludau de Ermiland.<sup>41</sup>

Pero si esta mujer de alto rango y en modo alguno carente de formación aceptaba prácticamente todo lo que le mostraban los obispos, sacerdotes y monjes que la guiaban, ¡con cuánta credulidad debieron de admirarlo y venerarlo después las masas de peregrinos!

Etería ve el monte sobre el que Moisés rezaba mientras Josué vencía a los amalecitas. Ve la piedra contra la que rompió Moisés las primeras tablas de la ley y en el Sinaí la gruta en la que por segunda vez recibe del propio Dios las tablas. Ve el espino ardiente donde estaba Moisés y se percató de que «todavía hoy se cubre de verde y echa brotes». Piadosos monjes que conocen cada uno de los lugares citados en la Biblia le muestran dónde se fundió el becerro de oro, dónde Moisés vio los instintos sacrilegos de los hijos de Israel, el lugar donde él ordenó a los levitas matar a los ídólatras, dónde se quemó el becerro de oro y llovió maná. Afirma el obispo August Bludau: «La piadosa peregrina se muestra satisfecha en su interior por lo que se le enseña, y sólo raras veces se abre en su relato una ligera duda».<sup>42</sup>

En la ciudad de Ramses el venerable y santo obispo le presenta dos grandes estatuas de Moisés y Aarón, construidas por los israelitas en su honor, y un sicómoro apreciado por los patriarcas, que todavía se llama «*dendros alethiae*» (árbol de la verdad) y cuyas ramas ayudan contra la indisposición. En Livias ve los cimientos del campamento en el que Moisés se lamentó durante treinta días, también los lugares donde escribió el Deuteronomio y donde bendijo a su pueblo por última vez antes de su muerte. Se la llevó igualmente hasta una fuente de deliciosa agua de la que daba de beber a los hijos de Israel en el desierto. En el monte Nebo, los monjes y el obispo de Segor le enseñaron el lugar donde los ángeles enterraron a Moisés, a pesar de que en la Biblia se dice que «nadie conoce su tumba» (Deut 34, 6).<sup>43</sup>

Sin embargo, la columna de sal en que se convirtió la pobre mujer de Lot en el mar Muerto y a la que acudían la mayoría de los peregrinos a Palestina, ya no podía verse, «y por eso no os puedo engañar sobre este asunto», admite Etería a sus hermanas, a pesar de las palabras, como pone de relieve, de las «Sagradas Escrituras». Sin embargo, según dice al me-

nos el obispo de Sengor, la mujer de Lot convertida en sal podía verse todavía hasta hace pocos años. Según Clemente de Roma, san Justino y san Ireneo aún estaba en su época, y August Bludau, obispo de Ermiland, refiere en una nota a pie de página al trabajo científico de M. Abel «in Rev. bibl. 1910, 217-233» acerca de «los traslados y transformaciones que sufrió la "mujer de Lot" a lo largo del tiempo». Y aunque a finales del siglo iv ya brillaba por su ausencia, según la guía (520-530) del archidiacono í Teodosio, vuelve a aparecer en el siglo vi, aumentando con luna creciente y reduciéndose con la menguante. También un peregrino de Piacenza atestigua su existencia alrededor de 570; según oye decir, no ha disminuido el ruido de tamaño a pesar de que la han lamido los animales. ¡Milagro tras milagro!<sup>44</sup>

Convencida por los monjes, Eteria visita el sepulcro de Job en Hauran, un «fatigoso viaje de ocho jornadas (*per octo mensiones*), si es que se puede hablarse de cansancio cuando se ve cumplido un deseo». Por el camino ve la ciudad del rey Melquíades, el río donde actuaba Juan el Bautista y el valle donde los cuervos alimentaban a Elías en la época del rey Akab. Finalmente y lo mismo que hace en los lugares especialmente santos, solicita al obispo en la tumba de Job recibir la comunión y también su bendición. Desde luego, en la mayoría de estos santos lugares hay iglesias, hombres santos, se reza, en ocasiones se bendice, a menudo se canta un salmo o se dice un sermón y siempre se lee el correspondiente pasaje de la Biblia, por así decirlo, la auténtica demostración. La piadosa virgen í nunca habla de «cosas profanas» con sus santos acompañantes, sino que mantiene siempre una «conversación piadosa».<sup>45</sup>

## ¡Oh, maravilloso Jerusalén!

Naturalmente, Eteria también vio Jerusalén, donde ya había encontrado cosas sorprendentes otro visitante occidental de Palestina muy considerado por la investigación, el llamado peregrino de Burdeos, en el Anno Domini 333. Por ejemplo, en Sión -que según la tradición israelita es el ombligo del mundo-, en medio de las ruinas del palacio de Caifas la columna donde azotaron a Jesús. Un hallazgo realmente increíble, incluso aunque Jerusalén no hubiera sido arrasada totalmente dos veces: una por Tito, en el año 70, en la que el templo se convirtió en un montón de ruinas y en toda la colina oriental «no quedó ni una huella de construcción» (Comfeld/Botterweck); y una segunda vez por Adriano, en 135 durante la guerra contra Bar-Kochba. Según relata Eteria, es comprensible que se adorara de modo especial esa columna. Sobre todo porque sobre ella se vieron las huellas, como impresas en cera, de las manos del Señor que la rodeaban y también impresiones de la barbilla, la nariz e incluso los ojos,<sup>222</sup>

de todo su rostro. No resulta por tanto sorprendente que se llevara al cuello una pequeña reproducción de esta columna como amuleto para protegerse de todos los males.<sup>46</sup>

La iglesia de Sión se convirtió en el curso del tiempo en un auténtico arsenal de reliquias. En los siglos v y vi se hallaron allí la corona de espinas de Jesús, la lanza con la que le atravesaron el costado, el cáliz en el que bebieron los apóstoles tras su ascensión a los cielos e incluso las piedras con las que el maligno pueblo había matado a san Esteban, incluyendo la gran piedra sobre la que él estaba. Pronto poseía la iglesia de Sión tantos tesoros que apenas podía enumerarlos otro apreciado visitante de Jerusalén, el peregrino (anónimo) de Piacenza (alrededor del año 570). Este cristiano relata que los médicos preparaban en los xenodoquios de la ciudad la comida con el rocío que caía por la noche sobre la iglesia de Sión, la del Santo Sepulcro y otros templos cristianos. Es comprensible que ante tantas cosas increíbles el hombre tuviera que coger fuerzas y, lo mismo que otros peregrinos, bebiera en la iglesia de Sión del cráneo de una mártir Teodata.<sup>47</sup>

El peregrino de Burdeos vio también la casa del sumo sacerdote Cai-fas; la azotea del templo donde el diablo habló a Jesús: «Si eres el hijo de Dios, tírate [...]»; la palmera del monte de los Olivos que proporcionó las ramas para su entrada en Jerusalén. (Más tarde, según sabemos, en Verona se guardaban las reliquias del asno, cuyos excrementos, eso no lo sabemos, debieron de pertenecer al monasterio de Gráfrath, cerca de Colonia.) El peregrino vio la piedra donde Judas traicionó al Señor, aunque doscientos años después, alrededor de 530, la piedra se modificó, lo mismo que la columna de la flagelación, pues ahora estaban allí marcados los hombros de Jesús como si hubiera sido sobre cera blanda.

¡El hombre de Burdeos incluso llegó a ver la piedra angular que habían rechazado los constructores! Y en el monte de los Olivos el lugar donde inició Cristo la ascensión al cielo. (Tanto en el paganismo como en el judaísmo, los viajes al cielo eran historias conocidas. San Justino, que a menudo señala que mucho de lo que el cristianismo posee y enseña también lo poseía y enseñaba el paganismo, dedica un capítulo a enumerar los hijos de dioses que subieron al cielo. Hermes, Asclepios, Dioniso, los hijos de Leda, los Dioscuros, Perseo, hijo de Danae, Belerofonte, de origen humano, etc., y no olvida añadir «que tales cosas se escribieron para utilidad y devoción de la juventud adolescente [...].») El peregrino de Burdeos vio el lugar de la ascensión a los cielos de Cristo en el monte de los Olivos. ¡Más tarde se mostraba este lugar en el monte Tabor, en Galilea! Perfectamente consecuente, pues también en el Nuevo Testamento se señala, según los Hechos de los Apóstoles, que Jesús se eleva al cielo desde el monte de los Olivos, y según el Evangelio de Lucas en las proximidades de Betania. (Lo mismo que la propia ascensión, que según Lucas se produce el mismo

día de su resurrección, la noche del domingo de Pascua, pero que en los Hechos de los Apóstoles tiene lugar cuarenta días después.)<sup>48</sup>

A todas estas maravillas hay que añadir también que el Transfigurado dejó las huellas de sus pies divinos, «según la fiable tradición». Esto se conocía ya en la religión de Heracles y de Dioniso. Jerónimo, que fue el que más animó la fiebre peregrinatoria en la mente de sus lectores del lejano Occidente, Jerónimo, honrado con el máximo título de su Iglesia y como patrono de sus facultades de teología, y al mismo tiempo uno de los santos difamadores menos escrupuloso, falsificador de documentos, ladrón eclesiástico, intrigante, denunciante, Jerónimo asegura que todavía : en su tiempo, en el siglo v, se podían ver estas huellas de Jesús. Y Beda el Venerable, un historiador y naturalista tan desapasionado «que sus obras sobre estas ciencias siguen siendo hoy objeto de admiración» (Salvator Maschek, capuchino), atestigua la existencia de estas huellas de Cristo todavía en el siglo vm. (No en balde Beda se convirtió en el «maestro de la Edad Media» y, según el arzobispo de Canterbury, con motivo del duodécimo centenario del santo, en 1934, nos sigue mostrando «la unión entre fe y ciencia», como demuestra el testimonio de Beda sobre las huellas de los pies.) Desde luego un milagro impresionante teniendo en cuenta que cada peregrino de Jerusalén se llevaba algo de la tierra que el Señor había tocado por última vez antes de su regreso.

Con las huellas de los pies sucedió lo mismo que con las partículas de la cruz.<sup>49</sup>

El suelo de «Tierra Santa» gozaba de gran aprecio, como atestigua una crónica de Agustín. ¡El señor Hesperio de Hipona había recibido algo de tierra de la tumba de Cristo y la tenía en su dormitorio para ahuyentar el mal! Después, no obstante, un dormitorio no le pareció (a él o seguramente a su obispo) un lugar suficientemente venerable, de modo que, con la autorización del mitrado, aquella tierra fue inhumada y sobre aquel suelo se edificó una capilla. Pronto se llevaron los cristianos tanta tierra de Jerusalén que se llegó a la conclusión que el monte de los Olivos se iría reduciendo paulatinamente. En realidad lo que se reducía era otra cosa, pero en eso no pensaban los cristianos.<sup>50</sup>

No sólo había éste sino muchos otros lugares de peregrinaje y su número crecía constantemente. Los fieles piadosos buscaban «fijar la localización exacta» de todos los episodios bíblicos en Palestina y su entorno «aunque no hubiera ninguna tradición antigua, y la fantasía del pueblo creyente lo aceptaba complaciente» (Kóttling). Dicho de otra forma: lo mismo que en la «Ciudad Santa», también en «Tierra Santa» se falsificaba, y cuanto más mejor. Naturalmente, mucho menos por la «fantasía del pueblo» que por la del clero. Los obispos, los sacerdotes y los monjes eran los que solían guiar -y capitanear- las peregrinaciones; lo último de manera constante.<sup>51</sup>

## Otras atracciones para los peregrinos de Palestina

Un gran monumento era Belén, el lugar de nacimiento del Señor, y lo más valioso de allí el pesebre. Mucho antes que Jesús ya habían estado en uno otros bebés divinos. A Zeus o Hermes, por ejemplo, se les representa en pañales en un pesebre. También Dioniso, dios preferido del mundo antiguo y que recuerda al ídolo cristiano en multitud de rasgos sorprendentes, estuvo primero en una cesta sagrada (*liknon*). El pesebre del Pobre Hijo de Dios fue enriqueciéndose con oro y plata procedentes de las donaciones de los peregrinos. Al cabo de medio milenio, en el siglo vi, también se podían contemplar en Belén los restos de los niños inocentes a los que Herodes había hecho matar, así como otra pieza de exposición, la mesa a la que se sentó la santa Madre de Dios con los Tres Reyes de Oriente; en 1164 las reliquias llegan a la catedral de Colonia, al monasterio de Ottoheuren; en 1238-1239 a Aquisgrán...<sup>52</sup>

Por lo visto, ni el peregrino de Burdeos ni Eteria visitaron Nazaret. Apenas se conocían allí monumentos. Pero alrededor del año 570, el peregrino de Piacenza vio en Nazaret hasta los maderos de la sinagoga que sirvieron de asiento a Jesús, incluso su abecedario. Y de la presunta vivienda de María se hizo una iglesia, que albergaba toda una serie de ropas milagrosas de la Esposa de Jesucristo.<sup>53</sup>

El Jordán, donde bautizaba Juan Bautista, fue pronto objeto de visitas por sus aguas «curativas». El agua de este tipo desempeñó un papel muy importante en muchos lugares de peregrinaje, sobre todo en el de san Menas de donde se la llevaba a todo el mundo desde incontables fuentes, siempre que fueran cristianas. También de Seleucia y Éfeso se sacaba el líquido núbulo, lo mismo que de Tesalónica, de Ñola, de Tours. Y en Palestina no; sólo en el Jordán había agua «milagrosa». Se acudía a numerosos estanques de Jerusalén o a las termas de Elias, en el lago Genezaret, a una fuente en Emmaus, donde Jesús se lavó los pies, a una fuente de Belén en la que Mana bebió durante la huida a Egipto..., y absolutamente todo se pagaba.

En el Jordán se celebraba la festividad de la Epifanía, el aniversario del bautizo del Señor, día en que se producían muchos milagros. El punto del lecho del río donde esto tuvo lugar se señalizaba perfectamente con una cruz de madera. El emperador Anastasio hizo levantar allí una iglesia. Por supuesto, también había varios albergues para peregrinos. El cuerpo del Bautista, asesinado por Herodes, se veneraba en Sebaste, en Samaría, y su cabeza en Emesa; aunque también se afirmaba tenerla en Damasco y en Ascalon y una parte en Amiens. Se conocen de él cerca de 60 dedos. No se tardó en atestiguar multitud de milagros. San Jerónimo, el mayor erudito de la Iglesia de la Antigüedad, relata ampliamente el tumulto que escenificaban los malos espíritus en la tumba del Bautista aU no querer salir de los poseídos.<sup>54</sup>

Para expulsar a los demomas, es decir, para tratar a los enfermos mentales a los que antes se creía poseídos por los malos espíritus, había centros de peregrinaje especiales; sobre todo la tumba del Bautista en Sebaste, el Golgota y los centros de Eucaita, Ñola y Tours, aunque los epilépticos, los enfermos nerviosos y los enfermos mentales buscaban también ayuda en otros lugares. Está confirmado que desde el siglo m, en el cristianismo el agua bendita no se utilizaba sólo para socorrer a los enfermos sino también para ahuyentar a los malos espíritus.<sup>55</sup>

Por supuesto que además de a María y al Bautista, en Palestina se adoraba también a otros santos y se fomentaba su culto, entre otros a Jorge, Pelagia, Isicio, Víctor, Hilarión, Santiago, Simón, Menas, Julián, Tecla, Cosme, Damián, los 40 mártires. Pero dado que de los primeros mártires por regla general no se tenían reliquias cuando éstas se pusieron de moda, fue necesario «volver a encontrarlas» (Kötting). Al ser sólo unos pocos los que podían conseguirlas, ya fueran verdaderas o falsas, se hicieron recuerdos para las masas, las llamadas eulogias o hagiasmata, que las hubo en todos los centros de peregrinaje de la Antigüedad.<sup>56</sup>

No había límites para la fantasía. Por ejemplo, se enrollaba un cordel alrededor de la «columna de la flagelación» y después se lo llevaba como «filacteria» -una palabra más distinguida que «amuleto»-, o sea, como colgante contra la brujería y para atraer la buena suerte. Estos medios protectores y ahuyentadores del mal los hubo en el cristianismo como gotas en el mar. Lo mismo que los paganos se llevaban a casa reproducciones de los templos e imágenes de los dioses, de Éfeso una copia de Efesia, de la peregrinación a Delfos una figurilla de Apolo (también Sila y Plutarco las llevaban), de los centros de peregrinaje sirios figuras de plomo de Atargatis o cenizas del altar de los sacrificios de Lebena, y utilizaban todo esto y más como medio protector, como filacterio contra el mal cuando se estaba de viaje y en casa, lo mismo hicieron los cristianos. Se recogía algo de agua del Jordán (lo mismo que más tarde los árabes se llevaban agua de la fuente de Zamzam, en la Meca), se introducían paños en el río para emplearlos después como sudarios pues al parecer les sentaban muy bien a los cadáveres. Del monte Sinaí se llevaban a casa «rocío del cielo» o «maná», y de Cesárea incluso astillas de la presunta cama de Comelio.<sup>57</sup>

El que estos «recuerdos de peregrinos» se entendieran de modo aparentemente distinto en el paganismo, que la Iglesia desligara sus nuevos «medios de bendición» de las prácticas de magia, haciendo que el cristiano no esperara obtener ayuda de la misma imagen, como el pagano, no de los dioses sino de la divinidad, de Dios, no es, desde luego, una diferencia tan revolucionaria como se nos quiere hacer creer, aparte de que tampoco en el paganismo estas imágenes se identificaban con los dioses, sino que se consideraban en un sentido simbólico.

Junto a las atracciones del Nuevo Testamento -no se han mencionado desde luego todas las que desempeñaron un papel importante- hubo también, naturalmente, multitud de piezas y lugares de recuerdo procedentes de la época judía precristiana. Las peregrinaciones cristianas siguieron al principio con mayor ahínco la tradición del Antiguo Testamento. Y como mínimo hasta comienzos del siglo iv fue mucho mayor que la del Nuevo Testamento.<sup>58</sup>

## **De la tumba de Abraham al estercolero de Job**

El peregrino de Burdeos visita en 333 muchas más tradiciones locales judías del Antiguo Testamento que del Nuevo Testamento y vuelve a ver literalmente lo más increíble. De pronto se descubrieron cerca de Belén «el lugar de nacimiento de nuestro Señor Jesucristo», las tumbas de Ezequiel, David, Salomón y otros, encima de cada una de las cuales aparecía su nombre en «caracteres hebreos». Incluso se mostraba, en Hebrón, la tumba de Abraham, cuya época, si es que vivió, se remonta a finales del tercer milenio antes de Cristo. (El Nuevo Testamento calcula desde Abraham hasta Jesús 42 generaciones para Mateo y 56 para Lucas. Los dos árboles genealógicos de Jesús desde José -¡que al parecer no fue su padre!- hasta David, que cubren un milenio, ¡tienen dos nombres en común!) Según la Biblia, Abraham, del que desciende todo Israel desde el punto de vista «teológico», murió a la «buena edad» de «ciento setenta y cinco años». Sin embargo, el testimonio de las tumbas palestinas señala que en tiempos de «Abraham» la duración de la vida no solía superar los cincuenta años. Y por supuesto que de la tumba de Abraham, si es que la hubo y que atestiguaron Padres de la Iglesia tales como Basilio, Ambrosio y Jerónimo, se sabía en 333 tan poco como de las de Isaac, Jacob, Sara, Rebeca y Lea, que también pudo contemplar nuestro peregrino.<sup>59</sup>

El hombre de Burdeos visitó también el famoso terebinto de Betsor bajo el cual el patriarca Abraham había hablado con los ángeles y había comido, que era ya en la época precristiana un lugar de peregrinación famoso. El emperador Constantino no omitió esfuerzos en adornar con una basílica este lugar venerable, lo mismo que muchos otros. Allí acudían judíos, paganos y cristianos, se rezaba a Dios o se invocaba a los ángeles, se ofrendaba vino, incienso, bueyes, ovejas, cameros, gallinas. «Cada peregrino lleva lo que más ama (!) y que ha estado cuidando durante todo el año, para entregarlo como ofrenda votiva por él y los suyos [...]» (Sozomenos).<sup>60</sup>

El peregrino de Burdeos admiró en Bethar el lugar donde Jacob había luchado con el ángel, en Sichar los plátanos plantados por Jacob, en Sichem la tumba de José, en Betania «el sepulcro de Lázaro, donde fue en-

terrado y donde resucitó». En Jericó contempló con asombro «el sicómoro de Zaqueo», al que este rico publicano judío se subió para ver a Jesús. En Jericó, atrajo al galo una fuente que primero volvía estériles a las mujeres, pero que desde que el profeta Elías había echado sal provocaba una gran fertilidad. Nuestro peregrino pudo visitar en Cesárea una fuente con las mismas virtudes. Se le enseñó también el lugar donde David luchó contra Goliat, la colina desde donde Elías viajó al cielo y muchas otras cosas maravillosas.<sup>61</sup>

Una especial fuerza de atracción sobre los cristianos la ejercía el estercolero de Job. Según afirma el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo, era «un peregrinaje que se movía desde los confines del mundo hasta Arabia, porque el estiércol de Job [...] aumenta la sabiduría y exhorta a la virtud de la paciencia». La tumba de Job la vio el peregrino de Burdeos en Belén, la peregrina Eteria la vio en Carneas, en el este de Jordania.<sup>62</sup>

Finalmente, en Jerusalén se mostraba el palacio de Salomón con una estancia en la que antaño el rey escribía la «Sabiduría». El altar del templo salomónico llevaba todavía los restos de sangre del asesinado Zacarías y las huellas de los soldados asesinos como si hubieran quedado marcadas en cera. Se visitaban también las numerosas fuentes milagrosas, de las que había una que descansaba cada siete días, en el día del Señor. Por doquier había caños por donde recoger el agua milagrosa.<sup>63</sup> :

San Jerónimo, cuando se retiró alrededor de 395 a Jerusalén, tenía todavía suficiente fuerza de fe, sagacidad, cinismo o lo que se quiera, como para escribir al obispo Paulino, procedente de Burdeos: «¡No creas que falta algo a tu fe sólo porque no has visitado todavía Jerusalén!».<sup>64</sup>

Poco a poco el peregrinaje fue extendiéndose por todo el mundo. En Siria alcanzó, con la peregrinación en pos de personajes vivos, una antigua dimensión totalmente nueva.

## **Camino a la cumbre: De los «santos topo» a los «estilitas»**

La peregrinación hasta personas todavía vivas se hizo imitando costumbres paganas. Por todo el Imperio romano atrajeron a las masas los poseídos de «Dios», los predicadores y los taumaturgos, les atrajeron sabios, visionarios, los proclamadores de la salvación, los mistagogos y los inspirados. Y estos *divi* vivientes, agraciados, que se creían llenos del espíritu y de la fuerza de Dios, a los que se consideraba enviados de Dios, pusieron en movimiento a multitudes enteras. En la época del helenismo, del sincretismo religioso, las masas populares gustaban de los dioses «próximos», de los auxiliares «más cercanos», y acudían a visitarles y admirarles; los *divi* ocuparon, por así decirlo, el puesto de los filósofos y escritores de la era clásica.<sup>65</sup>

Entre los más famosos de estos paganos se cuenta un contemporáneo de Jesús, Apolonio de Tiana, cuya vida relatada por Filostrato muestra numerosos y sorprendentes paralelismos con la imagen bíblica de Jesús, hasta el punto que a veces se lee como un evangelio. Y un representante todavía más dudoso si cabe de esta cofradía divina es el Peregrino Proteo, un cínico, que hacia el año 167 d. de C., en un acto espectacular, se autoincineró en Olimpia ante multitud de curiosos, y que con anterioridad, cuando permanecía en prisión, había declarado profesar la fe cristiana, según Luciano, simplemente para obtener ricas ofrendas.<sup>66</sup>

Según los apologistas, existe una gran diferencia entre la peregrinación hasta paganos vivos y hasta cristianos vivos, una gran diferencia entre esa peregrinación pagana y la cristiana. Aunque se admite la notable similitud, incluso igualdad de las formas, el auxiliador pagano actuaba por sí mismo, mientras que el cristiano lo hacía a través de Dios, aquél una fuente, éste un instrumento; una ayuda es práctica teúrgica sometida a influencias mágicas, la otra auténtica y verdaderamente religiosa, el propio Cristo es la fuente, lo mismo que el héroe pagano: sin embargo. Cristo «es aquí una excepción, no se le puede comparar con otros» (Kóttling).<sup>67</sup>

Esto ya lo sabemos y los sofismas y las mentiras clericales de esta índole, las diferenciaciones pseudoeruditas, que en el fondo no son nada más que burdos engaños predicados desde hace siglos, podemos dejarlos correr. En cualquier caso se trata, por un lado, de la necesidad de ayuda, de satisfacer la curiosidad y de creer en los milagros, y por el otro de la famosa excentricidad de los feriantes y los intentos de capitalizar la miseria y el embrutecimiento; resumiendo, se trata siempre de la penuria humana, del ansia de milagros y de negocio.

Vimos ya qué gran poder de atracción tenían los ascetas. A muchos no les apetecía en absoluto ser objetos de la curiosidad piadosa. Se ocultaban en cuanto veían a un bípedo, lo mismo que hacen los animales salvajes en su guarida, desaparecían en la tierra como si fueran topos, de modo que se les vino a llamar también los «santos topo». Muchos huían «ante el olor del hombre». Además, muchas de las mortificaciones no eran adecuadas para mostrarlas al público, como las practicadas por ciertos autorrecluidos o, verbigracia, por los *boskoi* (los «pasturantes»).

Pero había otros ascetas a los que les gustaba la «publicidad» y que se rodeaban de un numeroso grupo de discípulos; san Apolonio, según atestigua el historiador de la Iglesia Rufino, con más de quinientos. Otros parecían más bien exhibicionistas extremados. Cubrían sus «impudicias» con el cabello largo, con pobladas barbas, con hojas o simplemente recogiendo con rapidez las piernas. Sin embargo, su heroísmo, su autosacrificio heroico lo hacían por sacro egoísmo, para conseguir el reino de los cielos, y mostraban sin escrúpulos sus mortificaciones y todo tipo de locura imaginable. Se representó entonces en estos desiertos «un teatro sin pa-

rangón, un teatro en el que cada uno da la impresión de desempeñar un papel eterno lleno de ardor y con escrupulosa precisión», y todo esto de tal modo que sería muy difícil, si no imposible, «diferenciar entre los locos auténticos y los simulados, distinguir a los santos verdaderos de los falsos [...]»(Lacarrière).<sup>68</sup>

Toda esta locura cristiana en los desiertos de Egipto, Arabia y Siria despertó la curiosidad de los creyentes. Surgió una «segunda Tierra Santa» (Raymond Ruyer), comunidades cuasi comunistas y excéntricas de todo tipo, y comenzó hasta allí la peregrinación, sobre todo porque para muchos la tierra de los faraones era sólo una pequeña excursión en su peregrinaje a «Tierra Santa». Desde la segunda mitad del siglo iv son incontables los que por los más diversos motivos visitan a los anacoretas más famosos y los más importantes centros monacales, los monasterios en Pispir, Kolzim, Arsinoe, Oxirrincos, Afroditópolis, Babilonia, Menfis, etc. Acudían las llamadas gentes sencillas y «gentes de mundo», nobles, dignatarios del Imperio, damas acaudaladas como Paula, la rica amiga de Jerónimo. La peregrina Eteria se contaba entre ellos y a veces figuras ilustres de la historia de la Iglesia en Oriente y Occidente, Paladio, Juan, Casiano o Rufino de Aquilea. Por supuesto, los grandes albergues anejos a los monasterios cuidaban de una estancia más prolongada de los peregrinos.<sup>69</sup>

Entre los diversos géneros de la locura ascética y de la mortificación teatral estaban los llamados «estáticos». Y este género, que surgía en medio de todo el mundo, atrajo hacia sí la atención, atrajo a los peregrinos y los mirones que contemplaban admirados a aquellos valerosos que se mantenían de pie sin moverse, como columnas, durante horas o días enteros, en cualquier tiempo, bajo un sol ardiente o lloviendo a cántaros, con los brazos cruzados o elevados hacia el Padre divino, en silencio, rezando, cantando. San Jacobo, más tarde obispo de Nisibis y maestro del santo antisemita Efrén, tenía «sólo el cielo como cubierta» y entraba en tan profunda «estasis» que una vez quedó totalmente enterrado en la nieve sin que al parecer se enterara. Los griegos siguen celebrando hoy su festividad el 13 de enero o el 31 de octubre, los católicos el 15 de julio, los sirios el 12 de mayo, los maronitas y los coptos el 13 de enero, los armenios el 15 de diciembre. Un colega del celebrado anacoreta, Juan de Sardes, mientras duerme por la noche se mantiene de pie por medio de una cuerda que hace pasar por debajo de sus brazos. Sobre san Dómino, también «estático» de profesión y «expuesto a los ojos de todo el mundo», relata el Padre de la Iglesia Teodoreto que «nunca habla sin derramar lágrimas, pues lo sé por experiencia, ya que a menudo tomaba mi mano y la llevaba hasta sus ojos y la humedecía hasta dejarla totalmente mojada».<sup>70</sup>

Pero incluso a estos locos eclipsa un tipo de mortificación y exhibicionismo que lo continuó a un nivel todavía más elevado, que constituye por

así decirlo la máxima cumbre de estos esforzados anacoretas, la práctica de los estilitas (de *stylos*, columna).

### **Más cerca, Dios mío, de Tí...**

Los estilitas -que dieron pie a un notable movimiento peregrinatorio que no finalizó con su muerte, sino que floreció en el lugar de su capricho tan ambicioso como demencial y precisamente por eso tan espectacular- permanecían sobre columnas de piedra o madera, naturalmente sólo para alejarse de la tierra, de los seres humanos. No es casual que este punto álgido del absurdo cristiano, al menos exteriormente, comenzara en Siria, donde los paganos ya creían que un ser humano podía hablar tanto mejor con los dioses cuanto más alto estuviera.<sup>71</sup>

En consecuencia, el movimiento de los estilitas cristianos tenía un antecesor en el culto de la diosa siria Atargatis, que ofrecía también otros curiosos paralelismos con el cristianismo. Los sacerdotes sirios gozaban de la divinidad sobre todo comiendo pescado, pues era sagrado para la diosa-peza Atargatis, de la que había un templo en Kamion, al oeste del lago Genezaret. El culto a Atargatis y la veneración del pez eran, pues, algo muy próximo al cristianismo primitivo. No es casual tampoco que el pez, símbolo de misterios paganos muy difundidos se convirtiera en el símbolo del misterio más sagrado de la cristiandad, la eucaristía -ahora el «verdadero misterio del pez», el «pez puro»-, adoptándose por primera vez el pez como símbolo de culto a través de los cristianos de Siria y la voz griega de pez, *ichthys*, formó un anagrama del nombre «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador».<sup>72</sup>

Luciano de Samosata (hacia 120-180 d. C.), el gran blasfemador sirio, el Voltaire del siglo n que luchó contra las prácticas de culto, la mitología y la superstición, relata un rito muy celebrado en su época en Siria en honor de la diosa Atargatis. En su obra *De dea Syria* narra una costumbre en la que dos veces al año un celebrante debe trepar hasta un falo de piedra de cincuenta y dos metros que hay delante del templo y ha de permanecer allí arriba durante una semana. Los peregrinos dejaban al pie del falo monedas de cobre, plata y oro. Según escribe Luciano, la multitud «cree que este hombre habla con los dioses desde el lugar elevado donde está, que les pide fertilidad para toda Siria y que los dioses escuchan su oración desde más cerca». De modo casi literalmente idéntico caracterizan más tarde los Padres de la Iglesia Teodoreto de Ciro y Evagrio Escolástico el ascetismo del estilita cristiano Simeón.<sup>73</sup>

Simón Estilita el Viejo, nacido alrededor de 390 en Nicópolis, comienza su carrera igual que muchos grandes cristianos, como pastor. Durante un decenio hace expiación en el monasterio de Teleda de manera tan exa-

gerada que los monjes no le pueden aguantar y piden que se vaya. Durante cinco días canta en una fuente seca «la alabanza de Dios». Después, hacia 412, se deja emparedar al norte de Antioquía durante la cuaresma un total de 28 veces, sin tomar ningún alimento. Más tarde cuelga encadenado de una roca y contempla «con los ojos de la fe y del espíritu las cosas que hay arriba en el cielo»; una actividad tan útil que las multitudes abandonaban su casa y peregrinaban hasta Simeón, lo que resultaba no menos útil. Incluso hubo al parecer paganos que le hicieron regalos. Los fieles querían tocarle, tener jirones de su ropa, obtener un pelo de su peellón. Por lo tanto, para elevarse «espiritualmente», para estar más cerca del cielo, trepó a su columna y se convirtió en el fundador del movimiento estilista (cristiano).<sup>74</sup>

Simeón se acerca al Todopoderoso primero un metro, después cinco, seis, once, aunque las tradiciones varían de una a otra, como con todo. Al final está a veinte o veinticinco metros de altura, casi durante treinta años, «pues el anhelo que tenía de elevarse al cielo hizo que cada vez se alejara más de la tierra». Con ello queda expuesto a cualquier tormenta y al sol (más tarde, algunos estilistas construyen una cabana, un techo, sobre su columna). El santo apenas sabía escribir, pero locuaz sí que era como para predicar dos veces al día a los peregrinos y para insultarles llamándoles «perros», pues disputaban entre ellos por su culpa. En las fiestas mayores permanecía toda la noche con los brazos alzados hacia Dios, según otras fuentes también las restantes noches «sin cerrar ni una sola vez los párpados». Permanecía erguido o se inclinaba hasta los dedos de los pies para rezar «pues ya que sólo come una vez a la semana, su vientre es tan liso que no le cuesta ningún trabajo inclinarse». El obispo Teodoreto relata también que estas «adoraciones» de Simeón eran tan abundantes que muchos las contaban. Uno de sus acompañantes contó en un día hasta 1.244 «adoraciones» pero, agotado, dejó de contar.<sup>75</sup>

El célebre personaje consideró incluso la posibilidad de pasarse toda su vida apoyado en una única pierna. «Al candelero del orbe cristiano» (Cirilo de Escitópolis) se le quedaron rígidos los miembros, llenos de heridas y úlceras que pronto se descomponen. Un invierno, así afirma al menos su discípulo Antonio, autor de una vida fantástica del maestro, sus muslos se pudrieron tanto «que salieron multitud de gusanos, que caían desde su cuerpo a sus pies, de sus pies a la columna y de la columna al suelo, donde un joven llamado Antonio, que le servía y ha visto y escrito todo esto, por orden suya los recogió y se los devolvió arriba, donde Simeón los puso sobre sus heridas y dijo: "Comed lo que Dios os ha dado"». <sup>76</sup>

¡Que luego digan que el cristianismo no es amigo de los animales!

Aunque ágil como una ardilla, a Simeón se le consideró mártir. En efecto, vivo superó a los santos muertos, para muchos contemporáneos era casi más importante que Pedro y Pablo, en su opinión sobrepasaba en el

ayuno a Moisés, Elias e incluso a Jesús. Simeón no curaba con los fragmentos de su ropa ni con su saliva, su simple oración hacía milagros. Se arrancaban pelos de su peellón, se recogían lentejas de su comida y tierra del lugar donde vivía. Al final todo estaba empaquetado y listo para usar, eulogias, alimento natural, aceite curativo, polvo bendito, «polvo milagroso»; al principio con una cruz, después con un retrato de Simón y al final con figuritas completas suyas.<sup>77</sup>

El polvo era un «medio de bendición totalmente natural», nada más barato, nada más próximo; valioso «como piedras preciosas»: particularmente curativo en las enfermedades gastrointestinales. Se le llevaba en pequeñas cápsulas, no se le utilizaba sólo como medicamento, sino también como filacteria y era muy solicitado, más que en ningún otro lugar en Tours; aunque también en Eucatia o incluso en el lugar donde estaba Simeón, donde los peregrinos, aunque no iniciaron una nueva era de la medicina, «sí una nueva era de las peregrinaciones y de la piedad popular» (Kóttíng). Más tarde se recogía también polvo de la columna que por ese motivo en la Edad Media, una pérdida para el mundo cultural, quedó totalmente deshecha.<sup>78</sup>

De este modo floreció la única religión verdadera. Multitud de cristianos acudieron allí procedentes de todos los puntos cardinales. Llegaban también muchas mujeres porque Dios no les había dado descendencia. Otras peregrinaban a san Menas o a Menuthis o, como la reina de los partos Sira, a san Sergio en Rusafa. En tales circunstancias las paganas preferían Delfos y el templo de Asclepios. En el caso de Simeón las mujeres estaban en desventaja, como casi siempre y en todos sitios a lo largo de la historia del cristianismo. A las mujeres les estaba prohibido el acceso al entorno inmediato del santo. Tenían que permanecer fuera del «Mandra» y sólo a través de intermediarios podían presentar sus deseos. Parece que Simeón negó la entrada en su cerca a su propia madre y que por motivos ascéticos no la vio en toda su vida; *tota mulier sexus* (la mujer es únicamente sexo), una vieja filosofía cristiana. Según afirma Evagrio Escolástico, también tras la muerte del santo les estuvo prohibido a las mujeres entrar en la iglesia de peregrinación.<sup>79</sup>

No obstante, el sexo femenino acudía lo mismo que el masculino. El obispo Teodoreto, paisano de Simeón y al que una vez casi aplasta la multitud de los admiradores de éste, vio un «océano humano» a los pies de la columna. No sólo procedían de todo Oriente, alardea Teodoreto, judíos, armenios, etíopes, no, sino también del extremo de Occidente: hispanos, galos, británicos, incluso en «la gran Roma» había colocadas en la entrada de todos los talleres pequeñas imágenes de Simeón «para ahuyentar al mal y como medio protector».<sup>80</sup>

Se peregrinaba hasta él de forma individual o en grupo para obtener su bendición y su consejo, pero sobre todo para liberarse de todo tipo de

achaques. Su oración estaba muy solicitada en especial en épocas de grandes sequías y los sirios acudían en procesión. Hasta venían paganos y se convertían, destruían «ante la gran luminaria las imágenes de ídolos que veneraban» y renunciaban a «los libertinajes de Afrodita» (Teodoro). Tribus enteras recibieron a la vez «el santo bautismo» y los más precavidos prometieron «el santo bautismo» mediante contrato escrito en caso de que se resolviera su problema por las oraciones de Simeón. «Llegaban los lascivos y se corregían, las prostitutas ingresaban en conventos, los árabes, que todavía no conocían el pan, servían a Dios» (Syr. Vita). Puesto que incluso los peregrinos corrientes arrojaban su óbolo en el cesto que colgaba permanentemente de la columna, qué deben haber donado los enviados de los reyes que al parecer acudían allí a menudo y no sólo a fin de solicitar la bendición para su soberano, sino incluso para recibir instrucciones de gobierno.<sup>81</sup>

Desde que existe la peregrinación cristiana, los círculos eclesiásticos ejercieron y ejercen influencia sobre los acontecimientos mundiales hasta la actualidad; el ejemplo más conocido del siglo xx: Fátima y su militante agitación anticomunista y antisoviética. En la Antigüedad, los potentados solicitaban con más frecuencia consejo en los centros de peregrinación o a los anacoretas. El emperador Teodosio I consultó al ermitaño egipcio Juan antes de sus campañas contra Máximo en 388 y Eugenio en 394, un golpe auténticamente demoledor para el paganismo. Los príncipes de los francos Chilperico y Meroveo se dirigieron a la tumba de san Martín en Tours. (¡El diácono de Chilperico colocó una precaria solicitud del rey en forma de una carta sobre la tumba, junto con una hoja en blanco para su respuesta! Pero en este caso el cielo guardó silencio.)<sup>82</sup>

Sin embargo, en el caso de Simeón el propio peregrinaje tenía motivos políticos, algo por lo demás nada raro. Así se infiere del relato de un cabecilla beduino, que escribe: «se harán cristianos, se unirán a los romanos y se rebelarán. Al que vaya allí le cortaré la cabeza y a toda su familia». Pero por la noche, «en una aparición» -y más de una vez estas apariciones tenían como base una persona física bien real, salvo que fuesen, como solía suceder, puro invento y engaño-, el cabecilla recibe una amenaza de muerte y entonces autoriza: «Quien quiera acudir al señor Simeón para recibir allí el bautismo y hacerse cristiano, puede hacerlo sin miedo ni temor. Si no estuviera yo sometido al rey de los persas, también viajaría hasta allí y me haría cristiano».<sup>83</sup>

En resumen, el efecto del santo era extraordinario, y en consecuencia también el tinglado de la peregrinación. Los discípulos de Simeón, al parecer más de doscientos y posteriormente todavía más, obtuvieron unas celdas que fue el comienzo de lo que sería el monasterio. Ya existía la iglesia cuando aún vivía, también un baptisterio, así como albergues; algunos peregrinos permanecían allí ocho o incluso catorce días. Y cuando

Simeón murió en 459, a la edad de setenta años -seiscientos soldados procedentes de Antioquía tuvieron que proteger su cadáver contra sarracenos y fieles ansiosos de conseguir reliquias-, su columna siguió atrayendo a las masas durante siglos. Mientras que a su cadáver, que el emperador Leo, para disgusto de los antioquenos, llevó hasta la capital, acudía poca gente, a la columna lo hacían masivamente y se la consideraba la reliquia más preciosa, construyéndose a su alrededor poco a poco todo un complejo de edificios, cosa poco habitual incluso para los lugares de peregrinación. En particular en las fechas de aniversario se peregrinaba hasta allí desde todas direcciones y desde los puntos más lejanos, celebrándose estas fiestas «con un ardor religioso rayano en el éxtasis [...]». La dirección de la iglesia sabía alimentar en abundancia la fantasía creyente de los peregrinos mediante hábiles piezas de arte, de modo que el recuerdo del gran santo permaneció vivo en el pueblo» (Kóttling). Alrededor de 560, Evagrio Escolástico vio todavía la cabeza de Simeón en Antioquía, salvo algunos dientes robados por adoradores.<sup>84</sup>

Este movimiento estilista de varios decenios fue lo suficientemente demencial como para encontrar sucesores a lo largo de muchos siglos de historia cristiana de los santos. El santo monje Daniel, discípulo de Simeón, permaneció desde 460 unos treinta y tres años encaramado en su columna en Anaplus. A pesar de su resistencia el patriarca Genadio le consagró sacerdote e incluso le visitaron el emperador León I y la emperatriz Eudoxia, además de, naturalmente, multitud de peregrinos y hasta «herejes» (La tradición afirma que debido a su «extraordinaria desecación», sus heces eran «como las de las cabras».) La iglesia vecina se encargaba de ingresar en caja los ricos presentes de los que allí acudían. Tito, un oficial del palacio imperial que había abandonado el ejército, levitó allí sin más ayuda que la de una cuerda que pasaba por sus axilas. En el siglo vi, un antiguo prefecto de Constantinopla estuvo viviendo durante cuarenta y ocho años en una columna en Edesa. En el siglo vil, san Simeón el Joven «todavía tan joven que los dientes de leche se le cayeron arriba» trepó a su columna. A los treinta y un años fue consagrado sacerdote y obró tantos milagros que de nuevo la cristiandad se arremolinó a su alrededor para ver al «nuevo Simeón», y la colina en la que se encontraba su última y más alta columna se llamaba simplemente «monte de los milagros». No menos famoso fue san Alipio, que pasó en total «67 años en una columna», «la mayor parte del tiempo de pie, en sus últimos años yacente» (*Le-xikonfür Theologie und Kirche*); es uno de los ascetas de Oriente que con mayor frecuencia se representa en iconos, frescos y miniaturas bizantinas. Pero todos estos desequilibrados cristianos tuvieron una enorme clientela y las masas del pueblo les asediaron. Por supuesto, la peregrinación continuaba después de su muerte.<sup>85</sup>

A pesar de los inconvenientes, parece que la vida al aire libre les sen-

tó bien a los estilitas. Aun teniendo que celebrar su ideal ascético, tan admirado y santo, por espacio de treinta, cincuenta o más años en sus columnas, no pudieron llegar muy temprano a Dios y por lo general debieron esperar bastante. Simeón el Viejo alcanzó los setenta años, Daniel ochenta y cuatro, Alipio noventa y nueve, Lucas, un estilita del siglo ix, cien. Todos estos santos solían tener una muerte natural, por así decirlo, si no les abatía un rayo, inescrutabilidad de Dios, como le sucedió a un estilita de Mesopotamia que estaba en su columna de yeso, o le mataban los bandidos como a san Niceto. Por otro lado, en cuestión tan extraordinaria apenas puede sorprender cualquier otra peculiaridad. Como por ejemplo el relato de Juan Moschus, un monje oriental fallecido en Roma en 619, que describe una disputa religiosa entre un estilita católico y otro monofisita que eran, por así decirlo, vecinos y que desde sus columnas se lanzaban insultos. O esa extraña reunión de cien estilitas que había en Getsemaní, en Palestina, como todo un bosque de columnas alrededor de un superior.<sup>86</sup>

### **La peregrinación en pos de una santa que probablemente nunca existió**

Asia Menor tuvo una gran importancia en la historia de las peregrinaciones, siendo aquí los centros de peregrinaje mucho más numerosos que en ningún otro lugar. Había allí multitud de lugares «santos» de relevancia más local, como la iglesia del mártir Polieuctes en Melitene. En Sinope, en el mar Negro, san Focas se convirtió en patrón de los marinos. En Cesárea, en Capadocia, se veneraba al santo mártir Mamas; más todavía a los famosos 40 santos mártires que tenían santuarios por otros sitios, en especial en Asia Menor, y cuyas reliquias eran recuerdos de peregrino muy buscados.<sup>87</sup>

A todos estos lugares les superaba con creces Seleucia de Calleadnos, destino de las peregrinaciones más antiguas conocidas. De modo curioso era una mujer santa la que atraía aquí a los peregrinos, influyendo en ello seguramente la predilección de los habitantes de Asia Menor por las divinidades femeninas. (En Calcedonia florecía el santuario de Eufemia, que debía su fama a dos milagros principales: al indescriptible aroma dulce que desprendía la tumba de la mártir, al principio sólo por la noche pero más tarde de manera ininterrumpida. Y a una esponja que, según las revelaciones sobre sus sueños hechos por la santa al obispo o a otros hombres dignos, se llenaba de sangre al tocarla con las reliquias santas, en presencia del emperador, de las autoridades, del pueblo, que siempre prorumpía en gritos de júbilo, sobre todo después de que fluyera tanta sangre que no sólo hubo suficiente para todos los presentes sino que pudo hacerse una especie de venta por correo a todo el mundo.)<sup>88</sup>

El centro del culto en Seleucia era santa Tecla, considerada como la primera mártir, la «protomártir», aunque salvada por un milagro, expiró «en hermoso sueño». También así se puede ser mártir. Los católicos siguen celebrando su festividad el 23 de septiembre, los orientales el 24 y los coptos el 19 de julio. En «época antiquísima» (Holzhey) había en Roma una iglesia de Santa Tecla en el Vaticano, y asimismo otros santuarios dedicados a ella. Se la veneraba en Lyon y en Tarragona, más tarde en la iglesia catedralicia de Augsburgo, cerca de allí, a la altura de Welden, en un lujoso santuario, y también Munich poseía una capilla de Santa Tecla. En el siglo de Hume, Voltaire y Kant se extendieron desde España varias hermandades de santa Tecla, entre otras en Viena, Praga, Munich, Ratisbona, Maguncia, Paderbom, aquí incluso confirmada por el papa en 1757 como «archihermandad». Un «pan de santa Tecla» especial en recuerdo del que todos los días servía un ángel a la santa, proporcionaba protección y curación, y se consumía en España, Austria y Alemania, en especial en la piadosa región de Paderbom.<sup>89</sup>

No obstante, sobre Tecla, la presunta discípula de san Pablo, sólo se tienen «noticias fiables» en «ocasionales e indeterminadas (!) alusiones de los Padres de la Iglesia» (Wetzer/Welte), y desde luego no históricas. Tuvo su origen en las Actas de Tecla, una parte de las Acta Pauli et Theclae, aquella historia puramente novelesca que falsificara un sacerdote católico de Asia Menor alrededor del año 180, que después fue trasladado y suspendido. Tertuliano, más tarde un «hereje», y el Padre de la Iglesia Jerónimo, que era un falsificador, un santo difamador sin conciencia, juzgaron de modo demoledor la obra del monje. Lo mismo el famoso Decretum Gelasianum, atribuido al papa Gelasio I, un documento supuestamente promulgado por el sínodo romano en 494 y en el que se condena las actas de Pablo y Tecla, pero es a su vez una falsificación.<sup>90</sup>

En Seleucia, donde comenzó a florecer el culto a Tecla, la santa tuvo que luchar contra dos competidores. Estableció un «frente de lucha», como se dice en la obra muy prolija pero sin ningún valor histórico *De vita et miraculis s. Theclae*, del arzobispo Basilio de Seleucia, «frente al demonio Sarpedon, que habita en una grieta de la tierra junto al mar y que mediante un oráculo hace que muchos pierdan la fe, y lo mismo contra la diosa Atenas, que tiene su santuario en lo alto de la ciudad». Cuando la peregrina Eteria apareció en Seleucia, toda la novela de Tecla, la falsificación del presbítero católico, estaba expuesta en el lugar de su martirio como certificación de la autenticidad del lugar de peregrinaje. Eteria leyó estas «Actas de Tecla y agradeció a Cristo nuestro Dios, que me ha concedido sin tener méritos el que se cumplan todos mis deseos».<sup>91</sup>

A finales del siglo n, la novela de Asia Menor se conoce hasta en Carthago y se la considera verdadera, como tantas otras cosas en el cristianismo, y durante siglos proporciona buenos dividendos. El culto se extiende

cada vez más. En el siglo iv, Tecla es en Oriente en todos sitios casi tan popular como María. Se produce entonces una auténtica actividad peregrinatoria. El centro se encontraba fuera de la ciudad, sobre una meseta, donde Eteria no encontró «en la iglesia de los Santos [...] nada más que innumerables celdas de hombres y mujeres», «santos ermitaños o apotactitas». La presencia de estos servidores y servidoras del culto en un santuario continuaba evidentemente una costumbre de la religión pagana, como era habitual en Asia Menor.

Sin embargo, alrededor del año 500, cuando culminó la actividad alrededor de Tecla en Seleucia, había allí un «distrito santo» (*témenos*) lleno de iglesias y edificios anexos, también con albergues para los peregrinos, y lo mismo que en todos los centros de peregrinaje, a menudo complejos de monasterios, en el desierto de salitre, en Palestina, Siria, Alejandría, más tarde también en Occidente, sobre todo en Galia. Todos estos lugares disponían de alojamientos para los peregrinos, hospicios, financiados por los emperadores, por otras personalidades relevantes y por cristianos acaudalados, lo que requería unas inversiones elevadas, sobre todo porque los albergues en el desierto parecían más castillos para protegerse contra los bandidos y sarracenos, y porque las reglas monacales de la Iglesia antigua no sólo obligaban a atender a los «*peregríni*» sino también a los «*pauperes*», y los xenodoquios de los monasterios eran asimismo albergues para pobres y enfermos. En Seleucia se levantó en relativamente poco tiempo por tres veces una basílica cada vez mayor (de la última, la iglesia de la época de apogeo, quedan hoy sólo unas pocas ruinas). Había entonces un total de cinco iglesias, multitud de viviendas para sacerdotes y otros servidores y una sala de incubación, donde los peregrinos dormían para recibir en sueños el consejo o la curación de los santos.<sup>92</sup>

El culto a Tecla en Seleucia prosperó más por cuanto desde un principio le favoreció su privilegiada situación en las comunicaciones, el cruce de cuatro caminos. Cada vez acudían de las cercanías y de lejanos lugares más soldados, campesinos, eruditos y funcionarios, sobre todo durante la festividad de Tecla, que se celebraba durante varios días. Había diversión, se bebía, se bailaba y las doncellas no tenían segura su virginidad ni en las proximidades inmediatas del santuario; y sólo el cielo sabe cuántas esperaban precisamente eso. También los obispos disfrutaban del baño de multitudes y si el alboroto era excesivamente molesto en la iglesia principal, se podía ir al «bosque de mirtos», la «paz» de la gruta de Tecla, donde «también Tecla gustaba de permanecer», hasta que los sollozos y alaridos de los fieles les expulsaban de allí.<sup>93</sup>

No se conocía la tumba de «Tecla»; perfectamente comprensible. Tampoco había reliquias al principio, aunque después se encontraron de todo tipo, como la punta atascada de su traje, que quedó cuando desapareció en la grieta de la tierra. Por supuesto, los peregrinos podían adquirir «eu-

logias» y es probable que también agua milagrosa. Había asimismo aceite de lámpara milagroso. La iglesia incluso vendía jabón. Muchos peregrinos llevaban animales como ofrenda desde las orillas del mar Negro hasta Egipto: grullas, gansos, palomas, faisanes, cerdos. Muchas veces Tecla obraba a través de ellos un milagro, cosa nada rara entre los dioses paganos; por ejemplo Sarapis cuando Lenaios rezaba con fervor por su caballo que se había quedado ciego de manera súbita «lo mismo que por un hermano o un hijo». Naturalmente, hubo muchos regalos valiosos. Las iglesias nadaban en oro y tesoros, y no sólo las de Tecla.<sup>94</sup>

### **Gracias a las donaciones, los centros de peregrinaje cristianos se fueron enriqueciendo con rapidez**

Surgieron templos cristianos enteros. Por ejemplo, la iglesia de san Juan de Rávena gracias a Gala Placidia por haberse salvado de un naufragio. El interior de estos edificios sacros recibió igualmente numerosas donaciones. Muchas veces un único peregrino equipaba una parte de la iglesia. Y sobre todo, en los lugares centrales de peregrinación como la tumba de san Félix en Ñola, el santuario de Menas en Egipto, el santuario de Focas en Sinope, etc., se acumulaban casi sin fin los ricos exvotos. «*Ornamenta infinita*», escribe el anónimo de Piacenza sobre las donaciones de los peregrinos en el Góigota. La escala habitual va desde copias de miembros en plata u oro hasta ganado, dinero y tierras, pasando por costosos cortinajes, candelabros, cruces de todo tipo, pieles, tapices, coronas de oro (por ejemplo de los reyes visigodos), alfombras y seda del rey de los persas. La costumbre se mantuvo «a lo largo de los siglos» (prelado Sauer). Lo que lógicamente no duró en general fueron las piezas valiosas, mientras que las carentes de valor estelas, tablas y columnillas votivas, las inscripciones y los cientos de ampollas para aceite y agua todavía perduran hoy, lo que demuestra tanto la estupidez de los creyentes como la astucia del clero. Las donaciones se podían enajenar; aunque en el siglo xx simplemente con la autorización de la Santa Sede.<sup>95</sup>

Seguramente que los peregrinos no hacían donaciones sólo como agradecimiento sino también porque esperaban ayuda. Sin embargo, los teólogos sólo mencionaban los exvotos de agradecimiento; se pagaban mejor. Los que habían sanado llevaban imágenes de pies, manos y ojos, figuras de casi todas las partes del cuerpo, a veces de madera, aunque otras de oro. Con ocasión de una enfermedad del príncipe heredero de Galicia, el padre entregó el equivalente en oro y plata del peso de su hijo enfermo a la tumba de san Martín. Esos sacrificios sustitutivos eran frecuentes en la Edad Media. Menos gasto tuvo el ex cónsul Ciro; para agradecer la curación de su hija simplemente grabó una inscripción en la columna del estilita Daniel.<sup>96</sup>

Era habitual llevar a los centros de peregrinaje animales como ofrenda, de nuevo un paralelismo exacto con los centros de peregrinación paganos. Y lo mismo que en éstos era frecuente el parque de animales también en los cristianos, sobre todo en Oriente, donde constantemente se restituían los animales sacrificados. Parece ser que a Tecla le gustaban las aves: gansos, cisnes, grullas, faisanes, palomas, etc. En Egipto se preferían cerdos. Al parecer, alrededor de Menas había todo un rebaño, que a veces atraía a ladrones (necesitados).<sup>97</sup>

Aunque el parque de animales era una especialidad de los centros de peregrinación orientales, también en Occidente se regalaba a las iglesias ovejas, temerás, cerdos, caballos. Y mientras que hoy en los templos cristianos suele haber una pegatina en la entrada con la imagen de un perro que anuncia: No podemos entrar..., antaño se llevaban los animales (que además permanecían en la iglesia) al altar y se les bendecía. Hasta llegar allí se consideraba un sacrilegio hurtarlos, como «robo al templo», «robo a Dios». Otros animales -según el viejo punto de vista cristiano cosas, carentes de alma- se sacrificaban, se servían a la mesa con ocasión de los ágapes de peregrinos y el resto se daba a los pobres, en recuerdo del mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo.<sup>98</sup>

Seleucia tenía abundancia de animales pero estaba también llena de oro y otros tesoros de los peregrinos ricos, por lo que isaurios y bandidos asolaban constantemente el santuario, que parecía casi una fortificación. Aunque la propia Tecla custodiaba sus tesoros y los peticionarios volvían a reponer las propiedades robadas, se creó una pequeña fortaleza y una guardia del templo que estaba al mando del obispo. No obstante, en caso de peligro de ataque se guardaba en la ciudad lo más valioso, y a veces se dejaba que los ciudadanos protegieran los bienes de la Iglesia; como en el fondo casi siempre, la Iglesia tenía la correspondiente autoridad de mando. Si se recuperaba el botín de los bandidos, se restituía bajo himnos solemnes.<sup>99</sup>

El caso de Tecla demuestra el modo en que el obispo local propaga un culto. Según el jesuíta Beissel «para que una peregrinación se mantenga en flor, había que estimular y dar confianza al pueblo mediante resultados visibles, con milagros y respuestas a las oraciones».<sup>100</sup>

## **Peregrinación y milagro: Hacia el marketing de los «lugares milagrosos»**

El metropolitano de Seleucia, el arzobispo Basilio, era sin ninguna duda el hombre adecuado para despertar confianza. En la disputa eutiquiana apareció en el año 448 como adversario católico de Eutiques, un monofisita extremo. Un año después, en el «latrocinio» de Éfeso, rápidamente

se pasa al bando de los «herejes» victoriosos dirigidos por Dióscoro y se convierte en monofisita. Pero dos años más tarde, en el Concilio de Calcedonia, vuelve a cambiar de bando, pasándose a los que ahora se alzan con la victoria y vuelve a ser católico, sólo para continuar siendo obispo.<sup>101</sup>

La credibilidad de este hombre queda igualmente reflejada en sus dos libros *Sobre la vida y los milagros de santa Tecla*: nuevas mentiras que completan la novela de Tecla, que la continúan y que se convierten en fuente principal del culto. Basilio tenía naturalmente el máximo interés en promocionar a la «santa» de su sede episcopal. Escribe: «Desde su santuario envía ayuda contra cualquier padecimiento y contra todas las enfermedades que requieren curación y por las que se ruega, de modo que el lugar se ha convertido en un centro sagrado y lugar de asilo para todo el país. Su iglesia nunca está vacía de peregrinos, que acuden procedentes de todas partes, unos por la eminencia del lugar y para rezar y para llevar sus ofrendas, y otros para obtener curación y ayuda contra las enfermedades, las aflicciones y los demonios».<sup>102</sup>

El arzobispo Basilio no se ve en condiciones de recopilar todos los milagros producidos por mediación de Tecla, informando sobre 31 de ellos. Una parte los habían transmitido con anterioridad hombres y mujeres amantes de la verdad, y otra parte tienen lugar en su tiempo. También él los ha vivido, le liberaron de un intenso dolor de oídos; el sofista Aretarco se curó de su enfermedad renal; un hombre adúltero volvió con su mujer. La honesta Calixta, a la que desfigura la pócima de una prostituta -más tarde lo hace la «bruja»-, recibe mediante Tecla gracia y belleza y de esta manera también recupera a su marido adúltero. La «santa» cura, incluso ayuda a los judíos, hace desaparecer una epidemia de los animales. Cuando una grave enfermedad ocular flagela a la región y los médicos se ven impotentes, las gentes acuden en masa, llorando y jubilosas, al agua de «Tecla» y en tres o cuatro días todos, todos están sanos, menos unos pocos «incrédulos», «pecadores», que ahora se quedan completamente ciegos.<sup>103</sup>

Si se trata de su peregrinación. Tecla no duda en hacer un milagro punitivo, incluso dentro de sus propias filas, como contra aquel príncipe de la Iglesia que prohibió acudir allí a los miembros de su diócesis. Cuando el obispo de Tarso, Mariano, tuvo que ajustar las cuentas al obispo Dexiano de Seleucia, prohibió sin más ni más la peregrinación a santa Tecla, a la que se acudía desde Tarso en procesiones de varios días. Esto no podía tolerarlo «santa Tecla». Una noche -un hombre llamado Castor lo vio- persiguió furiosa a Mariano por toda la ciudad y pocos días después el obispo encontró la muerte.<sup>104</sup>

Como entre los paganos, también entre los cristianos el milagro desempeñaba un papel principal. Por lo tanto, para aumentar el atractivo de un centro de peregrinaje, había que hacer una promoción intensa, sobre todo con curaciones. En muchos libros de milagros ocupan gran parte, con

Cosme y Damián, Ciro y Juan y con Artemio casi la totalidad. Otras colecciones de estos libros sobre milagros, que de un modo formal son casi copia exacta de los análogos paganos, incluyen los hechos de los santos Tecla, Terapon, Teodoro, Menas y Demetrio en Oriente o colecciones de los milagros de los santos Esteban, Julián o Martín en Occidente. Para un período de varios siglos, que es lo que abarcan estas obras, ofrecen relativamente pocos milagros, pero esa pequeña selección se repite innumerables veces. En algunos de estos libros, como los de Tecla, Ciro, Juan y Esteban se citan con datos «exactos» las personas curadas.<sup>105</sup>

Otra tarea era la preparación psicológica de los peregrinos, su predisposición espiritual a la potencial curación. Para reforzar su confianza era necesario leerles primero esos milagros. Al igual que en los santuarios paganos, había entre la masa de los creyentes, de los confiados, suficientes escépticos y su opinión tenía seguramente mayor peso, más fuerza de convicción, que la creencia de los restantes en los milagros. Estos libros relatan de vez en cuando, exactamente lo mismo que las inscripciones paganas en Epidauros, historias de no creyentes que cambian de opinión al ser testigos de una curación.<sup>106</sup>

De todos modos, la inmensa mayoría volvían sin haberse curado, sin consuelo, lo mismo que sucede hoy en los centros de peregrinaje, lo que daña a la fe tanto como al negocio. Y aunque se hacía y se hace mucho más eco de los pocos que se curan que de los muchos sin curar, las colecciones de milagros no pueden ignorar este aspecto. Por lo tanto, a todos aquellos cuyos ruegos no son atendidos se les tacha de pecadores y ya que todos los seres humanos son «pecadores», no se podía fallar el tiro.<sup>107</sup>

Otro truco no menos burdo consistía en que se consolaba a los peregrinos diciéndoles que muchos no se curaban hasta que no volvían a su casa. De esta manera se intentaba retener a los candidatos inseguros. Por último, los libros de milagros no dejan de insistir en que los peregrinos no sólo obtienen la curación del cuerpo sino también del alma. Pero un procedimiento de este tipo no lo podían ver en el peregrino alguien ajeno o un extraño. De este modo infinidad de ellos podían considerarse curados sin estarlo.<sup>108</sup>

Conocidos Padres de la Iglesia han participado en la transmisión de las curaciones milagrosas en los centros de peregrinaje. Así, hacia mediados del siglo v, Sozomeno relata las obras milagrosas del arcángel Miguel en Anaplus. Paulino de Nola ensalza en poesías los milagros producidos en su ciudad episcopal. Y san Agustín intentó incluso hacer un registro formal de los milagros y en consecuencia encargó los «*libelli*».<sup>109</sup>

No podemos ver todos los lugares de peregrinaje gratificantes que hubo, pero sí los tres o cuatro más milagrosos.

## El Lourdes protocristiano

Uno de los lugares de peregrinación más famosos de la Antigüedad, un «Lourdes protocristiano», se encontraba en Egipto, al borde del desierto libio: el santuario de san Menas. Muchos diccionarios guardan silencio al respecto. Incluso el *Lexikon für Theologie und Kirche* católico constata la «ausencia de noticias históricas» sobre Menas, aunque hay un «exuberante rosario de leyendas» pero «sin valor histórico». El cuerpo de este extraño santo (festividad en casi todos los martirologios el 11 de noviembre) encontró reposo eterno en el mismo lugar de su martirio, según una versión y según otros cuentos en su patria.<sup>110</sup>

San Menas, con cuya historicidad se está en la misma situación que con la de santa Tecla, fue el santo nacional más popular de Egipto, alcanzando incluso «fama europea» (Andresen). También ascendió cuando los católicos, súbitamente militaristas, eliminaron de su calendario de santos los objetores al servicio militar cristiano sustituyéndolos por «divinidades guerreras» (Cristo, María, Víctor, Jorge, Martín de Tours, etc.) y que se hicieron cargo exactamente de la misma función que los dioses soldado paganos. Y ya en los siglos iv y v todo el orbe cristiano rinde tributo al misterioso santo del desierto. Pronto hay iglesias de san Menas no sólo en Alejandría, el antiguo Cairo, en Tura, Taha, Kus, Luxor y Assuan, sino también en Palestina, Constantinopla, el norte de África, Salona, Roma (donde el papa Gregorio I predica en la iglesia de san Menas situada en la carretera a Ostia), en Arles, en el Rin, en el Mosela y otros muchos lugares. La aureola de leyendas egipcias genera nuevas aureolas de leyendas extra-egipcias. Menas se convierte sobre todo en patrón protector de los comerciantes, se le invoca como «auxiliador en casos de graves dificultades», para «recuperar objetos perdidos» (Sauer), se convierte en salvador para peligro de muerte, vengador del perjurio, para lo que en Roma también está san Pancracio. Menas realiza milagro tras milagro, en seres humanos y, con sorprendente frecuencia, en animales; protege la castidad de las peregrinas, salva a los peregrinos de morir de sed, resucita a muertos, aunque casi siempre se trata de milagros ya conocidos de las historias paganas de prodigios. En resumen, siguiendo un antiguo texto etíope: «Y todo el pueblo, que sufría las más diversas enfermedades, acudió a la tumba del Abba Minas y sanaron por el poder de Dios y mediante la intercesión de san Minas».<sup>m</sup>

En el desierto de Auladali, entre Alejandría y el valle de salitre, surgió en un oasis antaño rico en agua toda una ciudad de Menas con iglesias, monasterios (abarcaban cerca de 40.000 m<sup>2</sup>), necrópolis y naturalmente albergues para acoger a los cristianos procedentes de todos los países. Día y noche ardían las lámparas de los fieles ante la tumba del santo. «Y cuando alguien recoge aceite de una de estas lámparas -afirma el texto

copto del Menasvita-, y frota con él a una persona enferma, ésta se cura del mal que la aquejaba.» El aceite era muy apreciado en aquellos primeros siglos como «eulogia de peregrinos»; el aceite de las lámparas y la cera de las velas que ardían en la tumba del mártir eran considerados por todo el Occidente y Oriente cristianos como lo mejor de lo mejor de la «medicina pastoral». Los santos lo prescribían en «instrucciones en sueños» con más frecuencia que ningún otro «medicamento», y muchos creyentes llevaban consigo de modo permanente esos aceites y ceras como un profiláctico.<sup>112</sup>

Pero en el «Lourdes protocristiano» se valoraba todavía más el agua, aunque esta veneración era ya muy grande en el antiguo Egipto. (También se peregrinaba a la santa fuente del monasterio de El Muharrakah, en el sur de Egipto, que al parecer bendijo el propio «Salvador».) Una fuente milagrosa regaba en la ciudad de Menas las celdas de baño del interior de una basílica de tres naves. Y por supuesto, prosperó allí toda una industria de las devociones. Había numerosos hornos de alfarero que (en tres tamaños distintos) producían las «ampollas de Menas» de doble asa, que solían llevar grabado el presunto retrato del santo entre dos camellos; y para los peregrinos de Sudán, ¡con rasgos de negro! Las ampollas, que muestran a Menas también como un negro, todavía existen. (En otros lugares, por ejemplo en Italia, toda una industria cristiana producía ampollas con la imagen de santa María, de Pedro, de Andrés, de Tecla.) Estas ampollas, lo mismo que las figuras de Menas talladas en marfil y otros «objetos sagrados», se colocaban sobre la tumba del héroe, con lo cual protegían contra la desgracia y los males. El «agua curativa» se enviaba a todo el mundo -en la costa dálmata, en Salona-Spalato (Spiit), se suponía que había un depósito de eulogias, en Colonia se encontraban ampollas de Menas-, lo que reportaba dinero, ricas donaciones, costosos exvotos, por no hablar del lujoso equipamiento de las iglesias. Además, puesto que la voluntariedad de dejarse sangrar el bolsillo tenía sus límites, se impusieron unas tasas fijas a favor de los centros de gracia. Las excavaciones hechas en los residuos de las matanzas de los monasterios han sacado a la luz una cantidad enorme de cráneos de cerdo, por lo que se supone que el santuario poseía también muchos de estos animales, a quienes «Menas» debía proteger de los peregrinos rapaces.<sup>113</sup>

El «Lourdes protocristiano» era tan rico que el emperador Zenón, un antiguo cabecilla de ladrones isaurio, muy odiado por el pueblo pero que como potentado era un diligente peregrino a Menas, convirtió el centro de peregrinaje en una guarnición de 1.200 hombres para protegerlo de los ladrones. Sus sucesores construyeron en el siglo vi, a lo largo de las carreteras que atravesaban el desierto, hospicios, centros de compra, depósitos de equipaje, lugares de descanso, puntos de agua, y todo ello para mayor comodidad de los cristianos en peregrinaje... y para riqueza del

santuario. En esa época alcanzó su máximo apogeo. En el siglo vni fueobjeto de varios saqueos por parte de los musulmanes; después, sólo les beuinos pasaban allí el invierno, y al final, todo quedó cubierto por las arenas del desierto...<sup>14</sup>

## Los fraudulentos santos «Ciro» y «Juan»

Otro gran centro de peregrinaciones egipcio fue Menuthis, aunque desde el siglo v. Estaba situado cerca de la capital Alejandría y era un suburbio de Kanobos, antiguamente ya centro de peregrinaje pagano, «el reverendísimo templo de Serapis, que también hacía curaciones; al menos así lo creen los hombres más ilustres y duermen allí en incubación, en beneficio propio y ajeno. Algunos apuntan las curaciones, otros la utilidad del oráculo» (Estrabón). Todo esto es muy parecido a los centros de peregrinación cristianos. También a la mala fama de Kanobos, al desenfreno de los peregrinos, al juego y al baile día y noche, se adhirieron más tarde algunos impulsos peregrinadores cristianos.<sup>115</sup>

El Serapeo de Kanobos fue víctima, en el siglo iv, de la fiebre destructiva de templos del patriarca Teófilo. Hizo que lo destruyeran por completo, transformó en una iglesia el templo de Isis de Menuñhis, venerado desde hacía mucho tiempo, y lo consagró a los evangelistas. Era preciso que aquí y allá desapareciesen sin más antiguas y poderosas religiones. A los desalmados clérigos, sin embargo, ese proceso no les parecía suficientemente rápido. Los intelectuales a menudo todavía eran seguidores del neoplatonismo y amplios grupos del pueblo de la tan amada (especialmente por las mujeres) diosa Isis, cuyo retrato de cabellos casi grises se convirtió en María. El sucesor del rabioso Teófilo, el Padre de la Iglesia Cirilo, el ejecutor de la primera gran «solución final» y verdadero asesino de la mundialmente conocida filósofa Hipatía, decidió por lo tanto aniquilar de manera definitiva la adoración a Isis.<sup>116</sup>

Para ello se valió del burdo pero eficaz método del engaño de su colega milanos Ambrosio. Lo mismo que éste, encontrándose en una situación de política religiosa difícil, desenterró en una iglesia a los mártires «Gervasio» y «Protasio», incorruptos y con la tierra todavía roja por la sangre de los héroes, que eran totalmente desconocidos en el mundo hasta entonces, para multiplicar así el fervor religioso de sus ovejas, Cirilo sacó ahora en la iglesia de San Marcos de Alejandría los esqueletos de dos supuestos mártires, del monje «Ciro» y del soldado «Juan», y los llevó a la iglesia de los Evangelistas de Menuthis, en el santuario robado, el lugar de peregrinaje de la diosa Isis Medica. Lo mismo que a los «mártires» descubiertos por Ambrosio sólo los conocemos a través de él, otro tanto sucede con los de Cirilo. E igual que Ambrosio ensalzó en solem-

nes sermones a sus dos «mártires», así lo hizo naturalmente su colega Cirilo. Sus homilías son la única fuente informativa sobre los santos «Ciro» y «Juan»; todas las biografías posteriores, es decir, las leyendas, las mentiras, se basan en ellas. Es lo mismo que con Ambrosio. Y lo mismo que éste tuvo éxito, también Cirilo.<sup>117</sup>

Ahora bien, así como antaño no se había prestado crédito -ni siquiera por parte de los cristianos- al fraude del milanos, tampoco faltaron ahora quienes no se lo prestaron a Cirilo. Incluso su posterior hermano en el cargo, Sofronio, desde 634 patriarca de Jerusalén y siempre un defensor de la «verdadera» fe, encuentra débiles las «pruebas» de Cirilo y poco convincentes sus garantías. Pero después, «Ciro» y «Juan» curaron al propio Sofronio de una enfermedad ocular; evidentemente no era ningún caso grave: una dilatación de pupila que le sobrevino en Alejandría; se dirigió a la cercana Menuthis y sanó al cabo de unos pocos días, escribiendo entonces un panegírico sobre «Ciro» y «Juan», una *«laudatio Sanctorum»*. Pero no siendo suficiente, recopiló la mayor colección de milagros y con 70 prodigios superó en mucho al número de *lámala* (curaciones) de Epidauro: 35 alejandrinos curados milagrosamente, 15 egipcios curados milagrosamente y 20 curados milagrosamente que procedían de otros países; «todos los pueblos acuden [...]». La descripción en detalle: aburrida, amanerada, cada caso siguiendo el mismo esquema retórico. Admite que algunos de sus milagros los podrían haber hecho los médicos; otros los construye él mismo fabulosamente a partir de los exvotos; algunos parecen simplemente robados de otras colecciones; en unos milagros fue «testigo» o le informó un «testigo».<sup>118</sup>

Pero el archibellaco y arzobispo Cirilo, tras su descubrimiento de ambos «mártires» había declarado que desempeñaban ahora el papel de los «demonios» paganos; había que acercarse a ellos con «la misma confianza». Se expulsó a Isis pero su culto continuó en secreto. Sin embargo, las criaturas cirílicas entraron en boga, aunque «Juan» quedó eclipsado por «Ciro», mucho más popular y al que finalmente, lo mismo que a «Juan», Cirilo dio curso como médico celeste, como auténtico médico; tanto que en la capital egipcia se mostraba su «consulta», se hacía burla de los que buscaban ayuda en (otros) médicos y a los propios discípulos de Esculapio se les insultaba como «medicuchos». Evidentemente, el santuario consideraba a los médicos como competidores.

Dentro y fuera del país, el engendro de Cirilo se convirtió en el compasivo «Abba Kyros», y se le veneró hasta en el Peloponeso, en Epidauro, donde se hizo cargo de las funciones de Asclepio, las continuó y, lo mismo que el dios pagano, obró milagros. En Roma se le dedicó una iglesia desde el siglo vn u vm y su nombre perdura hoy en la toponimia como Aboukir. De la antigua empresa pagana, Menuthis se transformó en una floreciente empresa cristiana que, según Sofronio, atrajo a los peregrinos

de todo el mundo: «romanos, galos y cilicios, asiáticos, insulanos y fenicios, habitantes de Constantinopla, bitinios y etíopes, tracios, medas, sirios, gentes de Elam [...]».<sup>119</sup>

La invasión árabe parece que no le sentó bien a la iglesia (de la que había un camino directo hasta el mar), ni tampoco a los huesos de «Ciro» y «Juan». Y de este lugar de peregrinaje, antaño resplandeciente en mármol, no queda hoy ni una piedra. Ha desaparecido de la superficie de la Tierra.<sup>120</sup>

### **La pareja de santos médicos Cosme y Damián:**

#### **Cera de velas, aceite de lámparas y afrodisiaco**

Seguramente que de no menos importancia que Menuthis, que la ciudad de Menas, que el santuario de Tecla, tuvo en la Reina del Bosforo el culto de los dos médicos santos Cosme y Damián, de los que el martirologio romano, «comprobado y recogido de fuentes seguras [...]», relata para el 27 de septiembre: «A Egea: el natalicio de los santos mártires y hermanos Cosme y Damián, que en la persecución de Diocleciano tras muchas penas, tras la cárcel, tras ser torturados con agua y fuego, tras crucifixión, lapidación y ser aseteados, que superaron con la ayuda divina, fueron finalmente decapitados».<sup>21</sup>

Las reliquias de los dos héroes mártires se veneran todavía hoy en la iglesia de San Miguel de Munich. Y con razón, pues ejercieron de modo gratuito su arte médico. «No tratamos de granjearnos los bienes terrenos, pues somos cristianos», dijeron en el arrogante estilo de estas gentes al juez pagano, sobre el papel. (Y el capuchino suizo Maschek conoce hoy también «gracias a Dios todavía muchos [...] humanos representantes de la medicina» que al menos a los pacientes necesitados les dispensan «total o parcialmente la factura». Pero estos médicos temerosos de Dios son «desgraciadamente bastante raros». Por eso: «¡Reza por los médicos, especialmente por tu médico de cabecera!».)<sup>122</sup>

La tradición cristiana informa de tres parejas de hermanos (dos murieron como mártires) y los griegos celebran también tres fiestas distintas de estos santos, aunque históricamente resulta bastante discutible, una: Cosme y Damián. Los dos superaron, en el mismo lugar, a los santuarios y el culto de los dos Dioscuros paganos Castor y Pólux, auxiliares y salvadores, y son sus productos cristianos. «Castor y Pólux se transforman en Cosme y Damián» (Dassmann). Son pocas las iglesias que se levantan en algún lugar de la Tierra donde no haya habido antes un templo pagano. Los santos médicos -su tumba se encontraba en el centro de peregrinación, y otra en Ferman, cerca de Ciro- naturalmente vencieron, atrajeron desde lejos a los peregrinos y curaron. El medicamento más frecuente: cera

de velas y aceite de lámparas. Incluso los judíos se bautizaban con ello. Por la noche aparecían los santos médicos y hacían su ronda; por lo general con su propio aspecto, como se les veía en las imágenes de las paredes, aunque en ocasiones bajo la forma de clérigos o de servidores de los baños. En cualquiera de estas personificaciones hablaban con los enfermos, se informaban y dictaban sus disposiciones: y junto a la iglesia había una farmacia y un hospital.<sup>123</sup>

El culto de Cosme y Damián pronto se extendió por los Balcanes y hacia Rusia. En las ciudades alemanas de la Hansa se les festejó hasta la Reforma. En Bremen, en el siglo x, el arzobispo Adaldago adquirió, sin ocultas intenciones políticas, reliquias de Roma «gracias a lo cual este obispado ahora y siempre triunfará»; en el siglo xiv emanaban «el más dulce aroma», se les ofrecían joyas, oro y plata. Parece que los alemanes fueron de los más devotos hacia ambos santos; había cerca de trescientos centros de culto, desde Aquisgrán a Bamberg y desde el lago de Constanza a Flensburg. Incluso en la época moderna se les festeja,, sobre todo en Sicilia, donde a finales del siglo xix son «*7 piú popolare dei santi messinesi*», los santos más populares de Mesina. En Sferracavallo, Palermo y Taonnina sigue habiendo procesiones en honor de la santa pareja de médicos, siguen cubriéndose las figuras de culto con billetes de banco, se les sigue llevando en procesión danzante, el «*Bailo dei Santi*», en el que se hacen girar las imágenes, y todavía se sigue entonando, aunque ahora algo menos fuerte, el grito de «*Viva, viva S. Cosimu*».<sup>124</sup>

Cosme y Damián, especialmente amparados por los jesuítas, desempeñan un importante papel en el arte, en las imágenes devotas y en el teatro religioso hasta la época barroca. Obtuvieron el patronazgo sobre gremios y hermandades. Se peregrinaba a sus manantiales santos y a otras reliquias. Floreció el comercio con todo tipo de exvotos, incluso con figuras de cera en forma de falo. En Isernia, provincia de Campobasso (Molise), predominaban los exvotos fálleos llamados «dedos grandes», que los comerciantes llevaban en cestos gritando: «San Cosme y san Damián». No había ningún precio fijo para estos priápos de cera. Cuanto más se pagaba, se decía, tanto más eficaces eran. Las mujeres besaban estos exvotos antes de pagar las misas y letanías. Había también aceite de Cosme para aumentar la potencia sexual. Se frotaban las partes del cuerpo enfermas en el altar mayor y el párroco exclamaba: «Que se liberen de toda enfermedad por intercesión de san Cosme».<sup>125</sup>

Todos estos diversos santos, Tecla, Menas, Ciro y Juan, Cosme y Damián, tienen al menos dos cosas en común: fueron el centro de una actividad peregrinadora de gran éxito, y probablemente ninguno de ellos ha existido.

Para finalizar el capítulo, dediquémonos brevemente a Occidente, donde Roma se convirtió en el principal centro de peregrinación.

## Rarezas romanas

Desde el siglo vi, con el gran aumento de la influencia bizantina fueron acudiendo a Roma cada vez más peregrinos procedentes de Oriente, que tantos gloriosos santuarios tenía, y aún más en el siglo vn, cuando casi todos los papas eran griegos o sirios. En Occidente, la peregrinación a Roma había comenzado ya hacía tiempo, en especial procedente del norte de Italia y de las islas Británicas, pero la mayoría procedían de las Galias, que en los siglos v y vi fueron el auténtico hinterland peregrinatorio de Roma.<sup>126</sup>

La principal atracción eran, evidentemente, los presuntos sepulcros de Pedro y Pablo, aunque sorprendentemente, hasta el siglo ni no se conoce nadie que peregrinara por ellos. Apenas se discute la muerte de Pablo en Roma, sobre la que los Hechos de los Apóstoles guardan silencio, pero está rodeada de leyendas. Las pruebas proceden de más tarde y la decapitación de Pablo no se puede demostrar con seguridad. Tampoco se conoce con certeza el año de su muerte, quizá entre el 64 y el 68. Y desde luego que no se sabe cuál es su tumba. Primero se veneraba en la catacumba de S. Sebastiano, pero a finales del siglo iv se hacía en otro lugar y se levantó allí la basílica S. Paolo fuori la mura. Las reliquias de Pablo son ficticias pero están en San Pedro, y su cabeza, que también lo es, está en el palacio de Letrán. En realidad, el polvo de Pablo, si es que está en Roma, «se encuentra en algún lugar bajo tierra junto con el polvo de los campesinos y los cesares» (Bradford).<sup>127</sup>

Si Pedro estuvo aquí alguna vez o murió es algo que no puede demostrarse de ninguna manera. El presunto descubrimiento de su tumba no es más que un cuento. No obstante, las reliquias y las tumbas de los apóstoles fueron el centro de interés. Sobre ellas se alzaron las suntuosas basílicas de San Pedro y San Pablo. Briticus, el expulsado sucesor de san Martín, peregrinó a la Ciudad Eterna. San Gregorio de Tours envió en 590 a su diácono Agiulfo a la tumba de Pedro, junto a Martín, el héroe nacional y después patrón más popular de los francos.

Hubo también otras celebridades que peregrinaron en la Antigüedad a Roma: el poeta español Prudencio en 402-403. Un siglo después, el obispo Fulgencio de Ruspe, un antiguo recaudador de impuestos que se había convertido en decidido luchador contra el arrianismo y el semipelagianismo, hizo escaña allí en todos los lugares de los «mártires», como era la tradición de los peregrinos. Sidonio Apolinar, yerno del emperador Avilo, de palabra fácil pero corto de mente, que desde 469 fue de mala gana obispo de Arvema (Clermont-Ferrand), acudió dos veces a Roma. Paulino, obispo de Ñola, peregrinó todos los años. Y eso que en la misma Ñola se había desarrollado un culto bien célebre en tomo a la tumba de su patrono, San Félix (cantado por 14 poemas de Paulino), a donde acudían también peregrinos.<sup>128</sup>

Pero no sólo obispos y santos peregrinaron a la Ciudad Eterna sino también príncipes, reyes y emperadores. Teodosio I quizá. Con certeza su hija Gala Placidia y su hijo Valentiniano III. En las islas británicas, Ceadwall, Ina y otros dejaron la corona y viajaron a Roma. Incluso se construyeron iglesias de San Pedro en el propio país para que todos los que no podían ir a Roma visitaran aquí a san Pedro, como se indica en 656 en el documento de fundación de la catedral de Peterborough.<sup>129</sup>

La fiesta común de Pedro y Pablo atraía auténticas masas de peregrinos y, según sabemos por Agustín, se procedía de modo bastante relajado, organizándose todos los días en la basílica de San Pedro banquetes y bacanales. Pero además de los príncipes de los apóstoles, la «*corona sanctorum martyrum*» brindaba muchos otros atractivos sobre mártires ysantos.<sup>130</sup>

Con gran prodigalidad se celebraba también el aniversario de san Hipólito (13 agosto), algo bastante grotesco si recordamos con cuánta saña, veneno y bilis este obispo romano combatió antaño a otro obispo romano, san Calixto. Pero en los siglos iv y v, las procesiones en la festividad de Hipólito atraían a gentes de todos los lugares, patricios y plebeyos de Roma, pícenos, etruscos, samnitas, fieles de Capua, Ñola. Y de manera similar a como con Hipólito, se agasajaba también a otros santos romanos como, curiosamente, a su contrincante el papa Calixto, a Ponciano, Pancracio, Inés, Sebastián o Lorenzo, que fue el más conocido.<sup>131</sup>

Tantos más cristianos peregrinaban a Roma cuanto más se fanfaronaba allí, aunque algo más tarde que en Oriente, de tener más tumbas de mártires que en ningún otro lugar del mundo; y se acostumbraba a «visitar todos los lugares de mártires». A menudo había indicaciones: aquí yace el cuerpo del mártir (*ubi martyr in corpore requiescit*). Así se dice por ejemplo de santa Tecla, aunque no hubo tal santa romana. Se tenía una gran manga ancha a este respecto. «Es evidente que algunos mártires se "hicieron"» (Kóttling). Uno que siguió especialmente el rastro de «muchos • cuerpos de santos» y que les rindió tributo con locuciones horriblemente malas, en las que se apoyaba constantemente en Virgilio, fue el papa asesino Dámaso. Y precisamente sus lirismos constituyeron «la base de la importante implantación de las peregrinaciones a las tumbas de los mártires» (Clévenot, católico).<sup>132</sup>

En el siglo vi los peregrinos visitaban en Roma más de sesenta tumbas de mártires reales o supuestas. Lo sabemos por un catálogo que se confeccionó cuando la reina de los lombardos Teodelinda, una princesa bávara católica, solicitó reliquias al papa Gregorio I. Su enviado recibió ampollas, botellas de metal de Palestina, con aceite de las lámparas que ardían ante las tumbas de los mártires. Cada una de las botellitas (inicialmente destinadas para tierra y aceite de «Tierra Santa», por ejemplo para «aceite de la madera de la vida») fue etiquetada y en el catálogo se rese-

ñaron 65 tumbas, de cada una de las cuales se habían recogido algunas gotas del valioso aceite. No obstante, no se consignaron ni mucho menos todas las tumbas de mártires veneradas por los romanos.<sup>133</sup>

Lo mismo que sobre san Pedro y san Pablo, sobre muchos mártires y santos se elevaron iglesias inmensamente ricas, y no sólo literalmente:

la iglesia del Salvador en el palacio de Letrán, la basílica en honor de la Santa Cruz en el palacio sesoriano. San Sebastián, San Lorenzo, Santa Inés, la majestuosa iglesia de Santa María sobre el Esquilmo, la basílica de los Mártires Juan y Pablo sobre Celio, etc. También santos «ajenos» acabaron teniendo iglesia, como san Esteban, pero sobre todo los taumaturgos Cosme y Damián, a los que ya el papa Símaco había construido un oratorio en S. Maria ad praesepe y a los que poco después Félix IV (526-530) consagró una basílica en el foro romano, situada sobre dos antiguos templos paganos. Muchos peregrinos dejaban aquí exvotos. Y no eran pocas las basílicas que mostraban las más extrañas rarezas. Así, por ejemplo, JSanta María con el pesebre de Jesús, San Pedro de Vinculis con las cadenas de Pedro, muy veneradas. Había limaduras de esta última y reproducciones de las llaves de la presunta tumba del «portador de las llaves». Se las llevaban los devotos, aunque también el papa las enviaba, se hacían a veces de metales preciosos y se colgaban del cuello. Estaban también las llaves del Confessio Pauli y las de Lorenzo. De la parrilla de este último podían adquirirse igualmente las limaduras. Se obtenían también imitaciones del presunto clavo de la cruz de Cristo, que se guardaba en Santa Croce. Por supuesto que los peregrinos de Roma podían contar con aceite de las lámparas de las tumbas de los mártires.<sup>134</sup>

Para ello daban todo lo que podían llevar, a menudo toda su fortuna, y vivían después como clérigos de las iglesias de peregrinaje o de otras. Otros regalaban enormes fincas o fijaban una entrega anual de determinados productos, como por ejemplo vino, o cera. Las personas que no tenían nada, en compensación cuidaban a los enfermos; en Menuthis, los que sanaban se obligaban normalmente a hacerlo. Por supuesto que una parte, si no la mayor, de estos lugares de peregrinaje había sido fundada por dinastías de soberanos y por otros «notables» aunque ellos mismos no hubieran estado allí como peregrinos. Pero también esas donaciones procedían de los bienes de todos, del trabajo del pueblo, eran su dinero, exprimido mediante impuestos, opresión, violencia, y *todo arrojado por un delirio*.

Y claro está, que para beneficio de los príncipes y de los sacerdotes, Constantino I, Justino y Belisario donaron enormes sumas. Una buena parte del libro oficial del papado, el *Liber Pontificalis*, parece «un índice de regalos y donaciones que se hicieron a los más diversos santuarios de Roma. Extendían certificados de los objetos de oro, de piedras preciosas, tapices de seda y otras telas que recogían en los santuarios de los mártires

protocristianos [...]. Roma se convirtió en el siglo iv en la ciudad más rica en iglesias y en suntuosidad eclesiástica de toda la cristiandad» (Kötting). Alrededor del año 400 había allí 25 iglesias titulares. Y la pompa de la Roma cristiana era tan grande que el obispo Fulgencio de Ruspe, que peregrinó aquí alrededor del año 500, sacó un paralelismo con el reino de los cielos: «¡Qué sublime ha de ser la Jerusalén celestial, si la Roma terrena brilla con tal esplendor!»,<sup>135</sup>

¿Hablamos de días lejanos?

En el año del Señor 1989, casi un millón de peregrinos acudieron a la «santa capilla» del centro de peregrinaciones bávaro de Altötting.<sup>136</sup>

Sin embargo, las bases de este gigantesco embrutecimiento del mundo (cristiano) se sentaron en la Antigüedad; de manera amplia, como muestran los capítulos vistos hasta aquí y deberá documentar en detalle el próximo volumen.

## NOTAS

Los títulos completos de las fuentes primarias de la Antigüedad, revistas científicas y obras de consulta más importantes, así como los de las fuentes secundarias, se encuentran en la Bibliografía publicada en el primer volumen de la obra *Historia criminal del cristianismo: Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana* (Ediciones Martínez Roca, colección Enigmas del Cristianismo, Barcelona, 1990), y a ella debe remitirse el lector que desee una información más detallada. Los autores de los que sólo se ha consultado una obra figuran citados únicamente por su nombre en la nota; en los demás casos, se concreta la obra por medio de su sigla.

### **1. Falsificaciones cristianas en la Antigüedad Falsificaciones en el paganismo precristiano**

1. Meyer, A. Pseudepigraphie 95,106.
2. Farrer 106.
3. Reicke/Rost 1529 s. Haag 1425. A. Meyer, Besprechung 150. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 88 ss, 234 ss, 246. ídem. Literarische Fälschung 13.
4. Torm 118 con remisión a E. Steittplinger, Das Plagiat in der griechischen Literatur 1912. Erbse 209 ss, especialmente 216 s. Brox, Fälsche Verfasserangaben 75s. Speyer, Literarische Fälschung 15.
5. Candiish 24. Brox, Problemstand 316 s, 322 ss. M. Rist cit. ibíd.
6. Mensching, Irrtum 73.
7. Erbse 216. Speyer, Literarische Fälschung 15. ídem. Fälschung, literarische 237, 240, 242 s. ídem. Religiöse Pseudepigraphie 199 s. Brox, Fälsche Verfasserangaben 68 ss.
8. Diog. Laert. 9,6. dtv-Lexikon, Geschichte 11365 s. Erbse 216 ss. Gudeman 48.
9. dtv-Lexikon, Geschichte III 108 s. Pearson 70 ss. Erbse 221 ss.
10. Brox, Fälsche Verfasserangaben 76 s.
11. Speyer, Fälschung, literarische 241.
12. Ibíd. 239. Torm 111, 122 s. Meyer, Pseudepigraphie 99. Syme 306 s.
13. Syme ibíd. Speyer, Fälschung, literarische 14.
14. Speyer, Fälschung, literarische 14.

15. Speyer *ibíd.* 13 s. Candiish 12 s, 24 s.
16. Bousset 4 s. Speyer, Fälschung, literarische 238. Brox, Faische Verfasserangaben 50.
17. Brox *ibíd.* 60 s. Speyer, Liferarische Fälschung 82. Jachmann 86.
18. Gudeman 47 ss.
19. Platón rep. 2, 364 e. Aristot. de anima 1, 5,410b 27. Cic. nat. deor. 1,38,18 Pauly 111 1479, IV 304 s, 351 ss. dtv-Lexikon, Philosophie ffl 259 ss. F. Hauck 118. Krüger, Quaestiones 42 ss. Ziegler, Orpheus 239 ss. Meyer, Pseudepigraphie 98. Gudeman 44 ss. Brox, Faische Verfasserangaben 45.
20. Pauly II 1169. dtv-Lexikon, Philosophie 11 239. Tusculum Lexikon 125. Diller 271 ss. Gudeman 49. Brox, Faische Verfasserangaben 45.
21. dtv-Lexikon, Philosophie III 334. Syme 303 s. Gudeman 56 s. Meyer, Pseudepigraphie 97. Brox, Faische Verfasserangaben 46.
22. Gudeman 58 ss. Meyer, Pseudepigraphie 97, 99. ídem. Besprechung 150 s. Speyer, Fälschung, literarische 268.
23. Pauly I 988 s. II 1275 ss. dtv-Lexikon, Philosophie I 132, 337 ss. II 268 m 110 s. Gudeman 71 ss. v. d. Mühl 1 ss.
24. Pauly I 957, IV 698 s. dtv-Lexikon, Geschichte I 186 s. Farrer 1 ss. Syme 304. Gudeman 60 ss. Torm 113. Brox, Faische Verfasserangaben 46 s.
25. Brox *ibíd.* 47.
26. Liv. 40, 29, 3 ss. Plin. nat. 13, 27. August civ. Dei 7, 34. Pauly IV 185 s. dtv-Lexikon, Geschichte III 18.
27. Pauly 11 1191 ss (aquí las citas de A. Alföldi y Mommsen). J.Straub en: dtv Lexikon, Philosophie II 243 s. Dessau 337 ss. Syme 309 s. Hohl 132 ss.
28. Pauly II 1, 674 s. Tusculum Lexikon 101, dtv-Lexikon, Philosophie H 139. W. Bauer, Leben Jesu 471 s, 476 Notas 1. Syme 306. Henrici 75 ss. Brox, Faische Verfasserangaben 47.
29. Pauly I 1182. dtv-Lexikon, Philosophie 1310. Farrer 4 ss. .
30. Candiish 10 s. Brox, Faische Verfasserangaben 51 ss.
31. Thukyd 11. Syme 299 s. Speyer, Literarische Fälschung 12.
32. Cf. al respecto mi amplio artículo: Warum ich Agnostiker bin 115 ss.
33. Pausanias citado según Trede 40. **Meyer**, Besprechung 151, Speyer, Fälschung, literarische 241.
34. Speyer, Religiose Pseudepigraphie 220 ss.
35. dtv-Lexikon, Geschichte 1108. dtv-Lexikon, Religión I 67 ss, II 27.
36. dtv-Lexikon, Religión I 68 s. Reitzenstein, Poimandres 118 s. ídem. Hellenistische Theologie 180 ss, citado según Speyer, Religiose Pseudepigraphie 202,219, 225, 236. Duhm 1 ss. S. Schott 285 ss. Morenz, Ágyptischer Totenglaube 399ss. ídem. Ágyptische Religión 242 ss. W. Wolf, Ágypten 295 ss.
37. Liechtenhan 227. Speyer, Literarische Fälschung 13. ídem. Religiose Pseudepigraphie 234 ss, 246. Brox, Problemstand 318.
38. Meyer, Pseudepigraphie 97 ss.
39. dtv-Lexikon, Philosophie III 256. Pauly IV 726, V 1152 (sobre Phemonoe y Vegoia). Speyer, Religiose Pseudepigraphie 202 ss. Quintiliano según Syme 309.
40. Xenoph. Helen. 6,4, 7 Diod. 15, 53,4. Frontín strateg. 1,11,16. Pauly 1253, II 281, IV 323 ss. dtv-Lexikon, Religión 1204 s, II 134. H. Popp 32 s. Nock, Conver sión 93 ss. Speyer, Religiose Pseudepigraphie 202.
41. Lact. div. inst. 2,161. epit. 23, 7. dtv-Lexikon, Religión II 133 s. Speyer, Religiose Pseudepigraphie 234.

## Falsificaciones en el Antiguo Testamento y en su entorno

42. G.E. Lessing, Die Erzielung des Menschengeschlechts §77.
43. Meyer, Pseudepigraphie 106.
44. Speyer, Fälschung, literarische 242, 251, 270;
45. Reicke/Rost 240 s. Kindermann/Dietrich 361. v. Wilpert 11624. O. Stegmüller 151.
46. Leipoldt/Morenz 11 s, 19 ss, 29' s, 38 ss. Lanczkowski 11 ss, 109 ss. v. Glasenapp, Der Pfadpassim, especial. 7 ss. Ringgren/Ström 262 ss. Heiler, Erscheinungsformen 342 ss con multitud de referencias bibliográficas. Schneider, Geistesgeschichte I 315 ss.
47. Nielen 10. Stiefvater 16. Las restantes citas de Carden 88.
48. Reicke/Rost 66 ss. Haag 916 s. O. Stegmüller 152. Smend, Die Entstehung 3. A. 13 ss.
49. LThK 1.<sup>a</sup> ed. V 774 ss. Reicke/Rost 66 ss. Haag 915 ss. Cornfeld/Botterweck ü 310 ss, 419 ss. Lutero citado según Grisar, Luther II710, III 442. Stegmüller 152 s: Conc. Trid. Sess. 4 de script. can. Conc. Vat. I sess. 3.
50. Reicke/Rost 1773 s. Haag 918 ss, 1577 ss. SimmeVStählin 25 s. Stegmüller 153.
51. Ri. 5, 24 ss, 5, 27 ss. 4. Mos. 21, 1. Cf. al respecto Faulhaber, Charakterbilder 3, A. 1916, 6. A. 1935, 72. ídem. Judentum 44, 49.
52. Faulhaber, Charakterbilder 84 ss, especial. 87 s.
53. Ibíd. 72 ss, 84, 88 s. Epeisheimer 1263 ss, II 86 ss. Ahiheim, Hebbel 300 ss, especial. 305. Wetzler/Welte III 51, V 477 (aquí la gastada apología habitual).
54. Faulhaber, Charakterbilder 74. Para LThK 1.<sup>a</sup> ed. III 171 la canción de Débora es «una de las producciones más bellas de la poesía hebrea». Sobre María como diosa de la sangre y de la guerra, más extensamente en: Deschner, Das Kreuz 396 ss.
55. Altaner/Stuiber 106 s. Harnack, Marcion 68, 189 ss, 106 s, 242 ss. Knox 19 ss, 39 ss, 158 ss. Werner, Die Entstehung 130, Notas 91, 144 ss, especial. 160 Notas 58 ídem. Der Frühkatholizismus 353 s. Goodspeed, A History 153. Knopf, Einführung 160. Jirku 5 s. Lanczkowski 20 s. Nigg, Ketzler 70. Heiler, Urkirche 98. Exten-samente sobre Marcion: Deschner, Hahn 311 ss.
56. Lampí, Overbeck, en: Deschner, Das Christentum I 357. Buonaiuti I 97. Cf. 102. .
57. G.E Lessing, Die Erziehung des Menschengeschlechts §77. Kraus, H.-J., Geschichte 123 ss.
58. Borchardt, Shelley, en: DeschnerDas Christentum 1205 s.
59. Ayck, Mark Twain ibíd. I 35<sup>^</sup>. Q\_)
60. Hamack, Marcion 2.<sup>a</sup> ed. 1924,127, 222. Cita según Kraus, Geschichte 385 s.
61. Stoeckie 36 ss.
62. Cornfeld/Botterweck II 310 s, 350;
63. Ibíd. II 350, 523. Stegmüller 153.
64. Sobre Faulhaber cf. también recientemente mi carta ficticia al cardenal Michael Faulhaber, en: R. Niemann (ed.), Verehrter Galileo, 1990.
65. Carden 28 ss, especialmente 32.
66. Haag 1172 ss. Reicke/Rost 1239 ss. Lexikon der Ikonographie ni 283 ss. Brockington 188 s. Smend, Das Mosebiid 23 ss. F. Cornelius en ZAW 78, 1966, 75 ss.
67. Reicke/Rost 1413. Bauer, Rechtgläubigkeit 1964, 201 ss. Borchardt, Shelley 203,
68. Aquí sigo a Reicke/Rost 1413 s. Cf. Haag 1347 ss.
69. Jaspers 1215 citado por Smend, Das Mosebiid 63. Cf. al respecto ibíd. 26 s;
70. Reicke/Rost 1239 ss, especialmente 1241, 1413. Cornfeld/Botterweck IV

1003 ss, espec. 1006. G. Holscher 86. OBwald 132 ss, 479, 482 ss. Cf. también 173ss, espec. 182 (la propia autora no duda sobre la historicidad de Moisés [485]). Faulhaber, Charakterbilder 40. Lohfink 109 s. Smend, Das Mosebiid 20.

71. Beek 22 ss. Cf. la visión general muy instructiva de Smend sobre la imagen de Moisés entre los investigadores. Das Mosebiid passim, espec. 26 ss,

72. 5. Mos. 34, 1 ss. Beek 28 s.

73. Stiefvater 91. Cf. también la nota siguiente.

74. 2. Mos. 31, 18; 32, 19. Cf. 2. Mos. 34, 27 s con 2. Mos. 24,12; 31,18; 32,15 s; 34, 1 etc. Comfeld/Butterweck 1164 ss, espec. 167, II 428 ss, 475 ss, 514 ss, espec. 523 ss. Haag 460, 915. Reicke/Rost 1241. Bertholet 322. Delitzsch I 52 s. Holscher 86, 129. Meinhold 15. Menes 47 ss. GreBmann, Mose 7 ss. Jeremías, Das Alte Testament 400 ss. Eibfeld, Die Génesis 26 ss. OBwald 132 ss, 479, 482 ss. Kuhl 53 ss. Mensching, Leben und Legende 24 s. Noth, Das zweite Buch Mose 4 ss, 15 s. ídem. Gesammelte Studien 13 s, 23 ss, 53 ss. Lohfink 37. Gelin 44 s. Hempel

128. O. H. Kühner 76 s. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 228 ss. H.-J. Kraus, Geschichte 61 s, 536 ss. Meyer, Pseudepigraphie 100. Smend, Die Entstehung 38 s. Nielsen 126 s. Cf. también Deschner, Hahn 31 s.

75. Haag 711,1237 s, 1345 ss. Reicke/Rost 1413 ss. Kraus, Geschichte 174 ss. Cf. también el extenso artículo de crítica bíblica en Cornfeld/Butterweck II 314 ss. Smend, Das Mosebiid 1 ss, espec. 7 ss. Noth, Das zweite Buch Mose 4 ss. ídem. Das dritte Buch Mose 2 ss. ídem. Das vierte Buch Mose 7 ss.

76. Haag 1349 ss. Kraus, Geschichte 293 s.

77. Nielsen 64, 69 ss. Noth, Das dritte Buch Mose 6.

78. Sin embargo, sobre la legislación de Moisés, incluso para M. A. Beek toda teoría es mera especulación, toda vez que las tablas de la ley (Ex. 32, 15; Deut 10, 4) «no se han encontrado, algo que no resulta desde luego imposible». En cualquier caso esto suena casi como una amenaza para los que son conscientes de las falsificaciones y de las grandes posibilidades de falsificación de los tiempos modernos. Pues incluso si prescindo de obra tan radical (aunque notable en muchos aspectos) *Die Fäischung der Geschichte des Urchristentums* de Wilhelm Kammeier (al parecer) muerto de hambre en 1959 en la RDA, tengo también en mente las grandes dudas de dos eruditos teólogos y cristianos, Hermann Raschke y Cari Schneider, un escepticismo entonces para mí incomprensible a la vista del sensacionalista mundo científico de los «hallazgos» tan electrizantes del mar Muerto en 1947 y en los años siguientes. Kammeier (revisión del texto por R. Bohringer). V. p. ej. también Garden 28 ss, 43 ss.- Beek 29. Haag 1346 s con muchas referencias bibliográficas, lo mismo que Cornfeld/Butterweck 1282 ss.

79. Gamm 75 s. Beek 59.

80. Cornfeld/Butterweck II 351 s, 414 s, V 1169 ss. Haag 1421 ss (a menudo sumamente optimista). Eppesheimer 139. Brockington 189. Kraus, Geschichte 546 ss. Wanke 108. Nielsen 93 s.

81. Cf. al respecto Deschner, An König David, 80 ss.

82. Cornfeld/Butterweck II 416 ss, V 1303. Haag 1507 ss, , , ,

83. Frost, Old Testament Apocalyptic 167. Cita según Brockington 190 Notas 3.

84. Pred. 1, 1; 1, 12; 9, 9 s; 12, 12. 1 Kón. 5, 12 s.

84. Pred. 1,1;1, 12; 2, 4 ss; 2, 15; 2, 21; 2, 24; 3, 12; 5, 17; 8,15; 9,9 s; 12,8; 12, 12.1. Kün. 5,12 s. Comfeld/Butterweck V 1155 ss, 1301 ss. Reicke/Rost 1483 s. Haag 1401 ss. Meyer, Pseudepigraphie 100 ss. Brock 97 ss. Brox, Fäische Verfasserangaben 42. Bardy 164. Rienecker 1090.

Forman, The Pessimism 336 ss. ídem. Kohelefs Use of Génesis 256 ss. Rainey 148 ss. Smend, Die Entstehung 218 s.

85. I. Kón 5, 13. Comfeld/Butterweck V 1301 ss. Haag 1625 ss. Skehan, The Seven Columns 190 ss. ídem. A single Editor 115 ss. Smend, Die Entstehung 209 ss; aquí hay más bibliografía. Beek 68.

86. Reicke/Rost 2156 s. Haag 1881 s. Cornfeld/Butterweck VI 1453 s. LThK 1.<sup>a</sup> ed. X 792 s. Candiish 14 ss con muchas referencias bibliográficas. Reese 391 ss. A. G. Wright 524 ss. Lietzmann, Geschichte 95 s.

87. W. Nauck en: Reicke/Rost 1328 s. Cf. 1520 s, 1523 ss. Haag 1509. LThK 1.<sup>a</sup> ed. I 543 s, VII 673 ss, VIII 544. Cornfeld/Butterweck II 422 ss. EiBfeldt, Einleitung 826 ss. Adam, Salomo-Oden 141 ss. O'Dell 241 ss.

88. Jer. 29, 10. Zac. 1, 1; 1, 17. Haag 887 s con numerosas notas bibliográficas. R. Hentschke en: Reicke/Rost 895 s. Comfeld/Butterweck 11 470, U 813, V 1254 ss. Brockington 185. Noth, Das Buch Josua 7 ss. Alt, Josua 13 ss. Kraus, Geschichte 17, 455 ss. Rudolph, Der «Eiohist» 164 ss.

89. Sobre las alusiones al siervo de Dios doliente y muerto ef. las numerosas alusiones de los sinópticos y Pablo; también por ej. Jh. 1, 29; 1, 36; 12, 38.1. Petr. 2, 21 ss. Barn. 5, 2.1. Clem. 16. Just. apol. 1, 50 s. Tryph. 13. Cornfeld/Butterweck III 751 ss. Haag 779 ss. Reicke/Rost 851 ss. LThK 1.<sup>a</sup> ed. V 616 ss. espec. 618 ss. Drews, Die Christusmythe 247 ss. Caspari 126. Wolff, Jesaja 53 passim. North 111 ss. Fohrer, Entstehung 113 ss. ídem. Jesaja 1148 ss. ídem. Zum Aufbau 170 ss. Broc- kington 185 ss con Notas 1. Smend, Die Entstehung 143 ss. Vielhauer, Einleitung 409 s.

90. Comfeld/Butterweck II 423 s. Haag 780 s. Reicke/Rost 857. Altaner/Stuiberl9.

91. Sacharj a 1,1: «El octavo mes del segundo año del rey David» =521 a. C. Comfeld/Butterweck V 1236 ss. Brockington 187.

92. Haag 465. Cornfeld/Butterweck II 479 ss. Hertmann, Ezechielstudien. Torrey 291 ss. Irwin 54 ss. Rowley, The Book ofEzekiel 146 ss. Eichrodt 37 ss. Fohrer, Die Glossen 33 ss. Smend, Die Entstehung 164 ss.

93. Comentario de Jerónimo en Daniel, cita según HalbfaB, Porphyrios I 28.

94. Dan. 1, 17; Cornfeld/Butterweck I 87, II 405 ss. Haag 308 ss, 311 ss con muchas notas bibliográficas. LThK 1.<sup>a</sup> ed. III 144 ss. Th. Hobbes, Leviathan c. 33. Baumgartner 59 ss, 125 ss. Meyer, Pseudepigraphie 101. Noth, Gesammelte Studien 250 ss. Rowley, The Composition 272 ss. ídem. The Meaning 387 ss. Lohse, Die Offenbarung 2. Smend, Die Entstehung 222 ss. Kraus, Geschichte 63.

95. Reicke/Rost 105 ss, espec. 107 s. Haag 8"3 s. Cornfeld/Butterweck I 85 ss. Lohse, Die Offenbarung 1 s. Vielhauer, Einleitung 407 ss.

96. Vielhaueribid.410s. :

97. Haag 170, 325. Reicke/Rost 201 ss. Comfeld/Butterweck I 269. LThK 1.<sup>a</sup> ed. II 9. Vielhauer, Einleitung 418.

98. Cornfeld/Butterweck I 90 s. Reicke/Rost 202 s. ,

99. Haag 1178. LThK 1.<sup>a</sup> ed. 1537 s.

100. Cornfeld/Butterweck 191. Haag 14 s. LThK 1.<sup>a</sup> ed. 1537 ss.

101. Just. apol. 1, 60. Clem. Al. strom. 1,162,1 s. Orig. c. Cels. 5,54. RAC artículo Esra VI 599 ss. Bady 164. Meyer, Pseudepigraphie 101 s. Brockington 188 ss. Bultmann, Ist die Apokalyptik die Mutter der christiichen Theologie? 476 ss, Gudeman 59 s. Syme 301. Torm 116 s. Brox, Faische Verfasserangaben 42 s.

102. RAC I 1950, 354 s.,

103. Torm 118 s, 123. Syme 301.

104. Pauly II 980 ss, IV 806 s. Bady 165. Meyer, Pseudepigraphie 102. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 102. ídem. Faischung, literarische 270.

105. Pauly 1555 s. dtv-Lexikon, Philosophie 1172. Haag 105 s. Cornfeld/Botterweck II 422. Trede 114 con relación a August. civ. dei 18, 42; 15, 23. Lietzmann, mGeschichte I 94 s. Meecham 5 ss. Charlesworth 78 s. con una gran cantidad de otras notas bibliográficas. Howard, The Letter of Aristeas 337 ss. Murray 337 ss. Lewis 53 ss.

106. Plut. de Pyth. or. 6, 397 A. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 216. Vielhauer, Einleitung 422. Kurfess, Christiiche Sibyllinen 498 ss.

107. Pauly II 1075, 1297, V 158 ss. dtv-Lexikon, Philosophie IV 189 s. LThK 1.<sup>a</sup> ed. IX 525 ss. Altaner/Stuiber 119 ss. Candiish 17 s, 23, 32 ss. Speyer, Fälschung, literarische 258 s.

108. Vielhauer, Einleitung 422. Kurfess, Christiiche Sibyllinen 500 s.

109. Haag 711. Cornfeld/Botterweck I 88 ss, II 421 ss, V 1109. Altaner 46. Altaner/Stuiber 117 ss. Reicke/Rost 692 s. LThK 1.<sup>a</sup> ed. III 797 s, IV 961 s. A. van den Born en: Haag 711. Cf. también Deschner, Hahn 19 f.

110. Reicke/Rost 1529 s. Haag 436 s. Altaner 46. Altaner/Stuiber 117 ss. McColléy 21 ss. Lohse, Die Offenbarung 2. Vielhauer, Einleitung, 411. Baars 82 ss. Speyer, Literarische Fälschung 285. Charlesworth, The Oíd Testament Pseudepigrapha 94 ss. Conclusions: 102.

111. LThK 1.<sup>a</sup> ed. 1539. Haag 1733 s. Charlesworth, The Oíd Testament Pseudepigrapha 94 ss. Conclusions: 102. ídem. The pseudepigrapha 211 ss. de Jong, Recent Studies 77 ss. ídem. Die Textüberlieferung 27 ss. ídem. Studies on the Testaments passim. J. Becker, Die Testamente passim. Vielhauer, Einleitung 411. Cf. también la nota anterior.

112. Cf. LThK 1.<sup>a</sup> ed. I 539, V 251 s.

113. Andrés 367

#### **Falsificaciones en el Nuevo Testamento**

114. Dieringer I 47.

115. Stiefvater 15 s.

116. Frits van der Meer 8.

117. Schneider, Geistesgeschichte II 20, Notas 1.

118. Brors Núm. 35. Dibelius, Jesús 12 ss.

119. Pfister 509. Guardini 32. Cf. al respecto Deschner, Hahn, capítulo 1, Die Bestreitung der Geschichüichkeit Jesu. Una visión general apologista sobre «el pro- blema del Jesús histórico» en O. Betz, Was wissen wir von Jesús 9 ss.

120. Dibelius, Botschaft I 298. Werner, Die Entstehung 65. Goguel 73. Sobre von Soden cf. Ackermann 396. Schneider, Geistesgeschichte I 29. Cf también Bultmann, Synoptische Tradition 396.

121. A. Schweitzer, Leben-Jesu-Forschung 555. Conzelmann, Die formgeschichtiiche Methode 61. Percy 20. Dibelius, Jesús 24. ídem. Formgeschichte 34 ss, 295. Bornkamm, Jesús 11 s. Buitmann, Jesús 11 s. ídem. Synoptische Tradition 1, 163, 176, 366 ss, 394 ss. Gronbech, Zeitwendel I 128. Grobel 65. Knopf, Einführung 239. Stauffer, Jesús 7. Grundmann, Die Geschichte 15. Ben-Chorin 7 ss.

122. Cornfeld/Botterweck I 85 ss espec. 87. Schoeps, Studien 63 s, 68 ss.

123. Me. 9, 1; 1, 15; 13, 30. Mt. 4, 17; 10, 7; 10, 23; 16, 28. Le 11, 51. Cornfeld/Botterweck II 393 s, 111 766 ss.

124. J. Weiß, Die Predigt Jesu vom Reiche Gottes 1892, 2.<sup>a</sup> ed. 1900. A. Schweitzer, Das Messianitäts- und Leidensgeheimnis 1901. ídem. Von Reimarus zu Wrede 1906. ídem. Die Mystik des Apostéis Paulus 1930. Buitmann, Das Urchristentum 102. Heiler, Der Katholizismus 22.

125. C.Gröberl8.
126. Se muestra y documenta extensamente en: Deschner, Hahn 17 s.
127. 2. Petr. 3, 4. L.Clem. 23, 3.
128. Cf 1. Cor. 7, 29 ss y 15, 51; 16,22 con 1. Cor. 11, 29 ss; 15, 22 ss; 2. Cor. 5, 17; 6, 2. Buitmann, Geschichte und Eschatologie 44 s. Haenchen 87 ss, 114 s. Schweitzer, Die Mystik 93, 98 ss. Taubes 67 s. Conzelmann, Die Mitte derZeit 80 ss. Selby 21 ss. Wemer, Der protestantische Weg I 142 ss. Schoeps, Paulus 102 ss. Buonaiuti I 46 ss. Graesser 76 ss, 157 ss, 178 ss, 199 y otros.
129. Theophil ad Autol. 2, 15; 2, 22; 3, 13 s. Euseb h. e. 3, 39, 4. Jerón. ep. 121, 6,15. Altaner/Stuiber 75 ss. Extensamente Deschner, Hahn 145 ss. , 130. Altaner/Stuiber 77. Bauer, Rechtgläubigkeit 187 ss. Hennecke, Neutestamentliche Apokryphen 8 ss. Schneemelcher, introducción principal en Hennecke 11,43.
131. Schneemelcher ibíd. 11. Reicke/Rost 1304. Haag 923 s. Altaner/Stuiber 72, 106 s. Hamack, Marcion passim, espec. 246. Knopf, Einführung 160.
132. I. Clem. 47, 1 ss. Ign. Eph. 12, 2. Just. apol. 1, 67. Reicke/Rost 1304.
133. Euseb. h. e. 4, 26, 13 s. Reicke/Rost 1303. Schneider, Geistesgeschichte I 329s.Cftambiennotasl31.132.
134. Reicke/Rost 1304 s. Altaner/Stuiber 110 ss, espec. 113. Bardenhewer 1426s.
135. Me ciño aquí a Bardenhewer II 87 s. Allí todas las referencias bibliográficas. Cf. también ibíd. 42.
136. Iren. 4, 20, 2. Tert. de orat. 16. Euseb. h. e. 3, 25, 1 ss. Haag 922 ss, Reicke/Rost 1304 s. LThK 1.<sup>a</sup> ed. V 778 s. Streeter 439. Wikenhauser, Einleitung 28, 31. Schneemelcher, Haupteinleitung 13 ss, 18 ss.
137. Afirmación de Athanasius en 39 carta. Haah 923 s. Reicke/Rost 1304 s. LThK 1.<sup>a</sup> ed. V 779. Más extensamente sobre la realización del Nuevo Testamento: Deschner, Hahn 143 ss.
138. LThK 1.- ed. V 778. Theologisches Wörterbuch III 979 ss. Jülicher 450 ss, 555. Hennecke, Neutestamentliche Apokryphen, ed. Schneemelcher I 1 ss.
139. Reicke/Rost 1304 s. Haag 924. LThK 1.<sup>a</sup> ed. V 779. Lulero citado según Grisar I 523 s, III 442 s, allí la bibliografía. Schneemelcher, Haupteinleitung 12 ss.
140. Buitmann, Synoptische Tradition passim. Schelkle 28.
141. Reicke/Rost 1308 s.
142. Brox, Faische Verfasserangaben 11 ss, 78. Schelkle 29. v. Campenhausen, Die Entstehung 380. Clévenot, Die Christen 132 s. r\J^~\
143. Meyer, Pseudepigraphie 110. Charlesworth, (The pséudepigrapha 25. Cf. ídem The Renaissance 107 ss.
144. Speyer, Fälschung, literarische 251.
145. Brox, Faische Verfasserangaben 63, 111.
146. Brox. ibíd. ídem Problemstand 311.
147. Como Norbert Brox en su introducción a Pseudepigraphie 1 ss. Cf. también Meyer, Besprechung 150.
148. Haag 218 ss.
149. Ibíd. 227. Reicke/Rost 1307. Knopf, Einführung 22 s, 63. Lietzmann, Geschichte II 94. Bauer, Rechtgläubigkeit 163. Feine-Behm 23, 320, 334. Hirsch, Frühgeschichte passim, espec. 70 ss, 99 ss, 123 ss.
150. Bauer, Rechtgläubigkeit 163. Kober, Die Deposition 675. Meyer, Besprechung 150 s. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 247 ss, 259 ss. ídem Literarische Fälschung 85 s, 219 s, 260 ss, 310.
151. Brox, Faische Verfasserangaben 30 s, 49 s.
152. Ibíd.

153. Meyer, Besprechung 150 s. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 247 ss.
154. Speyer, Literarische Fälschung 221. Brox, Problemstand 328 ss.
155. Hennecke, Neutestamentliche Apokryphen I 126 ss, 11 58 ss, 221 ss. Speyer, Literarische Fälschung 220. ídem. Fälschung, literarische 241 s, 254 s, 262, Brox, Faische Verfasserangaben 98 s, 105 ss.
156. Speyer, Literarische Fälschung 220. ídem, Pálschung, literarische 255.
157. Ibíd.
158. Zach. Reth. h. e. 3, 10. Bardenhewer IV 317. Áitaner/Stuiber 234, 241. Speyer, Literarische Fälschung 284.
159. Speyer íbíd. 14. Brox, Faische Verfasserangaben 52 s.
160. Seeck, Urkundenfälschungen 4. Vol. 399. Symen 299 ss, 305, 309. Schreiner 133. Speyer, Literarische Fälschung 47 ss, 58 ss, 92 s, 277 ss. ídem. Fälschung, literarische 239 s. ídem. Religiöse Pseudepigraphie 201, 240. Brox, Problemstand 314 'ídem, Faische Verfasserangaben 20 s, 51 ss, 57 ss.
161. Speyer, Fälschung, literarische 239 s.
162. Ibíd.
163. H. v. Campenhausen ThLZ 94, 1969, 43 citado según Brox, Faische Verfasserangaben 82. Cf. también Brox íbíd. 69. Herde 300 s.
164. Papias en Euseb. h. e. 3, 39, 10. Cornfeld/Botterweck IV 930, 948. Aland, Noch einmal 121 ss insiste con razón en la escasa atención prestada al problema de los anónimos en la literatura protocristiana y cristiana antigua con respecto a los pseudoanónimos. Cf. también nota 154.
165. Papias en Euseb. h. e. 3, 39, 13; 3, 39, 16. Iren. adv. haer. 3, 1, 1; ademas Euseb. h. e. 5, 8, 2. Haag 1112 s. Cornfeld/Botterweck III 762 ss, I 952 ss. Wirkenhauser, Einleitung 133. Speyer, Religiöse Pseudepigraphie 245. Kümmel 73 ss, espec. 91 s. Abel 138 ss. Marxsen, Einleitung 149 ss, espec. 155 s. K. Stenáahí, The School of St. Matthew 2.<sup>a</sup> ed. 1968, citado según Marxsen íbíd.
166. «Si no hubiera habido perros, habría cogido la liebre», Schetúe 31 ss, 53 s. Lichtenberg 350.
167. Haenchen 95 ss. Jülicher 437 ss. Hommel 152 ss. Wellhausen, Kritische Analyse 35. Vielhauer, Zum «Paulinismus» 2 ss. Schweitzer, Die Mystik 6 ss. Nor- den, Agnostos Theos 1 ss. Cornfeld/Botterweck IV 929 ss.
168. Cornfeld/Botterweck IV 929 s, 948. Meyer, Pseudepigraphie 94, Torm 127 s, 141. Heinrici 74. Brox, Páische Verfasserangaben 25 s. Marxsen, Einleitung 139 ss, espec. 147 ss, 156 ss, 167 ss, espec. 172. Kümmel 53 ss, espec. 69 s. Además 73 ff, espec. 91 s, 116 ss, 141 ss.
169. J. 1, 14 s; 13, 23; 19, 35; 21, 24. 2. J. V 1; 3. J. V 1. Iren. adv. haer. 2, 22, 5; 3, 3, 4; 3, 5, 8. Euseb. h. e. 3, 25, 3. Hieron. vir. ill. 9, 18. Haag 869 ss. Cornfeld/Botterweck II 374, III 796 ss. K. T. Bretschneider, Probabilia de evangelii et epistolarum Joannis apostolu índole et origine, 1820. Bacon 127 ss. Bauer, Das Johannesevangelium 236. Eisler, Das Rátsel 323 ss. Windisch 144. Hirsch, Studien 140 ss. Leipoldt, Geschichte I 52. Meyer, Pseudepigraphie 90 ss. Torm 129 s. Schelkle 30. Teeple 279 ss. Parker 35 ss. Gericke 807 ss. Williams 311 ss.
170. Kümmel 155 ss, espec. 162 ss y 200 ss. Cf. también la nota anterior y Deschner, Abermals 44 ss.
171. Haag 870 s. Schelkle 79 ss, 91 s. Cuanto más se lee a Schiekie, tanto más se juraría su escepticismo (y no sólo a este respecto). Meyer, Pseudepigraphie 90 ss. Lietzmann, Geschichte I 235 ss, espec. 246 ss. Ehrhard, úrkerche 98 ss defiende todavía con mayor fogsidad la autoría del apóstol Juan.:
172. Apk. 1, 1; 1, 4; 1, 9; 22, 8. LThK 1.<sup>a</sup> ed. I 289. Lohse, Die Offenbarung 4.

173. Euseb. h. e. 7, 24, 1 ss. Áitaner/Stuiber 210 s.
174. Euseb. h. e. 7, 25, 1 ss.
175. *Ibíd.* 7, 25, 17 ss.
176. Lohse, *Die Offenbarung* 5 ss.
177. Meyer, *Pseudepigraphie* 94. Brox. Faische Verfasserangaben 40.
178. Cornfeld/Botterweck II 368 ss. Haag 1319.
179. 1. Tim. 1,1; 1, 3; 1, 12 ss; 1,19 s; 2, 7; 2, 12; 3, 14 s; 4, 2; 4, 7; 6, 2. 2. Tim. 1,1; 1, 11 s; 3, 11; 4, 9 ss. Tit. 1, 1; 1, 3; 1, 10 s. Cornfeld/Botterweck II 368 ss. Haag 1319.
180. Hieron. praef. comm. in ep ad Tit. Bauer, *Rechtgläubigkeit* 228 s. Heiler, *Der Katholizismus* 61 ss. Rist 39 ss, 50 ss. Knox 73 ss. Wemer, *Die Entstehung* 162 s, 209 s.
181. Haag 1323. Campenhausenn, Polykarp von Smyrna 8. Dibelius-Kümmel 10. Klausner, *Von Jesús zu Paulus* 235 ss. Knopf, *Einführung* 86 s. Barnikol 8. Meyer, E., *Ursprung und Anfänge III* 582. Jülicher 162 ss. Knox 73 ss. Goodspeed, *An Introduction* 327 ss. Speyer, *Religiöse Pseudepigraphie* 249 s, 254 s. *ídem.* *Literarische Fälschung* 286. McRay 2 ss. Moule, *The Problem* 430 ss. Brox. *Zu den personlirchen Notizen* 272 ss, espec. el resumen 290 ss. Kümmel 323 ss. Cf. también 343 ss, 367 ss, espec. 371 ss, 378 ss. Binder 70 ss. Harrison 77 ss.
182. 2. Thess. 2, 1 ss; 3, 17. Cornfeld/Botterweck II 367 s. Lindemann 35 ss, espec. 46. Marxsen en: Reicke/Rost 1970 s. Marxsen, *Der zweite Thessalonikerbrief* 107 ss. Schweitzer, *Die Mystik* 42 s. Kautsky 18. Jülicher 62 ss. Braun, *Zur nachapostolischen Herkunft* 152 ss. Trilling, *passim*.
183. Reicke/Rost 416 ss. Cornfeld/Botterweck II 364 ss (aquí la cita de Guthrie y Schiier). Van Rhy 112 ss. Barnikol 7. Lietzmann, *Geschichte I* 226 s. Dibelius- Kümmel 10 s. Knopf, *Einführung* 73, 85 s. Kásemann, *Leib und Leib Christi* 138 ss. Goodspeed, *The Meaning of Ephesians*. *ídem.* *An Introduction* 222 ss. Kümmel 308 ss, espec. 314 ss. Schelkle considera que la epístola a los efesios, aunque no sea auténtica fue redactada «desde luego por un discípulo del apóstol»: 172 ss, espec. 174.V. también 178 ss, espec. 182, 185 ss.
184. Cornfeld/Botterweck II 356, 370 ss. Leipoldt, *Geschichte I* 219 ss. Jülicher 146 ss. Kuss 1 s. excluye una «autoría inmediata del apóstol Pablo» y añade: «esto debería ser hoy una convicción general». Cf. también Rienecker 570. Bruce, *To the Hebrews* 217 ss. *ídem.* *Recent Contributions* 260 ss. Marxsen, *Einleitung* 174 ss.
185. Schrage/Baíz 1 ss.
186. 2. Pedr. 1, 1; 1, 16 ss; 2, 1 s; 2, 10; 2, 12; 2, 14; 2, 18; 3; 1; 3, 3 s; 3, 14. Haag 1368. Cornfeld/Botterweck II 378 ss. Áitaner/Stuiber 280 s. Sehrage, *Der zwei-te Petrusbrief* 118 ss. Talbert 137 ss.
187. 1. Pedr. 1, 1; 1, 15; 2, 1 s; 3, 10; 5, 12. Cf. también 2, 12. Cornfeld/Botterweck II 377 s. Sehrage, *Der erste Petrusbrief* 59 ss. Hunzinger 66 ss. Buitmann, *Bekennnis- und Liedfragmente* 285 ss. Danker 93 ss. Moule, *The Nature* 1 ss. van Unnik 92 ss. Brox, *Zur pseudepigraphischen Rahmung* 78 ss. También para el católico Rudolf Schnackenburg, la primera epístola de Pedro es hoy «probablemente seudónima», señalando que: «se multiplican las voces por el lado católico de que este escrito es probablemente un seudónimo». Naturalmente, para Schnackenburg la segunda epístola de Pedro «corresponde ya al siglo n»: Schnackenburg 33.
188. Euseb. h. e. 3, 25, 2 s; 3, 39, 17; 6, 14, 1; 6, 25, 10. Baíz, *Die Johannesbriefe* 150ss.
189. 2. J. 10 s. 3. J. 9 s. Cornfeld/Botterweck 374 ss. Kásemann, *Ketzer und Zeuge* 292 ss. Braun, *Literatur-Analyse* 210 ss. Bergmeier 93 ss. Buitmann, *Die kirchliche Redaktion* 381 ss.